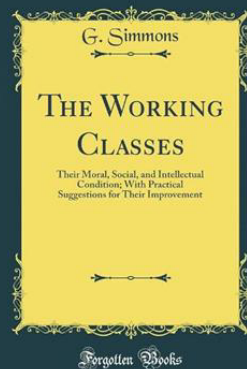


G. Simons



LA CLASE TRABAJADORA

**SU CONDICIÓN
MORAL, SOCIAL E INTELECTUAL;
CON SUGERENCIAS PRÁCTICAS
PARA SU MEJORA.**

1849

Fondo documental **EHK** Dokumentu fondoa

Euskal Herriko Komunistak

LA
CLASE TRABAJADORA;
SU
CONDICIÓN MORAL, SOCIAL E INTELECTUAL;
CON
SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA SU MEJORA.

POR
G. SIMMONS,
INGENIERO CIVIL.

LONDRES:
PARTRIDGE AND OAKEY, PATERNOSTER ROW.
1849

Nota sobre la conversión
en un libro digital con fines de estudio.
Este trabajo de conversión a libro digital
se ha llevado a cabo para el estudio y la investigación
del pensamiento marxista.

<http://www.abertzalekomunista.net>

Meaden, Impresor, Cursitor Street. Chancery Lane.

PREFACIO.

El tema de la presente obra reviste un interés nada desdeñable para el bienestar de nuestro país y atrae la atención de muchas personas benevolentes. Constituye uno de los temas principales en la familia y en el senado, y la gran adición anual a nuestra población aumenta la necesidad de prestar atención a su estado social. Cuando se recuerda que sobre el hombre trabajador recae el efecto inmediato de la primera maldición del cielo: "Con el sudor de tu frente comerás el pan", el objeto de la "Mejora de las clases trabajadoras de Inglaterra" reclama con justicia la más profunda simpatía. La esfera que hay que atravesar para presentar esto a nuestros lectores es tan amplia como importante es para todo ciudadano el conocimiento correcto de nuestra condición nacional. Un observador casual o un forastero pueden llegar a conocer a quienes pasan ocasionalmente ante ellos, pero no pueden, por la complejidad y variedad de circunstancias de cada clase de la comunidad, formarse una idea tan correcta de la sociedad británica como quien visita a las familias y se ocupa de los asuntos cotidianos de la gente. El autor, habiendo tenido esta oportunidad de conocer el carácter y la condición de las clases trabajadoras, y sintiéndose profundamente interesado en su bienestar, ha intentado el presente esbozo, con la esperanza de que pueda resultar beneficioso para aumentar su felicidad, y permitir a aquellos que puedan estar deseosos de mejorar su condición, adoptar los métodos que sean prácticamente adecuados para el trabajo. La extensión de la población que se presenta a la vista del lector en este espacio limitado, le ha obligado a limitar sus observaciones a su condición social, moral e intelectual; aunque se le permite observar que no desea que se entienda que concibe que el carácter moral de un individuo puede separarse de su condición física y política; pero suponiendo que la moral y el intelecto son de importancia primordial, se ha esforzado por destacar más los rasgos característicos de esta parte de su condición. Una justa consideración de su estado físico y político no podría abarcarse en un volumen tan pequeño. Al presentar al público las partes primera y segunda de esta obra -el estado social de la población trabajadora y sus sentimientos- el autor se ha sentido varias veces dispuesto a dar una apariencia más agradable a los hechos tal como se han presentado; pero por deseable que esto hubiera sido, la verdad exige una exposición imparcial, a fin de que el lector pueda ser instado a eliminar lo que es desagradable a sus sentimientos y no es congenial a los intereses nacionales. Para aquellas personas que no han estado en contacto con esta clase de la comunidad, o no la han visitado, las afirmaciones que aquí se hacen pueden parecer exageradas; pero una investigación serena, racional y práctica les convencerá de lo contrario. El autor hubiera preferido omitir estas partes de la obra, si no constituyeran el único comienzo adecuado para las observaciones que siguen en cuanto a la importancia de una mejora de la condición de las clases trabajadoras, que se deduce tanto de su relación con la otra parte de la comunidad, como de la peculiar posición en que se encuentra el trabajador. Aquí el campo es amplio y extenso; sin embargo, no se aventura

a aducir todas las razones que pueden aducirse para un objeto tan importante, sino que deja caer con parsimonia por el camino las pocas que se han presentado más inmediatamente.

La parte final de este pequeño volumen está constituida por un examen de los medios que se utilizan actualmente para mejorarlos y por sugerencias prácticas al respecto. En esta parte, como en las anteriores, el autor se ha visto obligado a ser breve, a fin de mantener sus observaciones dentro de límites que no resulten tediosos para el lector en general. Aunque se ha esforzado por abarcar las circunstancias actuales de la sociedad, su intención ha sido no considerar bueno ningún medio de mejora que no esté basado en los principios eternos del cristianismo y de la naturaleza.

Con estas pocas observaciones el autor ruega dejar el tema en manos de sus lectores; esperando que cualquiera que sea su estimación del valor de su obra, considerarán que la causa que ha intentado defender, no es indigna de su mejor atención.

CONTENIDO.

iii PREFACIO

CAPÍTULO I.

CONDICIÓN SOCIAL DE LA CLASE TRABAJADORA.

- 1 Introducción-Trabajadores agrícolas-Trabajadores en general-Servidoras domésticas-Sastres y zapateros-Las clases manufactureras-Vestidores, policías y porteros-Colineros y mineros-Marineros y soldados-Ladrones-Mendigos-Prostitutas

CAPÍTULO II

PRINCIPIOS DE LA CLASE TRABAJADORA.

- 50 ¿Quiénes son éstos?-Cómo usan sus poderes-Sus principios-Indulgencia de las pasiones-Efectos-Socialismo-Infidelidad-Hombres fáciles-Hombres activos-Cristianos-Imprudencia-Clase aislada- Estas cosas no pueden permanecer como están.

CAPÍTULO III.

LA IMPORTANCIA DE MEJORAR LA CLASE TRABAJADORA.

- 96 Efecto sobre la sociedad y los comprometidos-Naturaleza sanciona esto-Valor del hombre-Las masas-Su poder-Espíritu de la época-Gran cambio-Su velocidad-Conocimiento actual-Poder creciente-Remover sus agravios-Amor de clase-Similar a los enfermos-Días de acción.

CAPÍTULO IV.

LA IMPORTANCIA DE MEJORAR LA CLASE TRABAJADORA

(Continuación).

- 140 Unir a la sociedad-Preeminencia pasada de Gran Bretaña-Economía-Posición especial-Humildad-Prueba para conseguir trabajo-Asociación con todos los caracteres-Indignidad-Privaciones-Sujeto a accidentes repentinos-Naturaleza del trabajo-Muchos se van al extranjero-Ahora no pueden servir a Dios correctamente.

CAPÍTULO V.

MEDIOS PARA MEJORAR LA CLASE TRABAJADORA.

- 184 Iglesias-Auxiliares bíblicos y de tratados-Sociedades misioneras domésticas y municipales-Movimientos de abstinencia y abstinencia total

CAPÍTULO VI.

MEDIOS PARA MEJORAR A LA CLASE TRABAJADORA

(Continuación).

- 229 Escuelas dominicales, benéficas y harapientas-Institutos mecánicos-Sociedades de enfermos-Prensa

CAPÍTULO VII.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA MEJORAR LA CLASE TRABAJADORA.

- 281 Capillas gratuitas - Conferenciantes del condado - Conferencias gratuitas - Bibliotecas baratas - Esquemas - Trato individual - Nuestro esquema - Visitas amistosas - Apoyo de Dios - Conclusión

CAPÍTULO I.

CONDICIÓN SOCIAL DE LA CLASE TRABAJADORA.

Introducción — Labradores agrícolas — Labradores en general-Servidoras domésticas — Sastres y zapateros — Las clases manufactureras — Vestidores — Policías y porteadores — Colineros y mineros-Marineros y soldados — Ladrones — Mendigos — Prostitutas.

La clase de personas cuya condición nos proponemos considerar ahora no es en absoluto la minoría de la nación; y para definir una característica general de esta numerosa porción, podemos decir que son aquellos que, teniendo poco o nada de los bienes de este mundo, se ganan el pan con el sudor de su frente y el trabajo de sus propias manos, siendo necesariamente los sirvientes de la parte más rica de la comunidad. No por ser pobres son menos importantes; no por ser siervos son menos importantes.

Si observamos la condición actual de estas clases en nuestro propio país, vemos que tienen un carácter muy variado. El nacimiento, la educación, la religión, la ocupación y las circunstancias han operado para formar esta diferencia y moldear sus hábitos: así como éstos han diferido, también lo hacen las clases trabajadoras, aunque sólo residen quizás a unas pocas millas, o a unas pocas puertas, unas de otras. El hombre que labra la tierra y guía el arado, que siembra la semilla y después recoge los frutos de la tierra, se encuentra en una posición muy diferente de la del que rotura el suelo y lo prepara para el ferrocarril y la máquina de vapor; o del obrero de aquella fábrica que está preparando algunos de los productos de la tierra para el uso de la sociedad. El uno vive donde nació, rodeado sólo de sus compañeros de juventud, rara vez ve o es visto por un extraño, y es lo que el pasado ha hecho de él; el otro, vagando de un lugar a otro y viendo a sus amigos sólo por un corto tiempo, tiene que adaptarse a muchas escenas cambiantes, y es lo que el presente hace de él; pero el obrero en la fábrica, teniendo algo nuevo constantemente ante él, y cuya tarea es moldear las novedades de la época, mira hacia el futuro para hacer al hombre; y es lo que eso imprime en su mente.

En estas circunstancias, hemos creído conveniente clasificar a los pobres en las diversas secciones de trabajo en las que se dedican.

El trabajador agrícola constituye una sección muy grande y distintiva, y a él dedicaremos nuestra atención en primer lugar. Vive con su compañero, donde ha estado durante muchos años; ambos han trabajado juntos, ninguno ha estado ocioso cuando había trabajo que hacer. Generalmente son empleados por el granjero en cuya casa residen, y con frecuencia son bendecidos con varios hijos, que son educados en la misma ocupación que ellos: los chicos para conducir los caballos en el arado, desherbar los campos o cuidar del ganado cuando es necesario; las chicas para ayudar en las tareas

domésticas, aunque en un día de verano todos tienen su lugar asignado en el campo. En la actualidad, es habitual enviar a los niños a la escuela durante un breve periodo de tiempo, antes de que sean llamados a participar en las tareas cotidianas de la vida. En muchos casos, las escuelas privadas están dirigidas por alguna anciana que sabe leer un poco y una vez aprendió a escribir. Su trabajo está hecho, no puede hacer más que "enseñar a los jóvenes a disparar", pero mientras ella se aleja de la compañía de los mortales, los niños comienzan a ocupar su lugar entre la humanidad, con esa instrucción terminada que nunca ha sido correctamente comenzada; con esa realidad terminada, que nunca fue cuestionada por ellos, aunque hace tiempo que se desvaneció en la nada. Pueden ser capaces de leer a su manera, y de acuerdo con su edad y generación; pero como la escritura casi nunca es necesaria, rara vez sienten su pérdida; y en cuanto al cifrado, es un muchacho maravilloso el que puede repasar la tabla de multiplicar. En los distritos más populosos suele haber una escuela de caridad dependiente del propietario de la finca; pero debido a la ignorancia de los padres y a los bajos salarios por los que se ven obligados a trabajar, la educación progresa poco, salvo entre los cuidadosos e industriosos que residen cerca de los distritos manufactureros, que de este modo se ven estimulados a mejorar las mentes de sus hijos. Uno de los niños es suficiente para ocupar el lugar del padre o para trabajar con él, el resto tiene que buscar otra ocupación en alguna gran ciudad vecina; mientras que las niñas encuentran empleo con su aguja o como sirvientas domésticas.

La vieja iglesia del pueblo ya no es tan frecuentada como antes, debido a la atracción de las pequeñas capillas en la mayoría de los pueblos, donde generalmente hay escuelas dominicales, y reuniones durante las tardes de la semana, a las que asisten regularmente muchos que viven a distancia, aunque muy a menudo tienen que sufrir a consecuencia de su asistencia. Sin embargo, con la iglesia que puede haber ejercido su poder durante siglos, con las capillas y escuelas de los últimos años, es bastante novedoso para ellos crear una nueva idea o pensar un nuevo pensamiento; hablar de cualquier cosa que haya ocurrido, o esté ocurriendo, excepto en su propia vecindad inmediata; no tienen medios de oír, y mucho menos de aprender o leer sobre ello, a menos que algún extraño traiga la noticia, o uno de los aldeanos venga de un viaje lejano, o de un pueblo vecino: De modo que para muchos en nuestras grandes ciudades, China con toda su distancia está, por así decirlo, más cerca de lo que nuestras ciudades están de estos distritos aislados. Nuestros aldeanos, al no tener nada a lo que dedicar su atención en sus horas de ocio, se sientan ansiosamente alrededor del fuego para relatar viejas historias o los chismes del día; escudriñando cada acción, temperamento o palabra de sus vecinos (y en los pueblos pequeños un poco más de escándalo basta para su alimento intelectual), todos sentados como jueces unos de otros y de las clases por encima de ellos. Si deseamos tener una idea correcta de su moralidad, debemos visitarlos no sólo en el pueblo en una brillante víspera de verano, sino en la taberna, y en las numerosas ferias y velatorios, así como en las ciudades mercado donde en algunos condados, en lo que suele llamarse el día de la fregona, puede presenciarse una escena que muestra el poco respeto por sí mismos que se cultiva entre ellos. En Michaelmas, los sirvientes de las granjas, tanto hombres como

mujeres, después de terminar su compromiso anual con sus empleadores, caminan por una de las calles principales con el propósito de "presentarse" para el año siguiente a cualquiera de los transeúntes; los hombres, cada uno con algo atado a su sombrero, indicativo de su vocación particular, el carretero con un trozo de cuerda de látigo, y el vaquero con un poco de pelo de vaca: y la noche termina con no poca intemperancia e inmoralidad. Es fuera de casa donde se pone a prueba la fuerza de sus principios; y donde el artículo genuino, tan necesario para el estado pacífico y ordenado de la sociedad, se encuentra ausente, incluso con muchos de los que en el pueblo pueden parecer ser todo lo que el hombre podría desear; las asambleas nocturnas en las ferias, velorios y otros lugares de diversión, son en su carácter no muy diferentes a los salones de las casas públicas en nuestras grandes ciudades. Estos grupos trabajan semana tras semana, hasta que la vejez los alcanza, y no sienten ninguna degradación al tener que solicitar ayuda a la parroquia, y así subsisten hasta que son llamados a su largo hogar.

A continuación vienen los obreros en general. Se trata de un grupo muy numeroso de hombres que carecen de oficio, ya que muy pocos han sido aprendices de alguno o, si lo han sido, lo han abandonado antes de completarlo a medias. Sus familias se componen con frecuencia de varios niños, que deambulan por los patios y calles en tiempo seco, la mayor de las niñas se hace cargo del pequeño mientras los demás van a la escuela: el niño espera al padre con la cena, y a la edad de once o doce años tiene que ganarse la vida como mozo de tienda o en algún oficio servil. La gran mayoría de esta clase apenas reconoce a un Ser superior, salvo cuando algún misionero o amigo de la religión los visita, se levantan por la mañana y se acuestan por la noche, olvidando al Dios que los hizo. Viven día a día con lo que pueden recoger, dejando el futuro, como ellos dicen, a la providencia o a algún amigo de buen corazón; porque si se recibe el doble de salario durante una semana o dos, es en vano buscar cualquier parte de él quince días después; y cuando llega la enfermedad reciben ayuda de los hospitales e instituciones afines, por medio de las cuales, con la asistencia de los vecinos, se las arreglan para correr hasta que la salud regresa.

Las peleas familiares no son infrecuentes: el niño que desobedece recibe una buena reprimenda, o tal vez el fuerte golpe de un brazo musculoso y fuerte, cuando la niña también viene a por su parte; porque se considera que el demérito de la acción es proporcional a la injuria sufrida, y la reprimenda se administra con demasiada frecuencia de acuerdo con la excitación de la ocasión. Cuando los padres se dividen en cualquier momento, se deja de lado la razón, se llama a los hijos con todos los nombres que se encuentran en el vocabulario de la casa; y no es improbable que el que debería gobernar sea gobernado por sus propias pasiones, ya que la noche no pasa sin que se recuerden muchas viejas escenas similares para aumentar la enormidad del pecado del padre o de la madre. Los niños al principio miran y se extrañan, pero pronto se acostumbran a estos sucesos, y los buscan con la misma naturalidad que el día o la semana; de modo que los juramentos y las maldiciones se les presentan en sus primeros días, que si no se expresan tan pronto como pueden hablar, se almacenan para su uso cuando sea necesario dar a conocer toda la imaginación de sus corazones. Las prácticas y los ejemplos de sus padres

en el hogar demuestran ser más poderosos en la educación de los niños que todas las amonestaciones del maestro en la Escuela Dominical, a la que pocos de ellos asisten regularmente. Estos disturbios en las familias no se mantienen en silencio como entre las clases medias de la sociedad, pues durante el día se encuentra a la esposa la mayor parte del tiempo o bien chismorreando con sus vecinas y manteniendo un coloquio sobre algún asunto insignificante (que los mortales no acostumbrados a tales cosas apenas son capaces de describir), o bien desahogando sus preocupaciones con sus amigas, que tienen cada una algo que decir sobre el asunto; con lo cual la paz familiar se destruye pronto; y como consecuencia natural se pierde por completo todo respeto hacia ella misma como madre de familia. Los niños son demasiado agudos para no percibir esto, y no obedecen ni al padre ni a la madre, sino que siguen su propio curso y tienen completamente su propio camino: de modo que el padre tiene poco control sobre el muchacho al llegar a la edad de trece o catorce años, y la madre ninguno en absoluto, especialmente si él tiene algún espíritu para satisfacer sus demandas irrazonables; él rompe la cuerda del delantal, y en uno o dos años más se ríe de la autoridad de sus dos padres. Los resultados generales de tal entrenamiento se ilustran demasiado poderosamente en el clímax alcanzado por algunos en nuestros calendarios carcelarios. La muchacha todavía teme un poco la férrea servidumbre, pero a medida que avanza hacia la edad adulta busca otro empleo que no sea el del hogar; el lazo familiar se rompe ahora, y quedan pocos de sus elementos para hacerla sentir durante su vida futura algún placer en los recuerdos del hogar.

A la edad de dieciséis o diecisiete años, los muchachos tienen que procurarse su propio sustento, y se les encuentra en el mar, alistándose como soldados, u obteniendo trabajo como obreros; habiendo crecido sin ningún cuidado paterno, son ahora casi salvajes, y no hacen caso ni de las leyes de Dios ni de las del hombre: aunque estas últimas les son generalmente dadas a conocer por algunos conocidos desafortunados que han tenido una visión de sus trabajos, en domicilios de construcción más fuerte que sus propias moradas. Pronto ganan más de lo que es suficiente para mantenerlos en la forma en que han vivido en casa, y el excedente lo gastan en lugares de diversión o en la casa pública.

Volviendo a la multitud, la carrera del vicio y la embriaguez por la que pasan cuando son jóvenes no se olvida en la vida madura. Si se les ve trabajando, toda la conversación gira en torno a la bebida y a la satisfacción de sus pasiones anhelantes, adictos tempranamente a todo lo malo: a veces el precio de las provisiones viene en la alfombra (de la madre tierra); y aunque su ocupación general da lugar a pocas observaciones, éstas muestran plenamente el carácter de sus deseos más acariciados; trabajan con las manos en la tierra y sus corazones y sus mentes se inclinan también hacia ella. El tiempo puede constituir un tema de conversación, ya que afecta en gran medida a su trabajo, especialmente cuando llueve copiosamente y los agricultores se quejan de sus cosechas; pero rastrearlo hasta su fuente, hablar del Dador, está lejos de sus pensamientos, se mantiene tan distante como aumentan las facilidades para traerlo ante su atención: todas sus ideas se contraen sobre sí mismos, o si van más allá, hablan tan ociosamente como de sí mismos. Cuando se habla del círculo familiar, aunque raramente, es con tal grado

de indiferencia, que el poco respeto que muestran unos por otros se desvanece en la nada. Los hijos, que entre otras clases se consideran una de las mayores bendiciones del estado matrimonial, y así deberían ser con ellos, se miran como un estorbo; sus afectos se centran tan poco en el hogar, difundiéndose en la sociedad general que los rodea, que la esposa es poco apreciada salvo para realizar las tareas mecánicas del hogar.

En las comidas, cuando uno de los niños trae la cena de su padre, puede provocar un comentario de otro trabajador en este sentido: "¡Eh! Jack, ¿eso es tuyo? Desearía que los míos hubieran crecido; se los sacaré de una vez por todas, pensando sólo en la ventaja presente del egoísta. Si el muchacho no consigue más que una bagatela, se hará la observación: "Jack, ¿no vas a hacer trabajar a ese muchacho? Ya es hora de que consiga algo por sí mismo (aunque tal vez sólo tenga diez u once años). "Sí", dice Jack, "tendrá que hacerlo, no va a ser un caballero; vamos, muchacho, coge la pala y ponte a trabajar, y todo esto con una retahíla de juramentos, pues con demasiados apenas se oye una frase sin este énfasis. Por casualidad se oye un comentario sensato, y se puede encontrar un poco de ingenio para pasar las largas y agotadoras horas de trabajo; porque cuanto más duro es el trabajo, más ansiosos están de que el tiempo pase para traer la siguiente comida. Es una regla establecida que la mente no debe ser utilizada en la ejecución de la tarea asignada a ellos; cualquier manera servirá, para que el trabajo se haga y se obtenga el dinero por él. Si hay escasez de trabajo, debe dejarse pasar hasta que haya algo más a la vista, ya que, por supuesto, al estar empleados sólo por el día, cuanto más dure, mejor; pero si el trabajo es abundante, se hace con espíritu y energía, porque entonces llega la hora con su habitual asignación inglesa de una pinta de cerveza (aunque esta costumbre está siendo generalmente abolida), y trabajan hasta las ocho o las diez. Una vez terminado el trabajo ordinario del día, y después de haber tomado su bagging (té), generalmente deambulan por las calles o van a alguna casa pública, donde se hace una cuenta que debe ser pagada por la compañía presente, o se deja la cuenta para el sábado por la noche. Si surge una disputa por alguna circunstancia trivial, las palabras se suceden rápidamente y pronto se vuelven fatigosas; cuando, si están en un lugar conveniente, se suben las mangas, y los golpes vuelan a diestro y siniestro hasta que se detienen por algún suceso accidental; aunque esto no es en absoluto tan común como antes; el miedo a ser despedidos de su trabajo opera en gran medida para prevenirlo.

Los lunes por la mañana es frecuente que no se encuentre a algunos en sus puestos de trabajo, pues el trabajo más duro es ir a trabajar, ya que si están despedidos y el comercio es bueno, se puede conseguir fácilmente otro empleo en pocos días, después de una larga visita a la taberna, donde se gastan bromas y se hacen comentarios sobre los demás. Si el comercio es flojo, "entonces viene el problema", dicen: algunos caminan sin hacer nada, otros se ven obligados a mendigar, otros roban y cometen tantas depredaciones, que pronto ven al representante del orden, y pasan por la rutina regular de la disciplina carcelaria. A muchos se les hace suponer, con sólo echar un vistazo a los obreros en el trabajo, o cuando alguna circunstancia llamativa pone ante ellos el estado de una familia en particular, que su condición no requiere ninguna mejora; pero considerados en su verdadera luz, no están muy por encima de los paganos, que son

considerados como sólo un grado de la creación animal.

Hay unos pocos, más moderados que los demás, que el sábado por la tarde van al mercado con sus esposas, aunque en muchos distritos el sábado es profanado con compras por la mañana. Los artículos, excepto la carne, están todos en pennyworths, o alguna parte alícuota de un chelín, suficiente para satisfacer hasta el lunes o el martes; y como se obtienen en cantidades tan pequeñas, debe cobrarse un porcentaje extra, aunque esto sin duda se compensa con un impulso extra a la economía. En medio de todo esto, ¡qué tesoro es un trabajador piadoso! Sin embargo, de vez en cuando nos encontramos con una familia que ama a Dios, va a un lugar de culto una o dos veces al domingo, y vive como un ejemplo en algunos aspectos para sus compañeros. Son seguidores activos de nuestro Señor; y si no son ancianos cuando fueron traídos bajo la influencia del cristianismo, se levantan en el mundo, y llevan las marcas de hombres destinados a un mejor curso en la vida. Sus hijos asisten a una escuela dominical, en la que ellos mismos están comprometidos; pero al no tener en casa ninguna oración familiar, ni una atención estricta a sus hábitos, no puede decirse que sean educados en el camino que deben seguir, y por lo tanto con frecuencia no siguen los pasos de sus padres.

El servicio doméstico constituye otra gran parte de las clases trabajadoras. Los que empiezan a trabajar cuando son muy jóvenes, no encuentran que su puesto sea una sinecura, por muy variable que sea la situación de los que tienen más edad. Generalmente saben leer un poco; pero, una vez que entran en la arena de la vida, no se produce ninguna mejora; su tiempo libre, que en algunos casos es mucho, se emplea, como el de sus madres antes que ellos, no en lo que es realmente útil, el aumento de sus conocimientos y el fortalecimiento de sus mentes para hacer frente a las diversas vicisitudes de la vida, sino en largas discusiones sobre las cosas insignificantes que les rodean, o algunos frívolos cuentos imaginarios del día. Se les concede poco tiempo para la lectura, y sus empleadores se preocupan poco de ayudarles a mejorar sus mentes, por lo que rara vez se ve un libro en sus manos, ya que, en demasiados casos, el ama considera que el trabajo doméstico se descuida cuando las ve hojear algo que les beneficie. Son particularmente aficionados a comprar, para su edificación, alguna canción, o panfleto que contenga el último discurso moribundo y la confesión de J. H., ahorcado por asesinato, o alguna conmovedora aventura amorosa. A muchos de ellos se les confía la primera formación de los pequeños de las familias de las clases medias; la formación de la tierna planta; la preparación del germen que un día brotará y dará fruto, ya sea para el mal o para el bien; la infusión de verdad o error en sus tiernas mentes, que inconscientemente produce sus efectos ganados a medida que avanzan hacia la madurez.

Madres de Inglaterra, decimos, mirad bien la manchita que marca la cara de vuestros hijos infantiles.

Cuando la enfermedad afecta a estos sirvientes, tienen que encontrar el camino de vuelta a casa o a algún hospital cercano, si es probable que se prolongue durante algún tiempo; pero recibir allí la visita de sus antiguos conocidos es algo extraordinario y apenas se espera. Como sus amigos no están en tan buenas condiciones como ellos mismos, se cometen muchos pequeños hurtos, inducidos principalmente por viejas prácticas, malos

hábitos y mala educación en su juventud. Las cocineras requieren un poco más de atención que el resto y, cuando se casan, son una ayuda considerable para un hombre que asciende en el mundo: éstas pueden ahorrar un poco de dinero, pero no así la mayoría de las demás, que lo gastan en su vestido o se lo dan a algún prometedor entusiasta de la felicidad futura. Muchos están dispuestos a poner sus manos en cualquier cosa; y en las casas de hospedaje están ocupados desde la primera hora de la mañana hasta la última de la noche. Trabajo, trabajo, trabajo, es lo único para ellos desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la noche. De vez en cuando se les asigna una parte del sábado para su descanso, en la que tal vez encuentren a la sirvienta con algún joven alegre, que merodea por la casa sin que nadie lo sepa, porque si lo ven, pobre de ella; la pobre muchacha debe continuar su amistad a hurtadillas, y prometer que nunca más soñará con la felicidad futura, o se le avisará de inmediato para que abandone la familia.

La señora de la casa no es siempre de la disposición más complaciente, de modo que muy pocos mantienen su situación durante algún tiempo; y siendo jóvenes, y no acostumbrados a mucho control, la ira de ambos se despierta rápidamente, y una separación debe ser la consecuencia; aunque con frecuencia, antes de que haya llegado el momento de la partida, ambas partes están deseosas, no de perdonarse mutuamente, sino de llegar a algún acuerdo: Sin embargo, quién se doblegará, quién reconocerá primero la obligación, es la pregunta que rara vez encuentra respuesta, excepto: "Estoy seguro de que no lo haré, no quiero estar en deuda con ella." La señora exclama: "¡Qué peste son estos criados!", y un soliloquio similar tiene lugar con la otra parte. Oh, dónde está la dulzura de carácter. Orgullo, orgullo, ¡dónde no tienes tu dominio! El gran objetivo de todas es conseguir un compañero, que haga muchas promesas y hable no poco (de acuerdo con su noción) de las cambiantes escenas de la femineidad, y entonces estarán contentas. Su carácter atrae muy poco su atención; el presente es todo para ellas; y, como consecuencia, desgraciadamente, demasiadas caen de su posición y se convierten en parias de la sociedad. Otros se casan, y sus hábitos anteriores se hacen más visibles en la gestión de sus propios asuntos domésticos. Habiendo tenido algo más que las necesidades comunes en las familias en las que han vivido, ahora es difícil volver a sus antiguos hábitos; pero no ocurre lo mismo con sus deberes religiosos, raramente notados durante muchos años, que ahora están adaptados, en gran medida, al carácter de sus maridos y a los sentimientos predominantes de sus vecinos.

Los sastres y zapateros oficiales son los siguientes de los que nos ocupamos. Con ellos, el lunes es bien conocido por ser "el día sin trabajo". Dos días a la semana no se consideran más que suficientes para el descanso y la diversión, ya que en los otros cinco las horas de trabajo son más bien largas, desde las seis de la mañana hasta cerca de las ocho de la tarde, excepto los sábados, cuando a menudo se prolongan hasta una hora muy tardía. Si hemos de creer a muchos de sus propios compañeros, son, según dicen, el grupo de seres más borrachos de la comunidad; pero habiendo visto tanta intemperancia entre otras porciones de las clases trabajadoras, pensamos que esto es más bien una exageración, ya que, por la naturaleza de su ocupación, la bebida actúa más poderosamente que en otros que tienen un trabajo más duro que realizar.

En su condición social, moral y religiosa no son mejores que los obreros, aunque obtienen más salario, que gastan de la manera habitual. Muchos, cuando el trabajo es abundante, se echan a sí mismos del empleo regular, y tienen que buscar otro amo; incluso vendiendo algunos de los muebles que la esposa ha reunido, y dándose a sí mismos unos pocos días, o pueden ser semanas, de pereza y mendicidad, arrastrando una existencia con toda la apariencia de hombres desaliñados, gastados y devoradores de bebida. Bienaventurado el que renuncia a esta poción fatal, porque entonces, en la mayoría de los casos, es capaz de ganarse la vida cómodamente y, tal vez, ascender a una posición mejor en la sociedad, abriendo una tienda y convirtiéndose en un comerciante respetable. Tal vez encuentre que sus mejores obreros son aficionados a la bebida; de modo que echarlos, intentando dar un golpe al sistema de fraude y robo, que se lleva a cabo en la forma de zapatas (tasas de entrada) y similares, es, según su juicio, peligroso para su comercio; y por lo tanto deja que el monstruo, con todas sus formas horribles, siga acosando y arruinando a la sociedad. El cultivo de su mente, por regla general, nunca es atendido de ninguna manera. Algunos leen el periódico, pero sus principios son muy cuestionables: en general, son de los que complacen los bajos sentimientos de la naturaleza humana y abrigan deseos que no dudan en satisfacer, aunque probablemente las cárceles les adviertan de su fin. Los cuentos que se relatan en sus publicaciones periódicas son en su mayoría para complacer la imaginación, y se adaptan a la ira incontrolada en casos de poca provocación; su gusto por la lectura es sólo hacia lo que tiende a excitar esas pasiones animales, cuya indulgencia parece ser el fin de su vida; y si jurar no se permite en la misma medida que entre los trabajadores y los mecánicos, sin embargo, acompaña a la parte principal de su conversación.

Se puede encontrar a algunos de ellos yendo a la casa de Dios los domingos por la noche; pero el resto encuentra que un sueño más largo por la mañana, y un paseo a algún pueblo vecino por la tarde, es más agradable para su bienestar temporal y (según su punto de vista) espiritual: o, puede ser, uniéndose a alguna reunión de abstemios, si por casualidad han desafiado el escarnio de sus compañeros, manteniéndose bajo la bandera de alguna sociedad de este tipo durante un corto tiempo. Sus esposas, al no haber recibido mucha educación, crían a sus hijos de la misma manera imprudente e imprudente, que es la característica general de los hombres dados a los hábitos intemperantes; pero que el hombre sea sobrio, e invariablemente se le verá con la esposa ayudándole en su trabajo, los niños yendo a la escuela, y un nuevo mundo abriéndose ante su vista.

Pasemos ahora a las clases manufactureras. Aquí también existe una gran diferencia: si el oficio es sucio y requiere mucho trabajo manual duro, como en el caso de los herreros, caldereros, albañiles, etc., su fuerza física, especialmente cuando hay muchas horas de trabajo, se agota, y se recurre al remedio general, la bebida; el caso es similar a los ya mencionados: el salario extra que reciben sobre el de los obreros les proporciona un poco mejor y más fuerte tipo de licor, a sus esposas un poco más de ropa alegre, con algunas comodidades más en casa. Las huelgas, que en un tiempo fueron tan comunes, son ahora comparativamente raras, excepto con los moldeadores y albañiles;

porque los maestros se han vuelto un poco más considerados, y el número de manos ha aumentado tanto que el trabajo es más escaso; y, con esto, algo de la verdadera naturaleza de tal conducta les ha sido explicada, por lo cual, y volviéndose un poco más sabios, han aprendido a actuar en el plan más sobrio y conciliador, de buscar lo que ellos piensan que son sus derechos razonando serenamente con respecto a ellos, en lugar de la vieja manera acostumbrada de acosar. La siguiente observación me ha sido hecha con frecuencia, al conversar con ellos sobre diferentes temas: "No sirve de mucho guardar nuestro dinero para la vejez; porque, si ésta llega, debemos hacer lo mejor con él". Y, si se les insta a dar a sus hijos una mejor instrucción, uno se encuentra con la respuesta: "¡Oh! no queríamos mucho, y los niños tendrán que seguir nuestro comercio-su estimación de los beneficios de la educación es proporcional a lo que han encontrado que es necesario para ellos mismos.

Hay pocos entre ellos que no sepan leer y escribir un poco; su conversación, en el trabajo, tiene un poco más de política que las mencionadas anteriormente; pero su carácter religioso y moral no se encuentra en ningún grado que se corresponda, y sus hijos, siendo empleados con ellos a una edad temprana, pronto se instruyen en todo el heroísmo de la maldad y el pecado que se lleva a cabo por la noche: el padre ejerce poco control sobre el muchacho, y es considerado por él como si no tuviera más autoridad que los obreros que le rodean. Durante un corto tiempo, en el primer o segundo año, el muchacho va a casa, tal vez, regularmente por la noche; pero su salario aumenta, y siempre lo recibe él mismo, obtiene un poco más de lo que da a su padre, y gasta el resto sin que nadie le pregunte por qué o para qué: sigue su propio camino, sin que nadie le dirija o controle en nada; y a los veintiuno o veintidós años, es más parecido a la imagen de su padre en sus hábitos generales, de lo que nunca fue en el rostro mientras estaba en la cuna. Las tardes del padre se pasan yendo a algún club u otra reunión que se celebre en una taberna pública; vagabundeando, yendo con sus compañeros a alguna obra de teatro, o tal vez a escuchar a algún conferenciante sobre política u otro tema apasionante, siempre que la entrada sea gratuita. De vez en cuando, la esposa también le acompaña; pero, al hacerlo, es llevada a la compañía de los demás, y tratada con poco o ningún respeto, manteniéndose casi el mismo tipo de conversación; y el resultado es que, con demasiada frecuencia, si antes era una mujer con poco sentido moral, éste se ve así en peligro, y se rebaja sensiblemente por la asociación.

Si se les pregunta por su religión, la respuesta común es que son tan buenos como sus vecinos; y aunque, tal vez, se encuentren uno o dos que hayan sido educados en una escuela dominical, las verdades aprendidas allí, al no haber calado en sus corazones, son ahora comparativamente de poca utilidad. La esposa evita que su familia muera de hambre y, si es posible, les da un traje decente para el domingo; mientras que lo siguiente, extraído de los informes de nuestras prisiones, no es un suceso infrecuente: "Un niño de doce años de edad, esperando su juicio por delito grave, dijo: * Yo no estaría aquí ahora si mi madre hubiera estado viva; pero ella murió hace cinco meses. Estoy aquí por robar un par de zapatos. Los empeñé. Tenía la costumbre de ir a la casa de empeños. Solía ir casi todos los lunes por la mañana con nuestros trajes de ropa, los de mi hermano

y los míos, y los sacaba el sábado por la noche". Nos alegraría poder decir que esto era una excepción; pero ocurre más de lo que muchos se dan cuenta; la razón es que pronto se gastan el sueldo cuando lo reciben el sábado por la noche, ya que conservar algo de dinero durante la semana siguiente es una de las pruebas más difíciles a las que pueden estar sometidos.

Cuando les sobreviene una enfermedad, se les dan consejos y medicinas gratuitamente, o de parte del club; o a falta de esto, el cirujano debe esperar un poco a que le paguen; si es grave y lleva al niño, puede ser, cerca de la muerte, entonces se muestra algo más de preocupación; se manda llamar al misionero o ministro de religión, para que les dé alguna idea de un estado futuro. Si se trata de un niño pequeño que no ha sido bautizado, entonces se solicitan las formas de nuestra religión; todas las mujeres de la vecindad están en el colmo de la ansiedad para preguntar si está muerto; si es así, es una regla invariable para todos ver el cuerpo. Pero estos casos llegan a ser tan comunes, que no se produce mucho más que una excitación temporal, se oye un comentario pasajero como éste: "¡Ah! pobrecito, se ha ido como todos los demás; es mejor que detenerse en este mundo perverso, y algunas de las frases oídas en el lugar de culto, o de algún visitante amable, se mezclan con su conversación. La madre llora, el padre, puede ser, un poco también; el entierro pronto tiene lugar, y sus penas pasan en la suposición de que el niño está mejor. El club al que han contribuido proporciona más de lo que sus necesidades actuales requieren; y lo que debería ser una de las escenas más solemnes, termina en una ronda libre de la poción que ahuyenta sus preocupaciones. La escena se olvida pronto, tiende a frenar al marido tal vez de la bebida por un tiempo, pero él, pronto deshacerse de la atención aburrida, vuelve a sus viejas costumbres de nuevo. Si la madre muere, en lugar de uno de los hijos, sus pequeños lloran de verdad, ya que su único amigo se ha ido y se han quedado sin hogar: cuando son muy pequeños van con su abuela o con alguno de sus parientes, el padre contribuye un poco a su manutención, y se arrastran con poco o ningún consuelo por la vida. Muchos de los niños son atraídos a llevar hábitos de tal maldad y pecado, que la prisión es pronto su hogar durante una semana o dos; luego, vagando por las calles, se van de nuevo a alguna ciudad lejana, y pronto se vuelven lo suficientemente expertos como para ayudar al ladrón profesional.

El siguiente extracto abreviado del Informe de Prisión del Sr. Clay, Capellán de la cárcel de Preston, 1847, nos da una idea de la formación de muchas de las familias. Sabemos que no es el caso de todas las familias sin excepción; pero, ¿por qué engañarnos? por mucho que quisiéramos otra cosa, es un hecho tan general, variado en sus diferentes formas, que puede considerarse con seguridad como la norma de actuación. "J. G. nació de padres pobres: a los cinco años su padre valía 500 libras; era tranquilo, dormilón, aficionado a la bebida, buen escolar, y tenía doce hijos. Nunca me dijo que fuera a la escuela. Decir mentiras lo aprendí de mi madre. Ella hacía cosas que padre desconocía, ¡y me daba un penique para que no se lo dijera! El padre (al salir) dejó, a petición de la madre, algo de dinero para pagar a un hombre, y ella se escabulló escaleras arriba y dijo a los niños que dijeran que había salido. De los diez a los doce años solía ir a la cervecería, y me ponía a beber ágata, conseguía el dinero vendiendo las cosas de mi padre. Mi padre

nunca me castigó por todo esto, como debía haberlo hecho. Fui aprendiz de mi amo, que era tornero de metales; él me mandaba ir a la capilla; yo solía ir al campo, y decirle que iba detrás de él. A los dieciocho o diecinueve años, durante unos cinco, anduve de un lado para otro prometiendo matrimonio, consiguiendo dinero y gastándolo en bebida; al fin volví apto para todo mal. Me casé, y seguí por el mismo camino, engañando a mi mujer y a mis hijos. Solía llevar al niño, cuando tenía cinco años, a la taberna, y emborracharlo con brandy y cualquier otra cosa que yo bebiera. Uno más joven podía hacer bien de borracho en el suelo. En los últimos tres cuartos de año he aprendido a mi mujer a beber cuando venía a buscarme a casa; ahora puede, aunque antes era bastante reacia a ello, y entonces los dos nos íbamos a la cama borrachos. El niño decía: "Mamá, ¿estás borracha? ¿Estás borracho como mi padre? A veces, cuando íbamos por las calles un domingo (un compañero y yo), veíamos a unos hombres predicando, y él decía: "A ese tipo hay que matarlo a pedradas", y lo habría hecho si hubiera sido de noche. Pues bien, seguimos así hasta que sucedió este trabajo, como sigue: saltando un muro para robar unos patos, un hombre se levantó y huyó, y dejó un haz de piezas de lana; vi directamente que eran robadas, así que las cogí; vendí una por 38 s., y la otra por 38 s.". M." El Sr. Clay comenta sobre lo anterior, "este hombre escuchó varios sermones, y al final es de esperar que se arrepintió, y ahora sigue adelante (ocho meses) de una manera muy satisfactoria." Muchos pueden argumentar que éste no es el carácter promedio, pero nosotros decimos que los principios y opiniones que guían y operan aquí, en su mayoría trabajan para producir efectos no muy diferentes.

De los mecánicos cuyos oficios no requieren tanto gasto de fuerza física, encontramos, (aunque algunos son reducidos por la bebida a la misma condición que todos aquellos sobre los que obtiene su poder) que un gran número son hombres que llevan una vida bastante diferente. Ingenieros, constructores de molinos, y aquellos que trabajan en nuestras fábricas de algodón e imprentas, etc., cuyos hogares tienen un poco más de aspecto de limpieza y sobriedad; se gasta una gran cantidad de dinero en licor, y no es raro que se emborrachen en ocasiones festivas; sin embargo, debido a su educación previa, y las actividades a las que se dedican que requieren un poco de pensamiento y habilidad, se encuentran hombres de inteligencia y educación, y que avergonzarían a muchos de la clase media. Su información ha sido principalmente, si no toda, adquirida desde que dejaron la escuela; con unos pocos ha sido bien fundamentada; pero los demás han obtenido la suya leyendo los periódicos, novelas, y algunas de las publicaciones periódicas más pequeñas del día. Es un placer conversar con los primeros, que discuten con calma y tranquilidad los acontecimientos que pasan constantemente ante nosotros, sin demasiada consideración egoísta por su clase: y aunque ayudaríamos a todos en la búsqueda del conocimiento, no podemos dejar de señalar que los últimos son hombres que tienen mucho que decir contra las viejas molestias, que a primera vista pueden parecer defectos de los que están en el poder, pero que en muchos casos son los efectos de la ignorancia de los que dejan atrás en su progreso. Sólo conocen la superficie de los asuntos, y no se toman la molestia de investigar los argumentos de sus oponentes sobre las cuestiones controvertidas del día; de modo que siempre están insatisfechos con los

hombres en un mejor estado de vida, y nunca les dan crédito por hacer algo correctamente. Presumen que está en manos de los que tienen autoridad hacer todo lo posible para mejorar su condición; y a partir de una concepción totalmente errónea de los hombres y los principios, arremeten contra todas las instituciones existentes, olvidando, o sin preocuparse de recordar, que el orden es y siempre debe ser uno de los principales fines para los que se establece el gobierno. Su información sobre algunas cuestiones es grande; pero, al considerar el conjunto de la sociedad, pasan por alto el funcionamiento de las mentes de los hombres, y la información comparativamente limitada de que ellos mismos disfrutaban, en comparación con los que están al timón de los asuntos: aunque esa información completa que poseen los que gobiernan, no siempre se ha utilizado con la mayor liberalidad y para el mayor beneficio de la sociedad.

Están acostumbrados a trabajar con gran prisa, todo en movimiento para ganar tiempo y velocidad; apenas se piensa en el fin, ya debe estar presente; y este mismo principio de acción es aplicado por ellos cuando se trata de asuntos religiosos o políticos, estando siempre listos y dispuestos a gritar contra los defectos que todos pueden ver, pero que no está en el poder de un solo cuerpo de hombres remediar. Al principio, la reforma de la política era algo que, por desconocimiento, apenas sabían cómo manejar; pero ahora están empezando a ver un poco más del secreto del poder, y están planeando sus planes para obtenerlo. Las grandes montañas políticas debían haber sido removidas con unos pocos guijarros pequeños lanzados contra ellas por una compañía selecta, cuyos ojos acababan de despertar a los grandes obstáculos que impedían el progreso de la sociedad: pero ahora nos alegramos de ver un método más sobrio y firme de hacer frente a estos múltiples abusos; han comenzado a calcular la verdadera cantidad de resistencia que hay que superar, y se está preparando una base adecuada a tal estructura, desde la cual se lanzarán las armas de la verdad, y producirá el efecto deseado de iluminar a la sociedad, y reformar todas nuestras instituciones políticas. Podemos esperar que lo que se ha hecho por estos medios en tan poco tiempo no sea más que el prelude de escenas más brillantes y días mejores. Es cediendo un poco en un punto, y ganando así un poco en otro, por la concentración de esfuerzos, de conocimientos y de hechos que cada día salen a la luz, que se está robando gradualmente una marcha al gobierno que, aunque no lo reconozca con tantas palabras, atestigua su verdad con sus acciones.

La formación y el gobierno de la familia progresan muy lentamente; los niños van a una escuela diurna y tal vez a una dominical, pero para este propósito se requiere un esfuerzo constante y un celo incansable, por parte de muchos que no tienen ninguna conexión familiar con ellos, simplemente movidos por el bienestar general de la sociedad; ya que rara vez se ve entre los padres ese interés por el mejoramiento de sus hijos, que deberían sentir los que sostienen esa importante relación. Considerar a la familia como un pequeño mundo en embrión, estudiar sus temperamentos, dar a cada uno alimento saludable para los afectos y la mente, y la corrección adecuada a cada uno a su vez, son cosas casi desconocidas para ellos. La información obtenida fuera de casa rara vez se lleva a casa y se transmite de manera que prepare a los niños, cuando tengan que trabajar lejos de las restricciones del hogar, para seguir un curso honorable tanto para el niño como

para el padre, para el padre y para la sociedad. No hay conciencia del poder que cada padre posee al tener el mando sobre tantas pequeñas criaturas inteligentes, con sus diversos talentos; y que, cuando se desarrollen plenamente en la edad adulta, aún se someterán a su experimentada influencia, si se les presta la debida atención en la juventud; y brillarán con más resplandor en la sociedad de lo que el padre jamás podrá esperar. Estos son los que quieren guiar y gobernar la nación, cuando cada día trae la prueba de que no guían ni gobiernan lo que se les ha confiado; sin embargo, todavía esperamos que la atención prestada a la política, por un arreglo adecuado, conduzca a la cultura de su propia moral, y la de sus hijos; porque no sólo una es compatible con la otra, sino que ambas, para ser de buen servicio a la comunidad, deben trabajar juntas.

Otra parte no se dedica tanto a la política o a leer el periódico como a interesarse por alguna sociedad de construcción, de préstamos o de otro tipo, con el fin de aumentar su pequeña reserva de dinero y esperar las depresiones del comercio. Tienen algún trabajo en casa para divertirse o para obtener beneficios, lo que les hace algo más sociables y cuidadosos con sus hijos; sin embargo, incluso entre ellos no se genera ese respeto por la autoridad de los padres, que, cuando más se necesita, debería actuar sobre el muchacho que acaba de salir del círculo familiar para entrar en el mundo; puede llevar más tiempo que uno de ellos se desprenda de la educación del hogar; pero, por extraño que parezca, no es una excepción a la regla, ya que pronto declina con los demás hacia las costumbres propias de su sociedad. Oh, por esa educación religiosa, instrucción y entrenamiento de las mentes, corazones y cuerpos de los niños y jóvenes de nuestros pobres, que debe estar basada en verdaderos principios cristianos, apoyada por firmeza cristiana y llevada a cabo con la inteligencia y el pensamiento que usamos en nuestros asuntos comunes de la vida diaria.

Pocos de estos mecánicos inteligentes y educados visitan nuestras capillas e iglesias. La casa de Dios para ellos no es una casa de oración: confiando en sus propias buenas acciones, muchos pasan de esta etapa de la existencia con una débil perspectiva de la bienaventuranza eterna. El sábado lo pasan, si no trabajando, sí continuando con las mismas actividades mentales y de lectura que ocupan su atención en sus horas libres durante la semana, o visitando a sus amigos para preparar alguna reunión durante la semana siguiente.

La religión con ellos no es de fe sino de vista: la verdad es que la materia es su principal estudio. Con los principios tienen poco que ver, y cuando es así, creen que todo ha de efectuarse mediante ciertas operaciones mecánicas sobre las mentes de los hombres: poco dispuestos a tener en cuenta la solución del problema más difícil, el efecto de éstos en combinación con las pasiones y afectos variables de los corazones de los hombres. Si miran el calendario carcelario, es para ver la proporción de la pena con la magnitud del delito, aunque estas cosas causan poca impresión, salvo cuando los delitos cometidos son de carácter político.

Entre las familias de los mecánicos hay muchas de las numerosas modistas y obreras de las fábricas, que no siempre carecen de agudeza para los negocios, diríamos que de inteligencia y educación; pero a esto se le ha prestado generalmente menos atención que

a la de sus hermanos; y, después de una enseñanza tan escasa, ¿qué podemos esperar? Por mucho que el gobierno haya contribuido a la mejora de los obreros de las fábricas, aún queda mucho por hacer mediante el esfuerzo voluntario e individual. La madre, ignorante de la gran responsabilidad que recae sobre ella al educar a sus hijos, y sabiendo con qué poco respeto estaba acostumbrada a tratar a sus propios padres, deja que sus hijas sigan su propio curso, sin apenas darles consejo; o, si lo hace, lo hace con una frialdad que no está calculada para tener ningún efecto en la mente de la muchacha.

La instrucción y educación de estas personas, que forman una parte tan grande de la comunidad, y que son tan descuidadas en su juventud, es un tema que todavía no ha atraído la atención del filántropo. Mientras que en todo lo demás hemos progresado en cierto grado de armonía y coherencia, nos hemos quedado muy cortos en este caso particular, y esto ha producido un efecto muy nefasto en la sociedad. A la mayoría no le gusta leer, y la historia es poco conocida, pues lo que se aprende en la escuela se olvida pronto en el ajetreo de la vida: Los periódicos no se leen con frecuencia, de modo que no tienen otro medio de mantenerse al día y ampliar sus conocimientos que la conversación casual de sus amigos; y lo que de lógica y penetración general en los principios de las acciones de la humanidad se conoce entre sus compañeros del otro sexo, es para ellos totalmente inexistente, de modo que son incapaces de detectar muchos artificios, insinuaciones plausibles, o las trampas engañosas con que a menudo son atraídos. La facultad de razonar del hombre, cuyo desarrollo es tan necesario para todo progreso en la sociedad, no es tan deficiente en ellos como lo es el entrenamiento para ejercer su influencia dominante sobre todas sus acciones; y las familias sienten demasiado el efecto de esta negligencia en la vida inmoral que muchos siguen. Algunos pocos están, en nuestras escuelas dominicales, ayudando en la gran obra de la extensión y educación religiosa; y verdaderamente esto es bueno: todo lo que podemos esperar es que pueda haber tantos miles como ahora hay cientos, y que la autoeducación, incluso aquí, pueda ser cultivada más plenamente.

Nuestros policías y porteros de ferrocarril, etc., son hombres generalmente de hábitos más templados, estando obligados a tener un carácter antes de ser admitidos en sus respectivos cargos. Son hombres de un grado tolerable de inteligencia y educación, y sus hogares son los correspondientes a la mejor clase de obreros, laboriosos y cuidadosos. Sus hábitos son más regulares que los de cualquiera de los que hemos hablado antes, lo que es ocasionado por su trabajo, así como por esa moderación que se encuentra en un grado tan beneficioso para todos los de la clase más pobre. Entre esta porción hemos ilustrado poderosamente el beneficio de las recompensas por buena conducta, en la esperanza que disfrutaran muchos de alcanzar cargos más confidenciales y lucrativos, así como las futuras rentas vitalicias que con frecuencia están en perspectiva cuando les llegue la vejez.

Pero para pasar a nuestros taxistas, ostlers, etc., que forman otra gran clase: los hombres que son grandes frecuentadores de nuestras casas públicas, y, por todo lo que podemos juzgar, ayudan, en gran medida, en este comercio demasiado extendido. Se dedican a ocupaciones continuas y no encuentran tiempo para asistir al culto divino el

sábado, lo cual es a la vez un obstáculo para toda mejora religiosa; y creemos que hay menos de ellos que reconozcan alguna religión que de los que pertenecen a las otras secciones de pobres. Este tema requiere la atención de todos los miembros de nuestras iglesias cristianas, y la consideración especial de aquellos cristianos que tienen el hábito de usar tanto sus medios de transporte en lo que debería ser un día de descanso para todos los hombres; porque aunque pueda decirse que pueden servir a Dios tan bien en la cabina o en el establo como en el lugar designado para su culto, no encontramos que ellos mismos lo practiquen, de lo contrario, ¿por qué animar a nadie a venir a escuchar el Evangelio? Al conversar con ellos hemos observado que a muchos se les pide que lleven a la gente a la iglesia o a la capilla unos minutos antes de la hora señalada para el culto, cuando sería completamente inútil que intentaran ir ellos mismos; porque el culto es tan corto, que para cuando han llegado a casa y regresado al culto, se les pide que se preparen para llevar tal vez al mismo grupo de vuelta. Seguramente, lo menos que nuestros amigos pueden hacer en tales casos de necesidad, que pueden ocurrir a veces, es darles la oportunidad de asistir ellos mismos. No podemos dejar de pensar que la consistencia en estos asuntos tendría un efecto muy grande en hacer un bien esencial a la causa de Cristo: si las partes que requieren carruajes usaran sólo los que se obtienen por orden de los establos, en lugar de los que están parados en las calles todo el día, y luego les dieran el tiempo necesario para ir o regresar del culto, siendo un poco pacientes en sus demandas, se podrían remediar muchos males que ahora nos ofenden en otras formas de profanación del sábado. Si se necesitan hombres públicos, entonces que sean enviados, como lo son muchos de nuestros cirujanos, que frecuentan el culto de Dios casi tan regularmente como cualquiera de las otras clases de la sociedad. Demos a los hombres la oportunidad de servir a Dios, y nuestro deber no se verá comprometido por su inasistencia; y podremos notar más plenamente su carácter moral y religioso, que en la actualidad, debido a los obstáculos que se interponen en sus caminos para tal mejora, está muy por detrás de muchas de las otras porciones de la comunidad.

En su mayor parte son hombres que, en proporción a sus salarios, poseen, suponemos, la menor cantidad de instrucción e inteligencia de cualquier parte de la clase trabajadora; esto no es sorprendente, ya que muchos han comenzado a trabajar a una edad muy temprana y están excluidos de las otras clases de la sociedad. Muy pocos saben leer y escribir, por lo que son fácilmente inducidos a la huelga por los que pretenden saber mucho de actividades comerciales; se forman sindicatos para llevarlas a cabo, como es el caso de otras clases trabajadoras, a los que se adhieren cuando trabajan para poder aguantar más tiempo, cuando, según sus ideas, las peleas con sus amos son necesarias. Todavía no pueden ver la locura de hacerlo; la amabilidad, la firmeza y la discusión no sirven de nada; la ignorancia produce terquedad, y unos pocos de su propia clase que tienen un gran don de elocuencia divagante, con poco conocimiento de los asuntos, ejercen más control sobre ellos, que todas las persuasiones del arte, o los argumentos de la razón y la verdad, cuando son utilizados por sus amos. Hay una pequeña minoría que no pertenece a estos sindicatos; y como los obreros durante las huelgas han sido contratados para hacer la parte mecánica de su trabajo, esta minoría está aumentando:

pero si intentan trabajar, no se contempla mucho menos que su muerte; y sobreviene una escena que pone en funcionamiento todas las pasiones de odio e ira que uno podría haber esperado que pertenecieran sólo al indio americano o al guerrero africano.

La siguiente es una ilustración práctica de la forma en que se llevan a cabo algunas de estas afrentas, extraída de los Informes de los Comisionados de Minas para 1846, Distrito de Northumberland y Durham. "La huelga comenzó el 5 de abril de ese año (1844); en ese día casi la totalidad de las personas empleadas bajo tierra en estos dos condados, que ascendían a más de 22.000 hombres y niños, dejaron de trabajar; y no fue hasta *finales* de julio que reanudaron su trabajo en su forma habitual, y en los términos de sus amos.* Fue la cuarta gran perturbación del trabajo que había ocurrido en ese distrito desde 1826."

* Las consecuencias del movimiento se han desarrollado plenamente para todos los implicados.

Sobre la huelga, el informe continúa diciendo: "La intimidación fue en muchos casos de tipo violento. Por la noche se dispararon armas contra las ventanas de las casas. Los hombres que se negaron a unirse a la combinación fueron maltratados en el trabajo o de camino a él; sus jardines fueron destruidos, o sus herramientas les fueron arrebatadas y rotas; un hombre fue arrojado por un puente de veinte pies de altura, al lecho rocoso de un arroyo; y los desafectos recurrieron a diversas molestias de menor importancia".

La exclusión de los niños menores de diez años y de todas las mujeres está funcionando para bien, ya que las mujeres están ahora más ocupadas que antes en atender a sus familias, lo que ya ha mejorado considerablemente su condición; pero llevan tanto tiempo acostumbrados al trabajo y tan arraigadas están sus costumbres, que tendrán que pasar algunos años antes de que podamos ver entre ellos esa marcha de mejora que podríamos desear. En muchos casos, sus hogares están mucho más limpios, y ocasionalmente se da instrucción a sus hijos; sin embargo, muchos tienen una total indiferencia por esto, y no se preocupan por su futuro bienestar. Del informe de 1845 se desprende que "en la mina de Flockton (distrito de West Riding) hay cuarenta y nueve niños y cincuenta y nueve niñas de entre cinco y diez años (es decir, antes de que los niños puedan ir a trabajar), de los cuales veintiuno y veintitrés asisten a escuelas diurnas; por consiguiente, veintiocho niños y treinta y seis niñas (sesenta y cuatro de un total de ciento ocho) crecen sin recibir instrucción en escuelas diurnas". Esto no se debe a la pobreza, o entre aquellos que son los más ignorantes, como se puede ver en la siguiente circunstancia que ocurre en la misma mina, (según el mismo informe.) "W. Watson, que fue representado como bastante por encima de la media en el punto de la inteligencia, fue (antes de la ley de 1842) recibiendo 14s. por semana para sus hijos; 6s. por la niña, 5s. por el varón mayor, y 3s. por el menor; la niña y el varón menor, que no tenía diez años, tuvieron que marcharse entonces; permaneció fuera de la mina un año, durante el cual no fue a una escuela diurna, porque él (el padre) no podía pagar por él, aunque con el otro varón ganaba 23s. por semana, menos gastos 1s. 9d. por semana, salario neto 21s. 9d. por semana; pero pocas semanas después, la niña recibía 6d. al día, lo que hacía 24s. 9d. a la semana, y aunque la escuela costaba sólo 2d. a la semana, dijo, no obstante ' repito lo que dije antes, que no podía con esos ingresos permitirme enviar a mi hija menor

a una escuela diurna. Tengo una casita de tres habitaciones y un jardín de veinte varas; el alquiler de ambas cosas juntas es de 1 s. 5d. por semana. Obtengo una buena cantidad de productos de mi huerto". Esto, pensamos, es suficiente para demostrar que los hábitos, tanto sociales como morales, de tales hombres no pueden ser sino degradantes para la sociedad, y que cuando son llamados a la actividad pública, como en las huelgas, ejercen una influencia tan desordenada.

Así como son con la educación de sus hijos, también lo son con su religión; muy pocos saben o se preocupan por ella, y como consecuencia natural, una gran inmoralidad prevalece entre ellos. Las casas públicas, con todas sus asociaciones, ocupan gran parte de su tiempo; aunque es agradable ver aquí y allá, lo que el escritor hizo en una de las minas de carbón, el comedor (cuyas paredes, techo y piso eran de carbón) apartado todos los días después de la cena para el servicio de Dios; de lo cual hay razón para esperar, que todo esfuerzo no es en vano en el Señor para lograr un mejor estado de cosas. La ley y los reglamentos harán mucho al eliminar muchos obstáculos para la mejora de la generación naciente, pero nunca se puede esperar que curen el alma y detengan el progreso de la irreligión. En algunas obras, se ha abandonado en gran medida el juramento, por lo que se impone una multa; y aunque los que están a cargo de la fosa sean hombres impíos, descubren que esto es una gran prevención para muchas disputas, y opera como un freno para todos ellos. En algunas partes se puede ver un pequeño grupo de abstemios; pero esto, como con la mayoría de las otras sociedades para su mejora, depende mucho de aquellos que los gobiernan en asuntos de negocios.

Nuestros marineros y soldados piden unos comentarios.

Los marineros son con frecuencia aquellos que han perdido a su padre, y teniendo el deseo de ir al extranjero y ver el mundo, son enviados al mar; generalmente son aprendices cuando son jóvenes, y llevan, como es bien sabido, vidas de carácter disoluto, y se entregan a los mayores excesos. El muchacho abandona su hogar justo en la edad en que su carácter se formará principalmente por el de sus compañeros; y al salir puede ser para un largo viaje, aislado de cualquier otra sociedad que no sea la del barco, sus hábitos y conversación pronto se asimilan a los de ellos; de modo que el trabajo y el peligro del viaje pronto se olvidan cuando llega a tierra, y se encuentra con cualquier cosa para complacer sus pasiones y su imaginación, mientras que no tiene nada que lo controle, sino una libertad ilimitada a la que podría tener en casa. Un par de viajes, y se convierte en el marinero, abierto y franco, pero acostumbrado a poco que sea bueno, pero todo para desviarlo del camino correcto. Se dice que son hombres muy diferentes de los que eran hace veinte años, y nos alegra ver a algunos que, al llegar a puerto, muestran hábitos más previsores, depositando algún dinero en la caja de ahorros: uno de los cuales, según oímos recientemente, había reunido 200 libras esterlinas en ocho o diez años, y cada viaje aumentaba su reserva; pero hasta ahora, ésta es una excepción solitaria, pues son fácilmente engañables, pobres tipos: no podemos decir de ellos, como de muchos de los ladrones londinenses, que sean "tipos bien despiertos". El ilimitado deleite con que se saluda a tierra y los placeres que se abren al marinero después de tanto tiempo excluido de la sociedad, exigen la mayor prudencia y cuidado, ya que los cambios repentinos son

difíciles de afrontar con seguridad para los hombres de mente más preparada. Por lo tanto, el resultado de su ocupación, así como de tener a su disposición tanto dinero después de estar sujetos a muchas regulaciones estrictas, es que se permiten el pleno disfrute de sus sentimientos, sin mucha consideración por el futuro. Muchos de ellos pierden todo el dinero que han ganado con tanto esfuerzo, a veces de diez a cincuenta libras, en un solo día, a causa de sus asociaciones en tierra; y luego son arrojados al mundo en la mayor indigencia. Hay quienes acechan para atraparlas en matrimonio, y es bueno para el marinero, si escapa de la red de la esposa de otro hombre, que no pocas veces se declara soltera, aprovechar la asignación mensual que recibirá al convertirse en su esposa, aunque, al mismo tiempo, reciba otra asignación de su marido que está en el mar. De este modo, se ha sabido de una mujer (por monstruoso que parezca el hecho y apenas digno de crédito) que ha llegado a recibir siete mensualidades diferentes al mismo tiempo de otros tantos marineros. Los numerosos trucos con que son engañados no pueden ser relatados aquí; baste decir que no se requiere una fe ordinaria para dar crédito al testimonio de aquellos que nos han revelado las prácticas de los tiburones de tierra; éstos están siempre alerta para robarles todo, aunque los métodos más depravados deban ser adoptados para lograrlo. La concesión de bebidas alcohólicas, que antes era tan habitual, se ha abandonado en gran medida, y se ha comprobado que esta práctica es muy beneficiosa para la conservación del orden entre la tripulación, así como para salvar muchas vidas y barcos, pues está bien comprobado que la pérdida de muchos barcos se ha debido a la falta de sobriedad de los que estaban al mando.

Los soldados son generalmente aquellos que, por un imprudente curso de vida, no encuentran forma de ganarse la vida. Muchos están, en nuestros pueblos, literalmente atrapados por algunas cintas de colores endebles, un poco de bebida y los encantos de la gloria unilateral. Pocos ingresan en el ejército por un amor largamente acariciado por este tipo de vocación, como pueden probar plenamente los cebos que se ofrecen en muchas de las casas públicas; y es una lástima que el gobierno, cuyas acciones deberían ser un ejemplo para sus súbditos, se vea obligado a llevar a cabo su guerra a expensas de toda moralidad, justicia y religión. Si hay honor en la muerte de un soldado, por qué no ha de haberlo en el nacimiento de un soldado al entrar en el ejército. Tal vez estén mejor instruidos que los marineros y, en general, sean más avisados por sus hábitos anteriores, por haber visto más sociedad; pero todos los que conocen sus hábitos y los ven en los cuarteles y en privado, así como en los desfiles, saben que, al convertirse en soldados, tienen el doble de influencia para el mal que antes. A los ojos del público está el comportamiento moral externo general; sin embargo, si hemos de creer a aquellos, sus propios compañeros, que están en posición de ver, pero no de relatar al público todas las circunstancias que ocurren, se desarrollan escenas que sólo muestran la depravación completa del hombre; y cuyos efectos, en muchos casos, rezuman desde sus escondites. Un célebre general dijo muy bien que "los que tienen buenas ideas sobre la religión no tienen nada que hacer en el ejército, pero creemos que también podría haber dicho que los que tienen alguna idea digna del nombre de religión nunca entran en el ejército; y el que, cuando se convierte a la religión cristiana, apenas sabe cómo levantar la cabeza ante

la persecución y la inmoralidad".

Al hablar de nuestras clases trabajadoras, creemos conveniente no pasar por alto la práctica de aquellos que más sistemáticamente desafían todas las leyes de Dios y del hombre. Hablar de su condición moral, social y religiosa parece casi absurdo; y aunque todas las clases de la comunidad ayudan en cierta medida a llenar sus números, es con los asociados de los pobres con quienes tenemos que ver.

Los ladrones son aquellos que en su juventud han sido descuidados, endurecidos por una severidad demasiado grande, o cuyos padres no son lo bastante firmes para refrenar el brote de la maldad. Los carteristas de Londres, que forman una porción tan grande, son aquellos que, no estando dispuestos a soportar la restricción, han huido de la casa de su padre, o de su aprendizaje; o cuyas madres han muerto, y sus padres, hombres borrachos y ociosos, les han ordenado en sus negocios, robar, o los han dejado para seguir las seducciones de los ladrones más experimentados: o, puede ser, que sean los hijos de aquellos que están siguiendo una carrera peor que la de ellos mismos. No hace falta decir que "la experiencia en esto, como en todo lo demás, hace perfectos a los que han estado en la cárcel más de una docena de veces, y al fin son transportados. Muchos van a mendigar, vendiendo luciferos y recogiendo peniques de cualquier manera que puedan; o robando en tiendas; y, como es natural suponer, se están entrenando para formar la próxima generación de saqueadores de la sociedad. Lo que sigue, extraído del informe del Sr. Clay de 1847, capellán de la cárcel de Preston, dará una pequeña idea de su adiestramiento:" R. S. era hijo de padres que solían rezar por él. Solía (dice) maldecirlos, darles puñetazos y saltar sobre sus espaldas cuando rezaban a Dios para que salvara mi alma. Le decía a mi madre: "¿No vas a darme dinero, demonio? Si no lo haces, te echaré de casa". Así que ella dijo: "Te daré tres peniques". "J. T. 'Después del primer año de mi aprendizaje, tuve mi dinero para el bolsillo. Me escapé de mi aprendizaje. Conseguí trabajo; me casé; pero era tan salvaje como siempre: me emborrachaba, y al final, por robar, me encarcelaron".

Durante el día suelen andar por las calles; por la noche duermen en algún hospedaje bajo, pagando dos peniques por su cama, o, en muchos casos, debajo de carros, sobre paja, o dondequiera que encuentren un lugar donde esconderse: nunca se piensa en la escuela. Una visita a sus lugares de residencia permite hacerse una idea de su modo de vida. En una visita personal con un misionero, encontramos, en la vecindad de un refugio nocturno, a ambos sexos, de todas las edades, de pie, hablando, riendo y divirtiéndose a su manera. Los mayores, que estaban un poco mejor vestidos, estaban fumando; y los más jóvenes, algunos de sólo ocho años de edad, con las manos en los bolsillos, o jugando a lanzar y lanzar, esperando la noche, cuando pueden realizar mejor su trabajo: algunos vestidos con harapos, que uno supondría que no podrían aguantar más que el día. Mientras siguen esta vida viven en un estado de lo más desmoralizador. Lo que se considera malo, muy malo, entre las otras clases de pobres, tiene con ellos una especie de heroísmo moral, del que ningún poder puede avergonzarlos por completo; pero el evangelio, incluso aquí, cuando las leyes existentes se muestran impotentes, se encuentra para redimir y salvar. El Informe de los Misioneros de la Ciudad de Londres,

correspondiente a 1844, relata el resultado de la asistencia de cuatro jóvenes a la reunión de oración celebrada por su devoto misionero, el Sr. Jackson. Dos habían estado en prisión seis veces, uno cinco y el otro tres; uno era un notorio ladrón de casas. Todos se encontraban en condiciones miserables, pero estaban vestidos. "El misionero los veía diariamente en su propia casa, y exhortaba, instruía y oraba con ellos. Fueron sometidos y ganados por la bondad. La rueda de molino y la prisión no habían logrado reformarlos; pero el Evangelio, de labios de un misionero devoto, acompañado del poder divino, creaba repugnancia por sus pecados y por las consecuencias que les habían acarreado." Pero la masa sigue siendo la misma; el tiempo por sí solo nunca la desgastará.

Los mendigos son casi semejantes a éstos. De todos los pobres, éstos son los más descarados y con los que peor tiene que tratar el misionero. Cultivar el arte de la mendicidad es su oficio, pero de vez en cuando bajan a cruzarse en la calle y venden unas pocas lucifers. Son en su mayor parte irlandeses, que viven juntos en algunos de los peores lugares de nuestras ciudades, y siguen su propia profesión, cualquiera que sea el estado del comercio: sin embargo, no es de suponer que sean los más necesitados de los pobres realmente angustiados, ya que el siguiente ejemplo, que me ha sido dado por una autoridad indudable, convencerá a nuestros lectores de lo contrario: -Un hombre, después de haber terminado su día de trabajo, es decir, de pie mendigando hasta casi el anochecer, compra un poco de té, pan, carne, etc., disfruta de su comida, se cambia de ropa, se lava y se va con sus compañeros al teatro.-Se sabe que ésta ha sido su costumbre durante mucho tiempo; y aunque puede que no todos tengan tanto éxito, ya que, por supuesto, habrá quienes no sean tan hábiles como para hacer un trabajo tan bueno durante el día, de cuarenta o cincuenta familias visitadas en una localidad, se encuentran cuatro de cada cinco que son mendigos, y todos ellos lo reconocen sin mucha vergüenza; y ahora que está siendo reprimido por la policía, dicen que no saben qué hacer para ganarse la vida. Las nueve es una hora temprana para desayunar con ellos, y las diez y las once son las horas de moda para ir a sus negocios. Estos mendigos vagan de ciudad en ciudad, y no son menos temibles que muchos de los ladrones; un sistema no es sino un aliado del otro. Algunos de ellos han sido reclusos de muchos de los sindicatos y asilos del país mediante estratagemas y estratagemas bien ensayadas. La información sobre estas estratagemas se transmite de una banda a otra, en cuanto al mejor método a adoptar para conseguir entrar en los lugares de refugio o en el hospicio de la ciudad a la que viajan. De este modo se convierten en comerciantes habituales de la comunidad y viven, si no de sus logros literarios, sí del ingenio de sus propias mentes.

El deplorable estado de una parte del sexo femenino exige algunos comentarios. Su carrera es descendente, y todos los refugios del vicio y la maldad están abiertos para su recepción. Muchas de las que al principio han despreciado rebajarse, al cabo de muy pocos años se ven reducidas a la peor condición. Es asombroso ver cómo la naturaleza humana puede caer y elevarse; cuando contemplamos por un lado la excelencia cristiana de muchos miembros devotos de nuestras iglesias, y volvemos a mirar por el otro a esta clase de individuos. Por lo que se puede juzgar, a partir de la mejor información, tres cuartas partes de ellos tienen menos de veintiún años de edad.

En nuestras grandes ciudades donde hay salas de concierto en conexión con los palacios de la ginebra, se les encuentra congregados en número, nerviosos con la bebida, para aparecer en público con elevado espíritu; sin embargo, cuando se les lleva a sí mismos en secreto, están abatidos y desanimados, muchos han declarado que están obligados a participar de estas bebidas para que les hagan olvidarse de sí mismos por un tiempo. Para demostrar que no están completamente muertos a todo sentimiento de verdad, cuando se les habla de una manera solemne, el misionero antes mencionado, me informó que habiendo visitado una casa un día donde nueve de ellos estaban en la habitación, cerraron la puerta, con la intención de retenerlo allí; pero él, al ver una Biblia, la abrió y se dirigió a ellos, cuando todos bajaron la cabeza; tres lloraron mucho, y uno, al menos, es ahora un buen miembro de la sociedad. No, por todas las circunstancias que ocurren cada día entre los más dignos de lástima de nuestra raza, no dudamos de que decimos la verdad cuando afirmamos que sienten las punzadas del pecado más que el blasfemo, el borracho, el ladrón o muchos asesinos. La mujer, aunque despierta a todo lo que es malo, todavía tiene un alma de mujer dentro de su pecho; y el recuerdo de la felicidad sobria aguijonea la conciencia a menudo y con frecuencia; mientras que de muchos se puede decir con verdad, que su corazón es de piedra, y sus sentimientos abrasados como con un hierro al rojo vivo.

Estos son miembros de la sociedad, que desde su juventud, cuando son virtuosos, reclaman, como justamente deben esperar de sus manos, algunos privilegios debido a su edad y a la debilidad de su sexo; sin embargo, ahora en su miseria no tienen ninguno. La familia no sólo las abandona en el momento en que más ayuda necesitan, sino que, despreciándolas de inmediato, las arroja a un montón común de parias; no les queda ni un solo amigo en la tierra. El cristianismo puede servir para otros; pero, para éstos, la vergüenza de estar unidos por lazos familiares destruye todo lazo social, todo esfuerzo por evitar que se arruinen aún más o por rescatarlos de su condición. Madres de Inglaterra, aún son vuestras hijas. Hermanas y hermanos de Inglaterra, todavía son vuestras hermanas; y como tales, para evitar la actual maldición sobre nuestra tierra, deben ser tratados, antes de que podamos esperar levantar al gran cuerpo del pueblo, y ejemplificar prácticamente que estamos deseosos de perdonarles sus ofensas, así como nuestro Padre celestial nos perdona nuestras ofensas. De esta manera el Evangelio, todo el Evangelio, y nada más que el Evangelio, minará el reino de Satanás y demostrará su eficacia para ganar muchas almas para Cristo.

CAPÍTULO II.

PRINCIPIOS DE LA CLASE TRABAJADORA.

¿Quiénes son éstos? — Cómo usan sus poderes — Sus principios — Indulgencia de las pasiones — Efectos — Socialismo — Infidelidad — Hombres fáciles — Hombres activos — Cristianos-Imprudencia — Clase aislada — Estas cosas no pueden permanecer como están.

Viendo, pues, estas cosas, y deseando considerarlas con espíritu cristiano y según el plan evangélico de salvación, nos preguntamos: ¿Es deseable que tal estado de cosas exista entre las clases trabajadoras? Para algunos tal vez lo sea; pero para el verdadero patriota, que desea el bienestar de su país, creemos que debe ser de otra manera. Al traer estas clases a nuestras mentes en una forma algo concentrada, encontramos que más de la mitad son hombres y mujeres que, si saben leer, no son capaces de hacerlo con ningún grado de placer para ellos mismos, como para obtener mucho beneficio de ello, o para mejorar su propia condición o la de la sociedad. Ya sea que esto se considere o no un logro, sin embargo, en la actualidad se admite generalmente que es tan necesario, que es imposible mejorar la condición de cualquier persona sin él. En cuanto a la escritura y el cifrado, la mayoría los desconoce por completo. Pocos son los que tienen algún dominio sobre sus propias pasiones o afectos; en muchos casos son ingobernables por sí mismos, siendo sólo reprimidos por circunstancias externas: y aquellos que no pertenecen a la multitud, se permiten ocasionalmente caer en excesos, aunque quizás no en igual grado. El amor a la bebida y la indulgencia sin licencia de sus pasiones son dos características predominantes. La mayoría de los que son educados, se enorgullecen tanto de sus logros intelectuales, que olvidan que no son más que criaturas limitadas: reducirían todas las leyes y poderes de un Dios infinito a la comprensión de la mente finita del hombre. Y, resumiéndolo en pocas palabras, podemos decir que hay ignorancia, imprudencia e inmoralidad en gran parte; negligencia de las reglas de la familia, y de aquellos deberes que Dios ha ordenado para el hombre; y donde no hay lo primero, rara vez hay lo segundo. Si es deseable que los pobres continúen en su condición actual, entonces los principios en que se basa deben estar en armonía con nuestro juicio, y llevar el apelativo de lo que es bueno. ¿Y qué es la ignorancia, sino oscuridad mental y falta de conocimiento? Es ignorante quien tiene el poder de ver y comprender lo que se hace en el mundo, y no ejerce ese poder. Un hombre que nace ciego no puede ver; no tiene poder de visión, no se lo ha dado Dios; pero el hombre a quien llamamos ignorante, tiene el poder de ver y de adquirir conocimiento; nace con él, y a medida que crece, crece en fuerza con él. Estos hombres no son idiotas; no son hombres que no puedan ejercitar sus facultades. Se ha demostrado, sin lugar a dudas, que por muy degradado que llegue a ser el hombre, por muy bárbaro, salvaje o ignorante que sea, conserva la facultad de adquirir conocimientos y de comprender la mayor parte de las transacciones que ocurren en la

época en que vive.

Observemos ahora la multitud de seres que se mueven en sociedad. ¿Son hombres, mujeres, niños? ¿O son bestias del campo y ganado de las ciudades? Puede discutirse la conveniencia de su condición actual, pero nadie discute ni por un momento que pertenecen a la raza humana; cada uno tiene un alma inmortal, con el poder que Dios le ha dado, desde su nacimiento, de pensar, de razonar, de recordar las cosas que ha visto casi desde su más tierna infancia; y de esperar las que sucederán en el futuro. Tiene poder para hablar, para ver, para oír, para sentir, para moverse, y para actuar las grandes cosas de la vida confiadas a su cuidado y administración: más aún, puede ejercitar estos poderes, tanto por separado como combinados, para cualquier propósito que pueda necesitar; y aunque débiles, aún en todos aquellos de quienes hemos estado hablando podemos decir que están ahí; con no menos facultades esenciales de poder en el campesino que en la reina, en el más ignorante que en el hombre más sabio de la tierra.

En estos últimos no se ve sino un mayor ejercicio de ese poder que en el hombre individual más común se pone de manifiesto en menor grado. Estos son los seres que forman las clases trabajadoras de Inglaterra. No son idiotas, no son sordomudos, no son ciegos. Todos ellos tienen los poderes; y, lo que es más, todos ellos utilizan estos poderes. Muéstrenme un hombre, una mujer o un niño que los tenga, y muéstrenme uno que los use, no importa cuál sea su posición o sus circunstancias, rodando en la riqueza o sumido en la pobreza, verán a ese hombre usando los poderes que posee. ¿Está mal usarlos, o está bien? ¿De dónde proceden? ¿Del cielo o de la tierra, de Dios o del hombre? Dios hizo al hombre y lo hizo como es. Él le da al hombre todo lo que tiene, y lo que tiene se le da para que lo use: y en las páginas de la Escritura encontramos un pasaje a este efecto, "Todo lo que tu mano encuentre para hacer, hazlo con tu fuerza". Y en repetidas ocasiones leemos que Dios exige que empleemos estos talentos con toda diligencia; no sólo para usarlos y permanecer en la ignorancia de la fuerza a la que pueden llegar, sino para llevarlos a su plena y completa acción. ¿De qué manera, entonces, usan estos poderes los hombres de quienes hemos estado hablando?

El hombre en el campo, que está comparativamente excluido de la sociedad, ejercita su mente como su ocupación lo requiere, pero poco, y ese poco cae en un sistema regular. Ved aquí la condición de aquel cuya mente no ha sido educada, ni instruida, ni gobernada en cuanto a su uso: sus pensamientos están ocupados en una esfera pequeña y contraída, y aunque hay a su alrededor muchas cosas que podrían atraer y atraer al hombre más educado, sin embargo, para él, su belleza y grandeza, su poder y la adaptación a los fines para los que fueron hechas, están perdidos. Su padre ha sido probablemente su mayor instructor, y de él ha aprendido lo que ahora sabe. Ciertos hechos se han transmitido en la familia, desde tiempo inmemorial; y la manera de trabajar y ganarse el pan el muchacho la aprende imperceptiblemente, porque desde su más tierna edad ha estado entre esas mismas cosas que ahora ocupan su atención en sus años más avanzados. Va a trabajar, por lo tanto, con muy poca preocupación, ya que es costumbre controlar cualquier idea o poder de pensamiento que pueda lanzar en la conversación; para inculcar en su mente que las cosas que han sido, y las formas en que se llevan a cabo, llevan la impronta de la

experiencia de los siglos; viendo, además, que sus amos no intentan ningún cambio, es una locura para él hacer cualquier alteración. El joven, por lo tanto, creciendo con estos hechos e ideas limitados, llega a ser poco más educado a los sesenta años de lo que era a los veinte. Durante ese tiempo ha adquirido experiencia, pero ésta no puede ser transmitida en toda su extensión a su hijo, porque cuando el hombre llega a los cuarenta años, su propia familia ha pasado a formar parte de la siguiente generación, y lo que el anciano de sesenta años ha ganado, se pierde en la comunidad; sus antiguos conocidos casi han desaparecido, y poca influencia tiene sobre los jóvenes. Mediante este sistema, la mente se ve frenada en su crecimiento o arruinada en su apertura. Y los mismos principios de educación e instrucción los vemos ejemplificados entre todas las clases iletradas, ya sea en el campo o en la ciudad. La única diferencia es que las primeras no son tan inteligentes ni están tan dispuestas a poner en acción sus facultades como las segundas, que tienen tantas cosas que atraen su atención o fijan sus pensamientos y los ponen en ejercicio.

Hay, sin embargo, quienes tienen un grado moderado de educación, y tal vez de instrucción, cuya ocupación está algo por encima de la clase trabajadora, y cuyas mentes están más ocupadas en la prosecución de su trabajo: los mecánicos, u otros, que aunque trabajan con sus manos para ganarse el pan de cada día, se ven obligados a ejercitar sus mentes para hacer frente a las diversas posiciones en las que se encuentran. Éstos rompen el barbecho de la ignorancia, y no reciben el pasado como guía sin antes tamizarlo bien, aunque demasiado a menudo colándolo fuera de orden; y leyendo, escribiendo y conversando, adquieren esa experiencia que los otros desechan.

Pero Dios hizo del hombre un ser gobernante; y todos los hombres son gobernantes, en mayor o menor grado. La orden que Dios dio, cuando formó al hombre por primera vez, fue que debía tener dominio "sobre todo ser viviente" (Gn. I. 28); y el hombre fue hecho en consecuencia, teniendo poderes que podían ser usados para someter todas las cosas a su alrededor. Las cosas de la tierra, los animales de la creación y su propia descendencia están todos sujetos al hombre. ¿Y qué clase de gobernantes son ahora las clases trabajadoras? No podemos esperar que puedan tener mucho control sobre sus palabras, sentimientos o acciones; sabiendo que éstos deben ser gobernados por la reflexión, y un entrenamiento de su voluntad a la voluntad de Dios. El hombre en el campo puede ser, tal vez, más aficionado a su círculo familiar que el de la ciudad; sin embargo, ambos se permiten actuar sin mucho control: y cuando es de otra manera, es por la fuerza de las circunstancias, y no por su propio esfuerzo. Los afectos no son moderados ni por la razón ni por la prudencia, y así son llevados a esos excesos que resultan en la condición más inmoral que vemos tan frecuente. Todos se dedican a la autogratificación, sin importar la salud del alma o del cuerpo, sin importar la sociedad que los rodea, su voto matrimonial, su esposa, o incluso aquellos a quienes han traído al mundo: éstos no son nada, siempre y cuando sólo puedan gratificar sus pasiones. El hecho de ser educado o no, es para él de poca importancia (las excepciones son pocas): se permite a sí mismo la plena y desenfrenada complacencia de sus apetitos animales; y el ser, que podría ser un hombre, se hunde por debajo de la creación bruta. Actúa como

si las cosas de la tierra hubieran sido hechas sólo para él, y él sólo para sí mismo. Él es el hombre para el día de hoy; mañana puede proveerse a sí mismo: y aunque muy poco dispuesto a inclinarse ante el estandarte de la Cruz, sin embargo cita y pervierte los textos de las Escrituras a su modo de vida, llevando a cabo completamente el principio de que "lo suficiente para el día es el mal del mismo". No, él sólo aplica esto hasta donde le conviene: porque su propio mal no descansa sólo en el día: permanece con él, en la mayoría de los casos, durante toda su existencia.

Su temperamento está en consonancia con lo anterior: se le permite actuar tal y como la naturaleza le ha formado o, mejor dicho, tal y como se ha formado al llegar a la edad adulta. No es en absoluto el más sobrio. Con tales personas no se puede calcular, durante un período de tiempo, hasta qué punto serán pacíficas o no; sus sentimientos están muy influenciados por las circunstancias. Si son agradables, acordes con su estado de ánimo actual, en armonía con el movimiento de sus almas, está bien; pero cuando ocurre algo en sus familias que les disgusta, con mucha frecuencia se produce una escena de alboroto; y por parte de los asistentes habituales a la cervecería, cuando están allí, se siente poco o ningún control, ya sea de la ley del país o de la pérdida del empleo; se toman licencias sin límites, y la razón del hombre se pierde en la ferocidad del animal, que con demasiada frecuencia no puede excluirse de la vista del público. La huelga entre los coladores es, esperemos, un caso extremo; pero uno que ocurriría a menudo, si el poder civil no reprimiera pronto los comienzos.

Ahora mira el poder de la palabra, uno de los poderes más nobles del hombre. Con ella ejercida, en toda su belleza, ¿qué no puede mandar? Y, sin embargo, ¿cómo se usa generalmente? El lenguaje de los incultos sólo es adecuado para el vecindario que los rodea o para sus asociados; y la conversación de los que son educados no está limitada en absoluto ni en duración ni en calidad. Callar cuando es necesario, y cuando hablar podría despertar sus sentimientos y llevarlos a una posición que, pensándolo mejor o reflexionando con calma, evitarían, no les pertenece como clase. Cuando hablan, rara vez lo hacen con un buen propósito. El yo es su tema; y si se quiere dar énfasis a alguna expresión del corazón, a algún pensamiento o descripción particular de algo, icon qué frecuencia se hace mediante un juramento o una maldición! Bendecir al Dios que los hizo, o alabar Su santo nombre, les es tan ajeno como es posible, a menos que se haga con ese grado de irreverencia que, aunque se expresa como una bendición, a menudo se convierte en una maldición. Y, si se tamizara la conversación como es debido, cuánto encontraríamos no sólo despectivo para la palabra de Dios, sino tendiente meramente a complacer la imaginación sin fortalecerla en lo que es bueno; y a gratificar esos deseos que, cuando se llevan a la acción, son tan perniciosos para los verdaderos intereses de la humanidad: cuánto es totalmente inútil, ya sea para el individuo o para el oyente. No sirve más que para perder el tiempo, del cual ninguno de nosotros tiene demasiado, y que, uno pensaría, vuela lo suficientemente rápido sin la ayuda de este poder más noble del hombre para acelerar su partida.

Con la mujer en el hogar, a cargo de la familia, la lengua puede ser utilizada para reiterar, una y otra vez, a algún delincuente inconsciente, su voluntad de hoy; que

mañana cambia, y de nuevo los sentimientos airados la llaman a su uso, y con qué efecto nuestros lectores son los mejores jueces. Otras veces sus dulces acentos han calmado al filósofo trabajador, y han dado palabras de curación al corazón del hombre. Aquí y allá se usa, en términos no medidos, para su pareja; o, viceversa, en el lenguaje de la súplica y el deseo de que abandone la taberna y siga una vida de sobriedad y paz.

Nos proponemos ahora considerar los efectos y resultados de los principios, sentimientos y prácticas de las clases trabajadoras; hacia qué meta tienden, ya sea para esta vida o para un futuro. Los poderes que el hombre posee le fueron dados para probarlo y ver hasta qué punto los usaría para el propósito para el cual fueron ordenados por Dios, esto es, para glorificar al Trino Jehová; y usándolos correctamente, una recompensa futura está abierta para él: pero si no obedece sus leyes, ni acepta la provisión que le ofrece el Evangelio, una retribución final y castigo le serán otorgados. Es, pues, de poca importancia considerar la tendencia de todas estas cosas: en qué medida son para bien o para mal. El egoísmo, con todo, predomina; y ya sea que esté conectado con la ignorancia, o combinado con una instrucción y educación parciales, sus tendencias, cuando no son refrenadas o mantenidas en obediencia a algún principio superior, se encuentra que en todos los casos tienen los efectos más desmoralizadores.

Todos los hombres, afirman, tienen perfecto derecho a la plena complacencia de sus pasiones; pero ellos, siendo pobres, tienen un privilegio más particular, teniendo menos de los gozes de la vida que los que están en mejor circunstancia: o, puede alegarse que, siendo la juventud el tiempo de divertirse, no hay nada como ver un poco de las acciones del mundo, con sus locuras así como con su sabiduría. Todos debemos ver este principio y sentimiento bajo una sola luz, y rastrear su propia fuente: el deseo del hombre de encubrir aquellas prácticas que sabe que no están de acuerdo con las leyes divinas, con algún subterfugio propio, y el placer presente que disfruta al seguir los instintos de sus pasiones animales, sin ninguna consideración por lo que está en el futuro. Puede haber alguna mezcla de verdad en esta razón (como ellos alegan) para hacer esto; pero el principio de complacer las pasiones sin ninguna consideración por la ley, es tan malo en su origen como es malicioso en sus efectos. En tiempos pasados, cuando la Biblia no circulaba, cuando el Evangelio era poco conocido en el país, o cuando las leyes de la sociedad y del gobierno no se oponían tanto a estas prácticas como en la actualidad, esto podría haber surgido de la ignorancia, y con algo de verdad se habría alegado que era la causa: Pero, sabiendo que estas cosas son, como son, aunque muy imperfectamente hechas todavía, nos inclinamos a pensar que surge principalmente de su debilidad como hombres, o de su mala formación en su juventud, con las costumbres y prácticas por las que se encuentran rodeados, -combinadas en todos los casos con el deseo natural del hombre de ser libre y sin trabas por cualquier ley hecha por su prójimo, o por aquellas hechas por Aquel que reina en lo Alto. Este principio, aunque tiene su influencia sobre todas las clases de la sociedad, opera especialmente sobre el joven obrero, destruyendo el sobrio goce que de otro modo podría poseer, y excitándole a renunciar a todo lo demás para llevarlo a cabo; pero no considera el efecto de este curso sobre los compañeros que le rodean, sobre sus relaciones, o sobre su propia constitución física que está rompiendo

así año tras año.

Esta práctica es condenada por la razón y la religión; y son tantos los mandamientos contra ella, que sólo citamos uno como muestra de todos los demás: Rom. xiii. 13- "Andemos honradamente como de día, no en alborotos y borracheras, no en fornicaciones y desenfrenos, no en contiendas y envidias" y nuestra razón concuerda de inmediato con este precepto divino, cuando vemos los efectos producidos por tales hábitos depravados y viciosos. El hombre va gradualmente de mal en peor, y feliz es su suerte si no cae alguna vez en manos del guardián de la paz; el primer delito lleva a otros de carácter más grave, y agrandamos nuestras prisiones y nuestros asilos para hacer frente al creciente número de delincuentes en nuestra tierra. Los efectos de tales prácticas sobre el hombre mismo son acortar su vida y provocar gran parte de la enfermedad que prevalece entre los pobres; introducir un hábito de pereza y negligencia en el trabajo, cuando tiene un poco para gastar en sus viejas costumbres, lo que a la vez crea un grupo de hombres que viven de sus locuras, y puede ser verdaderamente llamado la parte no productiva de la comunidad; e impedirle aprovechar esa oportunidad de ascender en este mundo, que tan frecuentemente se presenta a los sobrios y cuidadosos. El hombre que se habitúa a este modo de vida, generalmente lo continúa cuando se casa (aunque puede ocurrir una excepción de hábitos más templados): y si la familia aumenta, el efecto es evidente en la mala administración interna, y el descuido en cuanto a su condición moral, mental y física. Los hijos tienen plena oportunidad de ver y oír los resultados de estos principios; y por la asociación natural y el poder de la posición del padre, esperan disfrutar de la misma libertad sin restricciones. Se les prepara para ello permitiéndoles que sigan adelante como les plazca, con la educación y el apoyo que puedan recibir de sus vecinos o de cualquier otra persona de las clases más acomodadas, de modo que se les adiestra para vivir de las migajas que caen en el camino, o por un método más deshonesto, el del robo. En muchos casos son enviados a hacer esto; y en otros dejan el hogar de sus padres, tal como es, y vagan por el extranjero con aquellos un poco mayores que ellos, por quienes son gradualmente iniciados en actividades ociosas, traviesas y criminales.

Otro efecto es que el temperamento y los sentimientos se excitan hasta el punto de cometer frecuentes actos de violencia y asesinatos, que de vez en cuando exigen la intervención militar. El hombre es llevado fácilmente más allá del equilibrio de la sobriedad: su orgullo se despierta, y teniendo muy poco respeto por su propia conducta, en seguida, sin mucha deliberación o pensamiento, se sumerge en una disputa; y, como las palabras no son lo suficientemente fuertes para calmar las pasiones animales de sus oponentes, recurre a su solución por la fuerza física, destruyendo la paz de la vecindad, y dando plena prueba de su falta de respeto tanto a las leyes de Dios como a las del hombre. Envuelto en esta disputa, y perdiendo todo dominio de sí mismo, siendo fortalecido para la ocasión, y todo lo demás de la razón o la moralidad siendo arrojado a un lado, se convierte en la víctima de la fuerza de otro, o el destructor de la salud de otro. La prueba de sus pasiones se ve cuando están sin trabajo, aunque muchos soportan sus privaciones con alma varonil y entereza perdurable; Sin embargo, entre aquellos cuyos sentimientos consiguen dominar un mejor juicio, algunos pueden ser encontrados

siguiendo el curso de un ladrón, o un licenciado entrenándose para algo más desesperado, y sentándose en sus momentos de calma para deliberar sobre el logro de su fin, nada menos que convocando todos sus poderes para la destrucción de la vida y la propiedad; y, con unos pocos, nada es demasiado diabólico, nada demasiado abominable; no conocen medio, sino que dan todos sus poderes a la obra que tienen ante sí.

Consideremos ahora el efecto de esta indulgencia de las pasiones cuando estas partes se asocian para la eliminación de cualquier agravio real o imaginario, especialmente si existe el menor motivo de queja. Acostumbrados a tales extremos en sus propios asuntos entre ellos, no es de esperar sino que ejerzan sus poderes de manera similar, cuando se trata de asuntos en los que están implicados los que están por encima de ellos. ¿Se refiere a sus huelgas por más salarios? ¿A sus movimientos contra cualquier injusticia o agravio político que puedan estar sufriendo, o al ejercicio de su poder en las elecciones? En cualquiera de estas posiciones, la razón les afectará muy poco; no están dispuestos a ningún compromiso, ni a permitir esa libertad de opinión que desean que se les conceda a ellos mismos; y, siendo ignorantes de la verdadera naturaleza de los casos, y empeñados en la adquisición de su objeto por los medios que primero han decidido adoptar, lo que cuando se combina con la equidad, la razón y la sabiduría, se consideraría como decisión y firmeza, se convierte, cuando se lleva al extremo, en la obstinación y el despotismo de una multitud: Así se vuelven inquietos y descontentos, y en cualquier momento están dispuestos a tomar el gobierno en sus propias manos, lo que resultaría en la creación de desorden y la ruptura de la sociedad. No quisiéramos aquí que se nos malinterpretara, infiriendo que no ha habido, y no sigue habiendo, muchos agravios grandes y evidentes a los que el hombre, que es pobre y se conduce correctamente, está todavía sujeto. Ojalá llegue pronto el buen tiempo en que el derecho venza a la fuerza, y tanto los pobres como los ricos se inclinen ante su justa supremacía.

Esta indulgencia criminal tiende también a cauterizar la conciencia, a oscurecer la mente y a pervertir el juicio, de modo que en asuntos de naturaleza intrincada, que requieren su deliberación o su decisión, son incapaces de discernir el bien del mal. Robar, mentir, asesinar, están claramente mal; pero a través de una niebla tan extraña tienen que mirar mientras están en su condición actual, que casi podríamos decir que es imposible para ellos juzgar correctamente sobre muchos temas, en los que, de lo contrario, sería apropiado y justo que se comprometieran. Y cuando por casualidad se les coloca en una posición de poder o mando, el mismo espíritu sigue gobernando sus movimientos. El poder en las elecciones, cuando lo tienen, lo utilizan, no para promover lo que ellos consideran que está del lado del derecho y de la verdad; sino que el que desea obtener el voto debe sobornar, y sucumbir a sus demandas para mimar sus apetitos, o satisfacer su sed de bebida o de dinero. Esto se ve también cuando se nombra a uno capataz sobre otros. No es sólo el error que pueden cometer los hombres que no están acostumbrados a tener tal poder; esto en sí mismo, con un temperamento adecuado de la mente, y la observancia correcta del sentido común, se remedia pronto; pero la autoridad que se utiliza en la misma dirección que la influencia que poseía anteriormente, da un nuevo impulso a la indulgencia, y se ejerce con demasiada frecuencia más bien en

contra de aquellos de los que el capataz se ha levantado, que en su favor; aumentando sus cargas, o, puede ser, tratándolos con bebida además de sus salarios habituales, para obtener más trabajo del ordinario; y así se desarrolla más ampliamente el sistema de la bebida, a expensas de toda razón y moralidad correctas. Los que de algún modo estudian las mentes de los hombres, y el efecto del ejercicio desproporcionado de los deseos sobre la conciencia, saben bien que el curso seguido por la mayoría de los pobres no les permite juzgar correctamente sobre muchas de esas cuestiones que surgen diariamente ante nosotros, y en las que están implicadas muchas cosas relacionadas con el futuro, así como con el bienestar presente de la sociedad. No podemos olvidar tampoco que, en la medida en que los padres llevan una vida de templanza y sobriedad, ello afecta en cierta medida a la descendencia en su constitución mental, así como moral y física. No es necesario entrar aquí de lleno en la prueba de esto; está establecido sin lugar a dudas que tal es el resultado natural. ¿Quiénes son los presos en nuestras cárceles y muchos en nuestros asilos, sino principalmente aquellos cuyos padres han llevado vidas de acuerdo con tales resultados? De modo que podemos afirmar con toda justicia que la tendencia de semejante conducta no sólo rebaja al hombre mismo, sino a todos aquellos con quienes se relaciona.

Consideren ahora la tendencia y el resultado de tal proceder en relación con el estado futuro de un hombre. La predicación del Evangelio o la enseñanza de la escuela dominical, que al principio se escuchaba, si es que se escuchaba, con algo de reflexión y consideración, en muy poco tiempo se trata con desdén y disgusto; y el corazón se endurece, si no a todo sentimiento de bondad, sí, en miles de casos, a todo sentimiento de animación religiosa. El joven, que podría haber sido serio y reflexivo, crece, cediendo a sus propios deseos de gratificación egoísta; y, cuando unos pocos años han rodado sobre su cabeza, o es llevado a la tumba sin esperanzas de eternidad, o se demora, sintiendo a medida que envejece que su alma vive en una prisión, en cuyo interior hay implementos que puede utilizar para hacer de esa prisión un hogar; pero tanto tiempo se han acostumbrado sus poderes a hacer más seguras las puertas de la prisión, que ha perdido todo corazón para liberarse, y rechaza la oferta que se le hace en el Evangelio, porque no sucumbirá a sus indicaciones. Y aunque la vejez se arrastra, y el fuego de la juventud se apaga, los deseos permanecen, sólo faltan fuerzas para renovarlos de nuevo como en los días pasados. El anciano vive un espécimen de lo que el hombre fue, y en lo que se convierte sin la gracia de Dios para animar y edificar sus esperanzas de un estado eterno; y a todas luces, por lo que el hombre mortal puede juzgar, no muere para vivir, sino para morir. Su dios ha sido su vientre, y sería bueno para él que la destrucción del cuerpo fuera la aniquilación del alma; pero, habiendo alcanzado la meta, si es que alguien la alcanza, asignada a todos los que no creen en el Señor Jesucristo, va a ese amo a quien ha servido en la tierra, y no tenemos poder, aunque quisiéramos, para alterar su condición; está más allá del alcance del hombre, más allá del alcance del evangelio.

Pero esto es sólo en lo que se refiere a él mismo: durante su vida ha tenido compañeros a quienes ha alentado en su carrera de pecado, y su influencia sobre ellos no ha sido inútil para la eternidad. Si la fuerza está en la unidad, la unidad aquí es la fuerza;

porque él ha fortalecido el sello de su perdición con su voz y su ejemplo. Su vida futura no será la de un ermitaño; las ahora discordantes maldiciones ayudarán demasiado poderosamente a amargar el recuerdo del pasado. ¿Y qué pensaremos del efecto sobre el futuro estado de sus hijos? Seguramente, si la educación tiene algún efecto sobre el estado temporal o eterno de la humanidad, la educación que está de acuerdo con toda la tendencia de la naturaleza del hombre debe obrar para una maldición sobre aquellos que están tan estrechamente relacionados con él. Estos principios y prácticas, por lo tanto, conducen no sólo al hombre, sino a todos aquellos con quienes está relacionado y asociado, a un destino del cual todos desearían liberarse; y es sólo por el poder del evangelio que ocurren excepciones a la regla general.

A continuación pasamos a comentar los principios, sentimientos y prácticas de aquellos que son más educados e instruidos, y que siguen su propia razón, sin inclinarse ante ninguna autoridad superior a la del hombre, y que no se rigen por ningún principio moral o precepto religioso. Estamos obligados a hablar de ellos como infieles, porque abierta y declaradamente rechazan las Escrituras como una revelación del cielo, y hacen el negocio de su vida oponerse a ellas con todas sus fuerzas. No podemos entrar aquí en todas las formas y sistemas cambiantes a los que esta incredulidad, cuando se pone en práctica, conduce a sus votantes. En diferentes épocas y países ha llevado a los hombres a formarse nociones muy diversas y a dar muchos matices a su línea de conducta. Los principios morales, el celo religioso y la opinión pública de cada uno han influido, en gran medida, en los puntos de vista que estos partidos han sostenido. En la actualidad, el socialismo, entre las clases trabajadoras, si bien no existe con toda su fuerza, ha dejado tras de sí el fruto de aquella semilla que fue sembrada en tan gran cantidad hace doce o catorce años. Ha tenido su día, y corta fue su influencia, nunca más, esperamos, levantará la cabeza en este país. Sus principios se basan en la igualdad. Se asume que todos los hombres son iguales, y que todos los hombres deben unirse en secciones para formar sociedades para cooperar unos con otros, recibiendo cada uno la misma remuneración que su hermano, y el gerente de cada sección debe asociarse como uno más. Ahora están dispersos por toda Inglaterra, y no se encuentran en los mismos organismos que antes. Hace unos ocho o diez años, los que discutían abiertamente esos principios en los talleres fueron despedidos de muchas de las fábricas, porque si se les hubiera permitido seguir adelante, habría habido tanta insubordinación en nuestras fábricas como la que se observa actualmente en nuestras minas y minas de carbón. Por lo tanto, fue sabiamente frenada por tales medios; sin embargo, incluso ahora hay muchos entre ellos que se mantienen tranquilamente en su camino, aunque no tienen tanta influencia como en tiempos pasados.

Muchos de estos hombres han cultivado sus mentes, y son sobrios y laboriosos, aficionados a la lectura y a la discusión; y no difieren en sus sentimientos de los infieles. Para ellos, el hombre es un ser racional; vive, muere y no existe más; no atribuyen nada a una causa primera, ni creen en la existencia de un Dios. Admitir que hay un Dios, un Ser moral e inteligente, increado e infinito, sería, dicen ellos, creer lo que sus limitadas capacidades no pueden probar de la naturaleza misma; y que la raza humana haya tenido

tantas religiones diferentes, es para ellos una prueba de que toda religión es mala en sí misma, y que siempre ha sido usada sólo para mantener al hombre sometido a cierto sacerdocio. De toda nuestra conversación con ellos, podemos decir aquí con verdad que la mayoría de ellos no se han tomado la molestia de leer ningún argumento que se oponga a sus propios puntos de vista, o que pueda ofrecerse a favor del cristianismo: muchos de ellos son hombres de pensamiento y razón; y en la proporción en que se desarrolla la mente, así los encontramos usando sus poderes, no tan frecuentemente en la investigación de la ciencia o del arte, como en oponerse a la religión y ayudar en la política. En el examen de estos temas son hombres de lectura y de inteligencia; sin embargo, han obtenido sus puntos de vista de la religión más de las prácticas de los cristianos profesantes, que de sus principios tal como se exhiben en la vida de nuestro Salvador. La Biblia es tratada como un libro compuesto por el hombre; se analizan partes separadas, pero no se ponen en relación con las otras para que se pueda ver su verdadero significado. De hecho, permitiéndoles llegar a la investigación con una mente tan imparcial como sea posible, vemos lo que los poderes del hombre utilizados en esta dirección pueden lograr, cuando no están guiados por algún principio más elevado que el extraído de sí mismo. En su rechazo del cristianismo y de un Ser supremo, encontramos, como resultado natural, que la moralidad es un objetivo bastante secundario en todos sus esfuerzos: todo su tiempo se dedica al cultivo de la mente, ya que, al hacerlo, imaginan que se obtendrán todos los demás resultados beneficiosos para los que el hombre está destinado. Si no rompen las reglas externas de la moralidad, aducen como razón que es irracional y perjudicial para ellos mismos.

Nadie negará que educar la mente, fortalecer el intelecto, expandir la facultad de razonar del hombre, es bueno; pero cuando se lleva a cabo por sí mismo, sin ninguna referencia a los afectos del corazón, o al desarrollo moral del carácter del hombre, generalmente se encuentra, sea lo que sea que se diga del poder de la mente del hombre para gobernar sus sentimientos, que está muy lejos de la teoría propuesta: y estos individuos mismos se encuentran con demasiada frecuencia recayendo en la indulgencia de sus propios deseos. No permiten que la religión siga su curso; porque si detectan su impronta en algún plan o movimiento, lo consideran muy poco caritativo y, por lo tanto, lo dejan de lado; pero si lo despojan de todo espíritu de piedad y lo mantienen alejado, puede que reciba algún pequeño estímulo. No admitirán que es por la observancia de la religión que Inglaterra ha crecido hasta su actual estado de excelencia; aunque el cristianismo ha estado establecido durante tanto tiempo, y en cierta medida, con muchos de ellos, ha utilizado su influencia para formar lo que ellos llaman moralidad en su carácter, sin embargo, habiendo llegado a su actual etapa de la vida, lo desechan como una prenda vieja: y olvidando lo que el pasado ha hecho, arrojan desprecio sobre todas las cosas que no tienen su origen en la actualidad. El intelecto es su dios, y su propio intelecto es el dios de su familia; y como no se reconoce un superior al hombre, se tratan como dioses a los que se acercan a su propia aprehensión de la verdad. Uno de los peores efectos del socialismo es el debilitamiento del vínculo familiar; para ellos no hay nada sagrado en él, nada que parezca inspirarles más respeto por su propia parentela que por

los demás. Por supuesto, envían a sus hijos a la escuela, pero no se les permite una formación moral o religiosa; y ni siquiera se da a su educación el grado de interés e importancia que podríamos haber supuesto por su carácter intelectual y la importancia que conceden a su desarrollo por encima de todo lo demás.

El efecto sobre los compañeros del hombre, una vez que se entrega a estos sentimientos, es que lo miran con cierto respeto como un líder entre aquellos que no son tan adeptos como él; de modo que, si traes algún argumento o Escritura para escuchar en contra de sus malas prácticas, te remiten a él para una respuesta. Por este medio, ayuda a los que se entregan a hábitos licenciosos y de embriaguez; porque siendo uno de ellos, y capaz, como están dispuestos a suponer, de responder a los mandamientos de la Escritura, que uno podría aducir contra ellos, consideran que tu primer objeto es responder a sus argumentos, habiendo prestado a estas cosas más atención que a las otras; sin embargo, oyéndolos durante la conversación, están demasiado contentos de guardarlos como armas para usarlos cuando lo encuentren necesario: pero sintiendo, por sus propias prácticas evidentes, la verdad de la Escritura, no se profesarán del todo lo que son en la práctica, infieles. La influencia de tal curso, por lo tanto, si no causa que el infiel complazca tan plenamente sus propias pasiones, sin embargo, se da indirectamente para apoyar la práctica en otros; y cuando está fuera de la tienda, tiende a inclinar a aquellos que irían al culto divino, a asistir el domingo por la noche a alguna conferencia de su propio partido, o, en demasiados casos, una sobre cualquier otro tema que no sea el de la religión. Los argumentos de los infieles son tan engañosos en sí mismos, que muchas de las mentes más débiles son llevadas a unirse a ellos, así como unos pocos espíritus afines de entre las clases medias, por lo que están más capacitados para ayudar en cualquier proyecto que tenga por objeto rebajar el tono de la verdad y los principios cristianos.

Si se dedican a la política, respetan poco la posición de la sociedad, que puede ocupar cualquiera que tal vez no posea tanta inteligencia; y, de acuerdo con la igualdad que debe existir por su gobierno entre todos, se esfuerzan por nivelar la sociedad en una asociación que coopere unida. Todavía no hemos visto ninguna nación, ni ningún grupo grande de personas, que se rija por sus principios; sin embargo, sabiendo, como sabemos, que en todas las naciones siempre hay algunos que no se conforman con el gobierno, debemos suponer de inmediato que estos principios no podrían llevarse a la práctica en la actualidad en ninguna medida. En cuanto a aquellos que, cuando son colocados en la autoridad, dejan de lado toda religión revelada, el mundo ha visto lo suficiente de la destrucción de todo orden, y el derrocamiento de ese estado de la sociedad, mientras se basaba únicamente en el poderoso poder del intelecto del hombre sin ayuda, para justificar que nunca más desee que tales hombres gobiernen, produciendo tal estado de cosas. El efecto sobre aquellos que profesan tales principios, es generalmente hacerlos dominantes hacia otros opuestos a ellos; particularmente los jóvenes, que rechazan completamente la experiencia de los mayores. Esto se debe, en gran medida, al hecho de que se presta poca atención a temprar los sentimientos o a someterlos a alguna regla moral o disciplina religiosa.

En estos casos, cuando las pasiones se gobiernan sin tener en cuenta los altos y nobles principios de los mandatos evangélicos, el efecto es dar más poder a la mente para que pueda ejercitarse plenamente contra el Evangelio; de modo que, aunque el hombre no se deleite en el libertinaje, y por la plena indulgencia de sus pasiones animales ponga en entredicho el gran don de Dios, sin embargo, lo ataca con armas mucho más poderosas como la mente es más poderosa que el cuerpo. Los efectos directos e inmediatos de los primeros se circunscriben y limitan a los compañeros que los rodean; los de los segundos no conocen fronteras de ciudades ni de países, sino que se desvían por todos los diversos canales que están abiertos para su recepción: Y aunque no pueden hablar en persona a las multitudes a distancia, la prensa, con su poderosa agencia, les ayuda a esparcir por todas partes las semillas de todo lo que es malo y detestable a los ojos de Dios; y así se convierten en los líderes de los que trabajan contra la Iglesia de Cristo; y mientras hacen caer sobre sí mismos la ira de Dios, cooperan poderosamente para hacerla caer sobre otros. Y como unos pocos de éstos han tenido padres piadosos, y muchos han sido educados bajo el sonido de la verdad en nuestras escuelas dominicales e iglesias, cuánto mayores son sus pecados, y cuánto más pesado será el juicio de Dios sobre ellos; a menos que él, por los poderosos propósitos de su voluntad, los salve antes del día de la ira.

A un mismo objetivo tiende todo esto: un lugar, si es que existe un lugar, donde toda oposición al evangelio será inútil.

El efecto sobre nuestras iglesias es el de alejar a muchos que de otro modo asistirían a nuestras reuniones devocionales las tardes de la semana. Incluso para los propios cristianos, es muy perjudicial, porque cuando se ven tentados a pensar a la ligera de la oración, y de la asistencia del Espíritu Santo, sus argumentos dicen con una doble influencia, y el fervor y el celo que se habría mantenido se amortigua y se vuelve tibia. Debemos atribuir en gran parte a la aplicación de estos principios la disminución de nuestras reuniones de oración y la frialdad con que se ora en familia en otros casos. El corazón, considerado por Cristo, y del cual también da testimonio toda la palabra de Dios, como la sede de todo mal, es descuidado; y se le permite, si no ejercer su influencia positiva para el mal, mantener una frialdad y frialdad negativas sobre aquello que requiere la mayor parte de su acción, combinada con el mejor juicio del hombre. Los rasgos distintivos del cristianismo en las primeras edades eran el entusiasmo, el calor y el amor de sus defensores; pero los cristianos consideran ahora que éstos pertenecen sólo a tiempos de ignorancia y superstición: sea como fuere, encontramos en los mandamientos de nuestro Señor, que el amor que brota del corazón es la base de la religión cristiana, y debe ser la base de todas nuestras acciones hacia Dios y los hombres.

A continuación se llama nuestra atención sobre un principio y una práctica que no son infrecuentes en todas las clases de la sociedad, a saber, el asentimiento tácito que se da a todo lo que sucede, sin prestar mucha atención al desarrollo de las facultades de la mente, lo que permite a los hombres vivir una vida fácil y no preocuparse por nada de lo que les rodea. Se rigen en gran medida por las circunstancias; y, si es posible que los hombres se queden quietos en todo lo que es verdaderamente elevador y mejorador, éstos son los partidos: todo su fin es mantener un exterior decente, acomodándose a lo

que sea necesario, ya sea para ganarse la vida o para amasar riqueza; y, en la medida en que el principio concierne al tiempo y a uno mismo, no les culpamos; porque, en lo que respecta a ascender en el favor de este mundo, es el método más eficiente. Se les considera casi como una nulidad en el mundo, teniendo la menor influencia de todos en la sociedad circundante. Viven bajo las leyes de los hombres, cualesquiera que sean, y desaparecen de la existencia, sin que muchos sientan su pérdida. Se ajustan a todas las leyes y exigencias, y actúan según principios cambiantes, que no saben de dónde proceden; ni les importa su origen, mientras puedan ir por la vida con cierta facilidad y tranquilidad. La verdad o el error son lo mismo para ellos; no aman ni lo uno ni lo otro, sino según les convenga. El cristianismo, la infidelidad o el libertinaje, todos están a la par; reciben aproximadamente la misma cantidad de apoyo de ellos a su vez. Si hay algo realmente malo, este principio no permitirá que uno se oponga a ello; y si hay algo bueno, no lo toca; de modo que sus compañeros no son ni mejores ni mucho peores por su práctica. "Déjalo estar", es el adagio, dicen, y si tocas lo que es malo, sólo te picará más.

Pero hay que recordar que la hipocresía es el resultado de todo esto: hoy no sabes que estás tratando con los mismos hombres que ayer. Para ellos, la religión no tiene ningún valor: sus formas a veces se vuelven útiles como parte de los asuntos de la vida. Este juego del hipócrita es un gran obstáculo para el Evangelio de Cristo. Él lo condenó, y bien podía hacerlo; porque engaña al hombre y da a los que se oponen directamente a la verdad ocasión para la burla y espacio para el desprecio. Amortigua todos los afectos del alma y hace que la mente duerma, sin estar preparada para las vicisitudes de la vida. Llega la adversidad, y le despierta un poco del sueño; pero la marea empieza a fluir de nuevo, y sigue su camino fácil de siempre: y cuando llega el último enemigo, llama a éstos igual que al infiel y al borracho; ¿y nos preguntamos cuál es la tendencia de tal principio? Va hacia el mismo fin, y recibe la misma retribución. No hay nada bueno en ello, pues la Escritura lo condena. Aquellos pasajes y preceptos que requieren que se levanten y trabajen para el Señor, se dejan de lado para una época más conveniente. No hay nada bueno en ello; porque la razón dice que el hombre que tiene algún principio no seguiría tal curso: y, aunque intentan persuadirte de que aman a Dios y al hombre, Mammon está siempre presente ante ellos como su dios.

Los principios y prácticas de otra porción caen bajo nuestra observación. Aquellos que han sido criados bajo el sonido del Evangelio, pero que no han entregado sus corazones y los deseos de sus almas a las doctrinas y prácticas que inculca. Sienten ellos mismos que, aunque asienten con reverencia a las doctrinas, se requiere algo más de lo que desean dar, para unirse a su pleno vigor. En verdad son hombres morales, que gobiernan sus pasiones, porque sienten en cierta medida la solidez de las Escrituras, sin adherirse plenamente a sus prácticas espirituales: pero una pequeña proporción de ellos se encuentra entre las clases trabajadoras, mucho menos que entre las altas. Existe la forma del cristianismo sin su cualidad esencial, y una mezcla diluida, sin nada de su fuerza vital; de modo que con demasiada frecuencia los encontramos cediendo a los principios de aquellos que han rechazado abiertamente las verdades de la religión revelada. El efecto de esto es ciertamente bueno en la medida en que se logra; porque el

hombre se encuentra, después de su jornada de trabajo, uniéndose a alguna asociación reformista, a alguna sociedad de temperancia, de construcción o amistosa, o llevando a cabo algún negocio propio; y, en el día del Señor ocupado, tal vez, en la enseñanza de la escuela dominical. No es un hombre conocido tanto por sus pensamientos abstrusos como por su conducta moral y el ejercicio del principio filantrópico del Evangelio; y esto tiende, en gran medida, a moderar su política.

Esta es la porción que ayudará a la clase media y le dará su apoyo en cualquier gran movimiento reformador. Hombres que serían realmente modelos del cristianismo, si el cristianismo estuviera destinado sólo a este mundo, o si el hacer buenas obras ganara el cielo, allí los veríais. Hombres que, en la mayoría de las cosas, son, sin embargo, modelos para muchos cristianos que son tibios, somnolientos, que no atienden a los mandatos de su Maestro, que no se preocupan por librar batalla contra los enemigos del cristianismo, o por vencer a sus enemigos adoptando medidas enérgicas para ello, y que, si tuvieran la gracia de Dios en su corazón, esgrimirían un poder eterno en su extensión, aunque ahora no sacudan sino las ciudadelas del tiempo. La piedra angular de todo su trabajo es: "haced a los demás lo que queráis que los hombres hagan con vosotros". Hombres que mantienen prominentemente ante ellos lo primero que debería ser segundo, y lo segundo que debería ser primero. Lo que debería ser primero viene como una ayuda para lo segundo, y aunque no pierde todo su poder, se pierde para ellos. El hombre primero, y Dios segundo: invirtiendo el mandato, y amándose a sí mismos, a los hombres y a la tierra, como deberían amar a Dios, al cielo y a la eternidad; lo primero con todas sus fuerzas, y lo segundo con tan poco poder, que se desvanece en nada más que aire según las circunstancias.

Queda por hablar de un pequeño grupo fiel, aunque pequeño y poco numeroso, que, aunque se encuentra entre las clases trabajadoras, apenas puede decirse que pertenezca a las clases trabajadoras, tan diferentes son, no en sus hábitos, no en sus maneras, no tanto en sus esfuerzos por ayudar en lo que es bueno como los que acabamos de mencionar; sino en sus pensamientos, en sus sentimientos, en los deseos y pasiones de sus almas, en todos sus afectos y conversación; hombres que aman a Dios, la verdad y la justicia, por amor de Dios. Aquí tenemos al hombre trabajador elevado en carácter, y en el camino para toda esa mejora social, moral e intelectual de su condición, que será de servicio permanente para sí mismo y para todos sus asociados. Uno que piensa y razona también, aunque en algunos casos en una medida limitada, de acuerdo con la oportunidad poseída o utilizada por él en años anteriores; su mente puede no tener esa fuerza completa en asuntos relacionados con nociones abstractas de socialismo, infidelidad o política; sin embargo, si no ves allí siempre al hombre de mente fuerte, ves la fuerza de un hombre de mente religiosa. A los pobres fue enviado el Evangelio, y es entre ellos donde se ven muchas de sus bellas adaptaciones. ¿Hay fuerza en las riquezas? ¿Hay poder en las riquezas? Por eso decimos que hay una fuerza y un poder en la pobreza que sólo el pobre, con el Evangelio como guía y Dios como amigo, conoce.

Ahora bien, ¿cómo usan estos hombres los poderes que Dios les ha dado, y cuáles son los principios sobre los cuales llevan adelante sus asuntos de la vida? Es cierto que

son pocos en número, y tal vez, no poseen esa influencia en las mentes de los que los rodean que algunos tienen; pero donde su influencia se siente y se aprecia, de acuerdo con su valor real, allí es más poderoso que cualquiera de los otros. Sus pensamientos y sus facultades de razonamiento están ocupados principalmente en la religión, que forma el libro de texto de su conversación, y no podemos decir que esto, de ninguna manera, amortigua los poderes, por lo general los llama con mayor energía: de modo que, si usted los visita en su trabajo, Dios no sólo está ante sus ojos, pero siempre dispuesto a estar en sus labios. Como su trabajo no ocupa tanto de su atención como el de los hombres que se ocupan de asuntos mercantiles, la mayor parte del tiempo pueden dedicarse a él mientras mantienen dulces conversaciones unos con otros acerca del progreso de la causa de la verdad y su operación en su propia mente. Son muchos los que, no teniendo tanto tiempo para la lectura, dedican lo poco que tienen a la Biblia; y sus promesas y preceptos están siempre ante ellos, para animarlos y guiarlos en su camino. Durante el día de duro trabajo y fatiga, se apoyan en los textos de la Escritura que se les han presentado; y me parece que aprovechan la oportunidad que tienen para reprender al maldiciente y al borracho, o para dar alguna verdad saludable al que la necesita, más a menudo que muchos en mejor condición de vida. Esto puede suceder, tal vez, por la forma más abierta y desenmascarada en que se ejemplifica el pecado entre las clases más bajas que entre las otras clases de la sociedad, y porque la opinión pública no tiene tanto poder sobre las primeras como sobre las segundas. A estos hombres se les encuentra a menudo ocupados en la enseñanza de la escuela dominical, o en la distribución de tratados; y, a veces, desearíamos que fuera más frecuente, ocupados en casa educando a sus hijos en lo que es piadoso, y conduciéndolos al Salvador al pie de la cruz; recordando al Dios que los hizo, mientras están en su trabajo, no se olvidan de pedir su bendición en su descanso nocturno; ojalá esto se llevara a cabo más ampliamente. ¿Están en la aflicción o en la prosperidad? Todo se debe al Soberano de todas las cosas. ¿Están sin trabajo? Son llevados a descansar en la promesa: "Tu pan y tu agua serán seguros".

Los principios sobre los que actúan son dignos del nombre de principios: son fijos y eternos; y, aunque estos hombres no son infalibles, porque todos somos mortales errantes, sin embargo, su carácter está marcado con una fijeza y fuerza que el tiempo no puede borrar. Sus principios morales son sus principios religiosos, y sus principios religiosos llevan el sello de la deidad; y, reconociéndolos como algo más que del hombre, se rigen por ellos, y se entregan como súbditos voluntarios a su Autor. De modo que mientras, como hombres, están hechos para gobernar en parte, son obedientes a los hombres en autoridad; y, mientras gobiernan sus propias pasiones, el hombre entero está sometido a un Ser más elevado e inteligente, incluso a aquel que tiene el control sobre todos los hombres; y cualesquiera que sean los cambios que sus compañeros de trabajo estén deseosos de llevar a cabo, ya sea para filosofar o nivelar la sociedad, ellos son aquellos que, teniendo un solo estándar, continúan mejorando con lo que han recibido de su Biblia.

En casa no tienen tanto poder y autoridad sobre sus hijos, como quisiéramos que ejercieran; porque el principio sobre el cual actúan mientras trabajan, de ser sumisos,

engendra con demasiada frecuencia una laxitud de autoridad sobre su propia casa: y aunque no permiten que sus hijos practiquen actos flagrantes de inmoralidad cuando son muy jóvenes, parecen sentir, por su posición en la sociedad, una ternura demasiado falsa a la hora de castigarlos cuando es necesario, o de adaptar su autoridad a las circunstancias particulares en que puedan encontrarse a la temprana edad de doce o trece años. A nadie más que a ellos se da la bienvenida misionera; recogen la dulzura del fruto en la conversación amistosa junto al fuego, y son fortalecidos en su hombre interior por la predicación del Evangelio: la una abre el terreno, mejora la tierra, despierta el poder latente; pero la otra saca a la luz la verdad en toda su plenitud, y la hace útil en la práctica.

No es de suponer que no haya entre ellos hombres de mentalidad fuerte y religiosa; los últimos ensayos premiados sobre la cuestión del sábado desmentirán de inmediato el hecho, para aquellos que no han estado entre ellos; y estos se encuentran todavía ejerciendo sus poderes sobre los mismos principios, aunque de una naturaleza más extendida. La escuela dominical, los movimientos reformadores morales y políticos del día, no sólo atraen su atención, sino que toman parte silenciosa en nuestras empresas misioneras; y al ayudar en todas estas asociaciones, les dan un tono y carácter práctico, que de otra manera no poseerían. Engrosan el número de los buenos, y por su influencia y su presencia animan a los que toman las partes más prominentes; y donde sus compañeros fallarían, o cederían en alguna cuestión que tenga referencia a la verdad plasmada en la palabra de Dios, allí están ellos, para interponerse y dar testimonio de la fe una vez dada a los santos; y cuando la conveniencia pueda cuestionar la política del movimiento de aquellos que no aprecian tanto la palabra de Dios, allí están ellos para decir: "Así está escrito, y así está dicho; y por esto debemos permanecer o caer".

Un hábito que prevalece entre los pobres es la falta de prudencia y economía, debido a los pocos medios que generalmente poseen para obtener las comodidades de la vida: si en algún momento se les proporciona más para divertirse, la abstinencia previa que estaban obligados a observar ya no es, por el momento, necesaria; y son llevados, en muchos casos, a un exceso tal que los priva de las necesidades que antes habían disfrutado. Los deseos reprimidos de cosas mejores que se dejan ir, no son refrenados por el debido respeto a sí mismos o a la sociedad que todos los hombres, ya sean pobres o ricos, deben ejercer. A muchas personas les sorprende cómo viven muchos de ellos cuando se quedan sin trabajo y sin dinero; sus vecinos acuden a ayudarles, es cierto; pero durante estos tiempos de depresión del comercio hay una gran cantidad de pequeños robos, que son principalmente el efecto de la imprudencia en primer lugar; y por las historias que se cuentan, tenemos todas las razones para creer que ni un tercio es castigado. Esta imprudencia no sólo fomenta los delitos más abiertos y agravados, sino que produce una imprudencia general de carácter, inestabilidad de mente y propósito, y un disgusto general por lo que es moderado y pacífico en la sociedad; aumenta nuestras tasas de policía y los gastos de prisión, así como nuestras tasas de pobreza, y el trabajo de la parte más templada de la comunidad.

Un sentimiento muy general entre todos los pobres es que son una clase de sí mismos, que no son atendidos por la otra parte de la sociedad; o, si es así, sólo para hacer

el trabajo monótono de la vida. Una afirmación demasiado cierta para ser refutada, pero que está siendo parcialmente respondida por algunos de los movimientos filantrópicos del día. Esta negligencia ha sido el resultado de la falta de atención del hombre a las necesidades de sus semejantes, y a ese orgullo de la naturaleza humana que ha carcomido demasiado nuestro cristianismo. Esto no podemos sino atribuirlo también a la naturaleza aristocrática de nuestra constitución, y al gran amor por poseer riquezas al menor costo de tiempo y problemas, sin ninguna consideración por aquellos que contribuyen a ello; la consecuencia es que se ha engendrado un espíritu de desconfianza y odio, que se exhibe en cada movimiento popular, y una aversión en el trabajador a escuchar los razonamientos de aquellos que podrían imponer respeto. Muchos se preguntan: ¿Por qué los pobres escuchan las tontas y absurdas declaraciones de aquellos que tienen poco que aprender y mucho que decir? Es porque estas personas han estado entre ellos, y han participado de la degradación que se ha unido al hombre pobre. No le vistáis de púrpura, sino tratadle como a un hombre; y no hagáis leyes sólo en beneficio de los ricos, para que ellos sean más ricos, y los pobres sigan siendo pobres. Se puede afirmar con verdad, que la mano de cada hombre de una clase ha estado en contra de su hermano de otra: de modo que la unidad de acción, en una nación donde la paz y la buena voluntad deberían existir, ha sido considerada como no digna de poseerse; o tenerla, es permanecer en un estado comparativo de esclavitud.

¿A qué se debieron los levantamientos del pueblo en días pasados, sino a la prevalencia de este sentimiento? Hizo creer al pueblo que todo lo que parecía tener un objeto filantrópico, se hacía sólo por motivos mercenarios y para consolidar los derechos de una clase. Así, el bien que uno quisiera hacer, no tiene ningún efecto; porque tan fuerte ha sido nuestra legislación clasista, tan entretrejidadas nuestras ideas de la importancia del honor hereditario, que al intentar hacer el bien, hay que vencer una gran cantidad de prejuicios, disipar la ignorancia y perder tiempo. Al pobre hombre, que sostiene firmemente este sentimiento, apenas se le puede hacer comprender que su posición no es la única en la que los hombres están obligados a trabajar. Sabiendo que Jesucristo y sus compañeros no eran hombres ricos, la conclusión razonable es que no pueden ser verdaderos cristianos los que sostienen, con el duro tono habitual de sentimientos, esta clasificación de los hombres según su rango y riqueza, sin tener mucha o ninguna relación con los de la clase más pobre, ya que el Testamento puesto en sus manos les convence de que todo hombre debe amar a su prójimo como a sí mismo y, sea pobre o rico, reconocerlo como a un hermano.

El pueblo considera, por lo tanto, a las clases altas como la causa de todas sus miserias; y al Gobierno, no como dándoles protección, sino sólo para mantenerlos en orden, o en un cierto estado adecuado a los otros rangos: y tan rara vez escucha sus peticiones, que lo consideran sólo como otro reforzador de sus lazos de pobreza; y la religión que sostendría tal estado de cosas, para tener en ella más de esclavitud que de libertad, más de artificio del hombre que de sanción del Cielo. Tal sentimiento alimenta el descontento, y esos sentimientos de venganza que nos dicen lo que harían si pudieran; y que de vez en cuando estallan en un estallido regular, poniendo en peligro al Gobierno

y la paz de la sociedad.

Si ésta es una descripción fiel de las clases trabajadoras, ¿nos atreveremos a llamarla un estado de cosas deseable? Juzgándolo por la luz que viene de lo alto, juzgándolo por la Palabra que ha sido revelada desde el Cielo, juzgándolo por el estándar de la carrera de nuestro Maestro, nos vemos obligados a decir que no es una condición deseable. Se ha dicho lo suficiente para mostrar que los principios que gobiernan a la multitud son tales que no pueden satisfacer nuestra aprobación ni ser llamados buenos; y que no se dirigen hacia ningún fin feliz, ninguna meta deseable. Su tendencia es hundirlas en la escala de la humanidad, y gradualmente hacerlas más reacias a todo lo que es bueno y santo; socavar todo lo que entre ellas es verdaderamente social y elevador. El hombre, ignorante de sí mismo y teniendo pocos que lo eduquen, cae en la condición de un niño en mente, aunque un hombre en años y pasiones; y sin embargo, cuando es instruido en parte, no gobernado por ningún ser superior a él, se inclina al estado de los animales; y lo que debería gobernar sus sentimientos corporales, se inclina bajo su peso superior: o si no se hunde, no mantiene más que el nivel del tiempo, y no necesita más que el primer golpe de la adversidad o de la muerte para recordar la alta posición que ha ocupado aquí, en comparación con aquella en la que está a punto de entrar para la eternidad.

Al echar una mirada retrospectiva sobre todo esto, nos preguntamos: ¿No hay terreno para mejorar? ¿No hay lugar para realizar una obra poderosa? ¿Pueden estas cosas permanecer como están? ¿No hay vida en ellas? ¿No tienen la resistencia del mal? Poseen tales elementos de enfermedad que ni las llevarán totalmente a la decadencia, ni las borrarán del escenario de la existencia. Son los mismos que han existido en épocas pasadas, y ¿cuándo han encontrado un fin? Nación tras nación ha surgido y caído, pero la enfermedad sigue siendo la misma. Se nos han transmitido desde tiempos inmemoriales, teniendo ahora toda la vida y el vigor que es probable que continúen existiendo durante las edades venideras, si no son eliminadas por una mano todopoderosa. ¿Qué poder no han resistido? ¿Qué poder no resistirán ahora? Aquello que es bueno y santo no los ha avergonzado de su vista; o, si es así, sólo para ocultarse a sí mismos para empollar con más facilidad, y generar aún más poderosamente. Han crecido a partir de una pequeña raíz, y ahora se han convertido en un árbol, expandiéndose por todos lados, cuyos vástagos crecen con más vigor que su progenitor, recogiendo, a medida que corren por el suelo, todo el alimento que la ciencia y el arte pueden darles. Han encontrado en el hombre todo lo que estaba en armonía para su crecimiento, y el hombre, encontrándolos agradables a su apetito, se ha dado libre libertad para participar de ellos. No se ha demorado por la ciencia, no ha esperado por ayuda; pero lo que estaba allí, lo ha formado para ayudarlo en un curso de autoindulgencia y oposición a su Creador; a menudo haciendo caer sobre él los maravillosos juicios de Jehová, y casi destruyéndolo de la faz de la tierra. Aquel que fue hecho para glorificar a nuestro Dios, ahora blasfema su nombre, y desecha su autoridad lejos de él; y, aunque escapa a su ira temporal, incurre en su completa indignación en la eternidad.

Podemos mirar estas cosas con tristeza, y desear el poder de detenerlas donde están;

cortar las ramas que están dando este fruto: pero vanos serían nuestros esfuerzos. Más fuerte es la raíz, más fuerte es su corazón, que todas las ramas que cortamos; y la poda de ellas sólo hace que la savia vuelva a su centro, allí, por su proceso de fermentación, para ramificarse con nueva fuerza, para actuar con redoblada energía, y frustrar todo el poder del hombre para liberar a la sociedad de su mal. Los gobiernos han promulgado sus leyes y emitido sus interdictos; las iglesias y sus jefes han publicado sus bulas y han ejercido sus renombrados poderes para detener el progreso de estas cosas; pero todo ha sido en vano. Su poder ha superado con creces todo cálculo humano. Ha marchitado todos los brazos que se han levantado contra ella para asestar un golpe mortal a su futuro crecimiento; ha esquilado la fuerza de los fuertes; ha puesto en fuga a muchos ejércitos valientes; ha derribado muchas fortalezas; ha soportado toda oposición; ha resistido en medio de todos sus enemigos, y ha permanecido triunfante en medio de la mayor luz; y ahora se la puede ver tan floreciente como el árbol de hoja perenne, y tan fuerte como el robusto roble. Una vez se vistió con la armadura más fuerte, reunió sus fuerzas y salió audazmente a la batalla. En otro, se ha esparcido a lo largo y ancho, y al cubrir una gran superficie, se ha enraizado a su paso, dando abundantes frutos. ¿Cuándo y dónde se ha detenido? ¿Qué no ha superado y qué no ha arrastrado en su avance? El tiempo ha envejecido, y los años han pasado sobre su cabeza; pero todo ha añadido combustible a la llama; y nuestras aspersiones han sido inútiles para apagar su poder; o, si se han apagado en una forma, las mismas cenizas han mostrado un elemento inherente de vida en cada partícula, que ha hecho temblar al hombre a la vista, y muchas naciones poderosas han sido abatidas. ¿Y por qué todo esto? La respuesta es: la condición social y moral de las masas nunca ha mejorado completamente.

Todas las épocas prueban la verdad de estas observaciones: y decimos, por lo tanto, que si no amamos estas cosas, si no deseamos verlas crecer en todas esas formas indecorosas que son desagradables al buen gusto, al sentido religioso y al recto juicio, debemos mejorar la condición de las clases trabajadoras. Si no es deseable que estas cosas se lleven a cabo en nuestros días; si no es bueno que se extiendan a una generación futura, con toda la experiencia de ésta y del pasado para su establecimiento más permanente en la tierra, entonces debemos elevar las mentes y las almas del pueblo; porque mientras quede la levadura más pequeña, es imposible que no leude toda la masa. No puede morir; no podrá subsistir por falta de alimento; y mientras se deje a las masas poblar la tierra en su posición actual, las generaciones futuras tendrán que gemir bajo los resultados.

Es necesario reflexionar seriamente sobre estos hechos y considerar bien la importancia de una mejora; verla en todos sus aspectos y repercusiones en la sociedad; estudiar su necesidad en el momento presente; calcular sus efectos en el futuro, y tener plenamente desarrolladas ante nuestra mente las posiciones particulares en que se encuentra el pobre, para que podamos ver y sentir la magnitud de la obra que tenemos que realizar. Y entonces la condición presente del pobre, por desagradable que sea, será olvidada en nuestro trabajo para apresurar un futuro más glorioso; y el trabajo pesado, si los hombres lo llaman trabajo pesado, se perderá en la consideración de la importancia de la tarea. Por lo tanto, no nos desalentamos ahora por haber vadeado tantas cosas

desagradables para nuestros sentimientos, sino que miramos hacia adelante, hacia la carrera que ilumina nuestro camino y abre una perspectiva para la liberación de nuestros semejantes.

CAPÍTULO III.

LA IMPORTANCIA DE MEJORAR LA CLASE TRABAJADORA.

Efecto sobre la sociedad y los comprometidos-La naturaleza lo sanciona-Valor del hombre-Las masas-Su poder-Espíritu de la época-Gran cambio-Su velocidad-Conocimiento actual-Poder creciente-Remover sus agravios-Amor de clase-Similar a los enfermos-Días de acción.

Nuestro objetivo previo ha sido exponer los principios que operan entre los trabajadores: al hacerlo, no debe suponerse sino que existen los mismos principios de enfermedad en operación entre todas las clases de la sociedad. Se admite generalmente que nuestro estado actual de la sociedad no tiene ese valor sólido, ese principio moral y religioso profundamente tonificado que impregna sus movimientos, que el cristianismo exige, y que debería existir siempre en una nación mejorada e inteligente. El estado social e intelectual de todos requiere una gran enmienda; porque aunque las prácticas entre la parte superior, que difieren en la forma, están más a la sombra de la vista pública, sin embargo, hay la misma tendencia al deterioro del hombre en la una como en la otra, y ambas necesitan ser constantemente mejoradas. No puede negarse la importancia de tal objetivo, y no puede perderse de vista en nuestra consideración del presente tema. Lo que afecta a uno, debe en cierta medida afectar al otro. No se pone en duda que al mejorar las clases superiores, se mejora también en cierta medida a las más pobres; pero pensamos que está fuera de toda duda que si se mejora a los pobres, necesariamente se debe afectar a las otras clases; si no en un grado similar, sin embargo tendrá un efecto considerablemente mayor para bien sobre ellas que el que su mejora tendría sobre los pobres: la primera puede llevarse a cabo sin afectar comparativamente a la segunda, pero la segunda no puede llevarse a cabo sin contribuir en gran medida a la de la primera. La posición relativa de las dos clases, y la diferencia en su número, explican esto; y aunque la mejora de ambas debe ser promovida principalmente por cada uno en su propia posición de vida, ayudando por su influencia y esfuerzos, sus principios y prácticas; sin embargo, los pobres tendrán en todo momento el derecho de buscar en aquellos más mejorados que ellos, una gran cantidad de ayuda para impulsar su mejora. Ninguna mejora social ha tenido lugar jamás entre ellos como cuerpo, que no haya tenido el poder de control de unos pocos más avanzados que la multitud.

Si observamos la sociedad con cada porción desempeñando sus diferentes funciones, y vemos la posición relativa que cada una ocupa con respecto a la otra, nos

lleva a la conclusión de que, por muy necesario que se considere mejorar las clases altas, es mucho más importante elevar a las multitudes, pues éstas forman la base sobre la que descansa la sociedad. Todos los cristianos deploran nuestro estado actual y se preguntan: ¿qué hacer? ¿Dónde debemos emplear nuestras fuerzas? Entre los pobres es nuestra respuesta: porque al hacerlo, se ponen los cimientos de una superestructura que no será sacudida por ningún poder externo que se le oponga; y aunque una piedra y otra caigan de la parte superior, la base está asegurada, el tejido estará a salvo; pero si se quita una piedra de los cimientos, el conjunto se debilita. Podemos comparar los cimientos actuales de nuestra sociedad con los de una sociedad compuesta de piedras que se pudren continuamente; pero tan pronto como sus lugares son ocupados por otras, éstas participan de la descomposición, y los cimientos se llenan por todos lados de una masa de material podrido; de modo que la parte superior, al no tener nada sobre lo que apoyarse, se hunde más profundamente en las arenas movedizas. Si continuamos construyendo así, nuestros esfuerzos resultarán comparativamente inútiles; pero si mejoramos los materiales sobre los que estamos construyendo, si los cementamos con algo mejor que barro y paja, entonces estaremos actuando sabiamente, porque cada piedra, añadida ahora a los cimientos, los hará más fuertes y más capaces de soportar un peso superior mayor. La superestructura tendrá, no sólo la apariencia externa de utilidad y ornamento, sino esa estabilidad que durará por siglos.

Si nuestra sociedad necesita una reforma, el método más aprobado es comenzar donde la obra es más necesaria, entre los pobres; si comenzamos por cualquier otra parte, siempre tendremos una gran cantidad de ignorancia que nos empujará en la dirección equivocada, y los enemigos con los que tenemos que combatir no sólo estarán en nuestra retaguardia, sino que, rodeándonos por todos lados, inevitablemente derrotarán nuestro objetivo. Los grandes movimientos en la guerra son para prevenir esto: el ejército que una vez se permite ser desviado, por el enemigo que se pone en sus flancos o en la retaguardia, es casi seguro que será derrotado. El objetivo es tener el peligro siempre al frente; el ejército entonces, teniendo paz en su retaguardia, es capaz de proseguir más vigorosamente su obra de desolación y derramamiento de sangre. Sobre el mismo principio debe actuar el hombre que quiere regenerar pacíficamente la sociedad, derribando las malas costumbres y los prejuicios, y que quiere mejorar a toda la masa de individuos de cualquier rango; debe ver que no tiene a nadie detrás de él, excepto aquellos que aprueban sus doctrinas y su objeto. Se mete debajo del todo para levantarlo; se humilla para que con el esfuerzo de su poder al levantarse, pueda levantar a todos por encima de él. El hombre más fuerte puede levantar un gran peso, pero si se pone debajo de otro mucho más pesado, podrá levantarlo con más facilidad, porque toda la fuerza del cuerpo se entregará a la obra; y éste creemos que es el mejor método para hacer frente a la condición actual de la sociedad. Las facultades del cuerpo del hombre se asemejan en muchos aspectos, si no en todos, a las de su mente: el cuerpo no sólo es adecuado para la mente, sino que, siendo la expresión del alma, es semejante a ella en todas sus operaciones.

Por esta razón, los gobiernos han tenido siempre una mirada aguda y celosa sobre

todos los que hacían circular sus opiniones entre la población trabajadora: porque no ha sido menos terrible el poder de aquel hombre que los complacía y se ganaba su confianza, ya fuera para mejorar su condición o para servir a sus propios fines, que el de aquel que aspiraba al trono o a los consejos legislativos del país armando fuerzas o desplegando una cantidad de poder físico. Tan destructivos los unos como los otros han sido siempre considerados, y tantas leyes de protección han sido aprobadas en referencia a ambos. El gran Líder de la humanidad fue, por esta misma razón, considerado, aunque en su humilde condición de vida, como un peligroso enemigo de la nobleza existente entonces: y al examinar la vida de Jesucristo, sus principios y su método de acción, encontramos en ellos algo digno de mención, en referencia al efecto del hombre trabajador sobre todas las demás clases. Su comisión especial fue predicar el Evangelio a los pobres. Él nos dice que para este propósito fue ungido; y, si es así, debe haber algo particular entre esta clase de personas. No fue sólo porque tuvieran pocas comodidades o conocimientos de este mundo por lo que adoptó este camino, sino porque, en su infinita sabiduría, sabía que toda sociedad surge del hombre pobre. En el estudio de su vida, vemos claramente que los medios que adoptó estaban basados en los principios más científicos: si discutiéramos todos los métodos que podían adoptarse, nos veríamos obligados a admitir que éste era el que más se ajustaba a nuestra razón y el que tenía la mejor base sobre la que construir un reino. Los hombres pueden discrepar de la fe religiosa y de las doctrinas que enseñó, pero nadie puede criticar el método que adoptó para mejorar la sociedad. Si deseamos, pues, ver a toda la nación sirviendo a Dios y haciendo justicia; verla produciendo los frutos del Evangelio, amando cada uno a su prójimo como a sí mismo, y empleando todos los poderes del hombre para glorificar a Dios y para la felicidad de la humanidad, debemos comenzar por las clases trabajadoras.

Ellos son los creadores de toda sociedad; y sobre ellos ha sido, es y siempre debe ser criada: porque, si es posible, quitad a los trabajadores de cualquier sociedad, ¿y a qué condición queda reducida? Imagina, si fuera posible, que todos los trabajadores de un país fueran barridos, y que las otras clases permanecieran. ¿Qué tendréis entonces? y ¿cómo haréis para que el remanente obtenga el pan para sostener la vida? Estos deben convertirse en trabajadores, tomar la pala y labrar la tierra, a fin de abastecerse para su alimentación diaria. Cualquiera que sea la forma de sociedad que exista, esa sociedad no puede prescindir de las clases trabajadoras: es cierto que en cualquier estado civilizado se encontrará una clase de individuos que, por sus talentos y adquisiciones, se elevarán por encima de los obreros; y les darán, con su tiempo, para moldear las materias primas de la tierra en artículos tan útiles como puedan ser necesarios, a medida que la sociedad se vuelve más mejorada; pero para esto los obreros son tan necesarios como los otros para controlarlo. En nuestras colonias, el obrero es el primero que debe cultivar la tierra, antes de que haya lugar para los que están por encima de él; de modo que puede hacerlo, aunque imperfectamente, sin los otros motores de la sociedad, y debe precederlos invariablemente. Todo lo que necesitamos en nuestras tierras baldías son obreros que las cultiven; hay mucho ganado que nos ayude, y mucha tierra buena que producirá, con su ayuda, maíz y todas las demás cosas necesarias para el hombre en todas las etapas de la

sociedad. Este principio se aplica en toda la Biblia. Los israelitas, que llegaron a ser, bajo la dirección de Jehová, la nación más grande que existe, eran hombres acostumbrados, en su mayor parte, al trabajo corporal. Así como deseamos ver mejorada la sociedad, así debemos mejorar la condición del hombre pobre; porque entonces estaremos poniendo los cimientos de un edificio que, por sí mismo, será capaz de resistir las tormentas de la vida y la lluvia socavadora de las influencias seductoras.

Las personas así comprometidas deben, necesariamente, mejorarse a sí mismas y fortalecer su propia posición social en la sociedad. El maestro y el conferenciante saben bien que sus oyentes no son los únicos beneficiados por sus discursos: ambos afirman que cuanto más dan, más se benefician ellos mismos, ya que, al verse obligados a sumergirse en los temas, son más capaces de entenderlos. Lo mismo ocurre a mayor escala de la sociedad. Cuanto más se mejore la condición del obrero, tanto más se verán obligadas las demás clases a mejorarse a sí mismas, al ver su propia ignorancia y defectos; y tanto más se verán obligadas a mantener una conducta coherente en la vida, a fin de conservar su posición en la sociedad: por este medio se producirá un bien para ambos, y todos se verán impulsados a un grado de mejora nunca antes alcanzado. Una ilustración adecuada del progreso de la sociedad se muestra en el crecimiento de un árbol: del cual el trabajador es el tronco, y las otras clases las ramas; dando cada una, a su vez, su fruto designado. Y así como, cuando deseamos que crezca un fruto mejor, abonamos la tierra y regamos las raíces, para que la savia se difunda en sus diversas ramas, así sucede con la sociedad; enriquezcamos al pueblo con el conocimiento, extraigamos los poderes de sus recursos: entonces los que más han preparado la tierra se sentirán enriquecidos con una cultura mejor, enterrándose en sus mentes, y produciendo tales prácticas que infundirán su carácter en toda nuestra sociedad; hasta que el trono mismo, sintiendo los efectos, sea tan poderoso para el bien como, en tiempos pasados, lo ha sido para el mal.

Muchos de los pobres se elevan, por la industria y la perseverancia, a ocupar puestos más prominentes en la vida. Cuán indecoroso parece ver a éstos, con riqueza, sin educación; y cuánto se agravia la sociedad en que se asocian, y se oye decir al orgullo del hombre: "¿Qué hacéis aquí? Buscad compañía entre los que son más adecuados a vuestras costumbres". Pero que tengan un conocimiento general, y que ejerciten una inteligencia combinada con la laboriosidad; entonces se sentirán en una posición correcta, y, por un sabio proceder, habrán de ganarse la estima de los que les rodean. Es, pues, importante que las clases trabajadoras, aunque no requieran toda la instrucción que se da a las demás, tengan los mismos elementos de formación religiosa y mental, y los mismos primeros principios de instrucción, a fin de que, a medida que asciendan en la sociedad, puedan avanzar en los conocimientos que les capaciten para su posición en la vida. Incluso aquí, los hombres que tienen el menor grado de orgullo legítimo, o respeto por sus propios conocidos, verán un principio importante para instarlos a mejorar a sus hermanos más pobres, y eso sin referencia a sus opiniones actuales, o sin esa distinción que tan a menudo existe. Si alguien se encuentra en el trato diario o en amistad con alguien que, en su opinión, es deficiente en el conocimiento común de la vida diaria, que el orgullo de su clase se entierre en el pensamiento de que ahí está el hombre a quien la

sociedad ha descuidado, y a quien tal vez debería haber ayudado cuando estaba en su condición anterior; para que ahora no sienta la susceptibilidad que a menudo producen sus comentarios.

La naturaleza sanciona esta empresa. Todo tiende hacia arriba y hacia la mejora, desde la mala hierba que crece bajo nuestros pies, hasta el robusto roble que ha resistido la tormenta durante muchas generaciones. Todo lo que crece tiende hacia el cielo; los pájaros cuando vuelan y las bestias cuando crecen; es más, el hombre mismo, en su crecimiento corporal, tiende hacia arriba. También se vuelven, sin excepción, más bellos y majestuosos: las flores del campo y los bosques de las selvas exhiben la mano mejoradora del Dios de la naturaleza. ¿Y por qué, en medio de todo esto, la parte más noble de la creación ha de permanecer al margen de la ley general de la naturaleza, y la mente y el alma del hombre no han de ser mejoradas y elevadas para mantener con respecto a la creación la misma posición que tenían al principio de los tiempos? Con respecto a las cosas de la creación a las que hemos dedicado nuestro tiempo, talentos y dinero, vemos que nos recompensan con creces por todo nuestro trabajo, y nos proporcionan un suministro más abundante de lo que nunca podrían haber hecho cuando se las dejó en su propio estado no mejorado. Cultivamos la tierra para que produzca más maíz; alimentamos a los animales y cuidamos de ellos con el mayor esmero para que sean más útiles en el trabajo o en la alimentación; cultivamos las flores del jardín y los frutos de la tierra para que nos proporcionen placer; es más, para satisfacer las necesidades de una vida civilizada, mejoramos todas las materias primas en uso, y no detenemos nuestros esfuerzos hasta que es imposible llevarlas a un estado superior de perfección. Si no hay más que un matiz de importancia en que éstas sean así mejoradas, cuánto más es necesario que el hombre, que está inmediatamente relacionado con ellas, y a quien estamos obligados a confiar el fomento de una y la mejora de la otra, sea elevado en su condición moral e intelectual, para que pueda comprender realmente que el mejorador es de más valor que el material mejorado; y que él, cuando sea llevado proporcionalmente a la perfección, las superará en belleza y valor, como las cosas de la eternidad superan a las cosas del tiempo.

Examinad al hombre, ponedlo en la balanza con todo lo que nos rodea; probad su valor por cualquier prueba adecuada; mirad el uso que se le puede dar en sociedad; y qué puede tener la menor semejanza con el valor del hombre. Todos los materiales de la tierra, en su estado rudimentario, son comparativamente inútiles, antes de que la mano del obrero se ejerza sobre ellos. Apenas hay una fruta, un metal o un animal, que pueda ser utilizado para cualquier propósito de la sociedad en su estado inculto; todos requieren el trabajo de su mente, la mano entrenada del hombre, para hacerlos útiles y ornamentales. Pero tomad al hombre en su estado más rudo y bárbaro, encontradlo donde queráis, y tendréis al ser que puede en seguida, sin la menor mejora, llegar a ser útil a la sociedad. Demasiados pobres negros experimentan esto a su costa, al ser arrastrados de su país natal para pasar una vida de trabajo penoso y esclavitud en alguna tierra extranjera: cualquier cosa y todo lo arriesgarán los hombres para ganar el trabajo de sus manos, incluso en ese estado de barbarie en el que están atrapados; porque uno

sabe por cualquier cálculo, que el hombre es de más valor que todas aquellas cosas en las que pone sus manos. En la medida en que los metales y las diversas producciones de la tierra pasan por las manos de los hombres, consumiendo tiempo y trabajo, adquieren mayor o menor valor. El empleo de la maquinaria para abaratar su producción nos lleva también a la misma conclusión; pues, dígame lo que se diga de los beneficios derivados de la reducción del coste, prueba el mayor valor del trabajo del hombre. Entonces, si estas cosas, sin valor en sí mismas, se vuelven tan rentables cuando su mano de obra se ha gastado en ellas, ¿no es una deducción justa, que el trabajador, cuando tiene una proporción similar de mano de obra y tiempo gastado en él, debe ser de tanto más valor? Nadie duda del valor de los hombres de las clases altas que han recibido cuidados. Es cierto que tienen algunos eruditos aburridos, como entre cualquier número de hombres; pero el que es aburrido después de tanta instrucción, sin ninguna, dejaría de ser del poco valor que es; cayendo de su posición a los otros rangos de la comunidad.

Los obreros constituyen el grueso de la población. Aquí se nos presenta el trabajo del refinador. Hay varias piezas de oro; una de ellas es mucho más grande que las demás, está más coagulada por la tierra y tiene mezclada una mayor cantidad de oro espurio; sin embargo, después de pasar por el proceso de refinado, siempre que el refinador pueda obtener oro más puro, la preferirá a cualquiera de las demás, invirtiendo en ella el tiempo y los gastos que las otras no requerirían. Es la masa de oro lo que atrae, y a ella dirigirá toda su atención. Lo que podría considerarse una molestia para una de las otras piezas, no lo considera con ésta; ve su premio, sabe algo de su valor cuando esté refinada y mejorada, y utiliza su habilidad sin disminuir su esfuerzo. Si actuamos así, y consideramos sabio hacerlo, con un mero trozo inanimado de metal que no aumenta ni en cantidad ni en volumen, sin duda debe haber sabiduría ejemplificada si tratamos de manera similar con las masas vivas de la sociedad, que aumentan a nuestro alrededor cada día. Pueden estar cubiertas de aquello que se necesita tiempo y cuidado para eliminar; puede haber entre ellas algunas mezclas que tengan esa naturaleza endurecida y espuria que ninguna influencia nuestra puede tocar, -hay esto con la mayoría de los metales que se encuentran para sernos de la mayor utilidad, sin embargo, no los rechazamos por esta razón; cuanto más de esto hay en ellos cuando se encuentran, de mayor valor los consideramos cuando están refinados. Pero tenemos entre la gente algo mejor que el oro, o nuestros metales más útiles; hay perlas de más valor que todo lo que la tierra contiene. ¿Hay algún valor en un solo individuo, algún valor intrínseco profundamente oculto en el hombre? En medio de toda su envoltura, de todo lo que es espurio y malo, sabemos bien que aunque el mal pueda mostrarse conspicuamente, no obstante, porque es un hombre, lo consideramos de tal valor, que para nosotros no debe ser comprado con oro ni con nada de lo que poseemos. Considera ahora con un pensamiento la masa multiplicada de individuos de los que estamos hablando. No se trata de uno o dos mil; podemos estimarlos justamente, sólo en Gran Bretaña, en diez o doce millones de personas: contadlas, una por una, a medida que pasan ante vosotros; estimad el valor de cada una, y luego decid si, por su mismo número, no es importante mejorar su condición. Si hay riqueza en uno, ¡qué riqueza asombrosa debe haber en tal

masa!

Considerando los poderes y prácticas de estos en su capacidad colectiva, el mal que existe no puede ser de poca monta; y si sólo la mitad de este número se dedican como se ha descrito antes, la cantidad de crimen ante Dios y el hombre no puede ser calculado por cualquier cálculo humano: pero no estamos muy equivocados al decir que tres cuartas partes actúan sobre los principios de destrucción que tienden a bajar la sociedad por debajo de su nivel actual. Aquí tenemos, pues, no un solo poder individual, sino una gran energía combinada, conducida por todos los métodos perfeccionados para adaptarse a las diversas posiciones en que las personas pueden ser colocadas, y formando un poder de carácter no ordinario; porque se le dan talentos de los que cuanto más vemos, más nos vemos obligados a admitir que el hombre no es un ser tan impotente como algunos nos quieren hacer creer.

El poder de las masas, ya sea para el mal o para el bien, si se concentran juntas, movidas por un mismo espíritu y resueltas a un fin, ¿qué otro poder es igual o capaz de resistir a su fuerza? Dispónganse las clases media y alta por un lado, y las masas reunidas por otro, ya sea para derribar o para edificar, qué desiguales son nuestras fuerzas. Su fuerza numérica es doble, y su proporción creciente formaría una falange que nada podría detener en su avance. El poder oral, el genio mental de los que están en el uno, combinados con toda su fuerza física, urgidos por todo lo que aprecian, nunca han podido resistir la indomable resolución de las masas de Inglaterra. Y ahora que el poder oral y el genio mental de los obreros están siendo alentados y aumentados, cuánto más inadecuada se está volviendo toda esa oposición. No están en la posición de esclavos rusos; la luz ha comenzado a amanecer, la cuña ha encontrado su camino en cada grieta, una larga paz ha dado tal recreación para el desarrollo de sus mentes, que el poder, por el cual podrían haber sido fácilmente vencidos, ahora se encontraría débil e inútil, al actuar sobre los mismos principios que en tiempos pasados. La multitud ha ganado una gran cantidad de instrucción y experiencia de la que antes no tenían ventaja; y su número forma un poder, que hoy puede no ser capaz de utilizar para lograr su fin, pero mañana pueden surgir circunstancias que, llamando a toda su fuerza latente, se precipita sobre el país adyacente, y como un cuerpo confinado de agua una vez que tiene una salida, destruye tanto las bellezas de hoy como la grandeza de los siglos. Los últimos movimientos en el Continente ilustran prácticamente nuestro argumento. Un gobierno de la mayor fuerza y poder no ha sido capaz de resistir esta voz, cuando provenía del cuerpo de la nación; y cualesquiera que fuesen estas demandas, se vieron entonces obligados a acceder a ellas, y los excesos cometidos han sido justamente en proporción a su falta de mejora y educación. El poder está aquí para el bien o para el mal; no ha sido usado tan a menudo para el bien; sin embargo, la tiranía y el despotismo, la corrupción y la negligencia, han sido generalmente dispersados por una temporada, aunque las semillas que se han dejado germinar, crecen a tal grado de intolerancia, que el poder tiene que ser puesto de nuevo en ejercicio, y si no para probarse victorioso, sí para hacer una impresión irresistible sobre los gobiernos de la época.

En el estado actual de la gente, es imposible que ejerzan este poder correctamente;

porque los mismos principios, que son de aceptación común en sus hogares, deben operar cuando se asocian: por ellos serán influenciados, y de acuerdo con ellos gobernarán y usarán este poder en cualquier momento. Es esencial, por lo tanto, si queremos evitar su ejercicio en la dirección equivocada, mejorar su condición; de modo que los mismos principios mejorados puedan hacer que lo empleen correctamente. Muchas personas son muy diferentes en su círculo doméstico de lo que son en los negocios de la vida; pero los mismos principios han de verse en ambos, aunque tomando diferentes formas.

Los gobiernos siempre han conocido este poder y, en consonancia con sus demás principios, han adoptado una sabia política al esforzarse por mantener a los trabajadores divididos entre sí, manteniendo una legislación de clases y una clasificación de intereses: si no hubieran hecho esto, nunca habrían podido permanecer tanto tiempo en el poder, ni conservar el orden que han mantenido en todo momento.

Los efectos de esta división de intereses se muestran en el espíritu enconado que ejercen los diferentes partidos en las elecciones. Es cierto que los gobiernos, sobre la base de estos principios, han hecho hasta ahora lo mejor para su propia preservación; ya que por este medio han sido capaces de recaudar impuestos en una enorme medida, y de llevar a cabo la guerra, cuando y como les plazca; sin embargo, el pueblo, estas excitaciones se han calmado, han ido a su trabajo y se han dejado forzar de cualquier manera: han estado descontentos unos con otros, cada uno quejándose de su agravio particular, aunque cada uno viviendo con la esperanza de algún cambio que lo elimine; y el gobierno, al no tener un control firme sobre el pueblo, que es indiferente a cualquier cosa que lleve la marca de la autoridad, siempre ha temido algún estallido. Esta división es perjudicial para sus mejores intereses, ya que provoca un odio civil entre unos y otros, y destruye esa amistad mutua que es tan necesaria para un pueblo fuerte.

Considerad el espíritu de la época en que vivimos, los conocimientos que circulan entre todas las naciones, así como el grado de mejora del estado bárbaro de la sociedad que se está produciendo en el mundo entero. Hubo un tiempo en que la opinión general era que los pobres debían ser tratados, como hombres de estatura pero como niños de espíritu, con la furia del espíritu de un león; como una masa de animales que debían estar subordinados en todo -religión, política o trabajo- a unos pocos que tenían, por mero accidente, la mayor autoridad en la tierra. Debían moverse sólo como se les ordenara, y hacer su trabajo como el caballo y la mula: por casualidad, si se sabía que ejercían sus poderes racionales, sólo debían tener un pensamiento, una opinión, uno y todo común; un segundo que se cruzara en su camino, debía ser en obediencia a los altos y sagrados poderes de la tierra. La apariencia de oposición fue aplastada inmediatamente, y de este modo se educó al pueblo: pues aunque comparativamente no había escuelas, los padres inculcaron este servilismo en las mentes de los niños; y la costumbre se hizo tan fuerte, que las clases trabajadoras miraban, como si fuera por naturaleza, al gobierno del día por su todo, por su religión, su política, su pan y sus diversiones. El gobierno estaba bastante dispuesto a continuar el pleno ejercicio de sus derechos, como se les llamaba entonces; y gradualmente el pueblo fue reducido casi a polvo, y a seres que tenían el nombre de

hombres libres con sólo una sombra de su realidad. Pero el fuego de la justicia, que se encendió en Jerusalén, tenía todavía la chispa que, posándose sobre esta naturaleza pulverizada, produjo un calor que ahora está estallando en una llama; y a medida que este calor corría a lo largo de las filas, el pueblo se volvía más ilustrado, y con ello más que doblemente numeroso, el principio limitado, confinado y estrecho sobre el que se actuaba entonces comenzó a mostrar su escasa fuerza, y proclamó su debilidad e inutilidad para el futuro.

Los pueblos han descansado, las naciones han dormido; y ahora se despiertan de su letargo, comienzan a contar los sueños que han soñado, y, abriendo los ojos y frotándose los párpados, se despiertan a la vista de cosas tales como la luz, la verdad, la libertad y la independencia; que, cuando están debidamente entrelazadas y unidas por una cadena de justicia del Cielo, constituyen el gran eslabón de la felicidad universal del hombre; y que, cuando se infunden en su alma, preparan al hombre para pensar y actuar por sí mismo en las grandes cosas de esta vida, y también le capacitan para su disfrute más extenso en el futuro. Creemos que éste es el espíritu de los tiempos, que al hombre, teniendo poderes para gobernarse a sí mismo y obtener su propio sustento, se le debe permitir ejercerlos tanto como sea posible, y de la mejor manera que considere apropiada, sin inmiscuirse en los poderes o dominios de otro hombre.

El juicio privado y la independencia de acción son los temas y lemas sobre los cuales la religión y la política se conducirán en adelante; y se actuará más y más, a medida que el hombre proceda a cumplir el fin para el cual fue creado. Los hombres ya no están sujetos a la religión o a la política, a los reglamentos o a las teorías de otros hombres, sino que se les deja labrar por sí mismos, con la ayuda del pasado, la lucha del presente y los cálculos para el futuro, el curso que deben adoptar en todos y cada uno de los casos. Las viejas normas se han encontrado deficientes y defectuosas, las viejas leyes están desapareciendo como inadecuadas para su uso; todo se está poniendo de manifiesto, todo se está probando en su valor y comenzando a ser estimado en su justo precio: todas las cosas están siendo sometidas a la prueba del mayor juicio crítico, y pesadas en la balanza de la justicia ecuánime; mientras que cada balanza está siendo probada por la otra, y una nueva está surgiendo por todos lados. Lo que antes se tenía por verdad, ahora se desenmascara y se pone a prueba con un fuego cada vez más fuerte y cada día más ardiente. El engaño está quedando al descubierto, y las mentes de los hombres se están despertando a la honestidad, la verdad y la justicia; y si bien no aman estas cosas por amor a Aquel que las entregó por primera vez a la humanidad, están viendo en ellas una belleza y una grandeza a la que antes estaban ciegos; y una vergüenza en sus caracteres opuestos, contra la que protestan cada movimiento de sus lenguas y plumas. Ni las cosas viejas se reciben como verdaderas por su antigüedad, ni las nuevas como genuinas por su novedad. Las revoluciones del tiempo las están poniendo a prueba; y la mente del hombre está marchando audazmente, recorriendo la tierra de arriba abajo, y sin confinarse dentro de límites estrechos: los cielos ilimitados se están abriendo para su recepción, y ahora están derramando tanta luz sobre las naciones como lo hicieron, en tiempos antiguos, sus aguas.

No hay dos caminos abiertos para el trabajador; o hay tantos que se ve obligado a uno: pensar y actuar por sí mismo. No puede seguir, no se atreve a seguir, a un hombre o a un grupo de hombres, a un principio o a un conjunto de principios dados por otros. Debe pensar y juzgar por sí mismo, si quiere actuar correctamente. Hay libertad, pero no libertad para seguir el viejo camino trillado. Hay independencia, pero no más que la que debe basarse en el cumplimiento concienzudo del deber, tras una investigación veraz de los hechos y los principios. ¿Cómo deben actuar entonces los trabajadores? No pueden permanecer inmóviles, pues ello sólo les hunde más en el fango y aumenta sus dificultades. Todo les empuja en alguna dirección. Hay un espíritu y un animus en los movimientos de la sociedad que les obligan a avanzar; pero, si van, es sólo un curso desatento, divagando sin saber hacia dónde, en persecución de las mismas cosas que tratan de evitar; precipitándose en lo más espeso de la lucha sin armadura ni armas de defensa; encontrándose con desaires que sólo les exasperan aún más para arriesgarlo todo, e inducen un espíritu de indiferencia hacia ese orden y felicidad de la sociedad que les prepara para cualquier contienda. Siendo tal el espíritu de los tiempos, es necesario e importante que todos y cada uno, sin clase ni distinción, desde el grado más bajo hasta el más alto, tengan toda esa luz, verdad y conocimiento que les permita seguir su curso con firmeza, y sin dejarse llevar por cualquier viento y doctrina.

Aquí tenemos, pues, un gran cambio de principio de acción; un cambio en nuestros hogares, en nuestras sociedades sociales y religiosas, en nuestros negocios y actividades mercantiles: y esto, como todo el mundo sabe, requiere la mayor cantidad de prudencia y cálculo en cuanto a sus consecuencias. Es más fácil seguir un camino trillado, por accidentado que sea, que trazar un sendero de ascenso más suave y rápido. Es más fácil sentarse tranquilamente en casa, cumpliendo con una rutina regular de deberes, que tener que adaptarse cada día a un cambio constante de procedimiento: uno requiere que la máquina se ponga en funcionamiento una sola vez, y se mantenga alimentada para realizar su trabajo; día tras día puede continuar, y, la vida y la salud continúan, uno puede depender de su acción. Pero se ha descubierto que el hombre es algo más que una máquina; que tiene un principio vivo de pensamiento y sentimiento en su interior, y que nunca se pretendió que fuera tratado así. Para lo uno, la ignorancia, o una cierta cantidad de conocimientos mecánicos, pueden ser suficientes; pero para lo otro, se requieren una aplicación incesante del pensamiento, un entrenamiento y desarrollo del entendimiento.

Este cambio opera ahora sobre el gobierno; toda la sociedad se mueve de un lado a otro en su curso; ninguna nación siente el cambio por sí misma, sino que toda la atmósfera de la humanidad está siendo beneficiada por sus efectos. Un principio, con sus apéndices concomitantes, está siendo eliminado para preparar el camino para la realización del otro. Durante este tiempo, las costumbres y los prejuicios, que han tenido su asiento en la sociedad durante tantas generaciones, están siendo desechados; y, los hombres se ven obligados a renunciar a ellos a cualquier precio, se producen heridas que requieren un bálsamo curativo, y las aplicaciones calmantes del arte. Sabiendo también lo que el cambio debe producir en las mentes de los hombres, cuánta prudencia es necesaria en el proceso; para que la paz de las naciones pueda aún mantenerse, y la

victoria del gran principio, con todas sus ventajas, pueda obtenerse sin la matanza de Waterloo, o la sangre que se ha derramado en nuestro Imperio Indio. Para hacer frente al gran cambio que este principio ya ha producido, y para seguirlo, sin derramar una gota de sangre o causar un inconveniente innecesario, nuestros hábitos sociales deben ser mejorados, para que podamos ser capaces de actuar de una manera noble, varonil y liberal; para hacer frente a los intereses implicados en el viejo sistema, no con los estrechos métodos que se están rompiendo, sino de una manera tan justa y honorable, que los hombres de las generaciones futuras puedan mirar hacia atrás y decir: "La verdad y el derecho ganaron su poder y fuerza por la verdad y el derecho. Elevad y elevad al pobre hombre para que pueda ver por sí mismo, y sentir en su propio pecho la magnificencia y excelencia de la meta a la que conducen los principios de la verdad, por la fuerza y belleza de los principios mismos; que no sólo la justicia es ejercida por Dios para con el hombre, sino que la misericordia, brillando con su mayor fulgor en el evangelio, llama en voz alta por todas partes para insuflar su influencia en las acciones de los hombres.

Cuán grande es la velocidad de este cambio. Todo el mundo se apresura; todo avanza rápidamente, y viene con tal aceleración, que mientras el hombre que tarda en dudar, temeroso en cuanto a las consecuencias, le sobreviene un cambio, y se encuentra al borde de otro. Apenas se permite que el tiempo tenga algo que decir en la obra: llega un cambio, y los hombres deben pensar y trabajar mientras dura el día, porque pasa la noche y otro les sale al encuentro por la mañana; no se permite ninguna prueba para la operación del uno, ya que se suceden tan rápidamente; y el hombre que es ignorante, al no tener su mente preparada para sumergirse en los principios y sus consecuencias, se ve desconcertado en su empresa y confundido en todos sus movimientos. Un poco de conocimiento podría haber sido suficiente cuando los hombres tenían tiempo para compensar más; pero ahora están llamados a contar el tiempo por minutos, en lugar de, como antes, por años; deben, los hombres de trabajo, estar preparados para llenar sus mentes con el conocimiento, y sus corazones con un verdadero y liberal espíritu de amor hacia todos los hombres, y mantener sus conciencias sin trabas, listos para decidir en un espacio muy corto qué curso seguir. A veces viajar es una locura; pero demorarse ahora, con los absurdos de los siglos amontonados sobre nuestra cabeza, impidiendo la acción apropiada de las facultades del hombre, es una locura aún mayor. Estamos llamados a viajar y a aumentar la velocidad. ¿Quién no sabe entonces que esto requiere una mejor gestión, una mayor habilidad y más cuidado por parte de todos los que se dedican a ello, que si se viaja a un ritmo más lento. El hombre que viaja en carreta tiene tiempo para compensar sus faltas; pero el que viaja en expreso debe agilizar sus pensamientos y estar preparado para afrontar y superar las dificultades: y lo mismo sucede con el trabajador, que se ve arrastrado por el ímpetu que le da la sociedad, y, si no se mejora su condición para adaptarla a la velocidad a la que viaja, le ocurrirán muchos y graves desastres.

El conocimiento es uno de los signos de nuestro tiempo; está extendiendo su manto sobre todo, y debido a la actual condición social del hombre pobre, éste reúne muy poco; de modo que los temas del día pasan ante él sin ninguna investigación, y él, actuando

sólo de oídas, es conducido a innumerables errores, de los que es difícil, incluso con un conocimiento más maduro, desprenderse. Con esta pequeña cantidad de información, y la impaciencia y la imprudencia que generalmente son copartícipes, procede apresuradamente a eliminar, no de la manera más probable para lograr su fin, lo que requiere la mayor deliberación y sabiduría. Un poco de conocimiento es mejor que nada en absoluto; pero hay un cierto estado de la sociedad, como el actual, en que el hombre que tiene el privilegio de la acción, con un conocimiento parcial de las circunstancias existentes, es propenso a dejarse llevar por ciertas teorías abstractas, que él supone, por las influencias peculiares por las que está rodeado, que son las calculadas para una esfera más amplia: sin embargo, cuando son probadas por la experiencia de los siglos, y tamizadas por un conocimiento más amplio, o bien resultan inútiles, o requieren una modificación tal que cambiaría todas las características de su funcionamiento. O, como sucede con más frecuencia, mira las cosas como un hombre que mira un trozo de vidrio en el amanecer del día, no ve claramente su color, y lo destina a un propósito erróneo; pero, teniendo una luz mejor, es capaz de ver correctamente, y adecuarlo al propósito para el que estaba destinado. Creemos que el último de estos casos es habitual en aquellos que tienen bastante menos talento que ellos en el primero, pero ambos, puede ser, que tengan aproximadamente la misma información limitada; y por lo tanto con tanta frecuencia se extravían por falta de esa mejora que defendemos para las clases trabajadoras.

Un poco de conocimiento tienta a un hombre a prácticas en las que no se aventuraría cuando no tiene ninguno; y si no tiene éxito en obtener aquello a lo que aspira, tales son las disposiciones del hombre que rara vez se atribuye el fracaso a una deficiencia de percepción, sino a la dura oposición de aquellos que difieren con él en opinión. Se ha dicho que un poco de conocimiento es peligroso, lo cual, si no es cierto como principio abstracto, se demuestra tal cuando se pone en relación con el estado actual del trabajador; la luz recibida actúa muy parecido a la medicina que da dolor para el presente, pero obra para bien a medida que el tiempo avanza. La gente que ha crecido en una condición ignorante, siente que el alimento, del cual una persona sana es capaz de participar, debe ser para ellos demasiado para que sus constituciones lo soporten todo de una vez; sin embargo, han comenzado, han continuado participando más libremente, y ahora son más fuertes, no sólo capaces de soportar, sino que absolutamente requieren más alimento mental y moral para sostenerlos en un curso de mejora, y permitir a la constitución soportar las seducciones internas, y las oposiciones externas. Los movimientos actuales en el Continente, en más de un caso, ilustran el hecho. Pero no necesitamos ir allí; vemos en nuestro propio país la excitación febril que la elucidación de nuevas opiniones o principios, no de acuerdo con el sistema actual de la sociedad, produce en las mentes de las clases trabajadoras. Puede haber, tal vez, verdad en los principios que, cuando se discuten justamente, deben recomendarse a las mentes de aquellos que no están preparados para recibirla en la forma áspera y sin pulir, que el obrero en su condición actual invariablemente la presenta. Nada tiende más que un poco de conocimiento a inflar al hombre de orgullo y a volverlo tiránico. El resultado es una conducta prepotente,

sobre todo cuando se le otorga algún poder; y esto nos lleva a considerar otra tendencia de la época.

La creciente influencia y poder del pueblo en el gobierno. No nos corresponde a nosotros discutir este principio, la tendencia está aquí; nadie puede estar ciego ante el hecho de que la época progresa a favor de que se infunda un elemento más popular en los consejos nacionales. Todas las revoluciones de los últimos tiempos han tendido a reforzar este principio. El sufragio nacional y un gran aumento del poder popular han sido el resultado en el Continente, y los disturbios en nuestro propio país el año pasado, estaban destinados principalmente a este propósito; las ligas que ahora se están extendiendo con este fin tienen muchas probabilidades de prosperar, y ser de gran ayuda para lograr un cambio de representación en nuestros propios consejos. El principio del juicio privado se está imponiendo en todos nuestros movimientos políticos, y los hombres están llegando a comprender la naturaleza propia del gobierno de las naciones. Los derechos divinos de los reyes están desapareciendo rápidamente, y los derechos y privilegios bíblicos del pueblo están empezando a ser explicados y admitidos más a fondo. El pueblo se está volviendo más sabio, más fuerte y más poderoso, y así debe encontrar su camino en el corazón de la administración. Cada año ganan terreno y cada día son más escuchados en las más altas asambleas de la nación. Cada vez se atiende más a sus deseos, y cuando la razón prevalece entre el cuerpo, nada puede detener sus demandas. Como esto, pues, no puede discutirse, y sabiendo que, si quisiéramos, es imposible para nosotros, ahora que han ganado tanto, detenerlos por completo en su curso, nos corresponde estar despiertos a la importancia de infundir en sus mentes, incluso en mayor proporción, y darles el ejemplo de aquellos principios de verdad y honestidad que los prepararán para usar su poder correctamente, en beneficio no sólo de las clases trabajadoras, sino de toda la nación.

Pero, ¿cómo podemos contemplar el ejercicio actual de este poder: qué orden podemos esperar que se mantenga? o ¿qué principios de moralidad impregnan las leyes aprobadas por los representantes de las acciones que son comunes entre ellos? Supongamos que de repente este poder se pusiera en pleno juego, ¿no sufrirían los intereses y el bienestar de la sociedad como consecuencia de su condición actual? Ciertamente se verán afectados en la medida en que abunden la ignorancia y la inmoralidad; así ha sucedido siempre en los días pasados; y muchos de nuestros legisladores han sido hombres que, aunque impidieron los desmanes del pueblo, nunca pudieron obtener ese respeto por su carácter moral como para ser dignos del ejemplo de la nación. No deseamos imputar ninguna mala consecuencia a una extensión que es legítimamente exigida por la educación del pueblo; pero como este poder es grande, así debe ser su perfeccionamiento, para permitirles ejercerlo correctamente: la responsabilidad de desempeñarlo para el bien nacional no será un asunto insignificante, y debe considerarse que a medida que la nación progresa, requerirá hombres de inteligencia progresiva para ayudarla en su curso; su perfeccionamiento entonces debe ser en consecuencia, ya que un día tendrán la oportunidad de ejercer este poder de una manera grande y extensa. Los que se oponen al poder popular saben que toda oposición

a que las clases trabajadoras adquieran una gran influencia en el país es inútil; pero que dentro de poco tiempo tendrán inevitablemente éxito. A ellos les diríamos: lo que se está perdiendo por un lado, podéis, si queréis, ganarlo por el otro, mejorando de tal modo su condición actual, que mientras ellos obtienen en realidad una porción de vuestro poder, vosotros podáis ganar su confianza, y así lograr lo que profesáis desear ver: un pueblo, unido bajo un gobierno, manteniendo un principio de acción, el de los mejores intereses de la nación; una población tranquila y feliz trabajando junta, cada uno por el bienestar del conjunto, estudiando cada paso que da; y moviéndose, no siempre por los medios más rápidos hacia el fin deseado, sino por los más acordes con la práctica de la vida y la conversación de nuestro Salvador. Por qué principios se guiarían ahora en la elección de su representante, salvo los que han sido su estudio durante toda su vida; y seguramente pocos se encontrarán que declaren que éstos son los mejores para gobernar una nación. Es la condición actual la que tanto temen muchos de los que ahora ejercen la autoridad, si obtuvieran el poder para controlar los asuntos nacionales. El derecho del hombre a tener voz en la ley por la que ha de ser gobernado, está empezando a ser admitido como equitativo; pero la gran barrera para la realización del proyecto es la ignorancia y la indiferencia hacia los principios correctos que ahora existen: elimínalas, y se obtendrá una ventaja adicional; porque los que ahora están en tan terrible suspense deben cesar toda oposición, entonces se declarará la paz, y la nación trabajará unida por su bien común.

En relación con el aumento del poder popular tenemos que recordar que sus quejas son muchas, y para eliminarlas eficazmente debe haber una mejora social completa. La falta de trabajo y la carencia de poder para eliminar los onerosos impuestos y llevar a cabo otras reformas previstas, constituyen los dos agravios fundamentales; sin embargo, hay muchos que están ligados al actual sistema de asuntos que sólo el tiempo puede eliminar. Desde hace varios años, entre las clases trabajadoras se ha venido gestando un creciente descontento. Muchos, habiendo sentido dolorosamente la depresión en el comercio, han clamado por trabajo del gobierno; o, han visto tanto en el gobierno la causa de esta depresión, que han estado deseosos de tomarla en sus propias manos. Pero los hombres que tienen algún conocimiento en asuntos políticos deben desaprobador que el gobierno se convierta en un organismo mercantil; la locura de tal principio es demasiado bien conocida, y el intento de llevarlo a cabo por una nación vecina ha demostrado su inutilidad: el pueblo, por lo tanto, naturalmente dice, cuando se carece de las necesidades comunes de la vida, probemos nosotros mismos, no podemos estar mucho peor de lo que estamos en la actualidad. Al ser privados del poder para eliminar estos agravios, se les lleva a dar más importancia a los que son inducidos por otros que a los que son directamente inducidos por ellos mismos. Es cierto que los agravios, resultantes de su condición política, son muchos, pero los inducidos por su propia mala conducta son más numerosos. Me parece que ellos mismos están empezando a darse cuenta de esto; pero los hombres que no están acostumbrados a la disciplina mental no es improbable que los amontonen todos en una masa, y los pongan a la puerta de aquellos que son capaces de eliminar sólo unos pocos, mientras que, al mismo tiempo, hacen caso omiso de su

creciente extensión como consecuencia de su propia conducta. El hombre más ignorante no está deseoso de hacer esto: su voluntad es perversa a todo lo que sea por el estilo; y mientras que aquellos que atienden a los principios de la moralidad tienen que sufrir las mismas penurias políticas que él, no ve ningún estímulo para abandonar sus propias prácticas.

Si bien, entonces, es político para eliminar todo lo que el

Si la mano del gobierno puede hacer algo, es doblemente más conveniente, curando la fuente, no dar motivo de queja; elevar a los pobres a tal grado que puedan usar todos esos privilegios de la sociedad a los que cada miembro tiene derecho por su posición; y así darles un interés en su bienestar y orden, que sientan que unirse contra las otras clases es destruir su propio interés, y unirse a un poder que se volverá contra ellos mismos como miembros individuales de la comunidad. Los gobiernos no están ahora en la misma posición que antes, de rechazar estas quejas y echarlas a un lado sin ningún cuidado: deben ser maduramente consideradas y atendidas. Hay un deber ser para decidir esto. ¿Y cómo van a ser atendidas? ¿Con una insensata exhibición de armas de fuego, que sólo tiende a hacerlas retroceder y a volver a actuar con mayor fuerza en la división de la sociedad, a irritar sus sentimientos y a hacer las cosas aún más insatisfactorias; y que, de continuar, dará sus propios frutos, en forma de una fiscalidad más pesada y una maquinaria más gravosa? Los sentimientos del público son adversos a tal curso: no es congenial a nuestros sentimientos de paz, ni a la consideración por nuestras vidas y bolsillos. El honor de morir por una espada de acero, una bala de plomo o una astilla de un trozo de madera, está cediendo rápidamente el paso al honor de morir cuando Dios nos llame a partir; y cuando los hombres puedan tener la mano tranquilizadora de un amigo y el consejo de un cristiano, para consolarlos y animarlos a través del oscuro y misterioso paso de la muerte. Conocemos bien el costo de las guerras en el extranjero por la deuda de ochocientos millones; y ahora comenzamos a sentir el costo de una guerra en casa. El sentido común exige, pues, que se haga frente a estos agravios con liberalidad de espíritu y con la determinación de erradicar las causas yendo a la fuente de donde brotan; difundiendo el conocimiento y fomentando esas virtudes celestiales que son el amor a Dios y el amor al hombre; enseñando al pueblo a no ser silencioso e hipócrita por una parte, ni clamoroso y desordenado por otra; sino a moderar su temperamento y, por tanto, a moderar sus exigencias. Entonces estarán capacitados para juzgar la fortaleza de nuestras instituciones nacionales, ver qué clase de poder debe usarse para rectificar lo que hay de malo en ellas, y qué clase de asociación es necesaria para producir esa sociedad que resistirá la prueba del tiempo, las sacudidas de la adversidad y las elevaciones de la prosperidad.

La queja de que a los obreros, como cuerpo, se les niegan muchos privilegios de los que otros disfrutan, no es fácil de dejar de lado. El amor de clase predomina en la mayoría de los hombres; se ve tanto en las clases altas como en las bajas, y ha producido muchos males; y, si es permisible, el hombre requiere más que un poco de discernimiento para ver hasta dónde puede llevarse sin dañar el interés general. El apego de cada uno a su clase no es en absoluto pequeño en nuestro país, y aumenta con todo tipo de persecución,

negligencia y desprecio. El amor a sí mismo tiene aquí un campo un poco más amplio sobre el cual actuar; y en la medida en que se cultive el estado de la condición social y moral del hombre, sólo así puede esperarse que opere para el bien: incluso entonces, a menos que se alimente conjuntamente un espíritu liberal grande y profundamente tonificado, los hombres tienen dificultades para ejercerlo correctamente. Requiere una disciplina, y, cuando se considera el número de la clase a la que pertenece el trabajador, con la diferencia de sus condiciones sociales y mentales, una abnegación por parte de los más sobrios, que sólo una mejor condición puede producir, y que exige un principio amplio y patriótico.

El hombre, en sus primeras reflexiones sobre los privilegios y poderes que posee cualquiera que esté por encima de él, observando su carácter, talentos y educación, puede encontrarlos en muchos casos inferiores a los suyos; y, al negársele el uso de éstos, se siente agraviado por la clase a la que pertenece, olvidando que entra en contacto con la parte de la sociedad que más se parece a la suya. No es propenso a pasar esto por alto, y siente, como todos los hombres deberían sentir naturalmente, que la legislación de clase es, como principio general, mala, aunque, bajo ciertas circunstancias, debe haber excepciones a esta regla; pero cuando éstas toman la precedencia, entonces es urgido por su clase a liderar el camino hacia algo más acorde con sus sentimientos, y la condición de los que le rodean.

La tendencia del hombre es a aferrarse a lo que le rodea inmediatamente, y a sentir que le afecta más lo que está más cerca de él. Entre nosotros, cuán impacientes estamos por obtener lo que, como individuos, sentimos que tenemos derecho a poseer, pero que, en nuestra capacidad colectiva, no se nos permite disfrutar. Nos corresponde, pues, infundir esos nuevos principios en los pobres como cuerpo; insuflar nueva vida en sus almas; y acercarlos a las demás clases de la sociedad; para que desaparezcan las falsas distinciones basadas en el nacimiento y la riqueza que ahora nos dividen, y se cultive en los grados y rangos de la sociedad la verdadera distinción que tiene más de religiosa e intelectual que la actual.

Una herida en cualquier momento requiere cierta atención y cuidado, especialmente cuando es de larga duración y el paciente se encuentra en un estado de salud enfermo; pero si se extiende en el momento en que los síntomas deben aparecer para la recuperación de la fuerza, se requiere más asistencia quirúrgica; y si una persona no se encuentra suficiente, dos o tres pueden ser llamados para dar consejos, de modo que, por la sabiduría y la experiencia unidas, para remediar cualquier defecto en el tratamiento. Pero, cuando la consulta termina en un desacuerdo, qué sombrías se ven las cosas para el paciente: tiene que depender de su propio conocimiento de la enfermedad, y juzgar por sí mismo qué tratamiento adoptar. Por lo tanto, ¡qué útil es conocer la cirugía y las propiedades curativas de la medicina! La ignorancia total puede conducirle a un laberinto del que nunca podrá escapar; y la confianza, esa cualificación necesaria para la curación de su dolencia, se destruye; porque los hombres, una vez reputados, ya no son de fiar.

Este es el caso del trabajador en lo que se refiere a sus agravios sociales y políticos: son una fuente de gran dolor para él; siente sus efectos debilitadores cada día, y gime

bajo su peso en un estado febril. ¿Qué puede hacer? - ¿Consultar a los médicos? Lo hace, pero apenas encuentra dos que estén de acuerdo. Si acude a un ministro del Evangelio para conocer el significado de las Escrituras, oye una versión; pero si acude a otro, que tiene la misma posición en la sociedad, oye todo lo contrario: ambos dan argumentos fuertes y plausibles a favor de su conclusión. O si busca la opinión de los líderes del mundo político, se encuentra igualmente en un no-plus: se tambalea, y abandona la consulta; porque nunca los médicos estuvieron más en desacuerdo que el consejo que se le da en cuanto al curso que debe seguir. La sociedad se encuentra ahora en ese estado conflictivo de opinión, los mejores hombres varían tanto en su conducta, que no es posible para un hombre, permaneciendo en la ignorancia o con poco conocimiento, ser capaz de juzgar correctamente a quién seguir y cómo actuar.

Los cirujanos, cuando es posible, mantienen su indecisión en silencio: pero en este caso los desacuerdos no son en absoluto privados; son abiertos y declarados; es más, se forman en formación hostil, y se emplean armas de orden no despreciable para convertir al trabajador a un conjunto particular de opiniones, haciéndole hacer una herida donde antes no la había, o tratar una pequeña erupción de más consecuencias que una enfermedad interna. Con frecuencia se oye en las conversaciones: no sabe qué hacer, ni siquiera cuando desea actuar correctamente, de tanto que se ha acostumbrado a confiar en las clases superiores. Este es uno de los principales argumentos que el filántropo tiene que encontrar en la actualidad; y consuela al hombre en seguir la inclinación de sus inclinaciones. Pero ahora su fe ha desaparecido; ve una guerra civil en todas las clases; y entre los diferentes partidos que están comprometidos, sus peticiones no son atendidas, dando motivo a los hombres de diseño para magnificarlas en gran medida, y que a menudo se adaptan a sus propios fines. Nunca antes se había abierto al trabajador un camino para su acción independiente como el actual; se siente devuelto a sí mismo para ejercer su propio juicio y decidir cómo debe actuar. Cuán necesario es, entonces, que conozca bien la verdadera naturaleza de sus penurias, a fin de aplicar un remedio eficaz; y cuánto más necesario, ya que se ve obligado a ser su propio médico, fortalecer a fondo sus poderes, a fin de llevar una mente tranquila, un juicio fuerte e imparcial, a la investigación de su propio caso.

El enfermo se ve obligado, si la vida está en juego, a entregarse en manos de uno: pero entonces los demás tienen un poco de compasión, y le dejan seguir como mejor puede, deseándole que se mejore mediante la aplicación de sus remedios. El obrero no tiene ni siquiera esta ventaja; no puede dejarse llevar por los hilos de un solo hombre y reposar en paz bajo la sombra de un olivo. Cada uno de los otros médicos a los que ha consultado vierten sobre él sus invectivas; y él tiene, mientras se encuentra en este estado febril, que curar sus heridas entre los ataques ardientes de los adversarios, y un continuo rugido de truenos. Tiene que hacer acopio de toda su fuerza y valor, y emprender la obra con toda seriedad; aunque debilitado por sus desgracias pasadas, debe arriesgar el poder que le queda con la esperanza de poder respirar más libremente; y, si su dolencia se cura, será a través de una violenta oposición; los hombres no se extrañarán de oír que sobreviene una fiebre que le costará su vida civil.

Podemos comparar su condición actual a la del hombre que ha tenido todos los consejos gratis, y un dispensario abierto para él bien surtido con todo tipo de medicinas y venenos; que se hacen tan apetecibles, pero tan diluidos, que se requiere un buen conocedor del gusto para detectar el uno del otro. No sólo se requiere conocimiento, sino que hay que tener cuidado: hay que analizar sus propiedades, y no dejar de instruirse a medida que se bebe cada trago, para asegurarse de que a su enfermedad no le suceda otra más peligrosa, y termine en la decepción de todas sus esperanzas.

Estos son los días de la vida y de la acción; y por lo tanto, cualesquiera que sean las murmuraciones de los hombres y las lamentaciones de los afligidos, no pueden, si quisieran, descansar en silencio y dormir en lánguida tranquilidad. El sabio y el ignorante, el enfermo y el sano, el gigante y el niño, requieren uno tanta sabiduría como el otro, cuando descansan en quietud y se reclinan en un lecho para dormir; es más, el enfermo y el niño buscan un sueño casi continuo; y la salud, que es tan necesaria para la actividad, puede entonces prescindirse parcialmente de ella. Pero despertados de su sueño, llámalos al trabajo y a la acción; la sabiduría, la salud y la fuerza, que antes no faltaban, son ahora absolutamente necesarias para llevar a cabo los deberes diarios de la vida. Tal vez se han entregado al descanso hasta que ha llegado el mediodía; entonces se necesitan el doble de sabiduría, salud y fuerza para compensar el tiempo perdido y la hora intempestiva en que comienza el trabajo; entonces se ve la importancia de un mejor estado de la mente y del cuerpo, para hacer el trabajo en la mitad del tiempo. Pero, si durante estas horas sagradas de reposo los hombres les han despojado de sus riquezas, y han roto los vastos tesoros que les han sido legados por sus antepasados, que no son capaces de recuperar sin una fuerte lucha y el lapso de tiempo, la importancia se ve reforzada por la necesidad de redoblar la diligencia. La semblanza que una vez existió entre el sabio y el ignorante, el gigante y el niño, está ahora destruida; y las ventajas de uno sobre el otro cuentan una historia que no debe ser malinterpretada. Ved aquí la posición de las clases trabajadoras; han estado dormidas durante mucho tiempo; han dormitado hasta que el calor del sol las ha despertado, y ahora encuentran numerosas espinas crecidas junto al camino; todo el trabajo del pasado ante ellas, densamente tachonado con las manchas de las edades oscuras, y una red fuertemente tejida por sus adversarios (aquellos que les impedirían mejorar) durante su descanso, y privadas de muchos privilegios y derechos, con las reservas del conocimiento y de la verdad mantenidas fuera de su posesión. En tal momento del día, con su propiedad desaparecida, y las armas para su recuperación habiéndoles sido arrebatadas de las manos, pueden muy bien permanecer asombrados y confundidos; y no podemos sorprendernos al verlos usar los primeros implementos de guerra que puedan conseguir. No se puede esperar que los hombres en tal estado actúen con la mayor prudencia; tanto más cuando son incitados por influencias circundantes, cuando aquellos que han profesado su alianza se muestran infieles a su causa. Si hubieran surgido en la mañana de la historia del mundo, si hubieran previsto entonces las consecuencias de tal conducta, la mejora habría sido importante para prevenir abusos tan múltiples, y para construirlos fuertes y capaces para tal encuentro; pero ahora que el polvo de las edades se ha amontonado, y un nudo gordiano

ha sido atado por el enredo de las cuerdas principales de su acción; ahora que la propiedad ha cambiado de manos tan a menudo, y ha sido fuertemente cimentada por los intereses del tiempo a sus actuales poseedores, y su letargo ha forjado en su propio cuerpo un estado de salud débil y decrepito, que es excitado por el recuerdo de la tiranía del pasado, y una consideración de lo que podrían haber sido si esos privilegios nunca hubieran pasado de sus manos: la importancia se hace más manifiesta, para que puedan marchar más rápida y firmemente hacia el logro de esa condición saludable, que les permitirá actuar con habilidad y energía en una dirección tal que les traiga el alivio más rápido para todas sus penas. Nunca en la historia del hombre ha sido esto más esencial; porque, en tiempos pasados, el pobre hombre podría haber seguido el rastro de algún líder para recuperar lo que se había perdido, y alcanzar, mediante una dura lucha y una perseverancia indomable, la victoria de la libertad y la verdad; pero ahora debe dar una razón, un por qué y un para qué a cada paso que da, y ser capaz de responder ante la opinión pública de todos sus accidentes y fechorías. La cota de malla, que habría resultado impenetrable, sirve de poco ahora que las tácticas de los hombres han cambiado tanto. La única oportunidad de las clases trabajadoras es mejorar su condición, de modo que se adapten a los tiempos que pasan por encima de sus cabezas; o, incluso ahora, serán burlados, y se les dejará en la desesperación. Concluimos, pues, que como se ven obligados por las circunstancias de la sociedad y el espíritu de los tiempos a ser ellos mismos fiscal, juez y jurado en estos asuntos, es muy importante que tengan un conocimiento general de los asuntos de la sociedad, de las verdades contenidas en las Escrituras, de la experiencia de los hombres del pasado, y de la evidencia histórica de todo lo que de antiguo ha llegado hasta nosotros, sin excluir las Escrituras de la Sagrada Escritura; con el fin de darles el poder de seguir una línea definida de conducta, y esto basado en la razón sólida y la verdad, y los mejores principios de gobierno tanto para ellos como para sus familias.

CAPÍTULO IV.

LA IMPORTANCIA DE MEJORAR LA CLASE TRABAJADORA

(continuación).

Unir a la sociedad-Preeminencia de Gran Bretaña en el pasado-Economía-Posición especial-Humildad-Prueba para conseguir trabajo-Asociación con todos los caracteres-Ociosidad-Privaciones-Sujeción a accidentes repentinos-Naturaleza del trabajo-Muchos se van al extranjero-Ahora no pueden servir a Dios correctamente.

LA distinción de clases, que nuestra constitución ha transmitido a través de sucesivas generaciones, ha afectado mucho a quienes no han participado de sus ventajas. Los poderes hereditarios no tenían tanta tendencia a desunir a la nación cuando la población era menos numerosa, y sus malos efectos no se presentaban tan vivamente; pues durante este tiempo las clases medias y trabajadoras han ido aumentando en progresión geométrica. Las continuas guerras entre ésta y las naciones adyacentes impidieron las divisiones que nuestro sistema de leyes, en conexión con una larga paz y las bendiciones que la acompañan, ha producido. Nuestra superioridad nacional sólo se ha ganado teniendo un objeto común en vista; las diferencias y las divisiones marcadas no se tuvieron en cuenta entonces, como consecuencia del celo por esos actos patrióticos de honor que la guerra siempre excita: pero ahora que la guerra está siendo condenada por todos los verdaderos patriotas, y ningún otro objeto, excepto la consecución de la riqueza, ha encontrado todavía su camino en los corazones de la gente, esta separación está demostrando ser más perjudicial. La división no sólo se observa entre los partidos aristocrático y plebeyo, lo cual, en opinión de algunos, es muy perjudicial para nuestra creciente fuerza y acción unida; sino en una forma mucho más maliciosa; en la que existe entre grandes porciones de la comunidad que están mucho más instruidas que la otra; en la mejora social de la mitad de la población, llevándola a actividades tan contrarias a la otra como para producir una guerra civil; un partido levantándose contra otro, haciendo todo lo posible para evitar que aquellos cuyas opiniones son contrarias a las suyas, obtengan algún poder en la tierra.

Una diferencia de opinión, resultante de las variadas circunstancias de los individuos y sus tendencias mentales, es buena; pero cuando los anima a enterrar el interés público en la ambición egoísta, y el amor a una clase particular con preferencia al conjunto de la sociedad, entonces debe haber algo tan erróneo en nuestra condición nacional como para crear una aprensión por su estabilidad. La desunión de la que ahora hablamos no es la ocasionada por un juicio imparcial por ambas partes; porque, por un

lado, tenemos la ignorancia y el crimen resistiendo al conocimiento y a la verdad por el otro, lo que produce una característica muy diferente para el mal de la que produce un entendimiento ilustrado: en este último, las partes pueden trabajar juntas por el bien general, si tienen un fin en vista, la elucidación de la verdad; pero en el primero es imposible, no están en absoluto en igualdad de condiciones, el objetivo de uno es alcanzar una meta muy diferente a la del otro. Y como las mismas verdades, hechos y principios, con sus derivaciones y efectos, no se exponen justamente ante ambos, uno se ve obligado a actuar tan a oscuras, que no puede creer cómo los que tienen tanta más luz que él pueden sostener con razón doctrinas y prácticas de naturaleza tan contraria.

Nuestros tribunales penales dan testimonio de la gran extensión de esta división. Los hombres tienen un gran horror a la guerra civil llevada a cabo en términos de fuerza física, particularmente cuando las partes son igualmente numerosas, y están tan dispersas que ningún compromiso las llevará a su fin: pero aquí hay personas que se levantan en cada aldea y ciudad que se ganan la vida dividiendo a la sociedad y fomentando sus disputas. Puede ser fácil para un gobierno fuerte acabar con una facción antes de organizarse en un cuerpo político; pero cuando se organiza con el propósito de derrocar toda autoridad, al mismo tiempo que declara abiertamente que este es su mayor placer, los miembros de tal gobierno se verán impedidos de ejecutar la parte más beneficiosa de su comisión, la dedicación de su sabiduría y talento para acelerar la civilización de la nación. Lo que hace que la guerra civil sea mucho más destructiva que la extranjera es el alejamiento del pueblo del comercio y la destrucción de la confianza en sus vecinos inmediatos. Nada es peor que la conmoción intestina en cualquier cuerpo corporativo, debilita todos sus poderes, y debe, con el tiempo, sacudir todo el tejido de la constitución. La unión interna es un elemento esencial para el bien, donde las propiedades de cada parte individual no se pierden en el todo; pero una unión de nuestros intereses sociales nunca puede llevarse a cabo hasta que haya principios similares en los cuerpos a unir. Los extremos pueden encontrarse cuando se acercan el uno al otro, o cuando trabajan alrededor de un centro común; pero si no, sólo se cruzan en el camino del otro, y se separan más. Así es a nivel nacional; si hemos de estar unidos y trabajar juntos por el bien de todos, debe haber más mejoras sociales e intelectuales en la naturaleza de las clases trabajadoras, para que pueda haber alguna similitud entre ellos y los demás: y teniendo un objeto común en vista, nos acercaremos más, y nos encontraremos para unirnos más fuertemente, y mezclar nuestros intereses los unos con los otros. Algunos afirman que la separación actual se debe a la gran ignorancia y a los tratos inmorales de la mayor parte de los pobres; pero nos atrevemos a pensar que ésta es una razón por la que debemos tratar de eliminar estos males; porque, con toda nuestra influencia aristocrática, los que son educados y se comportan como caballeros, se unen más a las otras clases y llevan consigo su poder para influir en el senado del país.

La nación inglesa ha sido célebre por las proezas de su marina y las victorias de sus ejércitos; pero se ha declarado la guerra contra la guerra, y en adelante las naciones deben buscar algo más en lo que reclamar la preeminencia. La inteligencia, la verdadera religión y todo lo bello, en armonía y en paz, han de ser el fin principal de la carrera que estamos

corriendo; y cómo ha de alcanzarse esto, sino formando a las masas y mejorando su condición. El método por el cual hemos ganado nuestra celebridad ha sido entrenando bien a los soldados y marineros privados que iban a librar las batallas de la nación y participar en todas las contiendas. Los oficiales y generales eran necesarios, pero las batallas nunca habrían podido ser ganadas por ellos con una multitud indisciplinada, desarmada y desacostumbrada al trabajo a realizar: casi todo, en lo que se refiere a la fuerza humana, dependía de la buena disciplina de las clases inferiores. El valor y el celo repentino por sí solos nunca habrían retenido en nuestras manos el poder que hemos poseído durante tantos años; éstos podrían haber servido para una emergencia, pero donde se tenían que hacer ataques sucesivos, la disciplina de la masa ha sido esencial para la victoria: y así debe ser con la victoria que debe lograrse en la inteligencia, la ciencia y la religión; sin embargo, como el fin que ahora se busca obtener es diferente, también debe serlo la disciplina; aquella era física, y por lo tanto debe decaer; ésta, mental y religiosa, permanece para siempre.

Al comparar otras naciones con la nuestra, podemos ver que el sentimiento religioso de los ingleses es un poco mejor; pero nuestra inteligencia no posee ese amplio poder entre el pueblo que nos permite reclamar un rango superior. En este aspecto, América nos ha superado con creces; las masas del pueblo (exceptuando la población esclava) han ganado con justicia los laureles para la nación, dejándonos seguir su rastro. Pero si Inglaterra ha de ir a la cabeza en todo lo grande y de buena reputación, si ha de volver a ocupar el primer puesto y ser tan famosa por su práctica religiosa y su grandeza intelectual, como lo ha sido por el valor de su marina y el valor de sus armas, entonces, en lo que a esto se refiere, debemos estar preparados para seguir el ejemplo de los americanos en la elevación de los trabajadores. Entre ellos vemos el germen de esa grandeza intelectual, que en los más educados brota, exhibiendo todo el talento latente del pueblo; y como ellos forman la mayoría, así debemos buscar entre ellos los números que han de brillar en virtud y cultura intelectual. Este talento no pertenece sólo a los ricos, no se encuentra en el oro y la plata, sino que está esparcido por toda la faz de la sociedad, sin referencia a la posesión de los bienes de este mundo.

La mejora es económica. La reforma y la economía están a la orden del día. Los asuntos financieros son ahora objeto de una investigación a fondo. Como nación, nos hemos esforzado mucho y hemos amasado con esmero industrial una enorme riqueza; pero también nos hemos esforzado por producir una gran y onerosa cantidad de pobreza. Ahí está; nos mira fijamente a la cara, sin vergüenza, y no se avergüenza de levantar la cabeza, diciendo en una voz que llega a todos los oídos, y causa no poco dolor: "Ayuda, ayuda, ayuda 1 porque apenas sabemos cómo vivir". Detallar el coste del despilfarro y el crimen resultante de la actual condición de los pobres, con la pérdida de riqueza para la comunidad, está mucho más allá de nuestros límites; sabiendo también, que esta es una tarea que de ninguna manera se puede realizar con precisión con nuestro estado actual de información; por lo tanto, nos contentaremos con una estimación aproximada.

El excesivo coste del ejército y la armada debe atribuirse principalmente a esto; porque, independientemente de lo que pueda decirse de la invasión extranjera, nuestros

gobernantes perciben claramente, que cuando el pueblo sea educado y mejorado, no se permitirá que estos destruyan gran parte de la fuerza de la nación.

La siguiente tabla tiene por objeto dar, en la primera columna, una estimación aproximada de lo que podemos suponer que el crimen nos cuesta ahora; y, en la segunda, a lo que podríamos esperar, en virtud de un estado enmendado, se reduciría: que la forma tabular mostrará claramente al lector la necesidad de que cada uno ejerza toda su influencia en el esfuerzo para lograr este objetivo de suma importancia, la mejora de nuestras clases trabajadoras.

	£	Coste estimado cuando Mejora. £
Los costes del ejército y la armada para el año pasado fueron.	20,000,000	5,000,000
La nación paga, por licores y cerveza, &c., alrededor de.	50,000,000	30,000,000
* Nuestros establecimientos policiales, incluidos los tribunales de justicia, cárceles, prisioneros, etc.	5,000,000	2,000,000
Nuestros pobres	8,000,000	3,000,000
† Coste estimado de quienes viven de prácticas deshonestas.	40,000,000	10,000,000
	<hr/> 123,000,000	<hr/> 50,000,000

* La Policía y los Tribunales de Londres costaron 428.801 libras esterlinas en 1846, estimándose en dos millones la población protegida por ellos; y siendo la de Gran Bretaña diecinueve millones, gastamos, en la misma proporción, 4.073.609 libras esterlinas. Pero, como nuestras ciudades más pequeñas cuestan bastante menos, hemos reducido esta suma en nuestras estimaciones a £3,000,000-add

En 1836, el comitè municipal del distrito de Liverpool hizo una estimación del coste de aquellos que vivían de prácticas deshonestas dentro de su distrito, y se encontró que era de más de 700.000 libras esterlinas al año. Esto nos daría para Gran Bretaña (estimando que la población bajo su control era de 200.000) un coste de 57 millones y medio; sin embargo, deseando no exagerar, lo hemos reducido a 40 millones en la estimación anterior.

Coste de los tribunales de justicia, según los documentos parlamentarios	870,409
Policía rural, cárceles y establecimientos comarcales	748,335
	<hr/> 4,618,744
Añadir un 10%, para la recogida.	461,874
	<hr/> £5,080,618

Ahora pensamos que, bajo una condición mejorada, el costo de todo esto no sería más de cincuenta millones de libras, treinta millones permitidos para la bebida fuerte, y veinte para la desgracia y el crimen: de modo que habría un ahorro anual de por lo menos setenta millones de libras esterlinas: o, teniendo en cuenta que todas las personas

dedicadas a las actividades antes mencionadas de otro modo requerirían alimentos y ropa, incluso vamos a reducir a la mitad esta cantidad, y estimar la pérdida en treinta y cinco millones de libras esterlinas al año. No hemos incluido en esta cuenta el coste de la judicatura o de las tasas de pobres en Irlanda o Escocia; o, en el primer país, el coste de la policía o de aquellos que viven deshonestamente.

Pero puede estimarse con seguridad en cincuenta millones al año; porque, recordemos, no hemos añadido a lo anterior los diez millones anuales que se pagan ahora por los establecimientos nacionales de religión, aunque para muchos esto puede constituir una partida cuestionable a tener en cuenta; sin embargo, el pueblo de Inglaterra tendrá su culto religioso dirigido más eficientemente, y a una cuarta parte de este coste anual, siempre que las masas obtengan esa mejora moral e intelectual que debería ser el esfuerzo sincero de todo filántropo cristiano y buen ciudadano por conseguir. No se incluye en esta cuenta el costo de los muchos incendios y accidentes graves que ocurren, y las vísperas que se pierden como consecuencia; ni el gasto creciente de nuestros hospitales y asilos de todo tipo.

Comerciantes y comerciantes de Inglaterra, reformadores financieros y obreros de todas las clases, ¡qué opináis de la pérdida ocasionada por la actual condición de abandono de los pobres de nuestra tierra!

De nuevo, consideremos la riqueza que se ganaría si todas estas partes -nuestros soldados, marineros, comerciantes y hombres profesionales comprometidos para satisfacer la condición actual de las clases trabajadoras- ejercieran sus poderes en las producciones necesarias de la vida: hablando con justicia, su mejora sería una ganancia adicional en el otro lado de tantos millones de dinero, en el tiempo y los talentos perdidos siendo bien empleados: de modo que la deuda nacional, grande como parece ahora, y obstruyendo cada paso, podría ser eliminada por un lado fácilmente, tranquilamente, y sin más sentimientos acosadores. Las clases más bajas no son ciertamente la causa de toda esta pérdida; pero un vistazo al Informe del Ministerio del Interior de 1846, demuestra que el 88 por ciento de los condenados por delitos en 1837 y 1845 no sabían leer ni escribir, o, si lo sabían, lo hacían de forma imperfecta.

Los grados de instrucción eran los siguientes:

	1837	1845
Incapaz de leer y escribir	35.85	30.61
Capaz de leer y escribir imperfectamente	52.08	53.34
Saber leer y escribir bien	9.46	8.38
Instrucción superior.	0.43	0.37
No se ha podido determinar	2.18	2.30

El Sr. Clay, capellán de la cárcel de Preston, en su informe de 1846, da la siguiente tabla de los ingresos de los presos en el momento de cometer sus delitos:

	Hombres	Mujeres.
De 5s. a 15s. por semana	145	48
16s. a 20s. "	33	12

<i>20s. to 30s.</i>	"	16	12
Hacia arriba <i>31s.</i>	"	1	3

Todas las estadísticas públicas nos recuerdan constantemente que nuestros enormes impuestos y pérdidas privadas se originan en las clases trabajadoras o a causa de ellas. No es necesario exponerlos aquí ante nuestros lectores; están a la vista en todas nuestras publicaciones que se refieren al tema, y bien estaría que cada lector los tratara como una incitación a trabajar por su mejora. Uno de los últimos nos llama poderosamente la atención en apoyo de nuestras observaciones. De 42.933 hombres y 21.547 mujeres detenidos durante el año, 38.726 y 20.471 respectivamente no sabían leer ni escribir o, si lo hacían, lo hacían de forma imperfecta.

En referencia a los numerosos accidentes que ocurren, citamos un breve extracto del Informe de un funcionario del gobierno en los distritos mineros, para 1846. "La mayoría de los accidentes graves y mortales que ocurren en las minas rara vez se deben a una temeraria consideración del peligro, sino más bien a la ignorancia o al olvido de las consecuencias naturales de los actos que los exponen (a los mineros) al peligro". Y esto se ilustra en otros departamentos en los que muchas de las clases trabajadoras están comprometidas; aunque hay una determinación por parte de algunos de hacer lo que se les presenta en la mente en el momento, a pesar de las consecuencias que saben que deben sobrevenir.

El obrero cuya mente está bien cultivada, conoce mejor sus propias habilidades, y es capaz de ver por sí mismo cómo puede promover mejor su propia posición en la sociedad, en qué departamento de trabajo será más beneficioso para él dedicarse, y de qué manera sus talentos serán más útiles para obtener el mejor interés por su trabajo. Esto es lo que da al hombre culto, en el estado constantemente cambiante de la sociedad, un poder para obtener riquezas del que el inculto no sabe nada, no estando en condiciones de aprovechar cualquier cosa adecuada a su gusto y habilidad cuando se presenta ante él: porque todos los grandes hombres brillan en aquellas cosas que son congeniales a la constitución de su mente, y obtienen su fama adaptándose a las circunstancias que pasan inmediatamente ante ellos; y el mismo principio desciende a aquellos de talentos inferiores.

Las vidas de muchos de los que ahora son llevados a la flor de la vida serían perdonadas al país para devolverle ese abundante interés por el tiempo, los talentos y el dinero gastados en criarlos hasta la madurez; éstos serían entonces un pequeño desembolso para la riqueza que producirían; porque creemos que podría probarse fácilmente que el hombre, tomado como animal, es el más productivo de todos. Sobre la base de la economía, elevemos a las clases trabajadoras de Inglaterra. Todas las mejoras han sido producidas, si no por ellos, sí por aquellos que han dedicado su tiempo al trabajo práctico en sí. Toda nuestra riqueza ha sido producida por hombres de esta clase: es cierto que las mentes de otros han sido entregadas a su dirección; pero la mente sola no puede operar sobre la materia, el cuerpo es requerido para llevar a cabo sus intenciones, y producir el incremento de cada invención. Cuanto más en contacto esté el hombre con

la obra, tanto más capaz será de llevarla a la perfección; y quién tan cerca de ella, quién tan capaz como las clases trabajadoras de Inglaterra. Que sus facultades morales estén bien adiestradas, que los poderes de sus mentes estén plenamente desarrollados, y puede ser que la máquina de vapor sea reemplazada por una máquina más poderosa y económica, calculada para producir un mejor efecto, y para ser usada con todos sus beneficios sin sus desventajas actuales. Mejorar todo lo demás, dar tanto de nuestra fuerza nacional a la producción de riqueza, sin unir nuestras energías para enmendar la condición nacional, es una economía basada en los cálculos más falsos; Porque, donde ahora están las naciones que se habían elevado al poder con toda su riqueza y grandeza, se han elevado pero para caer en un mayor grado de pobreza y debilidad, y eso como con un choque repentino, porque adoptaron esos falsos principios de economía, que consideraban la mejora del material como de más valor que el hombre que lo mejoraba; y así lo que buscaban, la riqueza y el poder, se encontró que pasaban de su posesión.

Los inconvenientes a que está sujeto el obrero por su posición y pobreza son numerosos; puede tener lo suficiente, pero rara vez le sobra mucho para los goces de la vida; por lo tanto, es necesaria una estricta economía, y lo poco que tiene debe emplearse de la mejor manera. Está llamado a negarse a sí mismo mucho de lo que otras clases de la sociedad pueden disfrutar; y a hacer esto mientras no sólo contribuye a los lujos que abundan por todas partes, sino que se esfuerza, por su trabajo, en hacer la posición de los que están por encima de él más fácil y cómoda, sin alterar mucho la suya propia: es testigo de esto, y como hombre, reflexionando sobre ello, debe sentir que hacer la gran carga física del trabajo y disfrutar del menor fruto material resultante del mismo, es, aunque de acuerdo con la disposición de la sociedad en la actualidad, no del todo compatible con los sentimientos existentes de su naturaleza. Su abnegación, por lo tanto, se pone en acción; no se le obliga a trabajar como al caballo o a la mula, no se le empuja a ello por mera fuerza física, sino que se le coloca en una posición en la que, para vivir, debe ejercitar su fuerza física.

Los hombres en otras condiciones de vida tienen un amplio y abierto campo de trabajo para elegir; pero nunca eligen el lugar del obrero con preferencia a cualquier otro; esta es la última posición en la que piensan, todos sus sentimientos se oponen a ella; saben muy bien que es la vida más difícil de llevar, en conjunción con el instinto natural del alma del hombre, y también que es la vida más dura de todas. El obrero debe trabajar más tiempo y más duro, y sin embargo obtener lo mínimo de las necesidades de la vida con lo mínimo de sus placeres; y en aceptación general es la vida más degradante que se puede llevar. Lo que otros hombres rechazan, el pobre tiene que aceptarlo y conformarse con lo que ellos desprecian. Con él no hay elección, es la única manera de vivir. Para él, trabajar y vivir son términos sinónimos; cualesquiera que sean las ventajas que el trabajo de la mente siempre debe poseer sobre el del cuerpo, el hombre trabajador no tiene la preferencia de los dos: es el hombre con menos ventajas de todos, y aunque se dice que hay muchas de las que disfruta sobre los demás, sin embargo, una prueba muy clara de que los hombres generalmente consideran que son pocas, en comparación con las otras clases, se ve en las ocupaciones que persiguen. Después de una reflexión diligente y una

investigación cuidadosa, esto no es sorprendente, si consideramos que el hombre que trabaja ocupa, o nace en la posición más baja de la sociedad, y la que más se asemeja a la creación bruta. El poco interés que el obrero generalmente toma en su trabajo, y la indiferencia que exhibe sobre él cuando el trabajo del día ha cesado, no son de ninguna manera resultados naturalmente consecuentes de su posición, que algunas personas alegan ser una causa de su felicidad, sino de las circunstancias bajo las cuales está comprometido. En todos los departamentos de los negocios se manifiesta la misma indiferencia, porque sólo en la medida en que aumenta la posibilidad de que el hombre mejore su condición, se interesa por su empleo, y lo mismo ocurre con la cantidad de placer que obtiene de su ocupación diaria, que constituye la mayor parte de la vida de un hombre. Por mucho que los caballeros, con las numerosas preocupaciones de los negocios, puedan a veces envidiar la posición del hombre pobre, esta envidia no constituye una razón válida para ellos para no ampliar su negocio en cualquier momento; porque así como es la responsabilidad, así se encuentra el placer de llevar a cabo el oficio o profesión, otros placeres fluyen en una proporción similar. La mente se llena y se agranda para satisfacer la mayor demanda de su atención; y tiene el indecible placer de sentirse crecer, fortalecerse y capacitarse para una esfera más amplia de utilidad, de la cual el hombre pobre, aunque no está totalmente excluido, debe permanecer comparativamente como un extraño, debido a la disminución de las oportunidades que posee de estímulo en su ocupación.

Humildad y paciencia tiene que poner el obrero en pleno funcionamiento: debe estar sujeto a todos, ya que todos están por encima de él; cualquiera que sea su temperamento de la mente, el carácter o los deseos, a ellos debe inclinarse; y si la obediencia implícita se exige de nadie, es de él: todos los demás pueden decir, ir y venir; pero él está en su nod y placer, debe trabajar cuando les plazca y de acuerdo a su moda. No vemos cómo se ha de remediar esto; ha sido, y parece ser ahora, el orden de la divina providencia; pero es también designio del Cielo que el obrero sea cultivado en su mente, para poder ejercitar rectamente estas virtudes; especialmente porque toda la tendencia de la naturaleza del hombre es adversa a ellas. Algunos dirán, es un asunto difícil de gobernar; pero esto está en unión con nuestros sentimientos, y por lo tanto es tomado de muy buena gana: la mitad del trabajo está hecho, porque somos incitados a ello por todas las propiedades inherentes de nuestras almas. Pero, ¿dónde está aquel a quien no le ha resultado más difícil obedecer? Todo el tenor de las Escrituras, el libro más elevado de filosofía que tenemos, es enseñar al hombre la obediencia, no a su propia voluntad, sino a la de otro. El hombre que trabaja, por lo tanto, no obra al unísono con sus sentimientos, sino muy al contrario de todos los impulsos de su alma: los movimientos de toda su constitución deben gobernar y reinar. Por mucho que la mente de un hombre pueda ser entrenada para humillarse y ser obediente según las necesidades del caso, el que es enseñado a gobernar a sus semejantes tiene el doble de ventaja, porque siempre tiene con él la fuerza más fuerte que puede ser aplicada, ya sea interior o exteriormente: su voluntad para impulsarle. Cumple su misión voluntariamente, mientras que el obrero, necesariamente. Debe parecer a todos que esto constituye la gran diferencia entre las dos

posiciones en la vida. Si es de alguna importancia elevar a los que gobiernan, es mucho más importante mejorar a los que tienen que someterse: porque el hombre que actúa con su voluntad no quiere percibir mucha razón para hacerlo; no se preocupa por ello, no siente dolor; su placer es, hacer y llevar a cabo su propósito: pero el hombre que actúa en contra de su voluntad, y es colocado en una posición en la que debe hacerlo, aunque actuando siempre rectamente, es el hombre, por encima de todos los demás, que requiere la mejor elevación de su mente y el gobierno de sus pasiones, a fin de investigar a fondo la causa y ver una razón tangible para ser colocado en esa posición.

El salvaje, cuando pierde la confianza en su jefe, no ve razón para someterse a él; por eso, a la primera oportunidad, lo mata, para convertirse él mismo en jefe; y el obrero, en su estado rudo e inculto, ve poca razón para que se le obligue a trabajar y a someterse a hombres de su misma forma; y, como consecuencia natural, aprovecha la primera oportunidad para librarse del yugo. De sus superiores debe soportar un lenguaje muy fuerte, y no puede decir que no; sus sentimientos pueden ser fuertemente despertados, se le pueden dar todos los incentivos para reñir, pero no puede volverse para replicar; aunque es alentador de vez en cuando ver a algún orgulloso advenedizo recibir una buena "reprimenda" de alguien más audaz y animoso que el resto, mientras que al mismo tiempo exige su simpatía, ya que con frecuencia termina en su despido. El obrero tiene que cumplir literalmente las palabras de nuestro Señor: "A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra". Muchas personas intentan a menudo exagerar la independencia del obrero, porque, en ciertas ocasiones, cuando el comercio es bueno, él, no estando obligado por ninguna ley del país, puede dejar a su patrón y encontrar trabajo en otra parte: pero la cantidad de esta libertad se exagera demasiado a menudo; porque los que consideran esta libertad como un privilegio del que disfrutaban las clases trabajadoras de este país, ciertamente nunca han atendido al estado de nuestra sociedad durante un período de tiempo prolongado. Puede ser cierto con un grupo particular de hombres de vez en cuando; pero constituye más bien la excepción que la regla general al hablar de su posición; sin embargo, las observaciones hechas anteriormente tienen su aplicación al trabajador en todas las ocasiones, en cualquier estado de la sociedad, o bajo cualquier libertad que pueda disfrutar.

La clase trabajadora, al tener que cultivar habitualmente la virtud de la humildad y el arte de la sumisión al placer de los demás, debido a la forma actual de la sociedad, no saben dónde deben refrenarse estos sentimientos, y dónde deben afirmarse y mantenerse la libertad y la independencia, los derechos y los privilegios de cada uno de los hombres. Por lo tanto, es importante mejorar, no sólo para que sepan mejor cómo someterse a las leyes y reglamentos de la sociedad, sino si deben someterse o permanecer firmes contra los anatemas de unos y las invasiones de otros. Hay un poder en la sumisión legítima, sin el cual las naciones no podrían ser gobernadas; pero también hay una pasividad, una entrega a una facción, o a unos pocos ruidosos que romperían todo orden, sin ninguna consideración por la estructura de la sociedad.

El hombre que ignora la forma de la sociedad civilizada, no sabe cómo conducirse cuando su opinión y sus esfuerzos deben ser dados para el mal o para el bien;

particularmente si hay dos cursos abiertos: uno, brillante y próspero por el momento, pero que lo conduce en poco tiempo a la adversidad; y el otro, aunque no tan prometedor, pero con las marcas firmes de la progresión, que lo dirigen a un final más seguro. Estas observaciones son especialmente aplicables a su creencia y práctica religiosas; de hecho, cuanto más elevado sea el tema en el que está comprometido y más complicados los intereses implicados, más se requiere que brille en su carácter la sumisión legítima y una firme resistencia a todas las demandas injustas. Con los que afirman que el obrero no debe tener nada que ver ni con la política ni con la religión, sino someterse, sin preguntar ni razonar, a las reglas que se le dan para su guía, y a los maestros y gobernantes nombrados por cualquier cuerpo de hombres, no tenemos nada que decir, sino preguntar: ¿de dónde viene vuestra autoridad? Muéstranos una señal; y cuando el hombre tiene que ganarse el pan bajo el control de tales hombres, y sin embargo resistirles con la ley de Dios y el homenaje debido a la razón, la necesidad de su enmienda es tanto más evidente. Pero se le somete constantemente a este poder; ha arruinado a muchos, y los ha llevado a todos, más o menos, a su condición actual. Con su necesaria sumisión, y la habilidad de aquellos que siempre están sobrecogiéndole y aplastando el germen mismo de la libertad de pensamiento, ha sido llevado a renunciar a toda religión, o a adoptar la que hace su amo.

El hombre en este estado dominado tiene que conseguir su sustento; y tan cambiante es nuestro comercio y el modo de llevar a cabo los negocios, que hoy puede estar floreciendo, con mucho trabajo, y mañana, o en muy pocos días, se ve abocado a la miseria. Las personas que se hallan en otras condiciones de vida tienen, por lo general, algunos amigos a quienes acudir en busca de socorro; pero él puede estar muriéndose de hambre, consumiéndose, y, sin embargo, tener pocos con quienes comunicarse o que le ayuden. En la angustia obtiene trabajo; y ahora, cuánto necesita su fortaleza de ánimo para apoyarse contra los falsos principios, los cuales, cuando vienen a través de las manos de alguien relacionado con su trabajo, son los más propensos a vencerle; no encontrándose con él en combate abierto, a la luz del día, sino mientras se demora en la vida, estas cosas se insinúan con toda la suavidad y encanto que la falsa religión o la falsa política tienen sobre ellos. Si los principios son queridos, deben ser fuertes cuando son más queridos que la vida misma. Los principios de cualquier hombre se prueban más cuando está en la pobreza y en la adversidad; y el hombre trabajador está siempre en la una, y rara vez fuera de la otra: además, cuando le falta trabajo, tiene que viajar con frecuencia para buscarlo, dejando a su familia detrás de él; su dependencia del éxito se deja a menudo a la casualidad, o a los azares de la fortuna, aunque Dios, sin pensar en él, proporciona su comida diaria.

Las facilidades que otros tienen en tales circunstancias, por la escritura o la amistad, no están abiertas a él: su responsabilidad es pequeña, con la abundancia de mano de obra en el mercado, los que requieren trabajadores siempre pueden tener una elección completa entre los hombres que se les presentan: de esta manera la habilidad de sus manos está continuamente abierta a la competencia. Puede estar algunas semanas o meses en un lugar, pero rara vez pasa años bajo el mismo amo. Durante sus migraciones

se encuentra con innumerables influencias que operan en su contra; y si es capaz de resistirlas en un momento o lugar, son tan variadas las que se ejercen sobre él en otro, que necesita todo el beneficio de una buena disciplina para salir victorioso de todas. La fuerza de asociación y amistad que pertenece a otras porciones de la sociedad rara vez se alcanza con él, que tiene que pechar la vida solo, y soportar la brisa con una sola mano; y moviéndose con poco o ningún dinero en el bolsillo, se ve obligado a ejercer todo su ingenio para mantenerse honesto y sin embargo mantenerse en pie en el mundo. ¿Es la ignorancia el estado apropiado para un hombre así? ¿Son sólo un poco de mejoramiento de la mente, un poco de amor por lo que es honesto, un poco de elevación del carácter, todo lo que necesita un hombre que tiene que luchar tanto, una y otra vez? ¿Dónde están los hombres de las otras clases de la sociedad que tienen que luchar con tantas de las realidades de vida y muerte de la naturaleza? ¿Qué no hará un moribundo para mantener unidos cuerpo y alma, y quién tan cerca de su división como aquel que no tiene nada de qué depender durante dos o tres días juntos? En la generación actual, nadie se atreve a decir que el trabajador honesto y laborioso no debería tener todas las mejoras necesarias para fortalecerse en estos cambios constantes de la vida, y que el poder del Evangelio debería ser tan manifiesto para refrenarlo de hacer el mal cuando está al borde de la tumba, como cuando cabalga prósperamente sobre las tormentas de la vida; y si él, ¿por qué no los numerosos artesanos y obreros que produce nuestro país, que son vencidos por estos cambios y abatidos por la desgracia?

Tienen que encontrarse con los desechos de la sociedad, con los personajes desechados de todas las demás clases y con las prácticas más bajas de la iniquidad. Numerosos son los desechos de la sociedad; y los principios y hábitos de éstos, que otros hombres pueden decir que no tendremos entre nosotros, los hombres trabajadores se ven obligados a recibir en su comunidad, y la influencia de los mismos aumenta proporcionalmente por el ímpetu que ganan en su caída; hombres que no obedecerán el orden y las decencias de otros grados en la vida: y lo que con éstos y los de espíritu afín en su propio círculo, gran desorden debe seguir. Se puede decir a algunos hombres, no vayas a tal sociedad, no te mezcles en tales prácticas; pero para ellos el consejo debe ser casi perdido, por verse obligados a tomar lo que es rechazado por todos los demás. Un gran número en cualquier momento requiere mayor disciplina, conocimiento y tolerancia, que lo que requeriría un número más pequeño para permitirles trabajar juntos en orden; y aquí no sólo tenéis números, sino éstos aumentados por todos los barridos de las otras clases, que crean desorden de su propia clase y aumentan el de los pobres. No necesitamos ilustrar esto, se ve en toda gran obra y sociedad. Antes, pues, de que en algún momento podamos exclamar con razón contra ellos como cuerpo a causa de su estado desordenado, recordemos, por una parte, nuestra negligencia y, por otra, la necesidad que tienen de acoger a estos parias.

Por el estado de la sociedad en todas las épocas, se observa que el pecado contra las leyes de Dios y de la naturaleza tiende a la pobreza; hay excepciones, pero ésta ha sido la regla general, y lo es en la actualidad. Hombres que en otro tiempo conducían sus carruajes se ven entre los pobres; hombres, no incluimos a los que han caído por la

desgracia, que el ojo del hombre no podía prever, que han seguido cualquier otro camino menos el recto, encuentran entre ellos un refugio; están allí escondidos, y no se oye hablar más de ellos como de los hombres que una vez adornaron la sociedad con su riqueza o su ciencia, pero que por sus malas prácticas están ahora reducidos a conocer y sentir la amargura del pecado. No es su condición caída la que opera tan poderosamente sobre el obrero; porque cuando estaban en la prosperidad, gastando sus riquezas, invariablemente se le pedía que ayudara en la realización de sus planes, o en la administración de sus necesidades, siendo las tentaciones aumentadas por la oferta de mayores recompensas por su trabajo. Porque el obrero, sintiéndose entre la clase más baja de la sociedad, se ve a menudo impulsado a hacer lo que la verdad declara erróneo, y los sentimientos de los demás condenan.

No tiene ningún estímulo para conservar su posición en la sociedad; porque mientras pueda mantenerse fuera de las manos del carcelero, siente que no puede caer en ninguna estación inferior. El hombre que está en la planta baja de un edificio se aventurará a hacer muchas cosas, que el que está en la parte alta no podría hacer sin ponerlo todo en peligro; pero el obrero lo tiene todo en sí mismo, no puede perder nada, teniendo todo que ganar, y por lo tanto muy poco basta para apartarle del camino de la honradez y de la virtud. Que nadie piense, por esto, que no hay hombres honrados entre las clases trabajadoras, o que no hay pícaros entre los de arriba vestidos de caballero; hablamos aquí de la responsabilidad a que está sujeto el pobre por su posición; y la pequeña suma, que para otros no sería ningún aliciente, debe ser para él una fuente de gratificación comparativamente sin paliativos. La opinión pública apenas ha entrado en los recintos de su asociación, y las restricciones morales que de otro modo le protegerían de ser el incauto de otros hombres, no están puestas a su alrededor; tiene que enfrentarse no quizá con sobornos directos a la deshonestidad, que están casi totalmente pasados de moda, sino con los incentivos abiertos que se desprecian en otras sociedades.

Cuando trabaja, no puede evitar relacionarse con todo tipo de personajes. Su trabajo le obliga con frecuencia a entablar conversación durante el día con su compañero (su compañero de trabajo), que tal vez sea lo que se llama un tipo despreciable; sin embargo, ambos tienen que trabajar en armonía el uno con el otro, no como los comerciantes de cambio, cuya conversación versa únicamente sobre los negocios del día; porque, como su trabajo rara vez requiere mucho más que la habilidad de los dedos y la vista del ojo, cada uno se hace compañero del otro mientras continúa; y muchos que podrían desear vivir sobriamente se ven así arrastrados dentro de una red, de la que es difícil desenredarse. Esto explica la rápida difusión de cualquier opinión particular que se adapte a su gusto. Argumentos y principios caen sobre ellos como la gota incesante de agua, a la que, si el ignorante resiste, tiene en su interior una perla de inigualable precio. Ahora bien, esto no puede evitarse; de nada sirven los estatutos y las penas. Nadie puede decir que no; ningún poder puede liberar al hombre de sus garras, que lo atrapan con seguridad, introduciendo en su sistema un veneno que lo endurece contra el Evangelio. No se ve nada parecido en las otras clases de la sociedad: el hombre se ve obligado a estar allí por una necesidad, y los obreros no son caballeros; no conviene a su ocupación que lo sean

del todo. Hay un espíritu de franqueza que los amigos usan cuando se reúnen, que da a entender si les gusta o no la conversación; pero pocos de estos hombres son amigos en la acepción general de la palabra; son sólo asociados pasajeros por el momento, aunque, en muchos casos, produciendo amistad; y por lo tanto, muy de acuerdo con la masculinidad o la dureza del trabajo en el que están comprometidos, declaran que serán escuchados: No son particulares a una palabra; pero hay la cosa, hay el principio, y el oyente debe recibirlo: ellos quieren la pronunciación de los hechos, y salen. He aquí, pues, la prueba; un poder que se hace cada vez más fuerte, hasta que del hombre, que tal vez tenga algo de moral, se comen sus mejores principios; y como la ignorancia y el crimen prevalecen, así se afianzan más estrechamente en muchas de las clases trabajadoras. El único medio preventivo es mejorar a toda la clase, atarla a su propia razón y darle el poder de detectar la falsedad y sacudirse los grilletes de la esclavitud civilizada: tocar el asiento de los deseos y permitirles repeler el error con la verdad que hay en los hombres, o nunca podrán resistir una prueba como ésta.

Todas las personas se quejan y lamentan el estado de las cosas, cuando un número de las clases trabajadoras se quedan sin empleo, es uno de los asuntos más difíciles que el gobierno tiene que manejar en la legislación. La ociosidad para los mejores hombres es en cualquier momento una fuente de mal: el hombre educado la aborrece; la naturaleza la aborrece; y, para honor de las clases trabajadoras de Inglaterra, la aborrecen. La ociosidad, en conexión con la enfermedad corporal, es tediosa; pero cuando está en conexión con la ignorancia de la mente, mientras el cuerpo está en salud y vigor activo, demuestra ser, según el viejo proverbio, "la madre de todos los males." Mantén a un hombre en el trabajo todo el día y todos los días, y tal vez lo mantengas en la ignorancia; pero déjalo tener un cambio constante del trabajo a la ociosidad, llevas al hombre a pensar, lo sacudes, haces rodar su mente, y comienza a sentir que tiene algo dentro de sí: agudiza su intelecto, y ya no es el animal entumecido que era antes. Ahora siente que está viviendo; cuando está ocioso, hay un vacío, y no puede satisfacerse a sí mismo hasta que se llena. La aristocracia, los mercaderes, los comerciantes, las amas de casa, de hecho, todos los que tienen algo que merezca la pena, empiezan ahora a temblar; tiemblan diez veces más de lo que nunca tembló el obrero mientras trabajaba por miedo a su amo. Un batallón de soldados armados no es nada; pero una masa salvaje, inculta y sin entrenamiento de obreros ingleses capaces, nervudos y musculosos, desafía todo nuestro coraje moral y provoca los temblores de un anciano decrepito (la vejez debe ser respetada). Pero los movimientos de las conciencias de quienes así tiemblan, es algo que no puede presenciarse en un salón o en la casa de contabilidad de un comerciante. Los púlpitos no tiemblan, se mantienen firmes; pero los ministros tiemblan: sin embargo, no todos; hay algunos que se levantan audazmente, varonilmente, y con un espíritu divino dicen: Mejorad y elevad a las clases trabajadoras de Gran Bretaña.

Ahora bien, nos preguntamos, ¿por qué habría de ocurrir todo esto? No es por la condición del pobre hombre, sino por el temor de que su estado de ánimo le lleve al exceso; y tal es el caso, es el efecto legítimo de una causa. ¿Qué podemos esperar que el hombre haga consigo mismo todo el día? Se dice que la taberna no es su lugar apropiado,

que muchos cristianos son reacios a sus deportes y juegos; pero, por nuestra parte, pensamos que debe fomentarse la recreación lícita. ¿Debe el hombre, activo y enérgico, sentarse todo el día deprimido en casa? Algunos dirán: que lea. Pero, ¿son de los que leen continuamente durante el día o la semana? Además, si quieren que lo haga, ¿de dónde sacará los libros y los periódicos? Su sueldo no es ahora como el de otros, que pueden tener unas semanas de vacaciones: con él es, sin sueldo, no hay trabajo. Y si tuvieran libros, no sería un placer para muchos de ellos leer; tan poco les han permitido las otras clases la oportunidad de hacerlo, que los consideran nulos para llevar adelante los asuntos de la nación. Al menos una cuarta parte no sabe leer. ¿Y esta mezcla de ociosidad e ignorancia, que produce tanto crimen y miseria, va a continuar? Lo uno no es del todo posible de eliminar, aunque mediante leyes adecuadas puede y debe eliminarse una gran parte de ello; sin embargo, lo otro puede eliminarse, y el cese del trabajo debe convertirse, no en una semilla para el mal, sino para cultivar el entendimiento y formar mejores hábitos en el hogar, lo que producirá cuando se trabaje una mejora en la conversación, y una gloriosa cosecha de inteligencia, virtud y honestidad. El hombre que trabaja con sus manos todo el día durante meses enteros sin leer, y luego es despedido, naturalmente busca empleo, y no puede contentarse sólo con libros; éstos son más desagradables a su gusto que la cinta de correr, y no son diferentes del trabajo del arado para el literato, que ha estado trabajando otros tantos meses con su mente. Un poco de esto fatigaría tanto el cuerpo como la mente, y le obligaría a renunciar a la labor; sin embargo, nunca encontramos tal cosa hecha, aunque es lo mismo en principio que cuando muchos dicen ahora a los trabajadores que están sin empleo, leed, leed, leed. El único método de entrenarlos para hacer esto, es mejorar sus mentes, para que adquieran el gusto por la lectura; tomando libros como fuente de información cuando las horas de trabajo terminan, o durante sus intervalos, para que no se fatiguen y se vuelvan impotentes para el bien cuando unas pocas horas más estén abiertas para tal propósito. Entonces no tendremos motivos para temblar, ni necesidad de tener miedo; porque nuestro valor estará en el amor al bien que impregnará los pechos de todos los hombres.

Mientras la salud continúe, el pobre hombre puede ser capaz, a fuerza de coraje y fe perseverante, de resistir estos ceses de trabajo; pero llega la enfermedad, o sucede la desgracia; ¡considera ahora cuán desesperadas son sus esperanzas, cuán doblemente difícil su posición! En muchos casos el padre debe ir al hospital; y la familia tiene poco apoyo en el momento en que más lo necesita, teniendo que humillarse aún más que antes a la voluntad de los demás. Su trabajo depende, cuando hay que tenerlo, de la salud corporal de que gozan. Cuán necesario es, pues, que tengan todo el cuidado y un conocimiento bien fundado de los efectos que producen en su organismo los alimentos que ingieren y los hábitos que engendran. En el calor abrasador del sol del verano, y en la fría y oscura noche del sombrío invierno, muchos se ven obligados a continuar sin sombra para uno ni mucha ropa para el otro. Es cierto que la costumbre puede endurecer al hombre a ambos; sin embargo, debe sobrevenir mucha enfermedad a la estructura humana, con todo cuidado y experiencia: pero el que es ignorante, no piensa en las

consecuencias necesarias que resultan de la negligencia; de modo que los males relacionados con tal estado de vida producen incalculablemente más enfermedad, y reaccionan con mayor fuerza sobre la comunidad.

Se les exige que trabajen en lugares peligrosos, y por ello están sujetos a muchos accidentes y muertes repentinas, que ningún conocimiento ni cuidado pueden evitar por completo. En la búsqueda de información con respecto a las leyes de la naturaleza, nuevos experimentos tienen que ser probados, produciendo accidentes que toda la previsión del hombre no puede evitar; pero, si el trabajador poseyera un conocimiento de estas leyes, se podrían evitar más de los que se evitan en la actualidad. Esto se aplica particularmente a nuestros marineros, soldados y mineros, cuyas vidas están siempre en peligro. Los hombres educados, entre ellos, es cierto, están llamados a compartir el riesgo de la vida. Pero, ¡qué grande es el número de los primeros en comparación con los segundos! Y la vida es tan querida para el pobre como para el rico, y para el inculto como para el instruido en todo el arte y la ciencia de su país. Las probabilidades de accidente y de muerte súbita aumentan en la misma proporción en que el hombre se hace pobre; porque tiene que soportar lo peor de la batalla, o las verdaderas penurias del viaje. Y lo mismo ocurre con los demás trabajadores: el capitán, si se le llama en caso de emergencia, puede alejarse del peligro, pero los que ponen sus manos en la maquinaria deben estar cerca del trabajo, y siempre allí, sujetos al peligro que siempre lo acompaña. ¿No es entonces justo y razonable, justo y correcto, que todos los talentos del hombre deben ser bien cultivados, a fin de que pueda ver dónde está el peligro, y que él, cuya cercanía a la muerte es tan continua, debe estar más plenamente preparado para un cambio tan grande por un alto grado de mejora religiosa? No nos quedamos a las puertas de la misericordia, no tomamos un terreno neutral, no viajamos en una excursión mendicante pidiéndola por piedad, sino que vamos aún más lejos y decimos que es una gran injusticia hecha al hombre y a nuestras clases trabajadoras, que se les pida arriesgar sus vidas, sin poseer todos los medios posibles que las otras clases pueden proporcionar para su más alto logro moral e intelectual. Quien atesora sus riquezas sin preocuparse por ellas es indigno del nombre de hombre. No nos importa por qué medios lo consiga, bajo cualesquiera estatutos o regulaciones de la sociedad se las arregle para reunir el sudor de la frente de otro; el hombre, llenando ese pecho, (y hay miles de ellos ahora en este país que profesan estar animados por todos los principios de la piedad) que no se preocupa de dar su tiempo, talentos y corazón para la eliminación de todos los impedimentos a tal mejora, y para ayudar a la gloriosa civilización de la que esperamos que esta época sea la precursora; para desatar al esclavo y decirle que sea libre, pero no para coronarlo con una corona de espinas y decirle entonces que te bendiga, se hunde más bajo en la tierra que el trabajador que extrae el oro de la tierra.

La naturaleza del trabajo del hombre exige su perfeccionamiento adicional; los que se dedican a la ocupación diaria de carácter intelectual, son capaces, por sus compromisos, de progresar en una proporción cada vez mayor; pero el hombre pobre, que tiene la menor oportunidad de perfeccionarse en su trabajo, debe ser bien educado para que pueda convertir este poco en una mejor cuenta; y tener un campo abierto y

ningún favor para competir con las otras clases de la sociedad, en la extensión de la verdad y la construcción de los intereses nacionales, con el fin de acelerar la gran civilización que ha de brillar en el reino del Redentor aquí en la tierra.

Después de haber examinado someramente al obrero en su propio país, no estará de más dedicar unas líneas a repasar las peculiaridades de su situación en el extranjero. Los obreros salen cada día al extranjero, bien para establecerse como colonos, bien para hacer una visita relámpago en calidad de marinos. Los colonos se convierten en padres de futuras naciones, y a menudo llegan a gobernar en su país de adopción, aunque tengan que sufrir muchas privaciones, en cuya narración no podemos entrar aquí. La ignorancia y los malos hábitos, que se han convertido en tales masas de deformidad aquí en casa, se fomentarán para las generaciones futuras, si no los erradicamos ahora. Los emigrantes propagan sus principios e influyen en otras naciones esparciendo las semillas del mal o del bien, dándoles a entender la naturaleza práctica de nuestra religión, leyes y sentimientos. Pasando por el hecho de que legalizamos el sistema ilegal en el que están comprometidos los soldados y algunos de nuestros marineros -aunque tal matanza al por mayor nunca debería ser vista sin desprecio e indignación, cuando es llevada a cabo por la sola autoridad del hombre-, estos colonos entran en contacto diario con la pereza y la ignorancia de pueblos más incivilizados, cuyas prácticas religiosas e inmorales son más propicias a los sentimientos de la naturaleza del hombre; y para combatirlas, a fin de realizar algún bien, o evitar hundirse más bajo en la raza de la humanidad, se requiere un fuerte principio cristiano, y un tono bien regulado de la mente. Estos hombres, cuando están dispersos por el mundo, no reciben ninguna influencia cristiana. Aquí y allá, unos pocos misioneros son colocados para predicar el evangelio, ¡pero qué arco son éstos entre tantos!

En los climas más cálidos, las enfermedades y las muertes súbitas se duplican en comparación con el país de origen, y ¿dónde está el consejo del misionero o los consuelos de los amigos terrenales? Si la mejora es necesaria para el hombre en el hogar, cuánto más para los hombres en tal posición, donde la muerte está barriendo' a tantos.

Y quién sabe, lector, que el muchacho en tu tienda o fábrica, o el pequeño que ves merodeando por las calles, necesitado de pan, y siendo criado en la ignorancia y el crimen, no será uno de ellos. Haz una pausa, mientras descuidas a ese muchacho, o le impides, por tu avaricia, que reciba todo perfeccionamiento y entrenamiento en la verdad cristiana, que le hará bendecirte en vez de maldecirte.

Quien haya leído algo de la historia del hombre y de la Iglesia de Cristo, sabe que cualquier persona que viaje al extranjero necesita conocer el efecto pernicioso de ejercer los mismos hábitos en un clima más cálido o más frío que al que ha estado acostumbrado; así como los argumentos y sofismas con los que los hindúes, los mahometanos o cualquiera de los *que* llamamos paganos, mantienen su propia religión en oposición al Evangelio. Y el hombre trabajador, para hacerles frente, requiere no sólo un conocimiento general de la naturaleza, sino un principio cristiano y un entendimiento ilustrado que le dirijan en su camino.

Los que regresan a su país natal no sólo traen el maíz, el té, el algodón y otros frutos

de la tierra, sino también los efectos de las prácticas desmoralizadoras del extranjero, que se suman a los que existen en casa. La asociación y el intercambio de ideas sólo pueden producir un bien moral a la comunidad en el país de origen, en la medida en que los hombres participen de la inspiración de elevados sentimientos sociales y de un fuerte deseo penetrante de verdades y principios rectos. Habiendo injertado estos en sus almas cuando jóvenes, brotarán, madurando en frutos más hermosos en el clima congenial de la persecución y la oposición, y entonces volverán fortalecidos por su victoria, y cargados con las bendiciones de multitudes, derramando un brillante lustre nacional a través de todas nuestras comunicaciones. Entonces cesará la guerra, pues los hombres no estarán dispuestos a combatir bajo sus colores manchados de sangre, ni a luchar con otras armas que las que han descendido del cielo.

Pasemos ahora a considerar las razones bíblicas para elevar a las clases trabajadoras; y éstas, en nuestra opinión, tienen precedencia sobre todas las demás que puedan aducirse para tal objeto.

Ya hemos escudriñado, aunque breve e imperfectamente, las facultades que posee el hombre, y aquí quisiéramos observar la importancia de usarlas sobre principios correctos. Puede haber poca mejora sin una instrucción que enseñe a los hombres a ver y sentir que deben actuar según el gran fin para el cual Dios los creó. Nada menos que esto detendrá el torrente de maldad, o traerá ese estado de sociedad que las generaciones futuras declararán civilizada. Todos y cada uno de los trabajadores han nacido para glorificar a nuestro Dios. Esto se resume brevemente en las palabras de Aquel que habló como nunca habló hombre alguno: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente" -Mt. xxii. 37.

No presentamos esto como un texto sobre el cual dilatarlo, sino como la encarnación de todos los principios establecidos en la Escritura, de la cual, y de muchos otros pasajes, sacamos la conclusión de que Dios ha querido que el hombre sea entrenado para ejercitar todos los poderes que Él le ha dado con el mejor propósito.

La ley del cielo proclama una norma tan elevada por la que el hombre debe conducirse, que le ordena entregarse incondicionalmente para ser mejorado y elevado por el estudio de la voluntad de Dios, e inclinarse ante su suprema autoridad, sin cuestionar el derecho de Aquel que está arriba, ni atreverse a decir: ¿Por qué haces así?

Esto puede parecer arbitrario a aquellos que piensan que no es divino; pero no dudamos en afirmar que el mandato, si se ejecuta plenamente, es el mejor principio para producir el estado más aprobado de la sociedad. Cualquier hombre que tenga que concentrar sus pensamientos en un Ser, requiere un conocimiento de ese Ser, y una disciplina que las clases trabajadoras no poseen en la actualidad. El hombre, en su estado ignorante e inculdo, no conoce a Dios, y no es capaz por sí mismo de amarle; hay un conflicto de intereses producido por las tendencias de su naturaleza, y por lo tanto requiere no sólo un conocimiento, sino un entrenamiento apropiado de sus poderes, a fin de unirlos todos para glorificar a nuestro bendito Redentor, y llevar a cabo ese estado, cuando la voluntad de su Padre y la voluntad de nuestro Padre se haga en la tierra como en el cielo.

El hombre que ignora la verdad cristiana, y cuyas facultades no están plenamente desarrolladas, puede amar a Dios, pero no puede amarlo con toda su mente; se requiere que tenga cierto grado de conocimiento de Dios, y que su mente se desarrolle en alguna medida mediante un curso de razonamiento y entrenamiento, antes de que pueda servirle con todo su corazón y mente; porque sólo en la medida en que las facultades de la mente del hombre se pongan en ejercicio y se desarrollen plenamente, podrá servir así a Dios. Algunos afirman que no es necesaria una disciplina para que el hombre haga esto; es posible, dicen, que lo haga sin ella. Pero miramos al niño en la cuna y nos preguntamos a nosotros mismos y a nuestros lectores si ese niño, suponiendo que posea todas sus facultades, podría caminar, hablar o hacer cualquier cosa que requiera el uso de sus miembros, sin ser entrenado por alguna persona que sepa cómo usar sus propios miembros; y, por cierto, requiere absolutamente fuerza para ponerlos en funcionamiento, que sólo puede obtener siendo alimentado por alguna otra persona. Este es el caso del alma del niño, porque el cuerpo y el alma son tan indivisibles, que no se puede entrenar el uno sin entrenar el otro también en cierto grado; y así como el niño requiere fuerza para poner su cuerpo en acción, así también requiere fuerza para poner su alma en funcionamiento, y esto alimentado por alguien superior a él. Pero volviendo a lo que vemos en los movimientos de la naturaleza, y observando al niño en su crecimiento, entonces es alimentado para ganar fuerza en el cuerpo; y si suponemos que se entrena a sí mismo para caminar por el desarrollo de su propio razonamiento (aunque esto lo cuestionamos), o es entrenado por el precepto y el ejemplo de su madre u otras personas a su alrededor, no hay duda de que el cuerpo debe someterse a un curso de disciplina para lograr una acción saludable; y lo mismo sucede con el alma, se requiere un cierto entrenamiento para llevar sus poderes a un ejercicio armonioso.

Por otra parte, es imposible que el niño ejerza sus miembros sobre un objeto sin saber para qué están destinados, lo cual es absolutamente necesario para que pueda utilizarlos en toda su extensión. Si usa una mano, donde debería usar las dos, o donde la fuerza de su espalda sería más útil, o si las usa separadamente, cuando debería usarlas unidas, no ejerce toda su fuerza sobre la máquina. Supongamos que a una persona que nunca ha visto ni oído hablar de la máquina de vapor se le pide que la haga funcionar, ¿será capaz de ponerla en movimiento al instante? Creemos que no; en otras materias puede ser sabio, pero al desconocer sus partes separadas y los usos a que pueden aplicarse, aunque tenga todo el deseo de ponerla en movimiento, es completamente incapaz de hacerlo inmediatamente; tiene todas sus facultades del cuerpo y de la mente, pero por su deficiencia de un conocimiento necesario no puede ejercitarlas. Ahora bien, dale al hombre este conocimiento (que no es más que una palanca para que actúe sobre él), sin embargo, será incapaz de trabajarlo completamente, sin una investigación y un entrenamiento para el propósito, en proporción al cultivo de su mente. Esto nos parece una ilustración (aunque imperfecta) de la acción del alma del hombre en relación con la Deidad.

El amor es una emoción del alma. Un hombre puede desear amar, pero, por falta de información, ser totalmente incapaz; y ahora está llamado a ejercitar su alma en amar y

servir a Dios con todas sus fuerzas. Para hacer esto, no sólo debe tener un conocimiento de lo que Dios es, sino de lo que él mismo es: y esto no bastará por sí solo; debe tener un entrenamiento de todas sus facultades, el uno en conjunción con el resto, a fin de amar y servir a Dios con toda su alma. Debe entenderse claramente que el mero deseo de amar no es amor, es sólo un sentimiento; pero el amor es la reacción favorable del sentimiento. ¿Y quién no sabe que cuando el hombre está llamado a actuar sobre la materia o sobre la mente, necesita un conocimiento y una formación en relación con esa materia o mente para poder ejercer toda su fuerza sobre ella? Así sucede con ese Ser infinito al que llamamos Dios. Cuanto más grande es el propósito a realizar, mayor es la importancia de que tengamos un conocimiento más completo para guiarnos.

Pero la mayoría de las clases trabajadoras no sólo son deficientes en conocimiento y disciplina; su ignorancia debe ser considerada en conexión con la culpa moral; de modo que la mente, dejada a sí misma, o educada en la forma en que han sido y están siendo entrenados, está tan debilitada y nublada que no pueden servir a Dios como él lo dirige. Mirad al hombre que ha estado siguiendo un curso de pecado cuando de repente es detenido por la intervención directa del evangelio de Cristo: puede ser capaz de leer la palabra de Dios y entender sus preceptos; pero para servir a Dios con toda su alma requiere algún tiempo en un curso de instrucción. Todos los que han presenciado el poder convertidor de la gracia de Dios, deben haber visto cuán débil se encuentra tal hombre para la contienda en que tiene que participar. La gran similitud que existe entre sus prácticas actuales y las condenadas por la luz de la revelación explica esto por completo. No sólo están en relación con el hombre, sino que han llegado a formar parte de él hasta tal punto, que aunque ha cambiado en espíritu, el cuerpo influye en su mente hasta tal punto que no es como un niño pequeño a punto de ser moldeado en la forma de la piedad; porque la sombra de las tinieblas que una vez estuvo allí en realidad, todavía le rodea y obstruye su obra en favor de la verdad, haciéndole cometer muchos errores por ignorancia, que de otro modo podrían evitarse.

La importancia de una enmienda se ve aquí, si sólo se le considera a él en el asunto; pero cuando se le pide además que lleve a cabo su amor con medidas prácticas en favor del reino del Redentor, y éstas, además, en antagonismo con todos los principios y prácticas existentes en la actualidad, la importancia se magnifica inconmensurablemente, en proporción a que el poder con el que tiene que combatir es variado en su modo de operar, u organizado y provisto de todas las armas de ataque y defensa. Es necesario, por lo tanto, elevar de una vez a las clases trabajadoras, para que nuestras prácticas no se vuelvan tan fuertes como para llamar la ira de Jehová; y para que también puedan comprender la verdad de las Escrituras, los privilegios proporcionados que cada uno debe disfrutar en relación con el otro, y el valor infinito de un ser inmortal.

Es en referencia a esta inmortalidad del hombre que todas estas cosas tienen un aspecto tan importante. Si los hombres nacieran para vivir sólo unos pocos años, y luego pasaran del escenario de la existencia para siempre, todas las razones que posiblemente podrían aducirse tendrían sólo un poder presente, y gradualmente se hundirían en la nada a medida que el hombre declinara en la tumba: pero con la eternidad ante nosotros,

aumentan en su importancia cada día; y a medida que el hombre pasa del tiempo, participan más y más de un carácter infinito y eterno, que arroja todas las razones terrenales tanto a la sombra como la eternidad lo hace con el tiempo. Aquí, también, la meta a la cual tiende toda esta mejora, brilla brillantemente en perspectiva. Las edades pasarán, y sin embargo el efecto será perceptible. La eternidad pronunciará el veredicto, y ese veredicto será: Eterna alabanza te dé nuestro Dios. Y aquel que es el Autor y Creador de todo lo que eleva, aquel que pronunció el mandato en la tierra, será visible al ojo desnudo del hombre: y a aquellos de las clases trabajadoras de nuestra tierra que serán mejorados y elevados por el Espíritu de la verdad, a ellos aparecerá como el Sol de justicia, y otorgará las coronas de gloria eterna. Importante es, pues, que nada en la tierra tenga tanta importancia como buscar al obrero degradado, por quien pocos o nadie han derramado una lágrima; visitar a los pobres parias caídos de la sociedad, hablar con el poder del amor de un Salvador crucificado, de un Señor resucitado y de un Redentor glorificado; poner ante ellos la meta a la que conducen todas sus prácticas actuales; hablarles de la eternidad y de todas las alegrías del cielo; hacerles saber que viven para el tiempo, pero que también viven para la eternidad. ¡Despertad, despertad, multitudes, a la importancia de tal tema! Y como deseáis ver prevalecer la justicia y la verdad, y desterrar de la tierra la ignorancia y el crimen, recordad que de vosotros depende el progreso o el retraso de esta mejora.

CAPÍTULO V.

MEDIOS PARA MEJORAR LA CLASE TRABAJADORA.

Iglesias — Auxiliares bíblicos y de tratados — Sociedades misioneras domésticas y municipales — Movimientos de abstinencia total y de alcoholismo.

Nos proponemos ahora examinar los medios que se emplean para el mejoramiento de las clases trabajadoras. Al examinar el número de instituciones caritativas de nuestro país, nos sentimos ciertamente abrumados por sus numerosas ramas; y aunque nos complace mucho ver que se hacen tantas cosas, discutir cuidadosamente los méritos de cada una sería un asunto que excedería con mucho los límites de este trabajo: debemos contentarnos, por lo tanto, con examinar las más prominentes, con sus características generales.

Las iglesias, por diversas que sean en doctrina, legislación y ejecución de sus principios, exigen nuestra primera atención. Aquí no podemos dejar de observar la desproporción de las familias de los pobres con respecto a la otra clase de la sociedad en casi todas las iglesias y congregaciones. En las ciudades, las clases trabajadoras no constituyen quizás más de una quinta o sexta parte, a menos que se trate de un distrito agrícola o manufacturero, donde comparativamente pocas personas asisten al culto divino, y éstas son principalmente las familias de los trabajadores.

El objeto de la religión de Cristo, si no nos equivocamos, es beneficiar a los pobres, y nuestro objeto al levantar lugares de culto es predicar ese evangelio a todas las clases de la comunidad. ¿Por qué entonces, nos preguntamos, el evangelio que en sí mismo es el más adaptado a los individuos menos ricos, ejerce su influencia tan desproporcionadamente sobre esta clase? ¿Es que sus corazones son menos susceptibles a la verdad que los de los ricos, y el amor por las cosas del mundo mayor que el de aquellos que están más abundantemente provistos de ellas? Nos remitimos a las palabras de nuestro Maestro en busca de una respuesta, cuando dijo: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios" (Mt. xix. 24). ¿O es que las ordenanzas del Evangelio de Cristo están menos adaptadas a ellos que a los demás? Creemos que no: una causa de esto se encuentra en el sistema de exigir una suma de dinero por su asistencia al lugar de culto, en forma de alquileres de banco, o en su exacción, no por la fuerza física, sino por una expresión moral de la opinión pública cuando hacemos nuestras colectas de banco en banco. Aquí debemos tratar de responder a una o dos objeciones que a menudo se plantean contra un apoyo más voluntario del Evangelio. Se dice que hay unos pocos asientos libres y que no siempre se llenan, y que

nunca se niega la admisión a nadie, ni se le obliga a dar a las diferentes sociedades sostenidas por la iglesia. Al llamar libres a esos asientos, que generalmente son muy pocos en número, y los más incómodos del edificio, proclamamos de inmediato que los otros no son libres, y que los que los ocupan pueden, pagando el alquiler señalado, reclamarlos con exclusión de los que de otro modo podrían venir: (nos referimos al poder que realmente compra el que ocupa un banco:) de modo que el obrero, que entra en un lugar de culto, no tiene un asiento asignado para sí mismo, y viniendo a menudo, digamos con una familia numerosa, es enviado a los asientos libres; y la degradación que generalmente se asocia a esos asientos puede verse muy bien por la aversión que las personas de mejores circunstancias tienen a sentarse en ellos. Como prueba de que esto contribuye a impedir la asistencia de las clases trabajadoras, hemos observado en diferentes partes del país que donde todos los asientos son gratuitos, allí se congregan los pobres. No podemos entrar aquí en la discusión de este método no bíblico de sostener el ministerio; todo lo que podemos aludir son los hechos y resultados que se presentan, y éstos muy brevemente.

Pero éstos, aunque son grandes obstáculos para el progreso del Evangelio entre los pobres, no son los principales; la causa principal está en los sermones que se pronuncian. En general, tienen tanto el carácter de conferencias doctrinales o efusiones mentales de religión, que se pasa por alto la simple ilustración, y se deja de lado casi por completo la importancia cálida y conmovedora del Evangelio para nuestro comercio y prácticas cotidianas. En los numerosos lugares de culto a los que hemos asistido, rara vez hemos oído hablar mucho de la vida, el carácter y los principios de Jesucristo, y de su aplicación a la época actual. Si deseamos mejorar a los pobres y llevarlos al redil del Evangelio, por medio de la predicación, el nombre y la vida de Jesús, con sus dichos y hechos, deben ser prominentemente presentados ante ellos; él como nuestro gran ejemplo en todo sin excepción, y sus dichos como ley en cada caso: sin esto los hombres siempre tendrán razón para quejarse de que los ministros están predicando su propio Evangelio, y no el predicado por nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Si nuestros ministros escucharan las observaciones de los pobres en referencia a sus sermones, se podría obtener más verdad de ellos que de muchas de las más grandes reseñas sobre el tema.

Nuestros predicadores parecen tener miedo de ir entre los pobres, de averiguar sus sentimientos y principios, de escuchar su conversación, de ver sus hábitos; y luego elaborar sermones con el fin de llamar su atención particular sobre ellos, y darles ese consejo público y reprensión desde el púlpito, que viene del ministro, cuando está allí, con tanta más fuerza que en cualquier otro lugar. Antes de que nuestros ministros puedan esperar hacer una impresión en las multitudes, deben seguir el ejemplo de Jesús e ir entre las multitudes, para que al pronunciar sus sermones, puedan adaptarse a la inteligencia de tal audiencia. Cuando se ve a un pastor visitando al pueblo, los pobres acuden invariablemente en mayor número a oírle desde el púlpito. Si la predicación del Evangelio ha de tener un efecto práctico, el predicador debe ser un hombre práctico; porque no es aquí, como en otros asuntos, donde el hombre que quiere conocer el efecto de sus discursos debe presenciar él mismo su operación, y así, viéndolos fructificar, podrá

adaptar su método al fin deseado. Si el principio de hacer bien todo lo que hacemos es aplicable en alguna parte, sin duda lo es aquí. El ministro tal vez alegue que no tiene tiempo suficiente para realizar otro trabajo con esta visitación: entonces que se obtenga la ayuda que sea necesaria, pues debe ser atendida si se quiere traer multitudes a nuestras iglesias. Un extracto de "Church in Earnest" del Sr. James nos parece muy aplicable: "Queremos ayuda y debemos tenerla, o gran parte de nuestro trabajo estará mal hecho, y mucho más se dejará completamente sin hacer".

De las sociedades auxiliares, que se refieren particularmente a los pobres, podemos observar lo siguiente. Las sociedades de folletos, que tienen por objeto la circulación de folletos de alguna sociedad particular, son dignas de todo elogio, y demuestran ser medios valiosos para poner a los miembros de las iglesias cristianas en relación con los pobres; y si se llevaran a cabo liberal y sistemáticamente con otros esfuerzos que se hacen por los pobres, demostrarían ser aún más eficientes: porque nos vemos obligados a afirmar que los cristianos así ocupados, casi sin excepción, han sido demasiado limitados en su selección de folletos. Sólo se permiten aquellos que son impresos por alguna sociedad en particular; pero hay otros, que tienen referencia a bendiciones temporales, que deberían ser circulados por los distribuidores: porque, por mucho que se pueda suponer que los beneficios espirituales son conferidos sin referencia a asuntos temporales, aún así, la imprudencia prevaleciente, la bebida y los hábitos inmundos, no deberían en ningún caso ser pasados por alto, sino considerados en su propia luz, como una gran barrera para la formación de ese proceso serio de pensamiento que se requiere de todos los hombres. Los que han visto la sociedad en sus diversos aspectos admitirán que una condición en la cual las bendiciones temporales no se consideran con ningún cuidado, es una condición en la cual el Evangelio no puede progresar tanto como en el caso del hombre que aprende a respetar las bendiciones de que disfruta. Los puntos de vista del hombre sobre los talentos o beneficios temporales tienen más influencia sobre sus puntos de vista de las verdades espirituales de lo que muchos de nuestros amigos están dispuestos a suponer: provienen del mismo Autor, y ambos tienen sus respectivos lugares. Tratar a la ligera, pues, lo uno o lo otro es un pecado ante Dios; y mientras examinamos lo que es de mayor importancia, no debemos menospreciar lo que es de menor; porque la espiritualidad sin la temporalidad no pertenece a la tierra, ni al hombre mientras siga siendo una criatura temporal. Estando íntimamente combinadas, deben ser trabajadas juntas; porque, dar prominencia a una sin tener en cuenta a la otra, es inconsistente con la creación divina del hombre. El Antiguo Testamento proporciona pruebas admirables de esto; porque mientras Dios ha ordenado a la Iglesia que recuerde las leyes que ha dado para la guía del hombre hacia un descanso eterno, también ha querido que no descuide las leyes divinas de la naturaleza, cuya violación no es menos considerada como un pecado a sus ojos, aunque tal vez de menor grado, que la violación de sus leyes espirituales. Los numerosos hechos que ahora se hacen públicos en referencia a esto, y su íntima relación con el bienestar de la sociedad, despertarán, así lo esperamos, las mentes de aquellos que se dedican a visitar a los pobres, al mismo tiempo que se compadecen y alivian las verdaderas penurias, para que no simpaticen con la

imprudencia en ninguna de sus formas; sino que sean firmes en su desaprobación de todo lo que es degradante en el tiempo, así como de lo que se relaciona con el futuro, y reprueben, aunque cueste una burla, la violación de las leyes de la naturaleza y de la revelación.

Las sociedades que imprimen estos folletos, aunque admirables por su carácter, distan mucho de adaptarlos a las capacidades y hábitos de los pobres. Muchos de estos folletos son leídos por los más educados; pero la mayoría van a parar a otras manos; y, mientras caminamos por las concurridas calles del comercio, presenciando materiales para el millón, nos preguntamos, ¿no podemos tener también folletos para el millón? El cristianismo nunca tuvo la intención de ser sólo de esa naturaleza sentimental y doctrinal que la mayoría de estos folletos ejemplifican; sino para moldear la conversación y las prácticas de la gente; y para hacer esto deben tener una referencia particular a éstas. La enseñanza de Nuestro Señor, que era tan poderosa, se refería principalmente a escenas familiares para el pueblo cada día, y por lo tanto, iera el corazón más ávido! Así debe ser con nuestros tratados. Que los pobres lean en el tratado las cosas que hacen, con los principios de tales expuestos ante ellos, participando de una conversación, encontraríamos entonces que llevarían consigo en su trabajo diario la descripción que han leído, y la verdad estaría más firmemente fijada en sus mentes. Fue la obra de Cristo dar principios generales para toda la humanidad; pero es nuestra la de llevar a cabo los detalles. La narración y la ilustración deben ser uno de los elementos principales en todos los tratados con los que deseamos atraer la atención de aquellos que no prestan atención a los principios y doctrinas de las Escrituras, y también de aquellos que pueden estar deseosos de seguir al Espíritu de Dios, ya sea en las Escrituras, en la providencia o en los movimientos internos de sus almas. Poniendo ejemplos prácticos ante el pueblo, tendrían algo que imitar, que, implantándose en su mente, sería recordado a la memoria, cuando estuvieran a punto de desviarse del camino abierto ante ellos por la razón y la revelación. Sus mentes, en su estado actual, no están preparadas para recibir todas las doctrinas de la Escritura, como para reflexionar sobre ellas y permitir que operen para producir un tono elevado de espíritu; pero si los principios, tal como los da nuestro Señor, se pusieran ante ellos en caracteres que encarnaran tanto esos principios como el estado de vida en que pueden encontrarse, entonces el hombre o la mujer pueden decir: "Este es mi caso; puede ser su nombre, o, si no, el curso de vida que se adapte a su propia necesidad". Se necesita algo realmente sencillo; lo que sirve para el senado no sirve para la casa de campo; y lo que sirve para el estudio no sirve para el hombre que pasa todo su tiempo libre en un bar. Que los tratados se redacten en el mismo lenguaje que usa el pueblo, entonces las ideas penetrarán en su entendimiento: el tratado para el marinero no es adecuado para el trabajador agrícola, y ni el uno ni el otro para nuestros pobres manufactureros. Si realmente queremos hacerles bien, debemos moldear nuestro lenguaje a sus ideas, apoderarnos de sus frases comunes, esas que dicen tanto cuando hablan entre sí; y recordar que estos tratados no están destinados a la llamada sociedad de moda, sino que deben ir entre aquellos que tienen una moda propia. Y nosotros decimos, dejémosles tener una moda, donde no interfiera con el orden y la decencia;

porque entre los pobres todo está desvelado de todo el arte y pulido de la sociedad civilizada. Está allí en todo su estado bruto; no hay nada del refinamiento, nada del brillo que se ve entre las clases altas. El lenguaje se adecua a las ideas que desean transmitir; no hay simulaciones ni medias tintas: van, para usar su propia expresión, "hasta el final". Y ¡qué expresivo! porque muchos cumplen literalmente su carácter en sí mismos. Alentémosles después a que adapten su código de lenguaje al que está de moda entre nosotros como nación, pero de ninguna manera hagamos que la falta de esto sea una barrera para su aprehensión de la verdad. Golpea en casa, aunque cueste un mazo hacerlo; que vean que conoces sus instrumentos, y que estás decidido a usarlos en la ejecución de tu propósito. En la composición de un tratado, que los pobres sientan que somos uno de ellos: es muy fácil escribir "mi amigo", pero el escritor tiene que recordar que, si es desconocido para ellos, perciben, por su mismo estilo de escritura, que nunca ha estado entre ellos; y por lo tanto tienen alguna razón en decir, que lo que quería transmitir no les concierne, porque fue escrito para otra clase de individuos.

Sería comparativamente poco beneficioso para los chinos que tradujéramos todos nuestros tratados a la lengua del imperio "celestial". Uno o dos podrían ser adecuados; pero los hombres que hicieran tal cosa, serían considerados como muy deficientes en el conocimiento de los hábitos de la humanidad y las influencias sobre la mente del hombre. Sin embargo, este es el caso con referencia a muchos de los tratados publicados por esas sociedades de tratados que están deseosas de comunicar el conocimiento religioso; porque ¿qué sabe el obrero de los hábitos de las otras clases de la sociedad, o qué le importa la noción general de la delicadeza del lenguaje? Con esto no deseamos cultivar todos los términos de la jerga que se usan, ni cultivar la jerga inglesa que se habla en muchos de los distritos retirados; pero seguramente, si es necesario imprimir folletos en tantos cientos de idiomas para adaptarse a varias tribus, no puede ser muy erróneo imprimir folletos para algunas de las tribus de Inglaterra. La gente de buen gusto puede poner muchas objeciones contra tal proceder; pero nosotros decimos: vayan y véanlo ustedes mismos; y luego pregunten qué es más sabroso, la conversación que oyen, o lo que muy bien podría escribirse para atraer la atención del pueblo. Al leer a veces los millones de tratados que se publican en la forma descrita, nos inclinamos a concluir que, según su número, así es el poder que poseen para hacer el bien; olvidando que la adaptación es el gran punto a ganar; porque cuando vamos entre las partes que tienen estos tratados una y otra vez, -la mayoría no los lee, o, si lo hace, sólo escanea su contenido sin interesarse, y por lo tanto, como era de esperar, no recibe ninguna impresión-, nos preguntamos y nos asombramos de los cálculos erróneos de los escritores. Una gran parte de esto se debe, sin duda, a la gente, pero creemos que una mayor parte se debe a nuestros falsos cálculos del efecto que se producirá; porque mientras que la miseria y el crimen están siendo sacados a la luz, el efecto del evangelio no aumenta en proporción a la población; y no podemos cerrar los ojos ante el hecho de que la mayoría de estas obras se encuentran en los estantes de las clases medias; y, cuando se considera en lo que respecta a la gran mayoría de la población, su venta es como una gota en el cubo. Estas sociedades, sin embargo, hacen un gran bien haciendo

circular literatura barata; y, como están dispersando a lo largo y ancho el conocimiento de las bendiciones de la salvación, no podemos sino alegrarnos y desear su prosperidad; y aunque hablemos así, todavía nos complacería más verlas satisfacer las necesidades de los pobres, no sólo por lo barato, sino por la adaptación de la materia a su condición.

La difusión de las Escrituras, emprendida actualmente por las Sociedades Bíblicas, es un objeto que merece algunas observaciones, en lo que concierne a los pobres. Las Escrituras son la palabra de Dios al hombre, y como tal están siendo distribuidas. Los hechos en ellas atestiguan, como creemos, los maravillosos tratos de Dios con su iglesia durante más de cuatro mil años; pero siempre ha habido muchas personas que han rechazado su autoridad, a cuyas continuas falsas representaciones está sujeto el hombre inculto. Es de gran importancia, por lo tanto, que no sólo entienda la Biblia, sino que tenga toda la información necesaria con respecto a su historia, la autenticidad de cada parte contenida en ella, así como de la corrección de la forma y la traducción a la que ahora apelan las iglesias. Él no sabe nada de ninguna de estas cosas, y hemos encontrado muy pocos de los miembros de nuestras iglesias que puedan dar una respuesta satisfactoria a cualquier pregunta sobre el asunto. Su conocimiento es lamentablemente deficiente a este respecto y, como consecuencia, produce muchos males graves.

Recomendamos que al principio de cada Biblia se incluya un breve prefacio, como se hace generalmente con otras obras de algún valor, en el que se dé cuenta de la forma en que se han transmitido hasta nosotros los diversos manuscritos de los que se ha obtenido la traducción, así como algunas razones para adoptar cualquier traducción en particular, sin temor a dar a conocer las disputas que surgieron en cuanto a la autenticidad de algunas de las epístolas entre los primeros cristianos. Es absolutamente necesario que toda la verdad en relación con ellas sea publicada a lo largo y ancho del mundo en la actualidad, para que las Escrituras se sostengan sobre su propia base, y no sobre la fe o creencia de un grupo particular de individuos. Nuestros lectores son conscientes de las dudas que albergaban incluso muchos eruditos sobre la validez de las diferentes partes que componen el Nuevo Testamento; y no hay que olvidar que sólo en el presente siglo se han publicado Biblias sin los Apócrifos, que han sido considerados como una parte de la Palabra de Dios, e incluso ahora se mantienen como tales por algunos sectores de la Iglesia, y también son sancionados públicamente por la nación, por lo que normalmente se denomina la Iglesia de Inglaterra. Cuando tales alteraciones se hacen de vez en cuando, ciertamente nos corresponde, mientras circulamos lo que creemos que es la verdad, poner ante aquellos que no tienen la oportunidad de entrar en el detalle completo de estos cambios, algunas razones para tales procedimientos, a fin de que puedan tener algunas bases para ejercer su propio juicio, y ser capaces de poner más confianza en la investigación de estos asuntos. Estas cosas nunca fueron pensadas para ser sólo de fe; porque las palabras de la Escritura son: "Pruébalo todo".

En referencia a la presente traducción autorizada de las Escrituras, podemos señalar que sólo fue pensada como un libro de referencia, y para este propósito una división en capítulos y versículos puede ser beneficiosa: Pero es una cuestión si alguno o muy pocos de los traductores pensaron que se convertiría en un libro de lectura general, que se

encontraría en las manos de cada hombre, mujer y niño; en cada mansión y casa; en cada habitación y oficina: en resumen, para convertirse en el libro para todos nuestros consejos en tiempos de necesidad; la norma de todos nuestros pensamientos, deseos y acciones; y, en verdad y realidad, para ser la encarnación de todo gobierno. Pero esto, y mucho más, es ahora evidentemente el deseo de todos que llegue a ser: y siendo éste nuestro objeto, debemos hacer de él un libro de lectura diaria, de modo que todos puedan sentir tanto placer leyéndolo como composición, como estudiándolo por los supremos y elevados preceptos que inculca.

No podemos sino esperar que las iglesias vean la necesidad de publicar copias en la misma forma que nos ha sido transmitida desde las generaciones más antiguas, sin las actuales divisiones de capítulos y versículos, o títulos para cada capítulo; y en un estilo similar al que usamos para publicar libros nuevos, para atraer la atención de las personas que son inducidas a leerlos debido al gusto exhibido en su elaboración. Porque estamos persuadidos de que, en su estado actual, se pierde gran parte de su belleza, que de otro modo brillaría y sería significativa, si pudiéramos tomarlos como un libro ordinario en nuestros momentos de ocio, y recoger de ellos una flor por el camino, que, por su follaje y la fragancia que desprende, induce en nosotros el deseo de convertirnos en su poseedor. Desaconsejamos la precipitación en un cambio tan grande, como algunos anticiparían que esto podría producir; pero, como sería sólo volver a la forma original en que las Escrituras vinieron de los judíos y los cristianos primitivos, corresponde a nuestros amigos más especialmente velar por esto en la actualidad, a fin de dar todas las oportunidades para poner de manifiesto el pleno significado que nuestro Padre celestial tiene la intención de que nos transmitan. No quisiéramos tratarlas sin cuidado; pero sí deseamos fervientemente liberarlas de todo lo que pueda desvirtuar su obra; y, por consiguiente, al hacerlas circular como palabra del altísimo Dios, *sin comentario alguno del hombre*, pensamos que debe suprimirse toda composición nuestra; incluso las referencias, las divisiones, los encabezamientos y la epístola dedicatoria al principio, y, en la medida de lo posible, todas las palabras que se colocan en la traducción para adaptarla a la lengua inglesa. El método actual de imprimirlas en cursiva no es generalmente conocido entre los pobres, o no se hace tan claramente como para que el observador casual pueda entenderlas.

Consideremos las Escrituras como de tal valor, que ninguna composición será considerada igual a ellas, y enviémoslas también en un estado tan puro y no adulterado como sea posible. El mayor número de hombres incultos suponen que la Biblia en su forma actual es simplemente una traducción del original, y, lo que los cristianos han afirmado que es por su declaración pública, en su adhesión a la constitución de nuestras Sociedades Bíblicas, las Escrituras sin nota o comentario; y en privado hay muy poca otra información dada con respecto a ella. La clase trabajadora ha confiado implícitamente en estas declaraciones; y, si alguien cuestiona la autoridad de alguna parte, es acallado, no por la razón o la prueba, sino por la voz avasalladora de los hombres cultos. Ahora bien, sostenemos que esto no es actuar con justicia hacia las clases trabajadoras; y no nos sorprende que las palabras de los ministros de religión sean tan a menudo tratadas con

negligencia cuando dicen la verdad.

Es motivo de felicitación ver que el precio actual de las Escrituras es tan adecuado para los hombres más pobres del país; pero aún esperamos presenciar esa mejora en su traducción que, estamos seguros, es imperiosamente necesaria para satisfacer la inteligencia de la época. Creemos que todos admitirán que una traducción llevada a cabo por un gran número de individuos, designados por las iglesias, tendría muchas ventajas superiores a las actuales. La mejora de nuestro conocimiento de las lenguas antiguas, costumbres y modales, en geografía, filosofía y todas las ciencias, durante doscientos años, ha ayudado a los hombres a obtener el significado correcto de varios pasajes que ahora nos parecen ininteligibles. Nuestra propia lengua también ha sufrido algunos cambios durante este período; de modo que el pobre hombre, aunque tiene en la presente edición todo lo necesario para abrirle el camino de la salvación, es capaz, con poca investigación, de detectar muchos defectos, que, cuando son expuestos por sus compañeros que están más ilustrados en esta materia, y al mismo tiempo deseosos de derribar los fundamentos de nuestra religión, disminuyen mucho su propia confianza en las otras partes de la traducción, produciendo en muchos casos un desprecio por las sagradas escrituras que de otro modo tal vez nunca se habría manifestado. No hay razón para que no se utilicen ahora todas las mejoras y correcciones en las copias que se publican para la circulación general, especialmente porque las alteraciones que se han introducido en las ediciones privadas han estado tanto tiempo ante el público que ayudarían materialmente a un cuerpo de traductores a juzgar su validez. ¿Por qué habríamos de detenernos en esto, cuando todo lo demás, cabe esperar, avanza hacia la perfección?

La cuestión de su circulación ilimitada no se discute ahora, y por lo tanto no ocuparemos ningún espacio en insistir en su beneficio para los pobres. Que sigan adelante, hasta que todos los hombres, mujeres y niños de esta tierra, y de todas las tierras, no sólo posean un ejemplar, sino que lo tengan completamente grabado en sus almas; y llegue el feliz día en que nadie tenga que decir: "Conoce al Señor, porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande". 11. Tengamos presente que todavía hay miles y miles en esta tierra del Evangelio que no tienen Biblia, y muchos que nunca han oído hablar de Jesús.

Las Sociedades Misioneras Domésticas son las siguientes en ser observadas. Predicar el Evangelio a toda criatura es el deber de las iglesias cristianas. El mandamiento es para la iglesia; y cualquiera que sea el cuerpo así constituido está obligado a hacer todo lo posible para predicar el evangelio a los pobres; y, considerando esto como tal, pensamos que ninguna otra clase de individuos en cualquier otra capacidad tiene derecho a interferir en el asunto, aunque, con el espíritu del apóstol Pablo, diríamos: predicad el nombre de Jesús hasta los confines de la tierra. Sin embargo, las iglesias están obligadas a cumplir con este deber, y sólo en ellas, como iglesias, recae la responsabilidad de extender el evangelio de Cristo; y nunca se hará la obra con el orden y el poder que son necesarios para satisfacer las exigencias de la nación, hasta que las iglesias se equipen como una sola para esta su obra señalada, y ciñan sus fuerzas para seguir adelante en la

poderosa causa. Es tan esencialmente su obra directa, que no deben contentarse con cualquier extensión del evangelio por un cuerpo compuesto de algunos de sus propios miembros y cualesquiera otros que se unan por casualidad. La obra es suya en su capacidad corporativa, y por ningún motivo pueden entregarla a otras manos. Indirectamente, en ninguna parte se les pide que lo hagan; pero la palabra es para ellos, sin paga estatal, ni ningún otro emolumento que pueda interferir de alguna manera con el poder y el deber de las iglesias. Todo en esta causa debe, para ser completamente eficiente, venir de ellos. Si se descuida, ellos son los que tendrán que responder por el descuido; si se lleva a cabo imperfectamente, ellos deben velar por su mejoramiento; y con ellos, por otra parte, estará la recompensa de convertir a todo el mundo a Cristo, y traerle a los paganos en casa y en el extranjero como herencia. Si esto se imprimiera en las mentes de todos los miembros de nuestras iglesias, de cualquier secta, creemos que se establecería una base tal que, por la bendición del Espíritu de Dios, edificaría a las iglesias para su obra; y entonces sentirían el deber de eliminar todos los obstáculos en el camino de llevar a cabo eficazmente este grande e importante deber. Estas pocas palabras deben bastar para el fundamento de nuestras observaciones sobre las Sociedades Misioneras Domésticas y otras, que tienen por objeto la predicación del Evangelio de Cristo, o el darlo a conocer a los jóvenes por medio de la enseñanza. Las Sociedades de Misiones Domésticas no se forman sobre esta base, y por lo tanto las encontramos deficientes en el grado de fuerza que es necesario para cumplir el trabajo que tienen que realizar. Siendo especialmente para los pobres, es a éstas, en conjunción con nuestras operaciones misioneras urbanas, si se llevan a cabo eficientemente, que debemos buscar la mejora de las clases trabajadoras en su carácter religioso y moral. Sin ellas, todo lo demás, creemos, fracasaría; pero con ellas, aún podemos esperar convertirnos en una nación piadosa y justa. Sin embargo, aunque imperfecto ha sido el método de predicar el evangelio, nuestros distritos rurales, sin la poca ayuda que han recibido, habrían quedado enteramente en la oscuridad y en la ignorancia, en comparación con lo que son incluso en el presente.

Nuestras Sociedades Misioneras Municipales surgieron cuando las iglesias no estaban plenamente conscientes de la obra que tenían ante sí; o si lo estaban, no comprendían plenamente sus propios deberes como iglesias. Algunos pocos miembros, hace unos quince años, habiendo consultado juntos, resolvieron marchar delante de la iglesia, y constituirse en cuerpos para llevar a cabo el trabajo dado a otras manos para realizar: y es para nosotros ahora ver el resultado. El objeto que se desea obtener con estas sociedades es el siguiente: satisfacer las necesidades espirituales de nuestras grandes ciudades; visitar a los pobres y extender el Evangelio entre ellos, mediante la exposición de las Escrituras, la exhortación y la oración; insistir al pueblo en la necesidad de que asista al culto divino y educar a sus hijos en el camino que deben seguir; de hecho, hacer el bien de todas las maneras posibles como maestros del pueblo en religión y moralidad. Noble el objeto, grande y gloriosa la obra que debe hacerse, y no superada por ninguna otra sino por la predicación del Evangelio. No necesita discusión. No admite discusión por ser la segunda en importancia en la gran obra de la evangelización de las

multitudes paganas de Gran Bretaña. Intentar mostrar sus méritos en las pocas líneas asignadas a esta parte es algo imposible; sólo podemos examinarlos de pasada. El principio del objeto es bíblico: enviar hombres a visitar a los moribundos, los enfermos y los pobres, ser sus amigos cuando todos los demás los abandonan, darles todo el aliento que esté a su alcance, conducirlos a un Salvador y abrir las Escrituras para testificar de la sangre del Cordero.

La constitución de estas sociedades, si tal es admisible fuera de los recintos de la dirección de las iglesias, formará la mejor base para las alianzas evangélicas: católica hasta donde el evangelio permita la catolicidad, con todas las precauciones puestas en los movimientos de aquellos que llevan a cabo sus objetivos, para mantener prominentemente ante ellos los primeros principios del evangelio, y dejar aquellas cosas que puedan ser consideradas como los resultados necesarios de esos principios cuando operan sobre el hombre, a las iglesias que sostienen la verdad fundamental de la Reforma. Todos los que suscriben una guinea o media guinea, o tienen algunas otras calificaciones, son miembros. El método para llevar a cabo este gran objetivo consiste en emplear misioneros calificados, que dediquen todo su tiempo a la obra sin ocuparse de ningún asunto secular de la vida; y en cuanto a la operación de la obra así realizada, debemos decir que de ella ha resultado un gran bien. Al comienzo de sus labores en cualquier localidad particular, se manifestaba una gran oposición, y había que superar una gran cantidad de prejuicios, con hábitos de la clase más inmoral, que se llevaban a cabo abiertamente sin ninguna censura pública; pero ahora en muchos casos, a fuerza de trabajo duro, firmeza perseverante y bondad, el prejuicio ha sido eliminado y el borde áspero de algunos de los crímenes, mientras que muchos se han convertido a Jesucristo, y ahora glorifican a Dios que alguna vez el misionero vino entre ellos. Aquel a quien una vez se le impidió entrar en muchos de sus pequeños castillos, es ahora estimado como un amigo, y se le pide consejo en cualquier circunstancia de prueba o adversidad. Se le considera el padre del distrito, y su palabra es considerada en muchos casos como la verdad.

Se han publicado las declaraciones de los misioneros, y mentiras registradas contra nosotros como nación, de los flagrantes males y la ignorancia de muchas de las clases más bajas. Es principalmente gracias a ellos que las otras porciones de la sociedad han sabido lo que saben ahora de las prácticas y hábitos de los pobres; en consecuencia, se han establecido escuelas en conexión con sus labores, y las escuelas de harapientos, uno de los principales movimientos de los últimos años, deben atribuirse principalmente a sus esfuerzos. Hemos visitado a los misioneros, hemos conversado con ellos sobre los resultados de su labor y, aunque nos ha dado náuseas el corazón al ver la descripción de muchas de las escenas, hemos escuchado sus relatos de tiempos pasados, aunque sean pocos, con perfecto asombro, al comprobar que cosas como las que han relatado pudieran haber existido hasta una fecha tan reciente. Pero ahora viene el tira y afloja. La gente, habiéndose familiarizado con las visitas de los misioneros, ha vuelto a sus viejos hábitos; se han endurecido con el conocimiento, y la vergüenza que su primera visita ocasionó ha desaparecido, de modo que las prácticas siguen siendo en principio y en efecto tan malas

como siempre lo fueron; porque habiéndose familiarizado con las palabras del Evangelio, les golpea con poco efecto, y ceden a sus propias indulgencias casi tanto como antes. Puede que el bronce se haya desgastado, pero todavía se ve un metal más duro debajo, que se necesitará algo mucho más poderoso que el tiempo o todos los planes del hombre para borrar. Sin embargo, esta visita a los pobres ha producido tanto bien, que suspenderla, sin poner otra en su lugar, sería volver a traer sobre nosotros toda la deformidad tosca y sin pulir de las escenas.

Al considerar el resultado de una sociedad tan constituida sobre nuestras iglesias, encontramos que se han aquietado en sus esfuerzos por llevar a cabo tal obra por sí mismas. Muchos de los miembros se han comprometido en estas sociedades con tal energía que han pasado por alto por completo sus deberes como miembros de la iglesia, el de instar a las iglesias a que realicen el deber por sí mismas, y a que asuman la causa para que puedan encontrar su trabajo ante ellas; a que vayan entre los pobres con más frecuencia, a que ayuden al misionero en su curso y le ayuden a formar una opinión pública para el bien, que es tan esencial para la ruptura de sus viejos hábitos, y para el progreso de aquellos que son de un carácter más mejorador. Si la Iglesia Católica Romana ha llegado al extremo de pedirle a la Iglesia que haga todo, nosotros ciertamente estamos llegando al otro extremo, pidiéndole que haga muy poco, y a las sociedades que le quiten la carga, si es que es una carga, de sus hombros. La consecuencia ha sido, en referencia a estas sociedades misioneras, que nosotros como iglesias hemos dejado el trabajo enteramente en sus manos; y, como es su teoría profesada que no se permite la predicación, nos hemos contentado con su trabajo, en lugar de llevar a cabo una agencia grande, combinada y activa con la predicación del evangelio a los pobres: y esto es un defecto tan evidente en nuestra opinión, que ya es hora de que las iglesias consideren seriamente sus movimientos con respecto a ellas.

Los términos de membresía en estas sociedades no están basados en la Biblia. El hecho es que hemos estado tratando de levantar una iglesia sin las ordenanzas de una iglesia, sin el gobierno de una iglesia y sin el carácter requerido de una iglesia. Así se engañan a sí mismas las iglesias de Cristo en nuestra tierra, sentadas a sus anchas y creyendo que el evangelio se predica a los pobres; mientras que no se les predica el evangelio en absoluto, o, si es así, los misioneros van en contra de sus instrucciones. Ahora bien, los misioneros son los representantes de estas sociedades, muchos de cuyos miembros no practican la verdad más que aquellos a quienes son enviados. La refutación que uno encuentra tan a menudo cuando se les ofrece el evangelio es: "¿Quién los envía? ¿No son hombres que sólo profesan estas cosas, pero que todos los días violan abiertamente las mismas leyes que ustedes nos llaman a guardar? ¿Cómo podéis exhortarnos a practicar estas cosas, cuando los mismos miembros de vuestra sociedad que os envían entre nosotros son tan malos como nosotros, y sólo lo hacen para sus propios fines egoístas?". La respuesta generalmente es, no podemos evitar sus faltas. De esto somos muy conscientes mientras la admisión de miembros se haga sobre bases tan bajas: si los hombres deciden dar su dinero es una cosa; pero declararse públicamente miembros de una sociedad que tiene por objeto la conversión de los hombres, es otra. La

anomalía es grande, y golpea el fundamento mismo de estas sociedades. El único remedio es que las iglesias tomen bajo su propio conocimiento la extensión del evangelio de Cristo, y que los miembros den toda su fuerza a esto por los medios designados por sus diversas iglesias; porque, por más que miremos la grandiosa e imponente estructura de una sociedad, su eficiencia para el fin para el cual fue establecida debe estar en el espíritu y la consistencia de sus miembros. Se hace el bien; pero veamos si no es más bien a pesar de todas estas inconsistencias, y no a causa de la constitución de la sociedad: es porque Dios en sus poderosos propósitos produce el bien, y se digna bendecir nuestros trabajos en muchos casos cuando no estamos ejecutando su obra en la forma señalada; pero cuando se lleva a cabo de acuerdo con su palabra, ¿no podríamos esperar que los efectos deseados superen con creces nuestras expectativas más optimistas? La última es la regla para derramar bendiciones; la primera, la excepción.

A continuación, el movimiento antialcohólico reclama nuestra atención.

"La embriaguez es un pecado contra Dios; siempre ha sido considerada como tal; y la dispensación cristiana declara su condena del crimen". Ha sido un vicio prevaleciente en todas las épocas y en todos los países, en mayor o menor medida, según el clima favoreciera su permanencia, y otros pecados han sido los más prevalentes. En nuestro propio país leemos, es más, ha sido observado por los hombres de hoy en día, que la embriaguez estuvo de moda en una época; y estar sobrio, en ciertas ocasiones, se consideraba un pecado contra la compañía; pero algunas de estas deformidades han desaparecido de algunos sectores de la sociedad, aunque siguen haciendo estragos con toda su virulencia entre otros. Parece haberse asentado especialmente entre los pobres; y creemos que esto se debe a su ignorancia, sus ocupaciones desagradables, sus largas horas de trabajo y su escaso respeto por todo lo que roza el refinamiento mental.

Eliminar este degradante crimen contra Dios, y erradicar las causas de su persistencia, ha sido uno de los esfuerzos del cristianismo desde su establecimiento; pero, hace unos veinte años, las mentes de muchos fueron llamadas especialmente a nuestros hábitos y costumbres de bebida; y se formó una sociedad para exponerlos, hacer circular panfletos y dar conferencias, mostrando el mal efecto, física, mental y religiosamente, resultante del uso de licores ardientes, a saber, la Sociedad Británica y Extranjera de la Templanza. Pocos años después, se formaron sociedades sobre el principio de abstenerse totalmente de las bebidas alcohólicas; y, por un corto tiempo, éstas con las anteriores trabajaron juntas en armonía. Muy pronto, sin embargo, se convirtieron en acérrimos oponentes entre sí; sobrevino la guerra civil, y ahora el movimiento de la Abstinencia Total ha tomado casi por completo el lugar de la antigua Sociedad de la Templanza, aunque todavía existe. Es nuestro más ferviente deseo, al revisar estas sociedades y sus resultados, tratarlas con la Biblia como nuestra guía, y la razón como nuestra asistente.

El objetivo que pretendía obtener la Sociedad de la Templanza era, en nuestra opinión, bueno; y, aunque al principio muchos cristianos se opusieron, pronto ganó terreno y despertó a las clases superiores para que considerasen sus costumbres, si no como irreligiosas, sí como irracionales. Como el uso común de los licores ardientes como

bebida conducía a una embriaguez tan grosera, a la miseria y al crimen, se consideró deseable desalentar su uso y mostrar sus efectos nocivos sobre la constitución humana; y conociendo, como conocemos ahora, el resultado de ello, diríamos de inmediato: que al quebrantar así la ley de la naturaleza en primer lugar, y encontrar que al hacerlo se quebranta inevitablemente la ley del Evangelio por la continuación de su uso; Recordando también que estos licores cuando se beben sólo tienden a irritar el sistema, sin nutrirlo de ninguna manera, sino más bien, por el contrario, destruyendo la fuerza de la constitución, impidiendo que el hombre siga ese curso de vida templado ordenado por las Escrituras, estamos totalmente de acuerdo en el principio de que no deben usarse excepto con fines medicinales.

Los principios sobre los que se funda la sociedad están de acuerdo con la estimación cristiana de la embriaguez; se considera que es un pecado contra Dios, que procede de los defectos morales de la naturaleza del hombre, y que la única cura radical es la introducción del Evangelio en los corazones de todos los hombres. Las Sagradas Escrituras son su norma para todo, y las reciben como la única guía infalible para todos sus esfuerzos. Tales principios y tal objetivo se recomiendan, creemos, a todo amante de la templanza, el buen orden y el cristianismo. Para hablar del método con el que se han extendido estos principios: se han empleado conferenciantes, se han publicado tratados y se ha hecho circular toda la información para poner al descubierto los espantosos males de la intemperancia; la consecuencia de tal curso ha sido buena, rompiendo muchos malos hábitos en las clases influyentes de la nación, y difundiendo esa información que los hombres razonables, actuando sobre la base de principios religiosos, han encontrado muy útil, haciendo que cada clase de la comunidad conozca mejor las prácticas de la otra, y dándonos información sobre lo que estamos haciendo como nación. Actuando así sobre principios cristianos, ha sido un valioso auxiliar del ministerio evangélico, y ha preparado el camino para producir ese grado de refinamiento que ahora está creciendo tan rápidamente entre nosotros. Considerando el bienestar de las almas de los hombres como el fin principal, sin olvidar el bienestar de sus cuerpos, y haciendo esto sobre la base de la benevolencia cristiana, la sociedad ha ayudado materialmente a la causa de la religión y al bien del pueblo. El movimiento se ha caracterizado siempre por su defensa templada, y su progreso ha sido grande; aunque ahora lamentamos encontrarlo en un estado tan declinante, que debe atribuirse principalmente a la gran oposición que ha encontrado por parte de aquellos que una vez fueron sus amigos. Debemos señalar aquí que esta sociedad siempre ha considerado que el uso de bebidas alcohólicas destiladas es perjudicial y que, cuando sea necesario, se debe recomendar la abstinencia total de todos los licores fermentados.

En referencia a la gran oposición de sus antiguos amigos, a nuestro juicio parece haber cortejado a la oposición, debilitando así la fuerza que de otro modo podría haberse empleado en la circulación de la verdad. El asunto de los cristianos no es cortejar a la oposición, porque éste no fue el camino de nuestro Líder; si se cruza en nuestro camino nadie negará que debe ser enfrentada con espíritu cristiano, siendo el gran objetivo dar a conocer el evangelio de Cristo y exponer los males que encuentra en su progreso,

dejándolo por su propio poder inherente, ayudado desde arriba, erradicar la maldad de la tierra.

La visita al borracho por parte de tal asociación, con el propósito de hacerle ver su condición caída, no es parte de su obra; porque al actuar así abandona lo que debería realizar como sociedad, e invade los asuntos asignados a las iglesias. Se argumenta que visitar al borracho es bueno, pero al invadir así los deberes de otro cuerpo de hombres, sus fuerzas se dividen de tal manera que no logran el objetivo que desean alcanzar. La utilidad de todas las sociedades como éstas es hacer circular estadísticas, influir en el gobierno y producir una opinión pública a favor de la temperancia; ayudar a las iglesias a llevar a cabo su objetivo y darles la información que les permita cumplir con sus deberes con mayor ventaja para la causa que tienen entre manos; pero de ninguna manera crear una dependencia tal de otros esfuerzos que les permita sentir que estos deberes se ven disminuidos de alguna manera por la existencia de tal sociedad. Presentad los hechos y exhortad a las iglesias a remediarlos, instituyendo una visitación más fuerte y más eficiente; porque directamente la sociedad interfiere con sus deberes, comprometiéndose a realizar incluso una parte de su trabajo, sus miembros no pueden cumplir sus deberes en la iglesia a la que pertenecen, sino sólo los deberes de la sociedad. El efecto de tal principio es esforzarse por elevar la sociedad a la par con la Iglesia, y en muchos casos por encima de ella, produciendo así la cantidad de confusión y desorden en que está envuelta la comunidad; pues mientras llevamos a cabo la obra de la religión y la civilización, hagamos todas las cosas en orden; y cuando nos unamos para cualquier buen propósito, no invadamos aquellos medios designados por nuestro Señor en su iglesia.

No podemos pasar por alto un defecto radical en la constitución de esta sociedad, es decir, el ejercicio de su influencia para inducir a los hombres a comprometerse con una determinada línea de conducta, cuando leemos las palabras de nuestro Señor: "Que vuestra comunicación sea, sí, sí; no, no; porque todo lo que es más que esto, viene del mal" -Mt. v. 37-.

Las sociedades de abstinencia total surgieron para tratar de llevar a la práctica más plenamente los principios del movimiento antialcohólico. En el curso de la investigación, se descubrió que estos licores destilados se habían mezclado mucho con Equors fermentados, de modo que la ingestión de uno tenía casi un efecto similar al otro, aunque no en esa medida. El objetivo de este movimiento es abolir la intemperancia mediante el desuso universal de las bebidas embriagantes. Hasta qué punto es probable que esto se logre es, creemos, una cuestión de duda. El pasado tendrá que hablar por sí mismo, y el presente muestra los resultados de los esfuerzos que sólo tienen por objeto el bienestar temporal de la humanidad.

Cualquiera que sea el principio abstracto de tomar cualquier licor alcohólico, la prueba en uno mismo es el mejor testigo de los resultados que se derivan de ello. En una cosa todos están de acuerdo, en que no son naturales, sino artificiales; sin embargo, también lo son el té, el café, el cacao, etc., que son bebidos tan abundantemente por muchos que no prueban los primeros. En ningún caso se encuentra lo uno o lo otro como producción de la naturaleza, sino siempre como deducción; y se requiere romper los

frutos de la tierra para darles cualquier forma. Por lo tanto, el principio de desechar los licores alcohólicos porque son artificiales debe aplicarse también al té, al café o a cualquier otra bebida hecha por el hombre; es sólo una cuestión de grado, ya que el alcohol se encuentra en muchas de las producciones del hombre: Sin embargo, como una pequeña cantidad de las bebidas a que se refieren los abstemios está calculada para privar al hombre de la sobriedad de temperamento y de la serenidad de juicio que la religión cristiana ordena, conviene que todos los hombres consideren bien el camino que siguen, y hasta qué punto pueden estar quebrantando las leyes de la naturaleza, y por consiguiente las leyes de Dios, por un uso continuo de las mismas. Que cada uno examine a fondo su propia mente.

Antes de proseguir, nos permitimos insistir en nuestro deseo de ver toda embriaguez e intemperancia completamente barridas de la faz de la nación y del mundo; y proceder a considerar por qué medios se ha tratado de lograr esto en el movimiento abstemio, y los consiguientes resultados, ya sea para bien o para mal.

El objeto buscado es moral, algunos dicen religioso; pero el objeto de las sociedades y del movimiento en general es evidentemente sólo moral, por más que muchas personas tengan en vista uno religioso: porque la simple abolición de la intemperancia, porque es un obstáculo para el bienestar temporal del hombre, no es, consideramos, un objeto religioso; y quienes conocen la verdad de las Escrituras no afirman que lo sea. Casi todos los que participan en él sostienen que el movimiento es un auxiliar de la propagación del Evangelio; sin embargo, esto no se declara ni en los informes ni en los documentos generales publicados por las sociedades. Se dice algo acerca de una supuesta religión; pero en ninguna parte se define en qué consiste esa religión, si está fundada en la palabra de Dios o en la palabra del hombre; y el resultado de un principio tan indefinido sobre el que actúan tales sociedades es, en nuestra opinión, un asunto de importancia nada despreciable para los intereses de la piedad vital y la religión basada en las Escrituras de la verdad, la Santa Biblia. Debemos recordar que la moral del hombre cristiano es su religión, y que todo lo que hace lo hace por la eternidad. ¿Cómo, entonces, intentan estas asociaciones obtener su fin deseado?

Presentan prominentemente una causa secundaria, un supuesto alivio moral para el borracho; mientras que el cristianismo dice: Yo soy el único alivio, y tú debes abandonar tus hábitos sobre principios cristianos; porque, como la embriaguez es declarada por Dios como impiedad, debemos tratarla como tal en la vida privada o en la asociación pública; y como no podemos tratarla de otra manera, al hacerlo nos rebajamos a nosotros mismos, rebajamos nuestros altos principios cristianos, echamos a la sombra la religión de Cristo, y mientras decimos: ámate a ti mismo, declaramos que el amor a Dios es una consideración posterior; mientras que el primer y gran mandamiento es: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas." Comenzando sobre cualquier principio inferior, descendemos gradualmente, sin tener una norma definida de la cual partir; pero actuando sobre el principio elevado, elevador, nacido del cielo, de que es malo contra Dios, condenado primero por el evangelio, y segundo por la razón, entonces alcanzaremos nuestro fin y triunfaremos gloriosamente

en nuestro éxito. Si es un pecado contra Dios, los cristianos deben declararlo y mantenerlo como tal; y nada, ni siquiera la razón ayudada por todos los poderes de la ciencia, debe interponerse entre ellos y sus principios religiosos, para evadir, de cualquier forma o manera, su declaración o proclamación de su enormidad a los ojos de Dios. Que todo el poder de la razón, todo el conocimiento de la ciencia, todo el poder del intelecto del hombre, toda la energía de su voz, vengan a ayudarnos en tal declaración; y demuestren, como gustosamente queremos que se demuestre, que la embriaguez no sólo es un pecado grave a los ojos de Dios, y desafía Sus principios; sino que también es un pecado grave contra el bienestar y la felicidad del hombre, un pecado contra la raza humana misma; sin embargo, nunca, como cristianos, debemos contentarnos con ensombrecer nuestros puntos de vista religiosos, y poner en primer plano los principios de la naturaleza, la razón o la ciencia. Como cristianos, es nuestro deber enseñar que el borracho deshonra al altísimo Dios; y que su pecado contra sí mismo o contra sus semejantes no es nada comparado con su gran e inconmensurable pecado contra Dios. Diríamos, pues, con énfasis, que si permitimos que cualquier motivo ocupe el lugar de la razón principal por la que debemos condenar la embriaguez, ya sea en lo que se refiere a la felicidad temporal o futura del hombre, nosotros mismos deshonramos a Dios al no darle la gloria suprema.

Una vez más, los resultados de tal curso han demostrado ser desastrosos para los intereses religiosos en los efectos, no de la abstinencia total de todas las bebidas embriagantes, sino del Movimiento Teetotal, o Teetotalismo.

El principio rector de la acción ha sido intentar llevar a la gente a firmar el compromiso. ¿Qué es entonces? Los credos de fe, en nuestra opinión, nunca han servido de mucho: con demasiada frecuencia han sido la causa de grandes disputas, y han llevado a las partes que los suscriben a confiar más en el credo mismo que en la Biblia de la que se derivan; se han levantado como la norma de acción, y han llevado a muchos, especialmente entre los ignorantes, a una indiferencia descuidada en su andar general de la vida: y de nuestra observación no podemos decir que el compromiso haya diferido mucho de éstos en sus tendencias y operaciones. Nuestros amigos abstemios hacen un llamamiento a todas las personas de cualquier condición para que tomen el compromiso; no importa quiénes sean o qué sean; no importa si están en estado de embriaguez o de sobriedad (algunos, somos conscientes de que ahora no lo hacen); no importa cuáles sean sus opiniones en referencia a estas detestables bebidas, o qué cantidad de información puedan poseer, si es que poseen alguna. La promesa, el compromiso, es la panacea para todos los males; pero, en cualquier caso, hasta tal punto, que el que lo toma y lo mantiene es considerado como un hombre de verdad, digno de ser llamado hombre; y cualquier otro, que no suscriba el compromiso, cualesquiera que sean sus sentimientos y prácticas, no se acerca al estándar apropiado de moralidad. Semejante proceder está plagado de maldades por varias razones: se mira el fin, que no es más que apartar al hombre de la bebida; pero no se miran los medios por los que se alcanza ese fin: todo a toda prisa, para conseguir el compromiso del hombre. Si ya es un hombre sobrio, que lo haga por el ejemplo, y para evitar que se convierta en un borracho. Si es un borracho, que

lo haga por su propio bien. El principio sobre el que debe actuar el hombre sobrio es el de la filantropía; el principio para el borracho es el del egoísmo; y con aquellos que le piden que lo haga mientras está borracho, no se le puede plantear ningún principio de acción: se le trata como a una máquina o a un animal. Las consecuencias han sido que los dos últimos partidos han llevado a cabo su reforma tal como la empezaron, ya sea como máquinas o sobre las bajas bases del interés propio; y el primero, actuando sobre un mero principio secundario, el del ejemplo, se ha esforzado por elevar a algunos, y rebajar a otros que caminarían por uno más alto, a la misma norma para todas sus acciones. Un viejo adagio, y muy cierto, dice: "Bien empezado está medio hecho, y lo contrario también es cierto: "Mal empezado nunca está acabado".

Los efectos de esto son muy evidentes. Tanto en un caso como en el otro, no se intenta mejorar o elevar al hombre por principio: el único intento es evitar que vuelva a caer en la misma trampa. El caso es éste: el hombre que acaba de caer en una zanja profunda y cenagosa gana la orilla seca de la tierra, y tú vas a él y le dices: Ahora, si tan sólo empeñas tu palabra y honor, y lo escribes en un trozo de papel, de que no volverás a caer allí, aunque ahora estés en su mismo borde, encontrarás que con ello ganarás fuerza suficiente para no reclinarte en tu antigua posición. ¿Es esto siquiera un argumento racional? ¿O no es una mera fantasía e imaginación, con la que tratas de ganarte al hombre por el momento; y siendo así, ¿cuántos han mantenido su promesa? El resultado ha hablado por sí mismo, y siempre debe hablar de manera similar. Es un hecho indiscutible que no más de tres o cuatro de cada diez que toman la promesa la cumplen, y que la mitad de ellos han sido personas que no la necesitaban sino como ejemplo para otros. La visita del respetado Apóstol Irlandés de la Templanza a este país incitó a muchos a tomarla; pero apenas se fue, miles rompieron sus votos y volvieron a regocijarse de la misma manera que antes; y todos reconocen que este es el hecho en referencia a muchos más. La novedad se desvanece, teniendo su asiento en una imaginación cambiante, que sólo se necesita un poco de tentación para eliminar; y ellos, para nuestra sorpresa, regresan con más vigor que antes a su antiguo trabajo.

Fíjense ahora en la moral inculcada por tantos que rompen el compromiso. ¿Acaso esto no es nada en la sociedad: enseñar a los hombres a hacer una promesa pública hoy, sin otra influencia que la excitación, y que mañana se alejan de la vista del público y, tranquilamente en sus lugares de juerga, la rompen? ¿Qué es lo que une a la sociedad y tiende a edificarla y fortalecerla en el mundo religioso, en sus actividades comerciales y en sus paseos privados? ¿No es la fe en la palabra del hombre hacia el hombre; el cultivo de esa fe religiosa y honor comercial, por la cual los hombres son capaces de confiar en la palabra privada de otro, y especialmente cuando se da por escrito ante el público. El efecto, pensamos, de actuar así continuamente sobre la excitación, es disminuir el respeto por la palabra de honor del hombre y la coherencia en sus otras prácticas de la vida; y en lugar de ser mejorado y elevado por tal curso, es más degradado a los ojos de sus semejantes de lo que nunca fue antes. Los malos resultados de tal conducta en la sociedad en general, si se actuara en cualquier otro movimiento, producirían tal falta de confianza, que el progreso en cualquier cosa quedaría inmediatamente fuera de cuestión.

Que los principios sobre los que actúa el borracho, y la meta a la que conducen, se pongan delante de él. Trátale como a una criatura inmortal y racional, y dejadle ver plenamente las consecuencias de lo que está haciendo, y que actúe en consecuencia. Nuestro espacio nos prohíbe entrar aquí en el carácter del principio implicado en el movimiento abstemio; el de enseñar a los hombres a depender de sí mismos, sin mirar a ningún poder superior para sostenerlos en el camino correcto; un principio que es tan terrenal y tiende a engañar a la gente, como el cristianismo es celestial y tiende a despertarlos a sus propias debilidades. El efecto también de las partes que se unen para eliminar algún pecado en particular, como la embriaguez, tiene siempre la tendencia a hacer que la mente humana deje de considerar con calma y sobriedad cualesquiera otros pecados y defectos en otros asuntos que se presentan ante nuestra observación. Por lo general, los hombres cristianos no se han sometido al compromiso ni han colaborado en este movimiento, y nuestros amigos han exclamado en voz alta contra esta conducta; pero si reflexionan serenamente sobre lo que el hombre es y lo que el hombre debe ser, creemos que no tendrán tantos motivos para encontrar faltas a este respecto: porque, por más que haya algunos que permitan que se les trate como meras máquinas, la creciente inteligencia de la época ya no permitirá que se trate como tales a la gran mayoría del pueblo.

Los resultados del movimiento abstemio han sido la propagación de la infidelidad entre el pueblo y, de este modo, han contribuido a destruir el cristianismo; no es que la práctica de abstenerse de bebidas embriagantes haga esto, sino que los principios que se han presentado de manera prominente en el movimiento abstemio para abstenerse de esta manera lo han hecho. Todos admitirán que hay muchos que, al convertirse en abstemios, se han vuelto infieles y opositores públicos del cristianismo, y que antes no lo eran; y éste es el resultado justo y legítimo de adoptar la norma baja, de hacer el trabajo porque el resultado es beneficioso para los intereses temporales del hombre. Muchos de ellos, en consecuencia, han ridiculizado el cristianismo, y, habiendo obtenido algún bien de su abstinencia, no sólo lo han elevado a la par del cristianismo, sino que lo han declarado superior; y haciendo esto, celebran sus reuniones en domingo, para la propagación de estos principios: y esto, si no es directamente apoyado por todos, obtiene indirectamente el apoyo de la mayoría; y si observamos las reuniones en un lugar u otro, encontramos que el cristianismo no es defendido con ese grado de sacralidad, incluso entre aquellos de su propio cuerpo que lo profesan, al que tiene derecho, y lo sería si adoptaran un plan diferente de operación; uno que los hombres no podrían confundir como un camino a medio camino entre Dios y las riquezas. Con frecuencia se afirma en las reuniones que muchos dejan de ser miembros de las iglesias cristianas; y esta afirmación, para muchos, es una prueba concluyente de que el cristianismo por sí mismo no es suficiente para mantener a los hombres rectos y templados. El propósito por el cual los cristianos actúan así, es que prueba que su posición es buena. Pero preguntémosnos si esto no desprecia también al cristianismo sin la prenda. ¿Y si el efecto no es más bien sostener la abstinencia y la infidelidad a expensas del cristianismo, sabiendo con cuánta alegría el hombre aprovecha cualquier oportunidad para escapar de sus exigencias? Nos habíamos esforzado por persuadirnos de que el hecho de que tantos abstemios se

opusieran al cristianismo no se debía tanto al sistema como a su alejamiento de él; pero cuando examinamos su constitución, su línea de funcionamiento y las tendencias de la mente del hombre, pensamos que es el resultado natural de un movimiento basado en tales principios.

Estamos muy lejos de decir que este movimiento no ha hecho ningún bien. La cantidad de información y conocimiento que ha circulado en relación con nuestros hábitos de bebida, el efecto de las bebidas fuertes sobre la constitución del hombre y la carrera del borracho en la sociedad, tal como se expone en nuestras prisiones y en nuestros asilos, debe atribuirse en gran medida al movimiento abstemio. Las publicaciones, muchas de ellas, son dignas de ser leídas y consideradas por todas las clases de la sociedad; y las contribuciones a la ciencia, la moralidad y la religión que aquí se hacen, algún día, cuando se presenten con templanza ante las mentes de la gente, tendrán, sin duda, su debido efecto; no en hacer que los hombres firmen el compromiso, sino en que renuncien al gran abuso de los privilegios de los que disfrutaban, y se conviertan a todos los efectos en hombres prácticos de la templanza. Al haber circulado esta información en localidades donde hombres cristianos han estado relacionados con la causa, algunas personas han sido inducidas a adoptar un estándar más alto para su futuro curso, iniciando una vida templada y cristiana, y dedicándose a mayores esferas de utilidad; pero en lo que concierne a todo el movimiento abstemio, éstas han sido raras excepciones. Muchas familias también han mejorado en sus circunstancias de vida, y han ascendido por estos medios a puestos más altos en la sociedad; sin embargo, todo este bien todavía podría haberse efectuado, si el movimiento se hubiera extendido sobre principios religiosos, sin interferir tanto con el deber de las iglesias cristianas, y tratando de gobernar a los hombres por una línea universal de conducta. Si estas asociaciones han de hacer el bien, deben constituirse sobre principios diferentes, y continuar su trabajo, como deberían hacer muchas otras, y como hemos sugerido antes en el movimiento de la templanza, para la recopilación y difusión de información, tendiente a abolir los hábitos de la bebida, y exponer los efectos del uso de licores embriagantes; y si los hombres los usan, entonces la culpa debe recaer sobre sus propias cabezas: Pero al adoptar su curso actual entran en colisión con aquellos que de otro modo actuarían con ellos, y así debilitan la causa que merece respeto, simpatía cristiana y ayuda.

Hay que hacer un gran trabajo, pero nunca se logrará con meras exclamaciones y buscando culpables. El hacha debe ser puesta en la raíz del árbol, las causas de esta embriaguez deben ser expuestas, y el sistema de beber debe ser templadamente esforzado para ser eliminado, haciendo circular la información, y por tales prácticas que impongan el respeto de la sociedad y convenzan a la gente de la verdad de las declaraciones que se hacen. Estas costumbres y males no serán eliminados en un día, y por lo tanto tales planes deben ser adoptados sobre principios que se recomienden a sí mismos a un creciente y mejor estado de la sociedad, en la que los hombres están empezando a ver que es el mejor hombre en la sociedad que es capaz de gobernarse a sí mismo mejor, y que es el menos gobernado por cualquier estado de excitación. La razón está tomando un vuelo más elevado y ejerciendo un poder más duradero de lo que los

deseos animales del hombre jamás lograrán, y cuando se combine con el verdadero cristianismo el gran desorden del mundo será eliminado, y una de las primeras leyes del Cielo, el orden, reinará entre nosotros; Inglaterra podrá entonces exclamar que la gloria de sus principios religiosos no se ha desvanecido, ni se ha convertido en un asunto de vanidad e hipocresía; lo que de otro modo debería declarar que son, si llegáramos a la altura meridiana del actual sistema deseado: una nación entera de abstemios comprometidos.

CAPÍTULO VI.

MEDIOS PARA MEJORAR LA CLASE TRABAJADORA.

(Continúa.)

Escuelas dominicales, benéficas y harapientas — Institutos mecánicos-Sociedades de enfermos — Prensa.

Las escuelas que existen en favor de los pobres serán ahora objeto de nuestra atención; y de ellas, las escuelas dominicales reclaman la primera atención. Su objetivo es enseñar a los niños las verdades de la religión y las buenas nuevas de la salvación, para que puedan llegar a ser no sólo buenos miembros de la sociedad, sino miembros de la iglesia de Cristo en la tierra, en preparación para esa pertenencia al mundo celestial a la que el cristianismo dirige. El trabajo a realizar, con nosotros no necesita discusión; pero el principio de reunir a los niños de las familias de las clases trabajadoras sin distinción, para darles una instrucción peculiar en el conocimiento religioso, aparte de la familia con la que están relacionados, es una cuestión que requiere una respuesta sobre ningún principio confinado o sentimiento intolerante. Y como nuestro trabajo no nos permite entrar de lleno en la discusión de este principio, se nos debe permitir hacer las siguientes observaciones, bajo la presunción de que bajo ciertas circunstancias es correcto, debido a la gran indiferencia por parte de muchos, enseñar a sus hijos cualquier cosa perteneciente a la religión de Cristo; mientras que al acceder a esto de cualquier manera, debemos incluir a los hijos de las otras porciones de la comunidad cuyos padres no se preocupan por su bienestar eterno, y a quienes se debe procurar instruir de manera similar. Porque en todas las observaciones que generalmente se hacen en referencia a las escuelas dominicales, parecería que la mayoría de las personas conciben que el hijo de un trabajador debe entrar en una escuela dominical, sin importar el carácter de su padre y de su madre: de modo que la instrucción familiar en el domingo debe ser prácticamente dejada de lado, ya que no se puede esperar que el niño se dedique a la instrucción en el hogar, en el culto y en la escuela dominical. Contra esto protestamos solemnemente, y en lugar de pedir a nuestros hermanos más pobres que envíen a sus hijos a la escuela por amor al ejemplo, haríamos todo lo posible por cerrar todas las escuelas dominicales. Hablamos con esta firmeza porque se afirma con tanta frecuencia que el obrero, que de otro modo podría desear enseñar a sus hijos en casa, donde de hecho deberían ser enseñados, debe enviar a sus hijos a la escuela por amor al ejemplo: porque nunca debemos permitir que ningún sistema de la época disminuya la responsabilidad de los padres por los hijos. Esta es una obligación fundamental de la naturaleza, con la que nada, ni siquiera la autoridad de la iglesia, puede interferir, pero el sistema de enseñanza

de la escuela dominical es una cuestión de conveniencia, de la que, a medida que la iglesia de Cristo crezca hasta su plena madurez, esperamos que pueda prescindir. En la actualidad, apenas conocemos algún caso en el que la instrucción se lleve a cabo en la familia del obrero, debido al celo desmedido de algunas personas por conseguir que envíe a sus hijos a su escuela dominical particular. Creemos que tal proceder es malo, porque tiende a debilitar lo que todos los cristianos, y especialmente las iglesias, deben esforzarse por fortalecer: el carácter sagrado de la relación familiar. Si las escuelas, las sociedades o las iglesias han de prestar algún servicio real a la comunidad, debemos aprender a respetar al hombre como hombre, y no tener un conjunto de principios para las clases trabajadoras y otro conjunto para los más ricos. Dios no hace acepción de personas, y su iglesia no debe hacer acepción de personas. Pasando a revisar estas escuelas. Los principios en los que se basan son tan variados que sería imposible, sin entrar en una larga disertación sobre el conjunto de los tratos de Dios con el hombre, mostrar la verdad o la falacia de todos y cada uno de ellos. En nuestra humilde opinión, ningún principio puede ser bueno que no considere la vida y el carácter de Jesucristo como la piedra angular principal y el ejemplo que debe ponerse ante los niños como guía en cada acción de su vida, privada o pública, religiosa o política. Él es el ejemplo, y ningún otro tenemos derecho a copiar.

Sus principios son los principios, y ningún otro contrario al suyo estamos obligados a enseñar a los niños para su guía en este peregrinaje, y su apoyo en el viaje a su lugar de descanso.

La formación de las escuelas dominicales depende generalmente del ministro y de algunos miembros de la iglesia y de la congregación, que habiéndose reunido, comienzan sus operaciones organizándose en un comité para la admisión de niños y maestros, dividiéndolos luego en clases para la instrucción, y haciendo circular entre los niños algunos pequeños tratados y revistas. Una vez que existe, se mueve de la misma manera que se formó, y se convierte en una especie de aliado muy extraño para la iglesia, ya que aunque se lleva a cabo en relación con ella, es muy rara vez formada por los miembros en su capacidad unida, y por lo tanto no tiene ninguna de su supervisión o consideración por su bienestar. Por lo general, los niños asisten los domingos por la mañana a las nueve o media hasta que van al servicio divino, y de nuevo a la instrucción por la tarde: el cuerpo de maestros no se ocupa después de ellos, salvo que ocasionalmente se les visita en sus casas.

Si se pregunta hasta qué punto tales comités constituidos, que llegan a existir por tales medios, son adecuados para llevar a cabo los objetos que tienen en vista, debemos remitir a nuestros lectores a los resultados que han conllevado. A menudo hemos observado con mucho dolor el poco cuidado con que nuestras iglesias desempeñan los deberes que les asigna el Evangelio; la consecuencia ha sido que muchos han llegado a ser maestros de los jóvenes en estas escuelas, que no están en modo alguno calificados, ni en carácter, ni en su conocimiento de las verdades de la salvación, ni en sus deseos de formar a los niños para la eternidad. Al principio casi cualquiera que se ofreciera para enseñar era admitido; pero ahora se usa un poco más de restricción, y sólo a aquellos

cuyo carácter se considera moral, se les permite ser maestros en las escuelas: sin embargo, a muchos que no saben nada de la piedad vital, y que no sienten la importancia de las verdades que están enseñando, se les confía el entrenamiento de los niños para un mundo futuro. Ahora bien, como regla general, encontramos que el resultado de cualquier enseñanza depende mucho del carácter así como de la habilidad de la persona que enseña; el de la predicación de un ministro depende mucho de su propio ejemplo; se admite que este es generalmente el caso, y las iglesias por lo tanto son muy particulares en cuanto a la fe religiosa y la práctica del ministro que eligen para presidirlas. ¿Y por qué los jóvenes no deberían tener la misma protección que los miembros mayores de nuestras iglesias? Más aún, creemos que es más necesario para ellos, porque no son tan capaces de juzgar la verdad como las personas de edad más madura, y dependen más de sus maestros por todo lo que oyen y han practicado ante ellos. Sus pequeñas mentes miran a sus maestros con impaciencia para conocer las leyes y las verdades que pueden darles para su guía, y sus mentes se modelan en consecuencia; su vida posterior da testimonio del carácter de la enseñanza. Leen la Biblia, o puede ser algún catecismo; pero se permite que los comentarios sean necesarios (por cualquiera que desee que los niños se conviertan en hombres y mujeres, y no en autómatas andantes) como medio de dilucidar la verdad contenida en un solo pasaje; y seguramente no se permitirá que el infiel sea el mejor hombre para tal oficio; y si no, ¿dónde trazaréis la línea de distinción? ¿Sobre qué principio deberíais admitir al hombre tranquilo y fácil, que toma todo tal como se le presenta, sin preocuparse de pensar o actuar sobre las verdades que son para su dirección, o rechazar los principios que pueden obstruir el camino del cristiano.

La controversia de los cristianos con referencia a los catecismos ha sido ocasionada principalmente por esta circunstancia; que las personas han sido llamadas a enseñar el evangelio a los niños cuyas mentes estaban confundidas por sus propias prácticas; o, no teniendo la información y la simplicidad requeridas para enseñar a los niños, encontraron que su trabajo era un perfecto trabajo pesado sin un catecismo, y los niños han tenido que soportar el trabajo en consecuencia. Esperamos que llegue el tiempo en que todas estas formas sean abandonadas por un método más sencillo: porque, cualesquiera que sean los beneficios derivados de la instrucción catequética durante la conversación, la tendencia del uso de tales libros es alejar a los niños de la Biblia, e impedirles tener la necesaria ilustración de los maestros sobre las verdades contenidas en ella; y, en muchos casos, adiestrarlos en alguna burda perversión de las Escrituras, o en algún conjunto de ideas y principios formados por una clase particular de individuos.

Cristianos, haced con los niños lo que, si estuvieran en vuestro lugar, desearíais que hicieran con vosotros. ¿Cómo os sentís cuando un profesor frío y despiadado derrama su lógica mecánica y su predicación, o cuando, con un pequeño esfuerzo de sentimiento, os llama a arrepentiros y a enmendar vuestros caminos para el futuro? ¿No sentís la diferencia entre este hombre y el que, predicando a Jesucristo, insufla en vuestras almas las aspiraciones del fervor celestial, y por su consanguinidad con el cielo os acerca al trono de Dios; de modo que, al volver a casa, os veis obligados a decir: Dios está verdaderamente con el hombre y mi alma se siente satisfecha con el alimento espiritual?

Recuerda tu infancia. Traed de nuevo los pensamientos y sentimientos de la juventud, y decidnos entonces a quién creáis; al hombre que se limitaba a hablar de la Biblia, o al hombre que entregaba su alma al cumplimiento de sus exigencias, y cuyas emociones brotaban de su corazón más que del instinto racional de su cuerpo. Como decidiste entonces, así deciden ahora los niños.

Pero además, creemos que existe una gran deficiencia en el método de enseñar las Escrituras a los jóvenes, de prepararlos para resistir las tentaciones a las que estarán sujetos, y de refrenar las crecientes inclinaciones de sus propios corazones. En muchos casos la instrucción es demasiado mecánica; o con frecuencia los niños son tratados como ancianos y ancianas que han visto muchas de las vicisitudes de la vida, y que nunca se han entregado a Jesús. Si queremos dejar una impresión en los corazones y las mentes de los niños, debemos tratarlos como niños; recordar en nuestras mentes los días en que teníamos su edad; recordar nuestros pensamientos, nuestros deseos, nuestras diversiones, y esforzarnos por adaptar la porción de las Escrituras leída, de modo que se adapte a los niños durante su juego y escolarización en la semana siguiente. Debemos ser prácticos y no temer presentarles el domingo las diversiones de la semana o los sentimientos expresados en el patio. Para hacer el trabajo con eficacia, debe haber un conocimiento íntimo de los hábitos y las escenas cotidianas en la vida de los niños, y la enseñanza debe tener un giro práctico en referencia a su conversación diaria y el trato con los demás. La práctica de dar a los niños una larga conferencia por la mañana, o mantenerlos en la escuela dominical (cuyo ambiente es generalmente tan cálido, que produce por sí mismo un gran mal humor entre los niños) en un estado de quietud durante una hora u hora y media antes de asistir al servicio divino, no es, en nuestra opinión, adecuada para los niños; una lección corta de media hora, y luego un corto paseo o un poco de parloteo permitido entre ellos, es más adecuado para preparar las mentes de los niños para un servicio de dos horas.

Con frecuencia somos propensos a sobrevalorar, en nuestra conversación pública, los resultados de nuestra enseñanza dominical en las clases trabajadoras: porque cuando sabemos que tantos de la generación actual que han estado en las escuelas dominicales son infieles, borrachos, ladrones y prostitutas, que no se preocupan ni por la religión ni por Dios, no podemos dejar de pensar que se necesita un cambio total en la mayoría de nuestras escuelas. Estos resultados provienen principalmente de las causas que hemos mencionado; y es probable que continúen así, si las iglesias, en su capacidad de iglesias, no miran bien el carácter de los maestros de los niños, y el método adoptado para darles instrucción; tomando la escuela dominical como su propia obra, y viendo que se lleve a cabo de la manera mejor calculada para traer a los niños al redil del Redentor. Nuestras iglesias no sólo están designadas para la admisión y el rechazo de miembros, no sólo para el nombramiento de pastores, sino para ver que el Evangelio se extienda ampliamente por medios evangélicos, a través de su instrumentalidad. Es imposible que esta instrucción sea amplia y generalmente beneficiosa para los intereses de las almas de la generación naciente, hasta que se lleve a cabo en orden cristiano, en un espíritu cristiano y con una determinación cristiana, para que, bajo la bendición de Dios, se conviertan en

los viveros de nuestras iglesias, en lugar de formar a aquellos que en la vida posterior se encuentran en los refugios de la maldad y el crimen. Si no queremos detener su trabajo, entonces debemos reformarlos, poniéndolos sobre una base correcta; y si van a ser guarderías para las iglesias, dejemos que las iglesias los apoyen, se interesen en ellos, nombren a sus propios miembros como maestros, y no dejen la instrucción de los niños a aquellos que requieren ser instruidos. Algunos, al convertirse así en maestros, han sido llevados a considerar las cosas que han enseñado; y esto se utiliza como argumento a favor de la asignación. Pero ¿argumentamos así con respecto a los ministros de religión? Todo lo contrario; allí no se adopta una posición intermedia. Se declara enfáticamente quiénes deben ser éstos; ¿y por qué no también con respecto a los maestros? Si estas escuelas son necesarias, éste es un deber solemne de las iglesias; y hasta que no cumplan con sus deberes, la tibieza de los laodiceos se manifestará siempre entre nosotros, y traerá sobre nosotros el consiguiente castigo.

Estas observaciones se refieren a la gran mayoría de las iglesias, ya que, por todas las investigaciones que hemos hecho en diferentes partes del país, las excepciones son pocas. Muchos de los miembros de nuestras iglesias se quejan muy dolorosamente de aquellos que están tratando de reformar las instituciones de nuestro país; pero, hasta donde nuestras limitadas observaciones se han extendido, hemos encontrado generalmente que estos son los partidos que están tratando de reformar nuestras escuelas dominicales y nuestras iglesias. La iglesia debe cumplir con su deber y dejar que el trabajo no sea realizado ni por el estado ni por los miembros de la sociedad en general. Nadie se atreverá a afirmar sino que las escuelas dominicales han logrado una gran cantidad de bien, al ser el medio, hasta cierto punto, de reformar los hábitos de la gente; algunos de los cuales, como resultado de sus labores, han sido agregados a las iglesias: Pero si deseamos sopesar justamente los resultados que deberían lograrse mediante tal guardería de la iglesia, y los que se han logrado y se están logrando en la actualidad, debemos considerar la vasta maquinaria que hay en funcionamiento con la conducta actual de aquellos que han sido educados de esta manera; y la gran deficiencia del sistema actual se pone de manifiesto de inmediato. Es sorprendente lo mucho que el hombre se esfuerza a veces en planes de su propia invención, en comparación con lo que se esfuerza en llevar a cabo los planes concebidos por Dios. Al llevar a estos niños a las escuelas, casi se ha descuidado a sus padres, cuando ellos son los primeros que deben ser atendidos. Muchas personas han concebido que el sistema de la escuela dominical iba a llevar todo por delante; pero sus resultados han estado lejos de satisfacer sus anticipaciones. No nos asombramos de esto cuando recordamos el efecto del ejemplo de un padre sobre sus hijos, y la influencia que sus prácticas tienen sobre las mentes de su prole; éstas son mucho más poderosas que todas las palabras del maestro. La sabiduría, por lo tanto, requiere que se hagan los primeros y mayores esfuerzos para instruir a los padres; ésta encontramos que ha sido la práctica de nuestro Señor y sus discípulos. Él siempre estaba enseñando a las multitudes, a los hombres que gobiernan a los niños, y por este medio su enseñanza descendió a su descendencia. Porque, mientras muchos han estado diciendo: Dadnos a los niños, y estaremos satisfechos; y otros, entre los cuales estaba el

célebre general Napoleón, que a pesar de estar profundamente manchado con la sangre de sus semejantes, conocía algo de la naturaleza humana, han dicho: Dadnos a las madres y tendremos la futura generación, la declaración del Evangelio ha sido principalmente para los padres de nuestra raza, a quienes nuestras iglesias deben dar la mayor parte de sus esfuerzos, si quieren ganar al pueblo para Cristo.

La falta de clases bíblicas debe atribuirse únicamente a la negligencia de las iglesias. El hecho es que nuestras iglesias no se han preocupado de sacar a la luz los poderes que Dios les ha dado, de sacar a la luz la masa de intelecto que yace dormida dentro de la gente. Existe un misterioso engaño de que el hombre fue hecho para hablar y no para pensar, para sentir y no para razonar; para actuar, pero no para ejercitar todos los poderes de su mente. Los jóvenes de nuestras escuelas están muchos de ellos dispuestos a ser presididos por hombres que se sienten entre ellos, no como dictadores y gobernadores, sino como aquellos que están deseosos de inclinarse ante la razón como la razón se inclina ante Dios; y condescenderán a darles información completa sobre todas las cosas que tienen referencia a la religión. Un hombre que está dispuesto a renunciar a sus propias opiniones (no a la verdad) cuando la verdad se presenta ante él con el poder de la razón celestial, y no teme haber discutido plenamente los sentimientos de cada uno, ya sea a favor o en contra de las nociones actuales de los hombres; alguien que es verdaderamente liberal, y no se esforzará por avergonzar a la compañía de sus opiniones, o para obligarlos a inclinarse a cualquier principio favorito suyo.

Podríamos recomendar que en estas clases algún principio, costumbre, práctica o movimientos de la época, no importa cuáles sean, formen un tema para la conversación de la tarde, variado, según el caso, con los de épocas pasadas y en otros países. Que haya una libre y abierta divulgación de los pensamientos de todos los jóvenes, sin ninguna falsa delicadeza; pero que los principios y prácticas sean bien sacudidos, y probados hasta su mismo centro, a fin de que lo que en ellos hay de bueno pueda ser fortalecido y establecido en sus mentes, y que lo malo pueda ser condenado por la voz unida y el juicio de todos los presentes. Las clases bíblicas, en estos días, no se necesitan tanto para instruir a la juventud, como para capacitarla para formar una verdadera opinión religiosa sobre todo lo que se les presenta en el día de la semana.

La condición literalmente indigente en la que las iglesias dejan a los maestros de las escuelas, con respecto a los medios para obtener información, requiere un comentario pasajero. El obrero es digno de su salario; y lo menos que las iglesias pueden hacer por aquellos que dedican su tiempo y atención a esto, es proporcionarles periódicos y libros adecuados, de los que puedan obtener la instrucción que les ayude en sus deberes. Los miembros de nuestras iglesias se quejan lastimosamente de su incapacidad para enseñar a los niños, cuando, tal vez, tienen tiempo y toda la información necesaria para el trabajo; pero los maestros que emprenden su trabajo no deben tener nada de sus manos. No son las opiniones que el ministro se ha formado lo que necesitan; sino la información que ellos solos, cada uno por sí mismo, en su propia posición peculiar y de acuerdo con su línea de pensamiento, pueden encontrar necesaria y más adecuada para llevar a cabo el trabajo. Tampoco es liberal poner en manos de los maestros una sola publicación

periódica o un solo libro, de los cuales algunos de los miembros durmientes puedan recoger sus gozes mentales. La posición de dos miembros no es igual; y icuán grande es el contraste entre uno que duerme y otro que participa activamente en la causa del Redentor! Los maestros requieren una elección abundante, tan variable como las mentes y las circunstancias de los niños que se presentan ante ellos, y que aumenta a medida que la edad madura su comprensión de la verdad. El pobre hombre que dedica todo su sábado a esta obra debe ser atendido antes que el misionero en el extranjero. Extraño cálculo y maravilloso amor por Cristo se exhibe aquí. Se hace todo lo posible para enviar hombres bien calificados e instruidos; pero para el hogar, cualquier calificación o instrucción, la cantidad más pequeña de conocimiento, es todo lo que se necesita para educar a los niños, y entrenarlos para las múltiples oposiciones de una comunidad semi-religiosa. Seamos primero fieles a nosotros mismos, luego a nuestro prójimo, a nuestro hermano a quien vemos; y después a aquel que es nuestro hermano más lejano. Cristianos, despojaos de este engaño. Desenmascaráos y salid a la luz con vuestros verdaderos colores, para que los maestros de la escuela dominical puedan ser respetados en la práctica y elevados a su verdadera vocación en nuestras iglesias. Es una burla al cristianismo pretender amar a los paganos a quienes nunca hemos visto, mientras descuidamos a los maestros y a las multitudes de nuestra tierra que semanal y diariamente pasan ante nosotros. Hablaríamos tranquilamente y también escribiríamos así; pero hablamos para despertarnos a nosotros mismos a las evidentes inconsistencias que se manifiestan cada día.

Las escuelas Nacional, Británica y otras reclaman nuestra atención.

El objeto de estas escuelas es instruir a los hijos de los pobres en la lectura, la escritura, la aritmética, la geografía y la historia, y a las niñas en las labores de aguja, a precios reducidos. Hemos visitado un gran número de ellas en varias partes del país; y, como los resultados son tan consistentes con los objetivos que se buscan obtener, pasamos a los métodos adoptados para llevarlos a cabo, y a la consideración de hasta qué punto su organización actual está calculada para producir tales miembros de la sociedad que serán la gloria de nuestra tierra; así como, hasta qué punto producen tal impresión en las mentes de los niños que les permitirá hacer frente a las vicisitudes de su vida posterior.

Se está produciendo un cambio gradual en la sociedad; y parecería que cuanto más conocimiento estamos obteniendo, más obligado está cada miembro a ejercitar sus pensamientos y usar su propio juicio. Los hombres que antes estaban de acuerdo, ahora difieren en muchos aspectos; de modo que no somos como nuestros antepasados, todos conformes a una rutina regular de vida, en la que no se requería mucho pensamiento: como si el viejo camino hollado no tuviera más que ser recorrido de nuevo y todo estuviera bien. Siendo este el caso, el objetivo de nuestras escuelas debería ser esforzarse por desarrollar las facultades de la mente, enseñar a los niños a pensar y juzgar por sí mismos; y aunque es muy importante que sean instruidos, el fin principal debería ser entrenar sus mentes para que sean capaces y estén dispuestos a adquirir conocimientos a medida que crecen, y a distinguir la verdad del error a medida que se hacen más sabios.

No queremos inculcar nada que no sea la debida sumisión en todas las escuelas; pero que esa sumisión sea más bien a la razón y a la inteligencia que a una idea uniforme sobre cada materia a enseñar.

En muchas de las escuelas, donde los niños están bien instruidos, hemos encontrado que un examen realizado en forma diferente a la que han estado acostumbrados a obtener su instrucción, los desconcierta por completo, aunque las propias preguntas han sido aún más simples que las generalmente adoptadas. La forma en que se les enseña tiene preeminencia sobre la materia que es deseable enseñarles; y los niños al crecer, sin preocuparse de ser obstaculizados por estas reglas y formas particulares, no son capaces de adquirir información ni siquiera con el grado de facilidad con que han sido instruidos en la escuela. Las reglas y los métodos son buenos, pero cuando se permite que ocupen el lugar del objeto para el que fueron creados, se abusa de ellos, como suele ocurrir en la mayoría de estas escuelas. El resultado ha sido que la mayoría de los niños, después de muchos años, no saben mucho más de lo que aprendieron en la escuela, y son fácilmente inducidos a creer cualquier cosa que las circunstancias, en el momento en que se les presenta, puedan favorecer. Cuando se les pide que decidan por sí mismos la verdad de cualquier asunto, lo que primero se les presenta, si hay algo de razonamiento en ello, pronto gana una entrada; y es difícil desalojarlos, aunque, por un tren adecuado de argumentos, la falacia de su posición puede ser expuesta a ellos.

Debemos esforzarnos por desarrollar la facultad de razonar de los niños, para que puedan calcular el efecto de seguir diferentes caminos en la vida. La geografía y la historia son de consideración secundaria, y siempre deben ser tratadas como cosas que no son tan absolutamente necesarias para los jóvenes en la vida después de la muerte, como lo es que sean capaces de llevar a cabo un tren adecuado de razonamiento, formar la base adecuada sobre la que se debe construir, y analizar los argumentos de sus oponentes, a fin de que puedan ser capaces de juzgar los méritos y deméritos de las tentaciones que se les pueden presentar, y de esta manera ser capaces de darse cuenta del futuro en el presente. Gran parte de la imprudencia que existe actualmente entre las clases trabajadoras puede atribuirse a esta falta de ejercicio en nuestras escuelas, especialmente en la formación de las niñas. Ahora se está difundiendo entre el pueblo la información, y esperamos que aumente todavía mucho, de que la instrucción en reglas y reglamentos particulares de los hombres, ya se refieran a la religión o a la ciencia, no es tan necesaria como la educación o el despertar de las facultades latentes de las mentes de los niños, a fin de que puedan adoptar el mejor método para adquirir la verdad y utilizarla correctamente cuando la obtengan. Muchos de los legisladores de nuestro país han confundido tanto estas dos cosas, que se sorprenden cuando se afirma que el pueblo instruido por el Gobierno obtiene la menor educación; pero ahora se admite generalmente que así es. El Gobierno prusiano, con toda su instrucción para los pobres, tiene una población comparativamente inculta; y tal será siempre el caso, mientras la educación de las masas se confíe a las manos de aquellos que están deseosos de sostener cualquier sistema particular de sociedad, con sus formas e instituciones concomitantes,

sin tener una consideración prominente por la verdad y los principios sobre los que se basan. Y todas nuestras escuelas serán siempre deficientes mientras consideren la instrucción como el primer objeto y la educación como el segundo, aunque ambos estén íntimamente mezclados. Debe dedicarse más tiempo a la aritmética, al razonamiento y al entrenamiento de la mente para la recepción de la verdad y la adquisición del conocimiento, que a la impresión de nuestras ideas o al injerto de información.

El objetivo debe ser nutrir y entrenar a los pequeños, ayudándoles a buscar la verdad y la información, en lugar de esforzarse en moldear sus mentes como la nuestra, o hacerlos conformes a un pensamiento, a un principio o a un sistema regular de acción. Ilustraciones de la vida cotidiana o de la historia, pueden ser presentadas ante ellos, a fin de que la práctica de lo que es deseable inculcar pueda ser más claramente llevada a su aprehensión. La instrucción que ahora se da no prepara al niño para enfrentarse con el mundo en todas sus diversas formas y tentaciones; no ha de estar sentado bajo una sola influencia todos sus días, ni confinado en una pequeña esfera de ocupación, rodeado sólo de unos pocos; ha de competir con sus semejantes, y encontrarse en el progreso de la sociedad con muchas circunstancias adversas. Necesita, por lo tanto, esa confianza en sí mismo, esa percepción que le permita progresar y percibir en cierta medida los poderes de su propia mente, para poder calcular cuál será su mejor ocupación en la vida. Un extracto del Informe del Sr. Clay, capellán de la cárcel de Preston, verifica el curso que defenderíamos. "La instrucción en lectura y escritura puede llevarse a un punto elevado sin que se implante nada digno del nombre de educación: puede no haber ejercicio de las facultades perceptivas, ni cultivo del juicio, ni disciplina de la voluntad, ni despertar de sentimientos religiosos, ni inculcar principios religiosos." El mismo caballero observa además, "que hay demasiada instrucción mecánica, sin educación, entre los pobres". Y esto se encontrará en todas nuestras escuelas; porque mientras hemos examinado a los niños en la escuela, los hemos observado también cuando están fuera de la escuela, tomando a algunos en sus paseos, o conversando con ellos en casa, y nos hemos sorprendido mucho al encontrar su total ignorancia de las preguntas, que cuando se les agrupa en la escuela serían capaces de responder, pero, cuando se les presenta en el lenguaje cotidiano de la vida, parecen ser totalmente incapaces de comprender.

Cuanto más se acerquen nuestras escuelas a las características de lo que debería ser una pequeña sociedad regulada, mejor responderán al propósito para el que están destinadas. Los antiguos maestros han observado que los niños aprenden ahora más fuera de la escuela que dentro de ella, y se comprobará que no es un hecho insólito. Los niños aprenden tanto de lo que pasa ante ellos todos los días, que nuestras escuelas, para que les sean realmente útiles en la vida futura, deben dar una dirección correcta a su aprendizaje y cultivar el ejercicio correcto de su juicio sobre los diversos asuntos que se les presentan.

Aquí ofrecemos algunas sugerencias en referencia al modo particular de enseñar a los niños. Cuanto más examinamos las mentes de los niños, más se ve que no son meras máquinas para ser manipuladas por otro de cualquier manera que le plazca; la mente debe estar interesada, la voluntad ganada, y un placer en la obtención de conocimientos

debe ser inducido, entonces todo el trabajo es comparativamente hablando logrado. "Conócete a ti mismo", es un lema para ampliar la esfera de trabajo en la enseñanza de los niños; no sólo queremos que se les enseñen sus propias facultades, sino cuáles son las que pertenecen a la raza humana superior a la animal, en que el niño difiere de la bestia del campo; la diferencia de los efectos del mero instinto e impulso del cuerpo y un tranquilo y sobrio entrenamiento de los sentimientos para cualquier trabajo que haya que realizar; el efecto del espíritu de un hombre operando con todos sus poderes sobre el espíritu de otro, como también el efecto de la materia y el alimento sobre sus propios cuerpos, y la acción del cuerpo sobre la mente. La constitución del cuerpo humano, y cómo el clima y la atmósfera nos afectan a todos, son algunos de los primeros principios de la educación. La geografía, la historia, etc., son de una importancia muy inferior, ya que el conocimiento de los mismos puede adquirirse fácilmente en la vida posterior, pero es muy diferente con la formación de sus sentimientos, ya que en la edad adulta es más difícil refrenar o dar rienda suelta a los sentimientos cuando es necesario sin un entrenamiento previo en la juventud, de lo que es adquirir conocimientos. Deberían emplearse en las escuelas láminas del interior del cuerpo humano, para que no sólo se les enseñe, sino que puedan ver por sí mismos que están maravillosamente hechos. Los efectos de la comida y la bebida sobre el cuerpo, y el resultado de apetitos desordenados o deseos ilícitos, cómo éstos, con todas las pasiones de la mente, operan sobre el sistema muscular y nervioso, deben ser delineados en sus verdaderos colores; y así los niños pueden ver por sí mismos, que mientras que por un lado hay un precipicio con numerosas rocas sobre las que las olas ruedan continuamente, hay en el otro un jardín de hermosas flores de colores, y caminos que conducen a un riachuelo de amor desbordante. Aquí hay un campo de empresa para todos los abstemios; aquí, en lugar del actual sistema degradante de encadenar a los niños con promesas, una práctica que debe ser condenada por todos los que desean verlos llegar a la edad adulta con la plena dignidad del hombre, pueden atar la mente infantil con su propia fuerza consciente inherente, y permitirle por su propio conocimiento utilizar las cosas de la tierra para un propósito sabio y saludable.

Los actuales libros de medio penique y un cuarto de penique que circulan podrían introducirse muy bien en las escuelas para los niños más pequeños, en lugar de los actuales (para ellos) enormes libros de lecciones. Al leerlos, los niños se interesan mucho, y al explicarse el significado de las palabras en relación con los temas tratados en ellos, aprenderían las ideas que en la conversación general deseamos transmitir mediante el uso de cualquier expresión particular, en la mitad del tiempo que emplean con los actuales libros de ortografía y diccionarios. Estos deben usarse como los usamos en nuestra vida diaria, simplemente como libros de referencia; nadie piensa en sentarse a reflexionar sobre cualquier diccionario con intención seria, o aprender cada palabra de memoria; la cosa no sólo sería inútil, sino una pérdida de tiempo y talento. Conocemos la pesadez de tal plan en nuestras propias mentes, por lo tanto, ¿por qué deberíamos continuarlo con los niños? Los libros y publicaciones periódicas a que nos hemos referido, que tienen una tendencia moral y religiosa, ya sea que se refieran a la historia o a otros asuntos, deben usarse no tanto como referencia o para aprender, sino para leerlos

con regularidad; aunque no se debe mantener a los niños leyéndolos una y otra vez, es desagradable para las personas de edad madura y cuánto más para los niños. No es la manera de despertar sus deseos de buscar información; rara vez debe leerse un libro dos veces, a menos que resulte muy interesante, o si es así, debe transcurrir algún tiempo entre las dos lecturas.

Debería haber un periódico barato de un cuarto de penique o medio penique, que diera los hechos del día tal como están ocurriendo en Inglaterra, Europa y en todo el mundo, sin introducir ninguna discusión en el parlamento o en cualquier otro lugar. El maestro puede hacer comentarios al respecto si es necesario; porque, a menos que estemos preparados para romper con las actuales nociones confinadas de enseñar a los niños de memoria y tantas formas, y poner mucha más confianza en su superintendente, nunca podremos esperar mejorar nuestras escuelas.

En la enseñanza de la geografía debe aplicarse la misma regla. En lugar de dar tantas palabras particulares al niño para que las repita en respuesta a las preguntas habituales, que los lugares a los que se hace referencia en los libros que se leen se muestren en el mapa en el momento en que se presentan a su atención. ¿De qué sirve a la mitad de los niños, en su estado presente o futuro, conocer las fronteras exactas entre Turquía y Grecia, Francia y Alemania, Polonia y Rusia, etc.? ¿De qué poca utilidad son los nombres de todos los diferentes países de Europa con sus diferentes ciudades, ríos, lagos, etc.? o, incluso en nuestro propio país, los cincuenta y dos nombres de todos los condados de Inglaterra? Sería un rompecabezas para el mismísimo Secretario de Estado sentarse y escribir todo esto: el niño lo olvida antes de que haya dejado la escuela doce meses antes; pero si la geografía se enseñara mediante conferencias, conversaciones, lecturas, y sólo a partir de mapas y globos terráqueos, se crearía un hábito de conocimiento tal, que el niño en el futuro no sentiría ninguna dificultad para obtener información. Estas divisiones de los países pueden ser útiles cuando los hombres se convierten en políticos, o toman parte en las disputas de las naciones; pero entonces pueden aprenderse muy fácilmente si es necesario: porque, si algo es la política, sin duda es la geografía política.

En lo que se refiere a la aritmética, proponemos que, en vez de llevar a los niños de la cuna a la tienda, y hacerles oír tanto sobre libras, chelines y peniques, se utilicen sus juguetes, sus canicas, sus trompos, sus juguetes, sus pelotas, y cualquier cosa que atraiga su atención fuera de casa, para transmitirles el conocimiento de esta ciencia tan importante. Que vean que los niños Juan, Enrique o Tomás están involucrados en las transacciones que se les presentan; si en la reducción, para averiguar el número equivalente de canicas de un tipo, que son iguales a un número dado de otro; y así sucesivamente con las otras reglas, aunque, por supuesto, aumentando gradualmente hasta el cálculo de los salarios y las transacciones comerciales, a medida que sus capacidades aumentan, y como sus sentimientos se adaptan a los negocios. Esto, sin duda, producirá un poco de risa, pero será mucho mejor que los semblantes severos y decaídos de la vejez, que muchos maestros se esfuerzan por transmitir a los niños. En la actualidad, reír parece algo despectivo para el carácter de una escuela, ¿es así? Hay un término medio; pero en esto no hemos tomado el término medio. Una sonrisa es a

menudo castigada con una buena paliza; y sin duda esta no es la manera de ganar el interés de los niños. ¿Qué hay mejor para los hombres de negocios, en los negocios más difíciles que están llevando a cabo, que una buena carcajada? Les anima, despierta sus facultades, y enseguida vuelven a trabajar en serio. Debemos tener cuidado de no reprimir cada sonrisa. Tratad al niño como a un niño, y él tratará a su amo como a un hombre: porque la diferencia entre un hombre y un bruto es fácilmente percibida por los niños; uno que castiga por el impulso del momento, o porque es una ley definida, y otro que lo hace porque se ve obligado a hacerlo por el bien del orden cuando todos los demás remedios han fallado. Si la misericordia debe ser exhibida hacia los miembros adultos de la sociedad, no la olvidemos en nuestras acciones hacia los niños. Los premios y recompensas deben ser ampliamente distribuidos, como un estímulo a la buena conducta. Deberíamos también reunir a los niños y a las niñas en una clase tan frecuentemente como las circunstancias lo permitan, lo que daría a la instrucción un carácter más social, atentando contra los sentimientos de los muchachos y fortaleciendo los de las muchachas; y el intercambio de pensamientos haría más poderosas las mentes de las muchachas por asociación con la fuerza de las de los muchachos. Esta asociación debería llevarse a cabo en la medida de lo posible* incluso en sus diversiones; aunque, por supuesto, requeriría cuidado y dirección. Porque parecería evidente en el arreglo de las familias por Dios, que tal debería ser nuestra práctica. La división actual no es en absoluto natural, y cuestionamos mucho su conveniencia. Nunca se pretendió que los hombres y las mujeres se formaran separados unos de otros, ya fuera para ser monjes o monjas, sino para asociarse de modo que las diferentes cualidades de sus mentes se mezclaran en una relación armoniosa entre sí. Creemos que es un falso cálculo por parte de los padres suponer que los efectos de educar juntos a niños y niñas serán perjudiciales. El sistema actual es una dislocación de la naturaleza, y si el espacio nos lo permitiera, podríamos trazar sus efectos nocivos sobre la sociedad; porque los niños se asocian al salir de la escuela, justo en el momento en que necesitan los efectos beneficiosos de una formación previa juntos.

Estas observaciones se aplicarán también a las escuelas de vagabundos que se encuentran actualmente en los barrios más pobres o, mejor dicho, en las localidades donde prevalecen la embriaguez y el vicio. El objetivo de estas escuelas es, se espera, hacer frente a la emergencia actual; cuidar de los desatendidos; y dar instrucción a los que de otro modo estarían corriendo salvajemente, y creciendo como una plaga para la sociedad. El corazón del hombre simpatiza con estas pequeñas criaturas, que son así arrancadas de su carrera descendente; mientras recordamos que no son los hijos de la parte respetable de los pobres. Esto deben tenerlo siempre presente los comités de estas diversas escuelas, para que no se cieguen a las verdaderas necesidades de la población. Los padres gastan su dinero en bebida o en algunas diversiones; de modo que, por su parte, preferirían renunciar por completo a los niños, si alguien se hiciera cargo exclusivamente de ellos; y como las escuelas son gratuitas, no se sienten responsables de su educación. He aquí ejemplos de cómo la benevolencia es completamente arrollada por el vicio y la corrupción: a pesar de que tenemos estas escuelas, los padres tienen poco

cuidado de enviar a sus hijos a ellas; en su mayor parte se les incita a entrar y a pasar sus días recibiendo un poco de instrucción, en lugar de permitirles vagar por las calles. Los incentivos para hacerlo son escasos; y como sus necesidades se suplen diariamente con lo que sus padres en algunos casos obtienen para ellos, o con lo que ellos mismos recogen mediante pequeños robos, o con lo que obtienen vendiendo pequeños artículos en las calles, con un poco de vez en cuando en la escuela, su asistencia no es tan regular como sería deseable. Como consecuencia de esto, poca autoridad puede ejercerse sobre ellos, y la advertencia requerida que los jóvenes deberían recibir, por infringir las leyes de la escuela, no puede administrarse adecuadamente; porque se entiende que los niños están confiriendo una bendición a los maestros por su asistencia: Por lo tanto, si bien se ha dado un paso en la dirección correcta al someter a estas pequeñas criaturas a cierto control y adiestramiento, debemos recordar la gran deficiencia que existe en este caso, cuyo remedio esperamos poder presentar a nuestros lectores en el futuro, pero creemos que sólo se puede lograr mediante una interferencia adecuada del gobierno, al mantener una autoridad misericordiosa sobre estos pequeños seres cuando se presentan ante ellos como delincuentes o cuando se les encuentra vagando por las calles.

Otra deficiencia en relación con estas escuelas son los frecuentes cambios que hacen los niños, que deambulan de una escuela a otra a su antojo; nadie se atreve a decir por qué, ni nadie interfiere en su libertad. No es conveniente confinar a los niños a una sola escuela a lo largo de su carrera educativa; pero aún así, el constante vagabundeo es un mal que requiere una gestión firme para detener su progreso, o de lo contrario las escuelas, aunque continúen, no serán más que una cura eficaz para la enfermedad, tan frecuente en las mentes de esta clase de nuestra población, la gran aversión a contraer hábitos de constancia y sobriedad. Como medida preventiva para esta vagancia, se nos ocurre que, con un poco de liberalidad entre los comités de las diversas escuelas, se podría llegar a un acuerdo con el comité general para confinar la atención de cada escuela particular a ciertos límites; porque, a menos que estos comités de gestión estén dispuestos a someterse a alguna regulación, nunca pueden esperar que los niños se sometan a la autoridad.

Entre las muchachas de estas escuelas observamos que a algunas se les enseñaba costura, lo que nos sugirió de inmediato la conveniencia de enseñar a los muchachos el uso de la aguja en sus prendas exteriores, tanto vestidos como zapatos, como en las escuelas industriales. En un sistema bien organizado, esto podría lograrse designando un sastre y un zapatero para dos escuelas. Por la mañana los muchachos podrían asistir a sus lecciones, y por la tarde aprender a ser útiles para su propia comodidad: el sastre cambiaría cada dos tardes con el zapatero, y uno de los muchachos mayores de cada escuela sería entrenado como ayudante. De este modo, las escuelas podrían ayudarse mutuamente sin estar obligadas a depender de un comité directivo. Considerando la posición en que se encuentran los niños, esto es tan necesario y beneficioso para ellos como lo es la costura para las niñas.

Los Institutos Mecánicos tienen por objeto continuar la educación que se ha iniciado en nuestras escuelas, y que ahora se someterá a la atención de los lectores. Se forman en

todos los lugares que desean reclamar la dignidad del nombre de ciudad. Se establecen clases nocturnas y conferencias, y una biblioteca está generalmente conectada con ellas. Ahora bien, se requiere muy poca percepción para ver que muy pocas de ellas están adaptadas al hombre trabajador, y en ellas, la voz sagrada de la religión está condenada al silencio perpetuo. Hemos dicho que el objeto es completar la educación comenzada en las escuelas, en la mayoría de las cuales, si no en todas, se reconoce la religión y se honra a Dios: y en todos estos institutos, especialmente en los destinados al hombre trabajador, no debe dejarse de lado la religión; porque es cuando el muchacho sale de la escuela cuando necesita más de su influencia balsámica para formar el carácter del hombre futuro.

Somos plenamente conscientes de todos los argumentos que se esgrimen a favor de que los cristianos se unan con un sentimiento liberal para apoyar estos institutos; pero, preguntémosnos, ¿por qué deberíamos ceder en todos estos casos? ¿Tiene el cristianismo de la Biblia tantas interpretaciones, que podemos excluir toda religión, y estar libres de culpa? No vemos ninguna razón por la que nos atrevamos. Cualesquiera que hayan sido las razones para actuar así en días pasados, los cristianos poseen ahora suficiente influencia, si la usan con espíritu templado, para que se reconozca que la religión de la Biblia es la base de la instrucción que debe impartirse. Si hemos de hacer todo para la gloria de Dios, entonces tal proceder es tanto político como sabio; y manteniendo firmemente nuestro principio, finalmente tendremos éxito. Entonces Dios será honrado, y seremos capaces de llevar la religión a través de todo lo que hagamos en relación con estos institutos; pero si desde el principio nos quedamos quietos, y amortiguamos nuestro coraje, los resultados serán siempre, como lo son ahora, evidentes en el efecto sobre las personas que participan en sus ventajas: porque, al dejar de lado la Palabra de Dios, perdemos, y ellos pierden también, (como se sabe que es el caso,) todo el respeto por la religión.

Es bastante sorprendente que estos institutos no sean sostenidos ahora, como lo fueron en otros tiempos en muchos lugares, por los trabajadores, a quienes estaban destinados en un principio; pero ahora han pasado a manos de la clase media, y un instituto para trabajadores es casi una rareza. Pueden aducirse algunas razones para ello, a las que aludiremos brevemente. Se necesita algo social en relación con ellos: una sala de lectura debe ser adjunta a cada uno, en la que el té y el café pueden ser suministrados a sus miembros, a fin de dar el lugar, no un aire de duro trabajo mental y el trabajo monótono, pero uno que se puede encontrar un poco más al unísono con sus sentimientos. Tal acomodación puede no ser tan necesaria para aquellos en una esfera diferente de la vida, aunque con todos se encuentra más agradable; pero si deseamos que estos institutos sean de servicio esencial para el hombre trabajador, debemos adaptarlos a su condición.

El Instituto de la Escuela Dominical de Liverpool está formado sobre principios que, si se ampliaran ampliamente para satisfacer las necesidades de los trabajadores, de acuerdo con el plan anterior, y la suscripción se hiciera lo suficientemente pequeña para satisfacer sus circunstancias, digamos un penique o tres medios peniques por semana,

no tenemos ninguna duda de que respondería bien y produciría resultados muy beneficiosos. Esto no sería del todo una novedad; sería sólo llevar a cabo los principios del Instituto del Trabajador en conexión con una Estación Misionera de la Ciudad en uno de los distritos más grandes de la metrópoli, donde se dan conferencias, y se imparten algunas clases, de acuerdo con sus hábitos generales y grado de inteligencia. Periódicos, café, etc., se suministran para satisfacer al hombre que ha estado trabajando todo el día con su cuerpo, y que es comparativamente inadecuado para la energía de la mente que los que trabajan con la cabeza pueden mandar; la posición de estas dos clases de individuos es tan diferente en el carácter de su trabajo, que los medios adoptados para el uno no están en absoluto calculados para el otro.

En relación con una o dos de estas asociaciones en nuestras grandes ciudades, deberíamos recomendar también que hubiera terrenos para gimnasia u otros ejercicios atléticos; así como un club de cricket, bajo el control de un subcomité, en un terreno que debería ser reservado para tal fin por el gobierno local del lugar. Estos planes, cuando son supervisados por hombres de carácter, serían muy útiles para el beneficio de los pobres: porque cuanto más examinamos sus actuales movimientos migratorios y su condición, más nos vemos obligados a decir que tales asociaciones necesitan la superintendencia de aquellos mejor educados y más estacionarios que ellos. Una docena de estos institutos en todo el país, todos separados en su administración, pero unidos en amistad, para permitir al obrero ir de uno a otro sin pagar entrada, tendería a fomentar más el espíritu de estabilidad, y le haría sentir que, cuando visita una nueva ciudad, no necesita ir a una taberna para buscar compañía. Es imposible -no sabemos si sería prudente- tratar de impedir que el joven conozca diferentes partes de Inglaterra; pero los hábitos relajados que ahora engendra su vagabundeo, se reducirían materialmente si supiera que en sus paseos tendría un lugar donde pasar su tiempo libre por la noche. Esto eliminaría en gran medida el fuerte incentivo que ahora se ofrece a los jóvenes para visitar lugares de diversión, donde, quizás con algún placer inocente, se une lo que resulta ser una trampa para ellos en su curso por la vida. Los hábitos constantes, si se imponen en la niñez, no pueden imponerse en la juventud; la restricción debe ser reemplazada gradualmente por la inducción, y se deben hacer todos los preparativos para que todos sientan que, si lo desean, pueden encontrar tanta libertad en nuestros institutos mecánicos, cuando se rigen por el debido respeto a la sociedad, como la que pueden disfrutar en cualquier otro lugar. Bien sabemos que hay porciones del público cristiano que se oponen a tales institutos; pero éstos son los que desean ahorrar su dinero, su tiempo, o sus pensamientos de la investigación del conjunto, olvidando lo que ha sucedido sin ellos. Es para hacer frente al estado actual que se requieren estas cosas, en el que los hombres pasan de ser gobernados por otros a convertirse ellos mismos en gobernadores de otros, y están, por así decirlo, a medio camino entre dos cursos; pero cuyos pocos años en la fuerza de su juventud deciden al hombre futuro. Al mismo tiempo que condenamos las groseras inmoralidades que ahora son tan frecuentes, pedimos a estos individuos que no sean demasiado egoístas al pedir a todos que sigan exactamente sus pasos, cuando las ventajas y comodidades de que disfrutan son de naturaleza tan

diferente a las del trabajador.

Al unísono con estos institutos debemos recomendar las sociedades de enfermedad y las cajas de ahorro; y que el hombre que es miembro regular de una de ellas, pueda ser autorizado a transferir su interés de esa a cualquier otra, al ir de una ciudad a otra, con la debida notificación de la misma. Nuestro plan de acción consiste en proporcionar a las clases trabajadoras los medios necesarios para que, sin pérdida de tiempo ni grandes dificultades, puedan aprovechar las oportunidades que se les ofrecen en su beneficio. Se percibe fácilmente que el fracaso de la mayor parte de las sociedades de enfermos y de entierros, etc., que han existido, se ha debido principalmente a la falta de una superintendencia adecuada, que el trabajador, viajando por el país, no es capaz de darles; o, incluso si permanece en el mismo lugar durante un largo período, sus hábitos diarios no son adecuados para dirigirlos por completo, aunque su ayuda puede ser útil en muchos casos. Algunos hombres, a causa de este fracaso, han perdido esa confianza tan necesaria para la prosperidad de tales asociaciones. Observando las sumas superfluas de dinero que se derivan ocasionalmente de estas sociedades, pensamos que se ofrece una prima demasiado grande en caso de enfermedad o de fallecimiento. La costumbre de suscribirse con el fin de obtener una gran cantidad de dinero cuando la muerte entra en la familia, no puede ser demasiado condenada. En ningún caso debe darse dinero, o de lo contrario la sociedad se convierte en una de las peores inversiones de lotería, y opera para producir esos diabólicos intentos de asesinar a los parientes más cercanos de los miembros, que son tan frecuentes. Si una sociedad de entierro es permisible, entonces debe pagar todos los gastos de entierro, y nunca dar ningún dinero a la familia en duelo, excepto a la muerte del padre, y esto bajo ciertas restricciones, y sólo en cuotas semanales; para que la muerte no pueda contribuir a la indulgencia de los apetitos de los que quedan en la familia. El principio es aplicable a todas las clases de la comunidad, y requiere la adecuada perspicacia del gobierno para prestar su ayuda a fin de prevenir los efectos desmoralizadores que resultan del sistema actual. Porque cuanto más vemos de la humanidad, más nos impresiona el hecho de que muy pocos, incluso cuando están animados por los mejores y más elevados motivos, pueden pasar repentinamente de un estado de pobreza a un estado de lujo durante una temporada, con esa discreción y juicio tan absolutamente necesarios en la gestión de todos los asuntos de la vida.

En las sociedades de enfermos sería mucho mejor en general dar incluso el cincuenta por ciento, menos de lo que se da ahora en proporción al dinero pagado; y si al final del año quedara algo, debería llevarse a una cuenta de existencias para otra, o dividirse entre los miembros como parezca mejor. El pago de tres peniques a la semana no debe en ningún caso dar a los miembros el privilegio de retirar más de tres o cuatro chelines por semana cuando están enfermos, con toda la medicina necesaria y el consejo quirúrgico; porque aunque el principio es bueno cuando es asistido por donaciones caritativas, sin embargo, son tan grandes los cambios de la vida, especialmente entre los pobres, que el sistema sin estos puede extenderse en grado, hasta que dejará de funcionar para lo que está destinado. La conexión de las cajas de ahorro con estos institutos permitirá al hombre disponer de una pequeña suma para ayudarse en la enfermedad con

la que pueda obtener de la sociedad. Y, a causa de los numerosos cambios que ocurren, todos los que participan de un fondo deberían pagar una suma igual; aunque esto no impediría que la sociedad se constituyera así, sino que los fondos estuvieran bajo una sola superintendencia.

La prensa reclama nuestra siguiente atención, en la medida en que se relaciona con la condición social, moral y religiosa de los pobres. Nos hemos referido antes a los tratados religiosos que circulan por las iglesias; será nuestro objeto, por lo tanto, en este lugar, sólo examinar superficialmente el carácter y los efectos, o la deficiencia, de la mayoría de las publicaciones periódicas que ahora se publican y están destinadas a las clases trabajadoras. Consideramos que nuestros periódicos son esencialmente de carácter político, y por lo tanto no serán objeto de observación, aunque muchos de ellos tienen una tendencia desmoralizadora. Estamos en deuda en este examen con un folleto titulado "El poder de la prensa", y hemos considerado que ninguna de nuestras observaciones podrá dar al público una mejor idea de la circulación y el carácter de las publicaciones periódicas destinadas a las masas, que el siguiente extracto de este informe multum-in-parvo.

Después de aludir a los periódicos de la época, el escritor continúa: "Pero ahora pasamos a un tema más temible, a saber, la literatura barata sin sellos proporcionada a las masas, que es de un carácter aún más degradante que cualquiera de las aludidas hasta ahora.

"Hay unas setenta publicaciones periódicas baratas (cuyo precio varía entre tres peniques y medio penique) que se publican semanalmente; y suponiendo que se omita una serie de obras muy populares que circulan ampliamente y que se publican desde Edimburgo (cuya tendencia muchos consideran perjudicial), quedan al menos sesenta de tendencia positivamente perniciosas. De éstas, la más inocente es una que tiene, quizás, la mayor circulación. Se dice que emite 100.000 semanales. Pero aunque se repudian abiertamente los principios viciosos, en este periódico se fomenta una imaginación depravada y desordenada, mediante la introducción en sus páginas de novelas francesas y basura similar, como característica principal. Luego viene un periódico menos escrupuloso, con una tirada semanal de unos 80.000 ejemplares, seguido de seis periódicos, todos un grado más bajos en la escala de corrupción, con una tirada semanal media de 20.000 ejemplares cada uno, o una venta anual de 6.240.000 ejemplares para los seis. Y por último viene un catálogo de basura intolerablemente contaminante, que, examinado de cerca, hará que el cristiano se estremezca ante su contemplación; preguntándose dónde se pueden encontrar lectores, y asombrado por la negligencia y la ociosidad de la Iglesia de Cristo. Las obras de este catálogo pueden clasificarse así: Primero, infieles; segundo, corruptoras. De estas dos clases circulan un promedio semanal total de 200.000, o un promedio anual de 10.400.000".

Se imprimen sólo en Londres, y principalmente para las clases trabajadoras; pero transmiten poca información calculada para mejorar su carácter o elevar sus almas hacia Dios. La primera clase trata la religión de Cristo con desdén y desprecio, y la segunda apela continuamente a la imaginación, incitando las pasiones a muchas prácticas del

momento sin estar actuadas por ninguna razón o juicio. En general, no se atienen a ningún principio rector; y como su objeto es obtener la mayor circulación con el mayor beneficio, se recitan hechos de la más vil descripción para complacer el viciado gusto de sus lectores.

Refiriéndose de nuevo al panfleto, el escritor afirma: "Hay una circulación anual muy grande en la que no se atrevió a entrar, tan terriblemente contaminante es su carácter. En los anteriormente mencionados, el arte del grabador se utiliza constantemente para representar las circunstancias más maravillosas y horribles imaginables, y la imagen de un asesinato o una ejecución es un tipo de las ilustraciones utilizadas; pero, en la última clase mencionada, los grabados y coloraciones se emplean para excitar las pasiones más bajas. Es cierto que se supone que estas obras se venden a hurtadillas, obteniendo los vendedores un inmenso beneficio; pero se pueden obtener fácilmente de las mismas fuentes que los periódicos y revistas antes mencionados. Los vendedores de los primeros se procuran generalmente los segundos; además, las revistas sin sello antes mencionadas suelen contener anuncios de estas obras; y como la venta de estas revistas es grande, obtienen una amplia circulación para la inmundicia que, por mala que sea, profesan abominar. La circulación puede, sin embargo, establecerse con seguridad en un 5 por ciento sobre 200.000 por semana, o 520.000 por año".

He aquí, pues, los hechos; hablan por sí mismos; no necesitan nuestros comentarios. Sólo una parte de la prensa londinense que produce anualmente más de diecisiete millones de periódicos, calculados para frenar seriamente toda mejora y elevación; y que se abren camino en los hogares, tiendas y todos los lugares donde se encuentran los trabajadores. Aquí está la prensa trabajando. Corresponde a nuestros lectores decir si es para mal o para bien; por nuestra parte no dudamos en afirmar que es para lo primero, cuando vemos que los mejores de estos periódicos, si no se oponen abiertamente a la religión, la tratan con tal indiferencia cuando se les cruza en el camino, que tienden a faltar al respeto a sus santos requisitos, considerándola como una ciencia sólo para salvajes e incivilizados: no hay profesión de piedad en ellos; la moralidad y la decencia son el tema más elevado de debate, y éstos se basan en las opiniones de la gran mayoría de sus lectores. A aquellos de nuestros lectores que piensen que nuestra declaración anterior sobre la condición de las clases trabajadoras es exagerada, les pediríamos serenamente que reflexionen sobre estos hechos, que les den vueltas en sus mentes hasta que empiecen a verlos como una realidad; no los examinen con una mirada pasajera, sino que consideren si la producción de tantas publicaciones periódicas del carácter descrito no está en armonía con la declaración de su condición tal como la hemos dado antes. Recordando al mismo tiempo que no hemos mencionado la edición anual de periódicos en domingo, que asciende a 11.702.000, con cuyo carácter están familiarizados la mayoría de nuestros lectores. Una circulación tan grande de periódicos con tal tendencia, arroja hechos que nos dan una mejor visión del estado moral e intelectual actual de los pobres que cualquier extracto de investigaciones parlamentarias o sucesos detallados que pudiéramos presentar.

En cuanto a los folletos y revistas periódicas que tienen una tendencia directamente

opuesta a las mencionadas anteriormente, encontramos que su circulación es la siguiente, los tres primeros puntos están tomados del "Poder de la Prensa":

2 Revistas Penny	2,112,000
67 Revistas	2,670,000
Subvenciones de la Religious Tract Society	2,062,741
Estimación de lotes vendidos en depósito	7,000,000
Total anual	<u>13,844,741</u>

La mayoría de ellas son impresas por sociedades organizadas que pertenecen a diferentes secciones de la Iglesia de Cristo, cada una con sus doctrinas peculiares, pero todas con un fin en vista, llevar a la gente a pensar en sus intereses eternos. Comparando este total con los diecisiete millones del otro lado, se ve inmediatamente la gran disparidad en cuanto a números. Esto no es todo; los tratados se regalan a los pobres, y de éstos, por todo lo que el escritor ha podido saber, por conversaciones con los pobres y los distribuidores de tratados, un gran número no son leídos por ellos: la mayoría de las revistas mencionadas son compradas por las clases medias, comparativamente pocas por las familias de los trabajadores, y al menos una cuarta parte del número total permanece en manos de las primeras y nunca son vistas por los pobres; mientras que los diecisiete millones son todos comprados y pagados por las clases trabajadoras, o casi, siendo leídos una y otra vez. Así pues, no falta dinero para comprar las publicaciones periódicas; los pobres se permiten pagar algunas, y en gran medida; por lo tanto, no podemos escudarnos en la falsa idea de la pobreza del pueblo. Si queremos mirar con justicia estas cosas y juzgarlas sin parcialidad alguna hacia nosotros mismos, la honestidad nos exige declarar que no falta un poco en alguna parte. Detengámonos entonces a reflexionar, y si son realidades, creémoslas como tales; actuemos sobre ellas como si hubiera algún espíritu material en ellas, no como meros efluvios efervescentes, que en un momento tienen vida y al siguiente se desvanecen en el aire; sino como lo que verdaderamente han demostrado ser durante muchos años los continuos frutos diarios, semanales, mensuales, anuales de la condición de las clases trabajadoras de Inglaterra; y como si aún aumentaran en su poder a medida que el tiempo madura. Y si la importancia de mejorar la condición de los pobres no ha entrado todavía en nuestros sentimientos y nuestro juicio, dejemos que estas cosas hablen por sí mismas, y mientras lo hacen, escuchemos las verdades que pronuncian, aunque lleguen con voz de trueno a nuestros oídos. En las pocas sugerencias que hemos hecho respecto a la prensa, no hemos mencionado los libros destinados a los pobres, ya que el espacio asignado a esta parte de nuestro trabajo nos impide entrar en este tema; pero no dudamos de que se encontrarían en una proporción no muy diferente en número y calidad a los folletos y revistas.

Pero volvamos a nuestros tratados y publicaciones periódicas, en referencia a los cuales deseamos ofrecer algunas sugerencias en cuanto a su carácter y el método adoptado para su circulación. Al examinar la mayoría de los tratados y revistas, hemos observado que se da mucha importancia a los llamamientos a la conciencia, a las disertaciones sobre alguna opinión religiosa particular o sobre la vida y el carácter de

algún cristiano fallecido. Las apelaciones a la conciencia pueden ser buenas, cuando se pronuncian con la voz en algunas ocasiones; pero para aquellos que sólo saben leer un poco, o no les importa moverse en su propio favor, son comparativamente inútiles impresas; y el tema, aunque bueno en sí mismo, se vuelve cansador. Las disertaciones sobre los temas referidos pueden ser buenas en sí mismas para aquellos cuyos corazones laten al unísono con la verdadera religión: pero todas estas cosas han sido hasta ahora, y son en la actualidad, consideradas por los cristianos como de primera importancia; participando más del hombre que de Dios, más de la tierra que del cielo. En ninguno de ellos se encuentran la vida y el carácter de Jesucristo expuestos en sus detalles más completos, exhibidos en toda su belleza, en toda su fuerza; recogiendo cada incidente de su vida, tomando cada palabra y sentimiento, y poniéndolos ante cada hombre como un ejemplo para que los copie. Hay suficiente en los cuatro evangelios para llenar miles de folletos, en el desarrollo de toda la vida y carácter de Jesús; y estos puestos ante la multitud probablemente operarían mucho más poderosamente que todos nuestros actuales llamamientos o disertaciones. Él es el Salvador, pero también es el Líder y Legislador, el Predicador y Maestro; sin embargo, esta parte de su misión divina parece haber sido totalmente ignorada. Las conferencias sobre algún amado principio nuestro, las memorias de algunos cristianos activos fallecidos, con un apéndice lleno de los comentarios más halagadores, ¡cuán numerosos se han vuelto! Pero, ¿dónde están los principios, sentimientos y prácticas de Jesucristo tomados y llevados a la práctica como los que no se encuentran en ningún otro hombre? Hemos buscado entre la literatura para los pobres, hemos mirado en las obras de nuestros ministros, pero no los encontramos. Imprimid éstas, hacedlas circular; no una parte sin la otra, ni cediendo a alguna práctica o sentimiento de la época; y entonces no dudaremos, bajo la bendición de Dios, del resultado benéfico de nuestros esfuerzos.

La multitud necesita que se le presente la diferencia entre la enseñanza de Cristo y las leyes y prácticas que estaban permitidas en la dispensación judía; no esa mezcla de las últimas con las primeras que tan generalmente impregna la literatura actual, produciendo en las mentes de cada uno tal confusión de ideas y perplejidad en cuanto a sus acciones, que no saben cómo moverse ni a quién escuchar; sino toda la verdad del cristianismo, tal como Jesús la enseñó cuando estuvo en la tierra, en toda su realidad y sencillez. Ningún sermón o conferencia teórica servirá de mucho a la multitud en su estado actual. Lo que necesitan principalmente es información sobre la cual trabajar y razonar. Inundad la tierra con esto, y luego derramad sermones y apelaciones teológicas: porque nunca debe anteponerse la teoría a la práctica; sino que los hechos, tal como han ocurrido, formen la base de toda apelación.

Los informes de nuestras sociedades, que ahora sólo ven unos pocos, están llenos de anécdotas interesantes y sorprendentes relativas a las operaciones misioneras en el extranjero y al progreso del cristianismo: sugerimos que se les dé amplia difusión en forma de algunos de los periódicos que más atraen al pueblo, con cortes e ilustraciones calculados para despertarlo a pensar y razonar por sí mismo. La clase trabajadora, en su conjunto, saben muy poco de lo que ocurre en el extranjero. Démosles esta información.

Hagamos circular abundantemente las realidades prácticas del Evangelio, tal como suceden cada día en el mundo pagano; presentémosles todos los hechos que tienden a fortalecernos en nuestra religión; entonces tendremos continuamente algo nuevo sobre lo que conversar; y, haciendo esto con espíritu cristiano, debemos recibir a cambio sus opiniones y argumentos, creyéndolos no indignos de nuestra mejor consideración. El método de operación de Jesús consistió primero en hacer milagros, y de este modo sentar las bases para establecer su misión: fue por causa de su misma obra por lo que pidió a los judíos que creyeran en él; y corresponde ahora a su iglesia actuar según el mismo principio, y hacer circular hechos tan sorprendentes e interesantes que induzcan en el pueblo el deseo de examinar la verdad que enseña.

Los pobres también necesitan algunas publicaciones periódicas baratas, que varíen en su estilo y sean divertidas en sus incidentes, llevadas a cabo por personas en diferentes partes del país, adecuadas a la posición particular en la que los individuos puedan estar en esa localidad, y escritas con un espíritu religioso, y sin ninguna de esas apelaciones particulares a la conciencia con respecto a los deberes religiosos, que pueden ser útiles en un sermón; sin embargo, combinando el mejoramiento físico, social e intelectual de los pobres, fundado en las verdades del evangelio. Lo que ahora se necesita es simple sentido común, impreso; diciéndoles lo que se piensa acerca de su condición, y cómo deben actuar para mejorarse a sí mismos; permitiéndoles ver sus propios argumentos, ya sean teóricos o prácticos, en una forma fácil de entender, con el resultado justo y legítimo de estos, en oposición a las razones que pueden ser asignadas para cambiar y mejorar su condición. Creemos que sería bueno imprimir el contenido de las visitas hechas a las casas de los pobres, ya que a menudo les traería a la memoria aquellas verdades que por su lectura quedarían más impresas en su mente. Cada día vemos la necesidad de las visitas domiciliarias, que nos permiten conocer las necesidades de muchas personas y comprender sus casos, ya que sólo así se pueden dar consejos adecuados y sentar las bases para cualquier mejora. Y para que la prensa preste un servicio esencial y práctico a la comunidad, debe fijarse en muchas de las circunstancias que rodean a cada clase, a fin de que los consejos que se den puedan seguirse en conjunción con sus propios hábitos de vida.

Ninguna de nuestras numerosas publicaciones está escrita para, y adaptada a, las madres de los pobres, en relación con sus deberes domésticos comunes, con la educación de su familia, con la conversación con sus maridos y sus vecinos. La prensa, para ser útil, debe entrar en estas familias, llenando el lugar vacante, y convirtiéndose en uno de los miembros en lugar de una parte del mobiliario; hablando con la madre, y dándole ese consejo y apoyo que tanto necesita para su responsabilidad cotidiana: porque si el marido es sólo un trabajador, y requiere poco pensamiento en la ejecución de su trabajo diario, su esposa requiere tanto entrenamiento mecánico y originalidad de mente, como la que es compañera de alguien más avanzado en la sociedad. Es más, si hay que hacer una comparación entre los dos, la esposa del obrero, si la hay, requiere la mayor reflexión, prudencia, economía y consejo; porque lo que para otros se considera adversidad, para ella se considera la cumbre de la prosperidad. El mismo número de niños pequeños, o

generalmente más, tiene que educar para que tomen parte en los movimientos de la sociedad; que tienen que ocupar, si no situaciones de tanta responsabilidad, sí aquellas en las que, por su conducta, harán que su generación sea mejor o peor para sus vidas. A menudo tiene que soportar pruebas que un poco de las comodidades de este mundo tenderían a aliviar; pero este poco debe ser contrarrestado por un grado extra de prudencia y alegría de espíritu. La prensa, como hemos dicho, para beneficiar a las masas de la población, debe tomar estas diferentes etapas de sus pruebas y tratarlas como realidades, como casos que hay que conocer y considerar, que requieren el pensamiento y el consejo de aquellos que pueden dedicar su tiempo a tales cosas. Periódicos, al precio de un penique o medio penique por semana, en diferentes ciudades, que no dejarían de entrar en todos los detalles de su humilde posición, y darles consejos en la conducción de sus hogares, lo que les permitiría sentirse alentados en su curso humilde, y para obtener más de las comodidades y necesidades de la vida, sería valorado, y ser de más servicio que muchos de los que ahora circulan y pasaron a un lado sin siquiera ser escaneados. ¿Qué hemos de hacer? es la pregunta a la que hay que responder en miles de casos, y se detienen en busca de una respuesta; pero con frecuencia no se encuentra por ninguna parte.

En lo que se refiere a la impresión y circulación de nuestras revistas y publicaciones periódicas, un poco más de gasto, con el fin de dar una mayor variedad, con cortes e ilustraciones como se ha dicho antes, sería ampliamente compensado por el efecto correspondiente que tendría sobre el pueblo; porque hasta ahora hemos sido demasiado centralistas en nuestras publicaciones de este tipo. La imprenta es ahora tan barata, que en cada ciudad, habiendo también tanta diferencia de circunstancias, los periódicos deberían imprimirse a la medida del pueblo, teniendo relación con lo que pasa continuamente a su alrededor. En el comercio y en el gobierno, la centralización no es buena cuando se lleva al extremo, y esto puede decirse con particular referencia a las publicaciones de los cuerpos religiosos; hay más uniformidad ganada por el actual modo de proceder, pero esto no se extiende a los hábitos y escenas generales de la humanidad, en los que vemos un cambio constante. En un distrito, o entre una clase de individuos, pueden prevalecer ciertos hábitos, cuyos efectos malignos requieren ser expuestos; en otro son muy diferentes, pero todos conducen a un fin general; y para curar éstos o aquéllos debemos necesariamente descender un poco a los detalles, para que la gente que lea las publicaciones pueda saber que son las partes a las que se refieren los escritores. La publicación de tales periódicos en todas las ciudades redundará también en beneficio de las demás clases, cuyas mentes se verán así estimuladas a satisfacer las necesidades y a acomodarse a las siempre cambiantes necesidades de sus hermanos más pobres.

El sistema de circulación de las publicaciones periódicas con tendencia a mejorar, exige un poco de atención: se encuentran en muy pocas de las pequeñas librerías, vendiéndose sólo en una o dos tiendas centrales de las diversas ciudades. Cualquiera que sea la causa de las diferentes razones que se aducen para ello, estamos seguros, por haber probado nosotros mismos la práctica, que con un poco de administración por parte de unos pocos individuos en cada ciudad, las publicaciones podrían circular muy

extensamente, si todas las pequeñas tiendas se abastecieran de ellas a precio de comercio, y se cuidara de continuar con ellas regularmente. Recomendamos encarecidamente que se contrate a un colportor, pues con la debida atención, esta persona empleada en vender las diversas publicaciones periódicas, mes tras mes, sería tan útil a la comunidad como un misionero de la ciudad: también podría distribuirlas en todas las salas de lectura públicas y lugares de descanso, en los cafés, e incluso en los bares donde serían recibidas; así como fomentar la edición de libros de carácter práctico en algunos de los pequeños Ebraries que ahora se forman, y formar otros donde es probable que sean útiles. En algunas de nuestras grandes ciudades hay amplio espacio para uno o dos hombres, que, así empleados activa y vigorosamente, esparcirían por todas partes una cantidad de información sobre temas religiosos y de conocimiento general, que daría a la gente la oportunidad de elegir entre el mal y el bien, si no detuviera por completo la corriente del gusto actual por las publicaciones que ahora se les presentan. Que los cristianos lleguen a esto con un buen corazón y voluntad, una determinación completa de que no se dejará ningún esfuerzo sin intentar para circular publicaciones y llenar la tierra con conocimiento, y no tememos ni la infidelidad ni el crimen, porque ambos y todos, bajo la bendición de Dios, serán completamente eliminados por la agencia de su verdad.

CAPÍTULO VII.

SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA MEJORAR LA CLASE TRABAJADORA.

Capillas gratuitas — Conferenciantes del condado — Conferencias gratuitas-Bibliotecas baratas — Esquemas — Tratamiento individual — Nuestro esquema — Visitas amistosas — Apoyo de Dios.

Procedemos ahora a ofrecer algunas sugerencias prácticas más en referencia a los medios que deben adoptarse para mejorar las clases trabajadoras, así como nuestro trato con ellas en la vida privada. En primer lugar, debemos buscar en las iglesias la preparación del camino para una completa emancipación de los pobres de sus actuales hábitos y prácticas degradantes. Ya hemos dicho que la predicación del Evangelio no se ha llevado a cabo entre los pobres. Los ministros ordenados en los lugares de culto actuales no les predicán profesamente y, como consecuencia, no asisten al culto divino, salvo en muy pocos casos. Los misioneros del pueblo y de la ciudad en todo el país son muy pocos, siendo sólo visitantes de la gente, reuniéndose con ellos y exponiendo la palabra de vida según la ocasión lo justifique. De modo que, con todos los demás medios que se hayan podido adoptar, el misionero del pueblo es el único que profesa predicar el Evangelio a los pobres; excepto en el verano unos pocos hermanos laicos de algunas de las iglesias, en los lugares abiertos de las ciudades; e incluso esto está sucumbiendo a la moda de la época.

No tenemos medios para estimar correctamente el número de personas que trabajan de esta manera; pero al examinar los varios millones de personas que están empleadas en el trabajo, encontramos, como es generalmente admitido, que no hay espacio en nuestros lugares de culto para nada parecido a este número. Al referirnos al último censo de la población, nos enteramos de que en Gran Bretaña hay entre 23.000 y 24.000 ministros, incluyendo todas las secciones de la iglesia. Si de éstos quitamos a 7.000 que están comprometidos como asistentes, o en el negocio de dirigir sociedades misioneras, colegios, y en otras diversas actividades, quedan alrededor de 16.000 predicadores regulares del evangelio; y siendo la población de 19.000.000, tenemos alrededor de un ministro por cada 1.100 personas. Nos atrevemos a estimar que estos ministros sólo tienen una asistencia media de unas 400 ó 500 personas, la mayor parte de las cuales pertenecen a las clases media y alta de la sociedad, ya que los asientos de los lugares de culto están reservados principalmente para ellas. El mandato de nuestro Señor, por lo tanto, "Id y predicad el Evangelio a toda criatura", está lejos de cumplirse en nuestras propias ciudades.

Nos aventuramos a sugerir que las diferentes secciones de la iglesia deben tener cada una sus misioneros, quienes tendrán lugares de culto designados, donde se llevarán a cabo las ordenanzas completas y el gobierno de las iglesias; todas las sesiones de las cuales deben ser gratuitas, y el evangelio predicado regularmente de sábado a sábado, con conferencias y reuniones celebradas durante la semana para acomodar a los asistentes; BO que los pobres puedan tener una predicación completa y gratuita del evangelio de Cristo. Estas iglesias pueden ser consideradas como ramas de las iglesias más grandes de la vecindad, y reguladas por comités de sus respectivas iglesias o de acuerdo con su sistema de gobierno eclesiástico. Que no haya colectas en ninguno de los sermones o reuniones, sino cajas adecuadas a la entrada para recibir las suscripciones que se den alegremente para el mantenimiento del ministro, etc. No es de suponer que éstas se sostengan totalmente por sí mismas; pero algo de esta manera podría recaudarse de manera consistente con una extensión completa y libre del evangelio. Todas las ordenanzas deben impartirse gratuitamente en las iglesias: el bautismo, la Cena del Señor y, en la medida en que el matrimonio se considere un deber religioso, éste debe ser gratuito; pues, cualquiera que sea la suma de dinero que el gobierno pueda reclamar como debida por este contrato, no corresponde a las iglesias retener la realización de ningún rito espiritual porque el trabajador no pueda pagar la suma exigida por la ley del país. ¿Cuándo mantendrán las iglesias su dignidad y demostrarán que los beneficios espirituales no se compran con dinero? Nuestro plan sería convertir a los misioneros de la ciudad y del pueblo en ministros predicadores para los pobres, a fin de que su actual visitación y exhortación puedan continuar, mientras son elevados a la vista del pueblo a ser nada menos que predicadores reconocidos de justicia y ministros de las ordenanzas. El pueblo tendría entonces en sus respectivas localidades hombres y mujeres que servirían a Dios, no meramente como miembros de la sociedad, sino como miembros de la iglesia de Cristo, y ellos mismos ayudarían al ministro, por los medios que regularmente se designen, en la ejecución de su obra. De esta manera se formará un núcleo, que tendrá esa socialidad que el evangelio está destinado a cultivar, y alrededor del cual las congregaciones sentirán el interés de reunirse para llevar a cabo cualquier obra en su beneficio; y estando en conexión, en todos los casos, con una iglesia más grande, serían conducidas a un estado mejor y más mejorado. La existencia misma de las escuelas de harapientos en estos distritos, con el éxito que las ha acompañado, prueba que no sólo hay lugar para tales escuelas, sino también para iglesias, aunque no se las llame con tal nombre. No nos sorprende que el Evangelio no haya progresado mucho entre los pobres, cuando no se han adoptado los medios ordenados por Jesús para llevarlos al conocimiento de la verdad y despertarlos de su estado letárgico.

Se ha observado generalmente que cuando el misionero celebra una reunión el sábado por la mañana no asiste a ella, y por lo tanto muchos de los misioneros van a sus respectivos lugares de culto; pero si nos ponemos en la posición de las masas, y suponemos que en la capilla a la que solemos asistir sólo hay una reunión de exhortación sin ninguna ordenanza evangélica, ¿es probable que asistiéramos a dicha capilla, o que la mitad de las personas que ahora asisten lo hicieran? No es coherente con la constitución

de la mente del hombre, ni con las circunstancias que lo rodean. Cristo lo vio, y dio instrucciones acordes. El sistema actual de nuestras operaciones misioneras está calculado para proteger a los actuales ministros del Evangelio de la intromisión en su esfera de trabajo: pero ¿por qué habríamos de impedir, mediante la expresión de una opinión y asociación religiosa y pública, que el Evangelio se extienda, como el país impidió con sus leyes los intereses comerciales del reino? A este respecto hemos mostrado nuestra sabiduría, ¿no es ya hora de tomar el Evangelio y darle esa libertad que tan plenamente ordena a sus discípulos? El mandamiento es que vayamos a cada ciudad, distrito y vecindario, predicando el Evangelio a toda criatura, y no en un lugar adecuado para que unos pocos cientos erijan un lugar de culto y luego se queden quietos; sino que rompamos con este espíritu egoísta, y vayamos haciendo a los demás lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros. Las capillas en el campo, donde todos los asientos son gratuitos y construidos a propósito para los pobres, son generalmente muy concurridas, y en las ciudades donde se les predica el evangelio, y hay asientos gratuitos, se encuentra que no carecen de bendición. Insistimos especialmente en esto, ya que sólo mediante una extensión completa de las iglesias hasta el corazón mismo de los barrios más pobres, podemos esperar formar una base para una mejora y elevación que sea duradera y poderosa, y que no se rompa por cada escena cambiante alrededor, o que dependa enteramente de los movimientos políticos en el país.

En conexión con estas iglesias filiales, donde fuera necesario, se podrían dirigir escuelas diurnas gratuitas (o de trapo), formando también, como se hace ahora, una escuela los domingos; se podrían dar conferencias sobre la historia de la iglesia o las operaciones misioneras en la capilla cada semana, por alguien designado por la iglesia, para que el pueblo pudiera ser instruido así como edificado en todo lo que pertenece a la religión de Cristo. Es de esperar que, seguidas con vigor, prestarían un servicio más esencial que las actuales sociedades misioneras. Nuestras sociedades se han formado con el ímpetu y la prisa que últimamente han caracterizado a muchos de nuestros procedimientos, pero cualquiera que considere la diferencia entre los dos métodos, admitirá que el que se adopta actualmente no tiene una influencia tan permanente en ninguna localidad como la que siempre posee una iglesia reunida en su medio. No hemos mencionado el tiempo y el dinero que se pierden ahora en el método actual de llevar a cabo las operaciones misioneras, en la multiplicación de negocios y el tiempo perdido por el misionero en sus declaraciones semanales, mensuales y anuales al comité, la mayoría de las cuales están, como deberían estar, ocultas a la vista del público. En nuestra opinión, el hecho de que los comités, por pocos que sean en comparación con el número de iglesias, los lleven al papel para su inspección, es muy perjudicial para la causa de Cristo y muy injusto para la clase más pobre, que no ve con otros ojos que la parte más rica de la comunidad el que sus ministros se tomen tan injustificada libertad con los diversos casos que ocurren en su sociedad. No es por medio de estas cosas que los cristianos pueden esperar ganarse la confianza de la gente, o fomentar el respeto propio en su comunidad, que deberíamos esforzarnos por inculcar. Supongamos que los ministros presentaran ante sus respectivas iglesias o diáconos todos los casos que se les

presentaran, aunque fueran de carácter novedoso. Los sentimientos de los individuos se verían tan heridos, que la herida ocasionada por ello sacudiría los cimientos de cualquier iglesia, y rápidamente llevaría el nombre del cristianismo a la deshonra. Y que éste es el efecto de tales procedimientos sobre los pobres, lo sabemos por observación y por experiencia. La práctica es casi peor incluso que el confesionario, contra el cual hay, con razón, una fuerte declamación por parte de muchos cristianos. La clase trabajadora tiene sentimientos, y sus sentimientos deben ser respetados; y los hombres deben ser respetados, o todas nuestras sociedades, predicaciones y todo lo demás no servirán de nada. "Honra a todos los hombres", y honra a los hombres pobres; y no los trates como seres que pertenecen a una porción diferente de nuestra raza. En muchos casos los obreros con sus familias se ven obligados a dejar el distrito en que han residido; entonces se les debe entregar una carta de presentación a la iglesia, en la localidad en que van a residir, y otra también, si están dispuestos, enviada al ministro, dándole una breve relación de la familia. De este modo se establecería una relación social que vincularía a los pobres con nuestras instituciones, y por cuyo cuidado y amistad de nuestra parte, sólo podemos esperar vencer los muchos alicientes que ahora se les ofrecen para extraviarlos. La amistad, no mezclada con el orgullo egoísta, pero llevada a cabo con firmeza y prudencia, ayudaría mucho a aliviar a los pobres: no es sólo con actos de benevolencia que se puede lograr un bien permanente; éstos sólo sirven para el tiempo pasajero, y con frecuencia se convierten en una cuenta equivocada. El resultado de la benevolencia desconsiderada se expone tan a menudo en nuestros periódicos, que esperamos que todo filántropo sincero aprenda lecciones prácticas, ya que son pocos los casos en que las necesidades de la vida no pueden darse con mucho más provecho que el dinero.

Somos muy conscientes de que, al proponer de este modo elevar la posición de los misioneros, podemos encontrarnos con los prejuicios de muchos de los actuales ministros del evangelio; pero apelamos a ellos y les decimos: ¿estáis dispuestos a ser justos y honestos con los pobres en esta cuestión, y a ceder en lo que habéis considerado durante tanto tiempo como vuestro privilegio adquirido, y que no podéis demostrar que sea vuestro derecho exclusivo, a saber, la predicación del evangelio y no permitir que nadie más que aquellos que han pasado por la prueba de la instrucción universitaria y la ordenación ministerial administren los sacramentos de nuestro Señor y Salvador? la predicación del Evangelio, y no permitir que administren los sacramentos de nuestro Señor y Salvador más que aquellos que han pasado por la dura prueba de la instrucción universitaria y la ordenación ministerial. ¿Están dispuestos nuestros amigos a que se permita al misionero, mediante su sincera cooperación, edificar una iglesia de esos mismos hijos e hijas que él ha hecho nacer por medio de sus propias facultades creadoras de pensamiento y energía, mediante la influencia del Espíritu de Dios? Considera por un momento la injusticia que se comete ahora, al tomar a esas personas como miembros de otra iglesia, cuando deberían ser la sal de la iglesia de su vecindario inmediato. ¿Es justo o correcto que, después de que el misionero ha pasado por el trabajo y la carga del día, otras partes se repartan lo que él ha ganado con su propio trabajo? Dejamos que nuestros

lectores llamen a esta apropiación de la propiedad ajena con el nombre que cada hombre razonable le asigne en otros asuntos. Despertemos de este engaño y veamos la descuidada condición espiritual de los pobres en su verdadera luz. Dejemos que los pesados y pesados libros que ahora pesan sobre los estantes perezcan en el fuego, si impiden, como están impidiendo ahora a miles y miles, que están poniendo todo su corazón y mente en ellos, predicar el evangelio a las clases trabajadoras de Inglaterra. Reventad las puertas de los estudios, mientras sigan siendo las puertas de la prisión para los pobres; y por el espíritu que Dios ha derramado entre nosotros, dejad que el evangelio sea delineado en todos sus hermosos colores. Ministros de todas las Iglesias, os pedimos que no pretendáis ya prácticamente la autoridad suprema en vuestras respectivas esferas, mientras lanzáis vuestros anatemas contra el dominio espiritual del Papa, ni hagáis comparativamente sagrado vuestro oficio con el del misionero, adoptando tantos títulos alucinantes. No despreciéis el carácter de su obra, porque fue la obra de Jesús, ángel ministrador del pobre y amigo sincero de los marginados de la sociedad. Esforcémonos todos, de cualquier grado y denominación, con denuedo por la predicación de todo el Evangelio. Fuera, pues, todas las leyes de restricción y protección a la predicación de la palabra de vida a los pobres. De ahora en adelante, al reunir nuestras fuerzas para resistir cada mal por separado, no levantemos la infidelidad como una pirámide de Egipto; construyamos el socialismo sacando sus poderes inherentes; exaltemos la embriaguez al pináculo ante el cual todos los hombres deben inclinarse; llamemos al libertinaje a salir a la batalla; o elevemos al papismo como el fuerte anticristiano contra el cual estamos a punto de lanzar nuestros proyectiles: sino socavemos a todos y a cada uno mediante la declaración y la predicación del evangelio. Y ya que ahora están elevados a una altura tan prodigiosa, no pongáis pararrayos cerca de ellos, en forma de tibieza e hipocresía; sino dejad que el rayo que desciende de lo alto los atraviese hasta la médula, sacudiéndolos hasta sus cimientos y esparciéndolos por la tierra hasta que no quede piedra sobre piedra. Cristianos de Inglaterra, el evangelio, con justicia evangélica, reclamamos para los trabajadores de Inglaterra.

Por el estado de la población agrícola y minera, cada una de las congregaciones debería ser sucursal de alguna iglesia de la ciudad vecina. Deberíamos sugerir que, además de un ministro regular designado para tal vez dos o tres, que visite al pueblo y dirija sus reuniones, deberían ser designados por las iglesias uno o dos conferenciantes para cada condado, o más, para dar conferencias sobre temas populares, permaneciendo en el pueblo dos o tres días, y variando sus temas según lo sugiera cada caso. En cada una de estas aldeas debería haber una sala de lectura y una biblioteca, cuyas publicaciones periódicas serían fácilmente suministradas por personas de la ciudad, ya que serían bastante nuevas para estos oscuros lugares después de haber perdido su novedad para ellos. Podrían enviarse muy bien a estos distritos, donde en la actualidad todo se toma de mera oídas, unos cuantos periódicos diarios, uno o dos días después de su fecha, y semanarios, con las revistas del mes, de quince días de antigüedad: de este modo se fomentaría el gusto por la lectura y la adquisición de conocimientos, y en poco tiempo deberíamos esperar que, a partir de las pocas atracciones que hay para apartarlos, habría

una demanda de un suministro cada vez mayor de obras literarias. Una vez que se despierte el espíritu de investigación y se les anime a romper con su actual sottishness y estupidez, a vivir un poco más como hombres que tienen una existencia racional, con mentes para ejercitar sobre el pasado, el presente y el futuro, y un camino está preparado para su mejora. Estos periódicos podrían no ser atractivos al principio, pero los jóvenes se interesarían en ellos de inmediato y estarían mejor preparados, ya sea para continuar su apoyo si permanecen en su pueblo, o al venir a las grandes ciudades para unirse a la inteligencia más avanzada. No podemos menos de deplorar la actual antipatía de la población agrícola y minera a todo ejercicio intelectual; pero esto se debe a la escasez de medios de que disfrutaban para animarse con algo excitante. Las conferencias antes aludidas, con ilustraciones, si una vez comenzadas y continuadas cada tres o cuatro meses durante algunos años, en la misma localidad, despertarían un interés, y serían el medio, en conexión con las bibliotecas, de conferir mucho beneficio al pueblo. Se ha establecido un instituto literario en algunas de las ciudades pequeñas; sin embargo, hay muy poca vida entre la gente misma, que, no obstante, está siempre dispuesta a escuchar conferencias sobre temas de interés general, y que es el único medio que puede utilizarse para despertar sus mentes: porque, recordemos, rara vez son visitados por las delegaciones de las sociedades de temperancia u otras que están calculadas para producir algún grado de inteligencia entre ellos.

Proponemos también que, una o dos veces al año, los pastores de las iglesias dicten conferencias especiales a los padres, en las tardes de la semana, relacionadas con su condición y adaptadas a sus circunstancias; y que las reuniones maternas, a las que ahora sólo asisten personas en una mejor esfera de la vida, sean convocadas por los ministros una vez al mes, de todas las esposas de los hombres trabajadores en conexión con su congregación o en los alrededores. Debemos recurrir a las madres de Inglaterra para llevar a cabo en la familia la obra de los maestros; porque son tan diversas sus circunstancias que, si bien los libros pueden ser de utilidad, se requiere un consejo especial, adaptado a la posición particular de cada una, para salvarlas en muchas emergencias y permitirles educar a sus hijos con esa sumisión y respeto apropiados que tanto les conviene en la vida futura. Nuestro objeto en la mejora general que tiene relación con sus familias, nuestros esfuerzos deben dirigirse a mantener la autoridad y la influencia de los padres sobre los hijos; y como en la consideración de esta parte de la condición del pueblo, se está exhibiendo la gran cantidad de delincuencia juvenil, esto requiere una cuidadosa atención por parte del gobierno.

En las grandes ciudades sugerimos que se dicten cada semana conferencias gratuitas sobre temas generales, dando información sin ningún esfuerzo por ganar a la gente para cualquier conjunto particular de opiniones, o para limitar al conferenciante de expresar sus propias ideas y la búsqueda de la verdad. La historia, la biografía, la ciencia, el arte, el comercio, la religión, la política, todos se combinan para difundir las opiniones y sentimientos de nuestros sabios sobre estos temas. Abrid las puertas y dejad entrar al pobre en el amplio campo de la literatura. No temamos oír conferencias incluso contradictorias sobre estos últimos temas, antes que no oír ninguna. Si existe la verdad,

entonces prevalecerá: enterremos nuestras opiniones en la verdad y dejemos que la verdad lo penetre todo. Está destinada a vencer y a abrirse camino contra todo error, ¿por qué temer entonces, por qué tener miedo? Que el mineral salga de la mina, y lo que de carbón se encuentre, o lo que de cualquier sustancia metálica, se suponga espurio, póngalo en el fuego de la agitación pública y las cenizas pronto serán pisoteadas, y el metal saldrá puro, sin alear y sin adulterar. En una ciudad como Liverpool, Manchester o Birmingham puede encontrarse un caballero cada semana que dé una conferencia pública gratuita sobre alguno de estos temas; y una de las grandes salas podría ocuparse una noche cada semana durante el año con unas pocas contribuciones voluntarias, con las pequeñas sumas que los pobres sin duda darían de buena gana, si se fijaran cajas a la entrada, sin que se exhibiera ninguna placa con la forma de un hombre mendigando. Abandonemos nuestros sistemas de mendicidad, y adoptemos alguna forma más varonil de propagar la verdad y el conocimiento; y difundámoslos a lo largo y ancho con la voz y la pluma vivas; y nos aventuramos a predecir que nuestras ahora pesadas y agobiantes sociedades, encontrarán su trabajo cumplido, y la embriaguez y el crimen esconderán entonces la cabeza, avergonzados ante el aumento de la sobriedad y la verdad.

Pero, ¿debemos limitarnos a un conferenciante por semana en una ciudad como Liverpool? Rompamos las bandas que harían de la unidad el ayudante del egoísmo, y dejemos que la extensión de la unidad sea como el capullo de la rosa, que se despliega para mostrar sus numerosas hojas, pero todas con un tronco común. Estas conferencias deben adaptarse a los pobres. No a damas y caballeros, sino a hombres y mujeres trabajadores, a las clases trabajadoras de Inglaterra. Si nuestros amigos desean hacerlas casi autosuficientes, cobren un penique por la entrada, y si vale la pena escuchar las conferencias, miles pagarán esta pequeña suma. Lejos entonces nuestros temores.

Acabemos con toda nuestra mistificación de lo que hay que hacer por los pobres. Ampliemos nuestra contraída esfera de pensamiento, y difundamos la información, extendamos el conocimiento, abramos de par en par los tesoros de la verdad, despleguemos las capas costosas del cerebro, y dejemos que el pueblo oiga y sea plenamente capaz de declarar la verdad en todo, y todo con la verdad.

Deben extenderse bibliotecas baratas a todos los lugares de veraneo, así como bibliotecas gratuitas (no circulantes) sostenidas por las autoridades en todas las ciudades. Es mucho mejor que los mercaderes y comerciantes gasten su dinero ellos mismos, utilizando estos medios para la prevención del crimen, que tener que sacarlo continuamente de su posesión por las ásperas manos de sus propias leyes, para el castigo de los delincuentes. Sed libres, liberales y generosos, y cuando se necesiten más soldados, abrid las aulas y las imprentas de Inglaterra. Haced que el pueblo se someta, declarad que se someterá, no a las opiniones de un hombre, a las leyes o a la fuerza física, sino a la verdad, al conocimiento, a los hechos y a las realidades que formarán parte de su ser. Si creemos que tienen mentes, que se les dé a entender el poder de la mente; si tienen corazones para sentir, que conozcan la plena acción del corazón; si tienen espíritus para creer, que sus espíritus sean traspasados por el poder del espíritu, para que sepan y comprendan lo que es, ha sido y debe ser; lo que está sobre la tierra y lo que está sobre

la tierra. Que vean que no todos somos soñadores, infieles a todo principio de amor y buenos sentimientos; sino que el hombre tiene un espíritu, que es el fuego vivo dentro de él, que mantiene su cuerpo vivo y le permite obedecer a quien lo creó; y que el espíritu tiene una conexión con la Deidad que lo une a la eternidad y a las infinitas regiones de dicha sin fin.

Al examinar durante los últimos años la condición del pueblo y los diversos medios que se adoptan para su reforma, hemos llegado a la conclusión de que el pueblo no necesita tanto una sociedad particular para su mejoramiento, como hombres que le den un tono y un carácter práctico en el desarrollo de los principios liberales, la simpatía cristiana y la sana verdad. Pueden crearse fácilmente sociedades y pagarse agentes para que lleven a cabo la obra, y pueden trazarse y posiblemente ponerse en práctica planes amplios y completos; pero la obra que debe realizarse sigue siendo la misma. No tenemos fe en ningún plan como tal, para la mejora moral e intelectual de las clases trabajadoras, aparte de hombres bien cualificados; aunque sea el más perfecto que el hombre pueda concebir, no dudamos en decir que todo depende de los hombres que han de ayudar en esta mejora, no tanto de su carácter previo, o de sus talentos, como de un profundo espíritu de seriedad, liberalidad e inteligencia. Encuéntralos, y tendremos de inmediato el sistema en embrión que superará a cualquier otro. Si se nos permitiera dar una opinión, diríamos que es precisamente por eso, por confiar en algún plan, sociedad u organización, por lo que siempre fracasamos, y siempre debemos fracasar, en lograr cualquier bien que tenga una influencia permanente sobre el pueblo. Cuantos menos esquemas y menos asociaciones grandes y difíciles de manejar, mejor: porque cuanto menos nos fijemos en cualquiera de ellos, más se volcará cada uno en sus propias energías; o cada grupo de hombres será animado e inspirado para hacer que los principios corran a través de sus hábitos diarios de vida, que, cuando se plasman en un esquema, se elevan por encima de sus cabezas como tantas ciudadelas de fuerza. Las desventajas relacionadas con cualquier plan que tenga por objeto el mejoramiento religioso y moral de la gente son muy numerosas; porque, en la medida en que la sociedad participa de una organización comercial, se encuentra que destruye los esfuerzos de sus miembros individuales, o que los une en favor de su propio método de llevar a cabo sus deberes; y la simpatía del cristiano, el sentimiento celestial de ser tocado por las dolencias de otro hombre, generalmente se pierde en la rutina comercial de los miembros de la sociedad. Predicar el Evangelio, distribuir Biblias y folletos, dar limosna a los pobres y difundir la templanza y la educación, son expresiones necesarias de ciertos sentimientos. Pero ¿de qué valen todas estas cosas si se hacen con una mano, mientras que la otra está socavando la felicidad del hombre a quien están destinadas, por un espíritu egoísta y avaro, triturándolo, tal vez, por algunas leyes de la sociedad, y tratándolo, no como un hermano, sino como alguien tan por debajo de nosotros como para apenas entablar una conversación amistosa con él, a menos que venga a través de nuestro querido esquema, sociedad u otro movimiento al que damos nuestra adhesión pública en forma de media guinea o un soberano? El hombre cuyas facultades están entregadas al engrandecimiento de sí mismo en riqueza y en los placeres y honores de este mundo, a expensas de la

felicidad de su prójimo, puede ayudar en éstos, y con frecuencia se le ve al frente de los movimientos. Incluso el tirano y el déspota, de cualquier rango o grado, pueden ser encontrados prestando su ayuda pecuniaria. Aunque hablar con franqueza pueda ofender, no podemos dejar de considerar que el hombre que, a sabiendas, obtiene su dinero cultivando algodón o azúcar como esclavos, no actúa según un principio más elevado que el que lo obtiene empapando a sus semejantes con lo que algunos se complacen en llamar una bebida maldita; y el que obtiene dinero manteniendo abierta su tienda, vendiendo sus mercancías o fabricando materiales de uso, durante horas tan largas que impide a sus dependientes disfrutar de las dulces horas de descanso; o el hombre cuyo oficio puede ser ayudar al pobre, y sin embargo se queja de otro individuo que lo trata con demasiada amabilidad, porque interfiere con su bolsillo, no actúa según principios más elevados que los anteriormente mencionados. El fin de todos es el mismo: obtener dinero a cualquier precio. Todos estos partidos pueden apoyar los numerosos movimientos del día; pero ¿qué buen efecto podemos esperar que tengan sobre la humanidad, cuando el objeto que cada uno persigue está demasiado claramente demostrado por sus acciones? La mejora de los pobres se intenta obtener ahora con un espíritu tan pesadamente mecánico, que se ve muy poca buena voluntad de corazón abierto entre todas las asociaciones actuales: no es que la intención de algunos de los miembros no sea buena, pero olvidan el espíritu del cristianismo al poner en práctica el sistema en el que están comprometidos.

Pasando ahora a considerar el trato general de las clases trabajadoras por la otra parte de la comunidad, hemos observado que generalmente se ríen de sus conversaciones y argumentos, ridiculizándolos y considerándolos sin valor. El hombre con una bata o una chaqueta de fustán es tratado con fría falta de respeto e indiferencia en la sociedad, incluso por los mismos hombres que, cuando entran en su casa, pueden tener todo el comportamiento externo de amigos. ¿Podemos pensar que esto es pasado por alto por el hombre o su familia, o que no tiene ningún efecto en impedir el bien que fingimos estar dispuestos a hacer en privado? Hasta donde hemos podido formarnos una opinión, creemos que hay más orgullo entre los hombres que se profesan cristianos que entre aquellos a quienes los cristianos llaman infieles y pecadores; de modo que el espíritu de orgullo y altivez parece ser casi una cualificación esencial para que un hombre se convierta en cristiano en estos días. No sabemos por qué; pero ciertamente, cuando trazamos ante nuestros ojos las diferentes clases de individuos en que se divide ahora la sociedad, es imposible llegar a otra conclusión. Preguntaríamos a los cristianos en nombre del cristianismo, preguntaríamos a los filántropos en nombre de la filantropía, diríamos a todos en nombre de la dignidad de nuestro hombre común: mirad estas cosas y ved si no son así. A medida que ascendemos a una mayor altura en la colina del rango moral y religioso, parecería que debemos ascender desde esa conversación casera al borde del camino, que formó una parte tan conspicua del carácter de nuestro Señor.

Nuestras reglas de orgullo y aristocracia cristiana, si la conexión de los dos términos puede ser consistente en la tierra, deben ser abandonadas; y debemos prepararnos para responder a las preguntas del pobre, y recibir sus verdades cuando las presente para nuestra aceptación. Muchos ministros y cristianos, con todos sus talentos y

conocimientos, nunca han respondido a los argumentos sencillos, claros y caseros que los pobres les presentan. No son capaces de hacerlo, y no pueden, cuando mezclan tanto judaísmo con cristianismo, y adoptan muchas de las prácticas actuales. Se burlan de la razón del trabajador; y, mientras predicán el evangelio del manso y humilde Jesús, no condescienden tranquilamente a razonar y conversar con él, como si no fuera tan honesto en sus opiniones como ellos lo son en las suyas. Si deseamos mejorar y elevar a las clases trabajadoras, debemos tratarlas, sin acepción de personas, como a nuestros iguales, como a hermanos de la misma gran familia, como a amigos de una mancomunidad, como a hombres cuyos argumentos son tan dignos de nuestra más serena consideración como los hombres más eruditos del país.

Estos principios operan también cuando el obrero se ve envuelto en problemas por su propia desgracia. Aquel a quien hoy se le puede dar una Biblia, y cuya atención está siendo dirigida hacia un Salvador por algún amigo cristiano, mañana puede ser llevado ante el magistrado por una ofensa leve, y el castigo que la ley infligirá se derramará sobre él. Hoy predicamos el Evangelio del perdón y le pedimos que lo acepte; pero mañana practicamos la justicia del hombre y lo encaramos en una prisión, ¿para qué? Con demasiada frecuencia por una ofensa tan trivial, que si todos fueran llevados a un tribunal de justicia por cada falta que cometen en contra de lo que es correcto, todos nuestros tribunales judiciales actuales no serían suficientes para decidir los casos que se presentarían ante ellos. Estos son los días de una gran cantidad de profesiones de bondad y tierna compasión hacia los pobres; pero cuando esta profesión es puesta a una prueba justa por una injuria recibida, y el principio de perdón y amor, del que tanto se alardea que nos anima cuando estamos en conexión con una sociedad, debe ser ejercido hacia el individuo; buscamos en vano cualquier fuerza o consistencia en el deseo de reformar al pueblo. Parece ser nuestro deleite publicar por todas partes los defectos o maldades del pobre hombre; y todas las voces se alzan por lo que se llama un justo castigo para cada ofensa; mientras que aquellos que cometen mayores enormidades, o compran la publicidad, o sus amigos por intercesión detienen las manos de la justicia; o puede ser, que actúen bajo el encubrimiento de una ley que ha sido hecha a propósito para los hombres en los rangos superiores de la vida, que son capaces de moldear sus acciones para mantenerlas fuera de los tribunales comunes de justicia.

Ahora bien, cualesquiera que sean nuestros planes de reforma, nunca podremos esperar mejorar la condición del obrero, a menos que estemos dispuestos a practicar un espíritu de perdón cristiano, un espíritu de deseo de ayudarlo a salir de las dificultades; una consideración generosa y justa de la posición en que se encuentra. No tomar su falta y sacudirla una y otra vez, volteándola al revés y sondeando la profundidad de su pecado; sino considerar con espíritu cristiano la luz que tal hombre ha tenido, las peculiaridades de la condición del hombre, las pruebas por las que tiene que pasar, y entonces, aunque en ningún momento simpatizar con el mal, sin embargo simpatizar con el hombre, olvidar el pasado y animarlo a algo mejor para el futuro.

Al referirnos a los que han sido encarcelados o son parias de la sociedad, nos viene a la memoria la expresión con la que un ministro del Evangelio respondió a uno de estos

últimos, que de todos los demás son los más dignos de lástima de nuestra raza. Al ser abordado, le dijo: "Mujer 1, ¿vas a arrastrarme al infierno contigo?". Él siguió su camino, y ella rompió en llanto que quizás había derramado muchas veces antes, sin una mano que la ayudara, sin el ojo de otro que se compadeciera de ella, sin la voz de un amigo que le diera buenas nuevas de sano esparcimiento, que encendieran en su alma el amor por una asociación más pura, y le enseñaran prácticamente que el evangelio es en verdad una buena noticia. No sería cierto afirmar que todos los ministros y cristianos hubieran respondido de manera similar; pero el mismo espíritu aquí desarrollado está demasiado imbuido por muchas personas. Los cristianos están acostumbrados a tratar a estos individuos como a otros tantos enemigos, que sólo tienen que ser derrotados y su victoria está ganada; y las llamas del infierno parecen ser el arma más fuerte que se trae con demasiada frecuencia para obtener la victoria; pero no son las llamas del infierno las que los asustarán para que lleven una vida más pura. Es la luz, la verdad, el espíritu de amor y simpatía, lo que habla las palabras de curación al alma, y no les deja quedarse en la desesperación. Lector, que tu simpatía por ellos no sea sólo un sentimiento, sino una realidad práctica que los convenza de que estás decidido a ser su amigo en la necesidad; y si falta tu oro para conducirlos de vuelta a la sociedad; si tu tiempo, tu simpatía, tu desprecio de la vergüenza de ser su amigo mientras están en su estado degradado, son necesarios -y nunca fueron más necesarios- entonces no dejes que nada mueva tu coraje moral; no dejes que nada sacuda tu filantropía cristiana; y no te pongas trabas con las penitenciarías, aunque éstas son buenas cuando se llevan a cabo adecuadamente, sino trabaja tú mismo en la voluntad para lograr tu fin, y tu plan está en ti mismo.

Nuestro plan es, pues, el siguiente: "Hagamos a los demás lo que quisiéramos que nos hicieran a nosotros; esforcémonos por realizar en nosotros mismos, por el momento, los sentimientos que ellos tienen; considerando las diferentes condiciones en que se encuentran los pobres como si tuvieran algo de realidad; no limitándonos a hablar de ellas con un cálculo tosco y sin vida, como si todo tuviera que lograrse en la gélida atmósfera del invierno; sino recordando que, así como el corazón es la sede de toda moralidad o maldad, del corazón debe salir lo que confirmará lo uno y eliminará lo otro. Sólo si adoptamos esta regla en nuestros hogares, en nuestras tiendas y fábricas, y en la sociedad en general, los pobres serán elevados o mejorados; porque si mañana se pudieran poner en práctica mil planes, y dejáramos de lado esta regla en nuestra conversación privada y en nuestra práctica, estaríamos tan lejos de alcanzar nuestro objetivo como si no existieran sistemas para su mejoramiento. El hombre está constituido de tal manera, que según es tratado por otros que ocupan una posición mejor en la sociedad, así, de la misma manera, transmite a los que le rodean sus sentimientos y sensaciones. Lo semejante engendra lo semejante; y si deseamos elevar a las familias de las clases trabajadoras, debemos actuar con ellas de la misma manera que deseáramos que actuaran con sus parientes y sus asociados. La situación de los trabajadores agrícolas y de los sirvientes domésticos de nuestro país, que no son menos de un millón, nunca podrá ser mejorada adecuadamente, a menos que estemos dispuestos a adoptar vigorosamente esta gran regla de acción. Al echar una mirada retrospectiva sobre las

diversas posiciones de las clases trabajadoras, nos convencemos más plenamente de su necesidad en la vida privada. Amas de Inglaterra, ¡qué poder poseéis para formar a la futura generación educando a vuestros sirvientes! El trabajo debe comenzar en casa. El hogar primero, los negocios después, la sociedad a continuación, y el mundo entero para compartir nuestra simpatía. Que no conozca fronteras, pero seamos conscientes de que tiene un comienzo. Debe comenzar dentro de nosotros mismos antes de que pueda difundirse alrededor; debe generarse dentro de nuestros propios corazones, antes de que pueda exhalar su dulce y suave fragancia a los sentidos de los demás. Debemos sembrar la semilla en nuestros propios pechos, antes de que podamos esperar cosechar los frutos en las acciones de otro.

La energía individual y una abnegación voluntaria de muchos placeres, una visita amistosa grande y extendida a los hogares de los pobres por las otras clases de la sociedad, deben ser llevadas a cabo: no para dar dinero, o para llevar ante ellos cualquier doctrina particular, opiniones o sentimientos, cualquier medicina moral o religiosa particular para la curación de sus destemplanzas morales, sino simplemente con el fin de conversar con ellos, y ver de qué manera se puede hacer el bien en los casos de necesidad que puedan presentarse ante nosotros. Esto ha sido llevado a cabo hasta cierto punto por algunas amigas, cuyo objetivo ostensible ha sido llevar ante ellas algunas doctrinas transmitidas en cierta serie de tratados, y de este modo han sido frustradas en su objetivo de mejorar los gustos y deseos de la gente. Aquí se necesita mucha discreción; los tratados, o el deseo de extender su circulación, se interponen con mucha frecuencia entre los pobres y los visitantes. Enterrad el tratado, quemad el tratado en tal caso, antes que permitir de ningún modo que detenga una relación amistosa. Al mismo tiempo que abogamos por una amplia extensión del conocimiento, debemos permitirnos observar que el actual sistema adoptado en relación con la visita general requiere una gran reforma. El objeto ostensible de estas visitas debería ser, no hacer circular folletos, sino hacer nuestras visitas matutinas y vespertinas, como se hace entre amigos deseosos de cultivar la amistad mutua; conversar sobre todos los asuntos que puedan tender a mejorar y elevar los sentimientos. Señoras de Inglaterra, que empleáis tanto tiempo en este amistoso empeño, complacedos en dirigir vuestra atención a los pobres; si es necesario, utilizad vuestros carruajes para la consecución de vuestro propósito; y donde os encontréis con tantos olores desagradables que impidan vuestro trabajo, no deis descanso a vuestros maridos, a vuestros padres y hermanos, hasta que hayan puesto en marcha tales planes empresariales para la mejora física del trabajador que os permitan visitar a vuestros vecinos sin ser ofendidas con nada desagradable para el gusto más aprobado. Haced valer vuestros derechos con la delicadeza propia de las mujeres, para ir a cualquier parte y a todas partes en las habitaciones de aquellas de vuestras paisanas más pobres que se alegran de veros, sin que os molesten tanto los efectos del espíritu parsimonioso de vuestro marido; y hacedle comprender que, con su actual método de hacer negocios, está metiendo dinero en un bolsillo mientras cae del otro en manos de la enfermedad y la muerte, que llegan a su propia familia con la presente visita.

Mujeres de Inglaterra, la causa es vuestra. Ved aquí un campo para vuestra amistad

tan extenso como vuestros corazones necesiten desear. Abandonemos el sistema mendicante de suplicar dinero, dinero, dinero, para sostener las diversas sociedades, y adoptemos una posición más digna. Si los hombres no quieren dar su dinero, si los corazones egoístas no quieren desplegar su liberalidad, dejadlos envueltos en sus propias cadenas místicas de benevolencia, y sed vosotros los que os ocupéis de las familias de los pobres. Da de tu sustancia, pero que esa sustancia no sea ganada por importunidad mendicante. Da tu tiempo, tu consejo, tu instrucción y educación superiores para ayudar a las madres de los pobres en la formación de sus hogares; y entonces verás los frutos prácticos de un espíritu manso y humilde, pero elevado y digno, que se convierte en el de las mujeres cristianas. Nunca permitas que se diga que gastaste tu tiempo en mendigar cuando un cristiano debería gastarlo en dar. Si los ministros sucumben a instaros a que llevéis a cabo la extensión del Evangelio o la filantropía cristiana por tales medios, que os insten, pero que os insten en vano. No cedáis más a esos métodos mezquinos y bajos de esforzaros por mejorar a los pobres; sino que, al haceros cristianas, manteneos en vuestra posición de damas. Nuestros lectores, esperamos, perdonarán esta aparente digresión; pero, como la práctica aludida impide esa visita hogareña que los pobres necesitan, hemos creído conveniente tocar la raíz del mal.

Antes de que podamos esperar levantar a las masas de su condición actual, es absolutamente necesario que se lleve a cabo una visitación de una naturaleza mucho más extensa de lo que se ha hecho hasta ahora, sin sociedades ni agentes pagados para el propósito. Debería ser emprendida por muchos de nuestros hombres de negocios, por nuestros estudiantes de teología, por nuestros ministros, y por todos los de cualquier rango y grado; y los grandes males, que ahora parecen tan abrumadores, serían abatidos ante nosotros, asociando así la verdadera moralidad e inteligencia, el verdadero refinamiento y civilización, con la actual ignorancia y crimen. Qué se ha encontrado hasta ahora tan poderoso para el bien, como esta visita y asociación de personas de mejor condición. Si no hubiera habido visitas voluntarias a los pobres por parte de algunos amigos bondadosos, su actual estado social y moral nunca habría atraído la poca atención pública que atrae en la actualidad; y los remedios que se han aplicado nunca habrían llegado a existir. Los hombres que quieren mejorar la situación de los pobres deben renunciar a su orgullo, a sus propias opiniones limitadas y parcas sobre las diversas cuestiones que se debaten en la actualidad, y estar preparados para ampliar sus mentes, sus corazones y sus almas enteras a la extensa esfera en la que tienen que comprometerse: los millones de ingleses.

Pero refiriéndonos al lema que adoptamos como nuestro esquema, y considerando la diferencia entre los hábitos sociales y el temperamento general de la mente y el carácter de las clases trabajadoras y las otras clases de la sociedad, encontramos una disparidad tan grande entre unas y otras, que aunque esta regla de acción, cuando se considera en referencia a los hombres que están a la par en su condición, no brilla en todo su poder, sin embargo, cuando se toma en relación con las circunstancias tal como las encontramos existentes, pone de manifiesto en su luz más fuerte la necesidad de que cada uno ayude en su esfera, en todo lo que pueda, para el objeto que deseamos. Si nuestro espacio lo

permitiera, desearíamos establecer como correcto y apropiado, que aquellos que son bendecidos por el Supremo Dador de todo con circunstancias y riquezas, con talentos y educación, y en todo aquello en lo que ponen sus manos, deberían usar y distribuir lo que poseen en beneficio de aquellos que no están igualmente enriquecidos. No debemos, pues, esforzarnos en entrelazar en torno nuestro una alucinación de que el cumplimiento de este deber es el fluir de un espíritu bondadoso; sino que es justicia, sobre el principio de que todas estas cosas son dadas por Dios con el propósito mismo de proporcionar a las partes los medios de usarlas para un designio sabio y benéfico. Debemos recordar que no somos más que administradores: los derechos y privilegios sólo nos son confiados desde arriba, y considerando todo bajo esta luz, nuestro objetivo y fin están cumplidos.

La condición actual de las clases trabajadoras debe atribuirse en gran parte al descuido de este deber, a ciertas leyes de la sociedad que han existido durante muchas épocas, y a la opinión pública formada por ello. Mientras sonreímos ante la idea de nivelar de tal modo la sociedad, que no haya entre nosotros ningún rango ni grado de conocimiento o riqueza; seguir el otro extremo no está en consonancia con el Evangelio de Cristo ni con los dictados de un espíritu liberal y una sana filosofía: porque si los hombres no nacen iguales en facultades mentales o corporales, o en circunstancias igualmente favorables, "ante Dios no hay acepción de personas". Y aunque la posición en la cual el obrero puede ser colocado, no requiere tanto conocimiento y entrenamiento mental, para poder mantener su posición de la vida, como el que tiene que ganar su vida por ese conocimiento solamente; con todo, como su estado en una sociedad futura no dependerá de su abundancia o pobreza en esto, sino de su ejercicio apropiado de esos talentos dados a él por Dios, él tiene derecho, cualquiera que sea su condición, a tan bueno, si no a un mejor, entrenamiento religioso y moral, para permitirle ver que su influencia, aunque pequeña, debe ser utilizada para glorificar a Dios. La parábola de los talentos es muy aplicable a la situación actual de los pobres. El que posee un talento, con frecuencia lo aduce como razón de que nada se requiere de él a causa de que sus placeres están tan limitados; y este es el caso de muchos otros en un estado similar; teniendo sólo una pequeña cantidad de influencia en las mentes de los demás, ejerce muy poco en ellos mismos en la producción de una energía con el fin de aumentarla; y la conciencia se aquieta así de despertarse a sí misma a las grandes preocupaciones y los intereses trascendentales de la vida que están operando alrededor del individuo. Es preciso, pues, si creemos que el hombre está en un error con respecto a esto, que los que tienen más talentos los desarrollen de tal modo, y traigan al pobre a la sociedad, que pueda ver claramente cómo Dios ha considerado que su talento es necesario en la tramitación de los asuntos de la sociedad; y para que no sienta la degradación de su suerte, causada ahora por la gran disparidad entre las dos clases de la comunidad, sino que se vea obligado a admitir que el Evangelio no es una teoría utópica, porque ejercerá una influencia práctica en nuestra conducta y dará un tono a cada una de nuestras acciones, que pertenece únicamente al poder del cristianismo. Así demostraremos el principio de que no es la riqueza, por un lado, lo que hace al hombre, ni la pobreza, por el otro, lo que constituye al hombre degradado; sino que estamos deseosos de colocar a la sociedad

sobre una base correcta y adecuada, para no impedir que el hombre que vive como debe vivir se eleve y disfrute de algunas de las comodidades de la vida.

Al presentar a nuestros lectores estas pocas sugerencias, seguimos recordando la debilidad de todo esfuerzo del hombre por elevar a la humanidad. Podemos esforzarnos; podemos ejecutar todos los planes que nuestras mentes puedan sugerir; podemos trabajar con un espíritu de seriedad y determinación; pero sin embargo, a menos que Dios esté con nosotros, a menos que Él crea conveniente bendecir y coronar nuestros esfuerzos con éxito, nuestras iglesias, nuestras Biblias, nuestros tratados, nuestras misiones y movimientos de temperancia serán completamente infructuosos. En Él se centra todo bien, y sólo de Él podemos esperar ese espíritu de gracia que producirá el mejoramiento social, moral e intelectual de las clases trabajadoras. A él, pues, toda la gloria; a él toda la alabanza; y el principio y el fin de nuestro tema serán "gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres, y el nombre de aquel que rompió las ligaduras de la muerte se revelará, por el Espíritu de nuestro Dios, sanador de toda pena, bálsamo de toda herida, remedio de toda mejoría y poder emancipador de todo pecado". Sólo la difusión del nombre de Jesús, la elevación de su misión, el pleno desarrollo de su carácter y sus principios, como el único ejemplo perfecto para las clases trabajadoras de Inglaterra en todas y cada una de las ocasiones, puede producir su mejora mental y la elevación de su carácter. Preparémonos todos y cada uno para la tarea con la espada del Espíritu, no dependiendo de nosotros mismos, ni enseñando a las clases trabajadoras a depender de sí mismas; sino buscando en lo Alto esa fuerza, por la cual sólo los males reinantes de la tierra pueden ser vencidos. La ignorancia se perderá entonces en la sabiduría del pueblo; toda clase de inmoralidad y maldad será desterrada de entre nosotros; y toda oposición al progreso de la verdad y del evangelio cesará de la tierra. La clase trabajadora de Inglaterra estarán entonces unidas por un vínculo de hermandad más elevado, más santo y más celestial que el que el hombre pueda formar o el tiempo pueda dar. Como ingleses, entonces nos sentiremos orgullosos del carácter de nuestros compatriotas; y, como hombres pertenecientes a una gran familia, nuestros corazones se expandirán hasta los confines más remotos de la tierra, y las naciones aún no nacidas sentirán el ímpetu de nuestros esfuerzos por elevar a toda la raza humana. ¿Quién no participará en la obra? ¿Quién no colaborará en la empresa? ¿Quién no tomará posesión de las mentes de aquellos que han de gobernar en edades aún no vistas, y estampará la obra más noble de la creación con la impronta de su voluntad? ¿Dónde está la posesión temporal de una pequeña porción de este globo que pueda compararse con las posesiones que aquí se despliegan a la vista? Examina la amplia extensión de la tierra, y reclámala toda; no es más que tierra. Sin embargo, ve aquí posesiones imperecederas, y con ellas, también, honores imperecederos. ¿Dónde están los honores hereditarios que puedan parecerse a honores como éstos? Para mover los destinos del mundo, para tocar la cuerda cuyo sonido estará en dulce armonía con corazones que nunca dejarán de existir, y cuyo eco no encontrará lugar donde descansar. Que se alejen los que quieren impedir el progreso de nuestra causa, y que todo conspire para animarnos en nuestro camino. Bendiciones innumerables se agolpan en el camino,

y arrojan alrededor de nuestra carrera un halo de alegría, que iluminará cada uno de nuestros pasos, y nos permitirá superar todas las dificultades. Y la recompensa de todos nuestros esfuerzos será la plena satisfacción de haberlo hecho todo para la gloria de Dios y el bien de nuestros semejantes. Se extenderá más allá de los límites de la mortalidad, y las voces de los ángeles contribuirán a aumentar la extensión de nuestra felicidad. El tiempo envejecerá, la tierra pasará, pero los recuerdos de nuestro amor llevarán el sello de la eternidad del cielo. El que quiera participar en los resultados, no se demore en unirse al movimiento, ni no esté preparado para tomar su parte en la ejecución de la tarea. A la obra, y ved acercarse el auspicioso día en que los millones de trabajadores de Inglaterra serán liberados de toda cadena, y participarán de ese progreso social, mental y religioso que los elevará a un paraíso superior.

Meaden, Impresor, Curaitor Street. Chancery Lane.